

Y ENTONCES, TE ENCONTRÉ

TOMO 1

EMMY WILD

Table of Contents

Anteportada

Síguenos...

Información legal

Contenido sensible

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Síguenos...

Créditos

EMMY WILD

Y entonces, te encontré

TOMO I

Traducido del francés por Paloma Vega Centeno

Cherry Publishing

Si quieres estar al tanto de las novedades
de Cherry Publishing España,
síguenos en Instagram:
@cherrypublishing_esp
Sigue también a la autora:
@wildosmosis
¡Activa las notificaciones y no te olvides
de dar «me gusta» a nuestras publicaciones!

© 2024, Cherry Publishing
Todos los derechos reservados.
Edición en español: marzo 2024

Advertencia de contenido sensible

Algunos capítulos de este libro contienen descripciones que pueden causar cierta incomodidad a las lectoras. Los hechos representados son ficticios y en ningún momento pretenden justificar la violencia.

1

Asesinato en Winnipeg

Estoy viva.

A menudo pienso en la existencia mundana de mi antigua yo; en la rutina incesante y a veces tediosa que, sin embargo, jamás consiguió abrumarme. Por aquel entonces, nunca me habría imaginado el rumbo inesperado que emprendería mi vida aquella noche.

Habían pasado unos cuantos desde que había llegado a ese enorme país. Cuando al fin me gradué en Historia del Arte, decidí tomarme un año sabático, una práctica que cada vez es más común entre los jóvenes que acaban la carrera. ¿Y qué mejor lugar para hacerlo que Canadá? Una nación rica en cultura y tradición, donde podría mejorar mi nivel de inglés y hacer el viaje por carretera con el que siempre había soñado. Para mí, era la mejor manera de escapar de mi vida en Francia y romper las barreras que me había impuesto a lo largo de los años. Al igual que todos los chicos y chicas de mi edad, solo pensaba en la libertad y la independencia, y estaba dispuesta a descubrir qué límites me impondría el mundo, es decir, hasta dónde podría llegar.

Así que me despedí de mi familia, de mis amigos y de mi novio, Nathan, durante un año. Intentaron retenerme, pero yo estaba más que decidida. Quería explorar el mundo, pero sobre todo, necesitaba conocerme a mí misma. Además, no era como si los hubiera abandonado. Recibían noticias mías todos los días, sobre todo en redes, ya que publicaba regularmente fotos de paisajes que no se ven en ningún otro lugar. Y cuando me daba la vida, les llamaba, pero hay que tener en cuenta que, con la diferencia horaria, no siempre era fácil.

Un día, salí de Ottawa con mi pequeño Jeep de alquiler y, después de una pequeña parada en Toronto, llegué a Winnipeg, la ciudad que me acogería durante las siguientes semanas. Como era de esperar, el dinero no caía del cielo, así que opté por una serie de trabajos temporales, que se convirtieron rápidamente en la solución ideal para sobrevivir día tras día.

Así fue como conocí a Sarah, mi compi de trabajo, quien accedió a que me quedara un tiempo en su casa. Ambas disfrutábamos de la compañía de la otra. Todas las mañanas íbamos juntas a currar en una pequeña herboristería local. Cuando no estaba detrás de la caja, ayudaba a reponer productos en las estanterías. La señora Willson, la encargada de la tienda, me recordaba vagamente a Jean Duriez, que era mi jefe en *La Page colorée* cuando vivía en Francia. Y aunque sabía que solo pretendía quedarme allí unos días, disfruté trabajando con un puñado de personas de lo más agradable.

—Madison, ¿puedes ayudarme un segundo? —preguntó Noah, uno de mis compañeros, mientras intentaba colocar en lo alto de una estantería una maceta de terracota que, claramente, pesaba demasiado para él.

Mi compi era un poco enclenque, para qué nos vamos a engañar, pero dado que yo medía un metro y setenta y tres centímetros, le resultaba bastante útil. Por eso, cogí la maceta sin menor problema y la coloqué en su sitio.

—Ya te he dicho que me llames Mad o Madi, es mucho más sencillo —dije, fingiendo protestar.

—Vale. Gracias, Madi —respondió, con una sonrisa infantil.

Ese sábado, la tienda cerraba sus puertas a mediodía. ¡Al fin tendría una tarde libre antes de marcharme! Sarah se acercó mientras me quitaba el delantal y me lo recordó. Hasta que la

conocí, nunca había visto una chica tan dinámica. Hacía falta poco para que se emocionara, y siempre iba por ahí dando saltitos. Ella y yo teníamos la misma edad, veintidós años. Mientras yo iba rondando de un trabajo a otro, ella solo pensaba en salir de fiesta.

—Venga, tía, vamos a aprovechar al máximo tu último día. ¡Quiero que sea inolvidable!

—Bueno, pues aquí tienes lo que te debemos. Te vamos a echar de menos —me dijo mi jefa mientras me entregaba el cheque—. La tienda va a perder parte de su encanto ahora que te vas. No dudes en pasarte por aquí si alguna vez vuelves a Winnipeg, Madi.

—No se preocupe, señora Willson. Esta ciudad es una de mis favoritas, así que tarde o temprano, volveré.

Después de devolverle a mi jefa el uniforme de la tienda —un delantal verde oscuro con una flor azul— y de guardarme el cheque a buen recaudo, me sentí un poco vacía, como si me resultara difícil dejarlos atrás. Cada vez que tenía que volver a la carretera, me invadía esa sensación. Pero al día siguiente tendría que conducir hasta el siguiente destino: Regina.

Me tomé el tiempo necesario para despedirme de todos mis compis. Algunos se pusieron tristes; otros me animaron a continuar con el viaje. Tim, un chico que se llevaba muy, *muy* bien con Sarah, me pasó el brazo por encima y dijo alegremente delante de todos:

—¡Pero bueno! Habrá que organizarte una buena despedida, ¿no? ¡Esta noche saldremos de fiesta al *Long Nightclub*!

—¡Secundo la moción! ¡No se admiten noes por respuesta!

Mi compi me condujo por las calles de la capital de Manitoba[1], y se negó rotundamente a que me presentara en el *pub* con unos vaqueros y la mochila a cuestas. En su defensa diré que, la vez anterior, casi no me habáin dejado entrar por mi evidente falta de estilo.

Odiaba arreglarme. Prefería ir discreta y cómoda a ir mona. ¿Pretendían que me pusiera un vestido sin bolsillos? ¡Sí, bueno! ¿Dónde guardaría mis cosas, si no? Desde luego, no cabrían en uno de esos minibolsitos de fiesta, y aunque es cierto que era bastante inútil llevarlo todo encima, mi madre siempre me decía de pequeña que nunca se sabe… ¿Y si necesitaba algo y no lo tenía a mano?

Aquella noche, Sarah me obligó a ponerme un vestido negro, corto pero discreto. Como la parte delantera no tenía mucho escote, accedí. Mejor ese que otro conjunto que llamara demasiado la atención. ¿Hay algo más degradante que sentirse un trozo de carne fresca en el foso de los leones?

Además, ese vestido combinaba perfectamente con uno de mis tatuajes, que por cierto, me encantan. Uno de ellos era una rama de jazmín que me trepaba desde el hombro izquierdo hasta la base del cuello. Me lo hice el día que cumplí los veinte. El otro, algo más atrevido, eran dos lirios que empiezan en la parte superior de la cadera derecha y bajaban hasta el muslo, sobre un fondo con un mandala hindú en tinta de color. Elegante e invisible para todos, menos para Nath, claro.

Poco antes de salir de casa de mi compi, comprobé cómo estaba mi familia. A mi madre la habían ascendido en la agencia de viajes, y bueno, mi padre dirigía una empresa textil y estaba deseando que ocupara su lugar dentro de unos años. Pero yo no tenía el valor suficiente para confesarle que esa no era mi vocación. El deseo de moverme constantemente como un electrón corría por mis venas. ¡Quería vivir a mi manera!

Luego hablé con Nathan. Estuve más de media hora contándole qué tal el viaje y cuáles serían los próximos destinos. Cuando estábamos juntos en Francia, podíamos pasarnos horas y

horas hablando.

—Te echo de menos, Madi. No es lo mismo aquí sin ti...

—Me muero de ganas de verte... —respondí pensativa, aferrando el colgante de oro con la flor de la vida que me regaló cuando hicimos dos años.

Aquella noche hacía cinco años que estaba en mi vida.

—¿Qué te parecería si fuera contigo?

Al principio, tenía claro que quería hacer un viaje por carretera en solitario, pero al estar lejos de mis seres queridos —especialmente de él—, se me estaba haciendo más cuesta arriba de lo que esperaba. Hacía unos meses, Nathan me había dicho que su trabajo le quitaba demasiado tiempo, así que no podía permitirse dejarlo todo atrás e irse conmigo. Pero ¿y si había cambiado de opinión?

—He ahorrado suficiente dinero para irme contigo. No puedo aguantar otros diez meses... ¡La espera es horrible!

Nath no era partidario de que me fuera y me alejara de todos, de él, durante un año. En ese momento, soñaba con viajar con él. Echaba de menos su presencia, su humor, su sinceridad… A mi novio entero, vaya. Y tenerlo a mi lado sería un gran alivio, porque últimamente la soledad se me estaba tragando.

—¡Claro que sí! Ven, por fa… —solté, feliz.

—Bien, ¡entonces reservaré el próximo vuelo a Canadá!

—¿Estás seguro, Nathan?

—Sí, claro que sí. Daría cualquier cosa por volver a verte, mi amor.

—¡Madi! ¡Date prisa, que llegamos tarde!

La voz de Sarah nos interrumpió desde el pasillo, y me sacó de mi euforia de una forma un tanto súbita.

—Eso suena a que te necesitan… Venga, cielo, te iré contando —dijo mi novio.

—Te quiero, Nathan.

—Yo también te quiero. Diviértete. Nos vemos pronto.

Sarah, con un vestido rojo muy corto que combinaba a la perfección con su pelo negro y su tez mate, me levantó a la fuerza de la cama y sacó el famoso vestido que habíamos comprado antes. No tardé más de cinco minutos en arreglarme. Tuve que abandonar a regañadientes mi preciada mochila y coger un bolsito de mano que, a mis ojos, tenía poca utilidad. Más tarde, preparé la maleta. Así estaría lista para el día siguiente, y solo tendría que coger el coche y salir.

Tim no tardó en llegar en su flamante Range Rover azul. Como era de esperar, había insistido en llevarnos, ya que era la excusa perfecta para fardar de su nueva joyita. En fin, no podía resistirse a hacerlo.

Una vez sentadas, yo delante y Sarah detrás, Tim arrancó con la música a todo volumen y condujo en dirección al *Long Nightclub*. La noche acababa de empezar y ya me estaba arrepintiendo de la ropa que llevaba. Teniendo en cuenta que finales de octubre era una época glacial en Canadá, debería haber cogido una chaqueta o un jersey, pero Sarah seguramente me habría prendido fuego. Casi podía imaginarme sus palabras:

«¡Atención! Policía del gusto, a ver ese outfit…»

Lo único que podía hacer era convencerme a mí misma de que, en cuanto entrara en el *pub*, el frío desaparecería.

Gracias a Tim y a sus conocidos, evitamos una cola de media hora a la merced del gélido viento de la noche. Y tal y como había sospechado, una vez dentro del *pub*, hacía calor. Quizá

demasiado.

Nos sentamos en la barra y mis dos compañeros se pidieron una «copita» de ron y se la bebieron de un trago. Yo me pedí una cerveza, porque claramente era el único alcohol que podía tolerar. Había mucha gente en la pista dándolo todo. El DJ que pinchaba esa noche era bastante conocido en la zona.

—¡Vamos a bailar! ¿Te vienes? —dijo Sarah, entusiasmada, mientras cogía la mano de Tim y me tendía la otra a mí.

—Ahora, cuando me acabe la cerveza, me uno.

—¡Vale!

Justo antes de perderse entre la multitud, Sarah se dio la vuelta y me puso las manos sobre los hombros.

—¡Madison O'Dea! Quiero que te lo pases bien. ¡Bebe más de la cuenta e intenta ligarte a un chico esta noche! ¡Recuerda que es la última que pasas aquí! —gritó para hacerse oír, a pesar del volumen de la música electro.

—Te recuerdo que ya tengo a alguien...

—¿Y a quién le importa? Si no se lo cuentas, no se enterará. Hacerse la buena no sirve de nada, ¡así que disfruta de la noche!

Después de darme un beso en la mejilla, Sarah fue en busca de Tim, que ya estaba bailando entre toda esa gente. Yo me puse a pensar en el comentario de mi amiga, mientras le daba vueltas encima de la barra al poco líquido que quedaba en mi pinta. Engañar a Nathan me resultaba inconcebible. Ni de coña me ligaría a un tío teniéndolo a él. Lo que sí tenía claro es que me moría de ganas de bailar y disfrutar de mi última noche en Winnipeg.

Mi mirada se posó en mis dos colegas, que bailaban abrazados. Me reí para mis adentros. Sarah me había dicho en más de una ocasión que yo estaba casadísima, pero debería haberse visto con Tim. De repente, me acordé de que a la mañana siguiente tendría que irme y dejarlos aquí, y me dio un pinchazo en el corazón. Pero estaba segura de que al marcharme de Winnipeg, podría conocer a gente nueva en cualquier otro sitio, y de que cada persona sería más maravillosa que la anterior.

—¿Puedo invitarte a una copa? —dijo una presencia masculina que se sentó a mi lado.

—No, gracias, ya estoy servida —respondí secamente, señalando mi vaso de alcohol.

Bien hecho, Madi. Si quieres divertirte, este es el buen camino. ¡Sigue echando a la primera persona con la que te cruces!

Mi reacción estaba justificada: no soportaba a los que tonteaban de una forma tan cutre y directa. Sin embargo, contra todo pronóstico, el desconocido se acercó a mí y se bebió lo que quedaba de mi cerveza de un trago. Mi reacción fue mirarle, estupefacta.

—Ahora ya no —dijo, burlón, y llamó al camarero—. Otra cerveza y un martini blanco, por favor. Me llamo Domenico. Encantado.

—¿Italiano? —dije, al notar su acento, pese a que no le había prestado la menor atención.

—*Sì*.

Con sus ojos azules y su pelo rubio peinado hacia atrás, me recordó inmediatamente a Ken, el supuesto novio de Barbie. Tenía cierto encanto, sí, pero ni se me pasó por la cabeza la idea de ligármelo. Era fiel a mi novio. Sin embargo, acepté su bebida y le di las gracias. Él se puso a beber lentamente y no pude evitar fijarme en cómo me devoraba con la mirada... ¡Dios, qué incómoda me sentí! Me giré y busqué a Sarah entre la multitud, y ella me miró desde lejos con una sonrisita burlona. Ese tipo de expresión solo podía traducirse en un: «¡Venga, Madison, a por

todas!».

—¿Quieres bailar?

—Ni de coña.

El desconocido se rio, apoyando la barbilla en la palma de la mano.

—¿Qué te hace tanta gracia? —refunfuñé, mientras lo miraba fijamente.

—Creo que le gustarías a mi hermano pequeño… —dijo entre dientes, mientras se reía.

—Tienes una forma de ligar bastante cuestionable... En fin, ya tengo novio, así que…

El italiano giró la cabeza y observó el local con detenimiento.

—¡Qué raro! No lo veo por aquí. Vamos, solo un baile. No hay nada inmoral. ¿O sí?

No pude evitar pensar en Nathan. Yo quería bailar con él. Y en nada podría hacerlo, ¿no?

Sarah y Tim me hicieron un gesto discreto, como queriendo que fuera a la pista. Me terminé rápidamente la copa y me levanté con valentía, bajo la mirada satisfecha del desconocido.

El italiano me condujo entre la multitud, y vi a mi amiga aplaudiendo y haciendo un gesto de aprobación. Luego me puse a bailar en plena la pista con ese italiano que no dejaba de arrimarse a mí... Estábamos demasiado cerca el uno del otro. Pero como había accedido a bailar con él, tampoco era plan de hacerme la mojigata. A pesar del calor sofocante, me volví hacia el italiano y me fijé en su camisa ligeramente entreabierta. Era un hombre bastante alto, similar a mi novio, y parecía un poco mayor, aunque no podía distinguirlo bien en la penumbra.

Domenico me subió la mano por la espalda y me apretó contra su pecho.

Bueno, pues ya está. Estoy engañando a Nathan y me odiaré el resto de mi vida.

Pero él no lo sabrá —contestó mi conciencia para disipar la culpa—, *y bailar con un desconocido no es ponerle los cuernos.*

Así que escuché a mi vocecilla interior y me dejé llevar en los brazos de aquel tío. Desprendía un ligero olor a sudor mezclado con un perfume almizclado, intenso y penetrante. Me pasé casi una hora bailando con él. Y Dios mío, ¡qué bien bailaba! Sarah, escondida entre la multitud, me lanzó unas cuantas miradas insistentes, acompañadas de sonrisas que lo decían todo. Y cuando la música paró y el segundo DJ de la noche tomó el relevo, el italiano me soltó.

—Tengo que irme —dijo mientras se separaba de mí, no sin dedicarme una sonrisita.

Asentí y Domenico me dio la espalda. Mientras se alejaba, algo cayó del bolsillo trasero de sus vaqueros. Sin perder ni un segundo, lo cogí y le grité para devolvérselo, pero no me oyó. Me abrí paso entre la gente con el fin de encontrarle, pero fue en vano. Intrigada, abrí lo que parecía un pequeño cuaderno, pero no entendí nada. En él había nombres, cifras sin sentido, teléfonos y fechas. Parecía un libro de cuentas, pero en él había mucha, mucha información.

Me dirigí a la salida con la esperanza de encontrarlo. El frío me helaba la sangre. Tenía que dar con él antes de helarme y ponerme enferma. No dejaba de temblar. Avancé por la calle como pude, y el ruido de mis tacones golpeaba el suelo. Algunos transeúntes paseaban por el mismo callejón que yo, pero no había forma de ver a Domenico. Entonces sonó mi teléfono y al mirar la pantalla, vi un mensaje de Nathan.

—He reservado un vuelo a Toronto y luego a Regina. Me voy dentro de dos días. ¡Estoy impaciente por volver a verte!

Contenta, pero demasiado congelada como para poder responderle, decidí contestar al mensaje más tarde y me alejé de la música ensordecedora que aún se intuía, aun a cierta distancia del *pub*. De repente, reconocí la voz del italiano. A toda prisa, me dirigí hacia ella sin perder un segundo.

Y allí estaba él, en una callejuela desierta, conversando con otro hombre. Quise llamarle,

pero parecían mantener una seria discusión. No entendía lo que pasaba. El tono fue subiendo y tuve la sensación de que yo no debía estar ahí.

De repente, el desconocido sacó un cuchillo. El brillo del filo me cegó y luego desapareció a la velocidad del rayo. El hombre apuñaló a Domenico varias veces con una facilidad desconcertante. El rubio soltó un gemido grave y se desplomó en el suelo. Justo antes de que la luz de sus ojos se apagara para siempre, el otro hombre volvió la mirada en mi dirección.

«Petrificada» habría sido una palabra absurda para describir cómo me sentí. Lo mejor que podría haber hecho era largarme de allí, gritar como una loca, pero mi cuerpo se quedó allí, paralizado por el terror. Sin más dilación, la mirada del asesino se posó en mí: en medio de la calle, bajo una farola, era difícil pasar desapercibida.

Al ver cómo se desangraba el cadáver de Domenico, sentí unas náuseas terribles. Había sido mi primer encuentro con la muerte, y yo solo quería huir. El criminal avanzó lentamente hacia mí. Su cuchillo ensangrentado goteaba, y él lo agarraba con todas sus fuerzas, tanto que sus nudillos palidecieron. Una sonrisa malvada se dibujó en sus labios al ver el pequeño cuaderno rojo que yo tenía en la mano.

—Has llegado en muy mal momento… —dijo, con una voz gutural que me produjo escalofríos.

---

[1] *N. de la T.* Manitoba es una de las diez provincias que, junto con los tres territorios (esto es, los territorios del Noroeste, Yukón y Nunavut), conforman las trece entidades federales de Canadá.

2

Una sarta de amenazas

El asesino me agarró del brazo con la fuerza de un animal. Me arrastró a la oscuridad, lejos de la luz de la farola que aún cobijaba mi inocencia. Quise gritar, defenderme, pero el terror me impidió reaccionar. Poco después, mi espalda chocó con un muro de hormigón, lo que me devolvió parcialmente a la realidad.

Solo el aliento del agresor, condensado por el frío, era capaz de romper el silencio que imperaba en el callejón. Mi corazón latía tan deprisa que estaba segura de que él también había podido oírlo. Mi mente se imaginaba mil escenarios de huida, desde el más sencillo hasta el más arriesgado, pero en el fondo, sabía de sobra lo que ese hombre planeaba. Iba a matarme. Iba a degollarme lentamente y yo iba a acabar en la acera como Domenico unos segundos antes. Mi cuerpo ya estaba rígido como un cadáver, así que poco me quedaba.

Aparté la mirada de él y no tardé en ver el cadáver en cuestión a mi izquierda, a pocos centímetros de nosotros. Volví a sentir náuseas y cerré los párpados, con la esperanza de que todo fuera una simple pesadilla. Desgraciadamente, el frío se hincó con tanto ímpetu en mi piel que la realidad me alcanzó de forma inevitable. Un violento mareo hizo que mis piernas se tambalearan y recé para que no volviera a ocurrir. Llevaba varios meses viajando tranquila, así que no era el momento de que las cosas se torcieran.

Fue entonces cuando un objeto frío y puntiagudo me rozó la garganta. Abrí vagamente los ojos para descubrir, con horror, el filo ensangrentado del arma del asesino. La hoja recorrió mi cuello hasta llegar a mi cara, y dejó a su paso un pequeño rastro de sangre —que por suerte, no me pertenecía— en mi piel.

—Dame ese cuaderno —gruñó con su voz áspera y amenazadora.

El agresor rozó mi brazo derecho con su mano libre hasta llegar a mi muñeca, y yo le entregué el objeto que tanto deseaba sin oponer resistencia. Habría dado lo que fuera para que cogiera ese maldito cuaderno y se fuera.

El desconocido era alto y ancho de hombros. Su complexión era a la vez esbelta e imponente. En la penumbra, solo podía distinguir la delgadez de su rostro y una pequeña mueca en sus labios, que parecía reflejar sus oscuras intenciones.

—Trabajas para De Marzo, ¿verdad?

¿De Marzo? ¿Qué decía ese hombre? Ni siquiera conocía ese apellido. Su cuchillo se deslizó de nuevo bajo mi garganta y ejerció una ligera presión. Yo me estremecí y apreté la mandíbula. Era el momento de que cundiera el pánico. El corazón se me aceleraba un poco más a cada segundo que pasaba.

—¡Contesta!

—No... Se equivoca… Yo no… —conseguí decir por fin con voz débil, ya que tenía un nudo en la garganta por la angustia visceral que me provocaba aquel tipo.

Decidí tratarlo de usted porque era un hombre que rebosaba autoridad.

—¡Maldita mentirosa! Entonces, ¿por qué tenías mi cuaderno en tu poder? ¿Conocías a ese cabrón? —me soltó, mientras me obligaba a volver la cabeza hacia el cadáver.

—Sí, pero yo...

Estaba confusa, perdida. Tenía los ojos cubiertos de lágrimas por culpa de ese loco que iba a

acabar matándome... ¿Cómo iba a salir de semejante embrollo?

—Bueno, no, no lo conocía, es solo que...

—Estás metida en un buen lío, señorita.

De repente, tuve la ocurrencia del siglo: llevaba mi spray de pimienta en el bolso. Era algo que, por suerte, nunca me dejaba en casa. Ya había sufrido algún que otro incidente en Francia, y no quería volver a pasar por algo así. Nunca más. Todo el mundo se reía de mí por llevarlo, pero mira tú por dónde, quizá acabaría salvándome.

—O hablas, o te mato.

Al escuchar las palabras del agresor, me mordí el labio para evitar caerme muerta. No podía entenderlo. ¿Todo esto por un cuaderno? ¡Ni siquiera era suyo! Lo había visto caer del bolsillo de Domenico. ¿O tal vez Domenico se lo había robado? Si no le hubiera echado el guante, quizá la muerte no se lo habría llevado tan pronto…

En ese momento, le estuve eternamente agradecida a Sarah por haberme obligado a llevar ese bolso enano, porque no tuve que buscar mucho para encontrar el famoso spray. Con el pulgar, retiré discretamente el tapón.

Luego, sin perder un segundo, desenfundé mi arma y apunté directamente a la gélida mirada azulada de mi captor. Entonces él me agarró la muñeca y desvió el chorro con facilidad. Solté un alarido de pavor mezclado con dolor, pero el desconocido me tapó la boca con la mano para impedirme hacer más ruido.

—¡Suelta eso!

Tiró de mí hacia él y luego me puso de cara a la pared para inmovilizarme, mientras me sujetaba los brazos con la mano.

—No pienso decirlo una vez más.

Resignada, obedecí, porque no quería enfurecer a mi agresor. Por un momento había creído que podría escapar. Mis lágrimas empezaron a resbalar por sus dedos, que amortiguaban mis gritos de puro horror. Me temblaban las piernas y solo era capaz de mantenerme en pie porque él me sujetaba. Pasaron unos segundos en los que reinaba un silencio sepulcral. Esperaba ver a alguien al final de la calle, bajo la farola, alguien que pudiera ayudarme. Pero ¿quién iba a salir con ese frío? A lo lejos se oía la música remota del *Long Nightclub*, y pensé en mis compañeros, que seguían dentro. ¿Me estarían buscando o estarían demasiado ocupados restregándose el uno con el otro?

¡Joder! Seguro que a la mañana siguiente oirían hablar de mi muerte en la radio.

Tras unos segundos, sentí el aliento de mi agresor arañándome la nuca. Había aflojado su agarre, probablemente porque había notado que estaba algo más calmada. Claramente fue un error por su parte, porque aproveché la ocasión para aplastarle violentamente el pie de un taconazo. El asesino no profirió el menor grito, pero yo no me quedé quieta, no perdí el tiempo. Como me había liberado ligeramente, eché a correr.

Sin embargo, por mucho ímpetu que circulara por mis venas, lo de correr con tacones distaba mucho de ser una buena idea, porque solo tardé unos metros en tropezarme y desplomarme de forma patética en el suelo. Sentí crujir mi muñeca derecha al entrar en contacto con el asfalto empapado. Mis cuerdas vocales se anudaron, gemí de dolor y me maldije a mí misma. Me giré y vi a mi agresor riéndose, burlándose abiertamente de mí. Y su sombra no tardó en engullirme y sumirme en la peor oscuridad de este mundo...

***

Una sacudida brusca y el rugido repentino de un motor me hicieron emerger de mi sueño. Cegada por el resplandor del sol y aturdida por un violento dolor de cabeza, me desperté en el asiento trasero de lo que supuse que era un 4x4. ¿Sería el de Tim? ¿Habría sido todo un sueño? Quizá hubiese bebido demasiado…

Aún febril, intenté incorporarme, pero descubrí con horror que tenía las manos atadas con unos cables eléctricos de color negro. Definitivamente, no lo había soñado. Me incorporé apoyándome en mis codos y vi una carretera pedregosa rodeada de la inmensidad del bosque. No había duda: el conductor del coche era el asesino de Domenico, así que ¿por qué seguía yo con vida?

Su gélida mirada me atravesó cuando fijé la vista en el retrovisor. Incapaz de soportarlo ni un solo segundo más, me di la vuelta. No me atrevía a hacer el menor ruido. Me intimidaba, o mejor dicho, me aterrorizaba ese hombre. Hice lo posible por mantener la calma, y respiré lentamente. Tenía que salir de allí como fuera.

—Quédate quieta si no quieres que te meta una bala entre ceja y ceja.

—No vi nada... No diré nada. No conocía a ese tipo ni sé qué hay en ese cuaderno. N-n-no soy nadie importante… —tartamudeé, pese a que intentaba no mostrar mi miedo ni mi nerviosismo.

Él soltó una risa sarcástica antes de decir:

—No pienso decírtelo una tercera vez. ¡Túmbate, joder!

Obedecí de inmediato; no quería que se alterara más de la cuenta. Aún no había adivinado lo que tenía en mente... y mucho menos lo que sucedería a continuación. No era casualidad que siguiera viva. Era evidente que no pretendía matarme. Al menos, no en aquel momento.

Miré a mi alrededor, pero no vi mi bolso. Probablemente se habría quedado en el callejón. Supuse que había tenido suerte. Pensé que quizá así alguien se daría cuenta de mi repentina desaparición. Intenté encontrar discretamente una vía de escape. Forcé discretamente la puerta del coche, pero me dolía la muñeca. Además, como era de esperar, estaba cerrada. ¡Pues claro! Maldije mi estupidez. Para empezar, nunca debería haber salido de la discoteca. Debería haberme quedado con Sarah y Tim... Además, ¿cómo habrían reaccionado a mi ausencia? Había desaparecido de repente, y mi pequeño Jeep seguía aparcado en casa de Sarah. Mis compis debían de estar preocupados, y probablemente ya habrían avisado a la policía de que me había volatilizado. A menos que pensaran que me había ido a pasar la noche con un chico. Lo cual no era del todo falso, salvo porque no estaba en su piso ni en su cama, sino maniatada en su coche. ¿Podía ser más absurda la situación?

La migraña me estaba haciendo casi imposible lo de seguir tumbada, así que me incorporé de forma silenciosa. De reojo, aproveché para observarle. Pensé que sería buena idea memorizar su cara por si conseguía salir de allí, y así podría presentar una denuncia.

El asesino llevaba barba de dos o tres días, una gorra y una camiseta oscura, al igual que sus vaqueros. En la mano, lucía unos cuantos tatuajes en tinta negra, cuyo significado no logré descifrar.

—¡Me cago en la puta! ¡Debería haberte metido en el maletero! —refunfuñó el tipo, lo que me sacó de mis pensamientos—. Tienes suerte de haber llegado hasta aquí. O quizá no, ahora que lo pienso...

Ese pequeño matiz insidioso me puso los pelos de punta. El hombre se encendió un cigarrillo y yo me giré para mirar por la ventana. A lo lejos, vi un cobertizo y, a unos cuantos pasos, unos

tipos iban armados hasta las cejas. Llevaban escopetas y ametralladoras. El estómago se me retorció por la angustia.

El criminal apagó el motor y tragué saliva al imaginar lo que me esperaba tras aquellas puertas. Salió del coche y se dirigió hacia los cuatro hombres que custodiaban el hangar. Intenté una vez más abrir la puerta del coche, presa del pánico, pero fue en vano. Estaba cerrada a cal y canto, y mi captor no tardó en aparecer, seguido de sus hombres. Dos de ellos abrieron el maletero, mientras que él se encargó de abrir la puerta de mi asiento y me agarró del brazo para sacarme del 4x4. Me entregó con desdén a esos dos armarios. La curiosidad es traicionera, y me hizo mirar lo que habían sacado del maletero. Entonces vi un cadáver envuelto en una lona transparente, que ahora estaba manchada de sangre. Vi claramente el cuerpo de Domenico, y mientras intentaba asimilarlo, volví a sentir náuseas.

—No os olvidéis de limpiar la sangre —añadió el moreno, mientras le entregaba las llaves del coche al dúo de matones.

Luego el tipo se acercó a mí para quitarme los cables que me ataban las muñecas. Me apretaban tanto que tenía las manos entumecidas, pero no era el momento de quejarse. Mis ojos se abrieron de par en par cuando vi lo magullada que estaba mi muñeca derecha. Sabía que era torpe, pero dadas las circunstancias, me debatí entre la risa y el llanto. Al haberme torcido la muñeca de una forma tan exagerada esa noche, había perdido mi única oportunidad de escapar. No obstante, me contenté con fulminar con la mirada al asesino, y recibí una respuesta de lo más simple por su parte: una mofa.

—¡Ya hablaremos dentro de un rato, tocahuevos!

Recuerdo que, en ese momento, lo odié con todas mis fuerzas. Pero sin decir nada más, él se alejó y los dos tipos que aún seguían mis pasos me escoltaron hasta el hangar. Uno me sujetaba del brazo y el otro me apuntaba a la espalda con su AK-47, como si yo fuera el forajido más buscado de la faz de la tierra.

Cuando entramos en el enorme cobertizo, me fijé en los coches aparcados y las cajas apiladas que se repartían por el lugar. Algunas estaban abiertas, y en ellas, había paquetes de polvo blanco y armas. Tenía el corazón en un puño. Temía haberme topado con una banda terrorista o un cártel, y cada vez sentía más aprensión por lo que me deparaba el destino. Dentro del hangar hacía frío. Todo el mundo llevaba chaquetas y jerséis, y allí estaba yo, paseándome bastante ligera de ropa y en tacones. Y cómo no, algunos de los hombres no dudaron en alegrarse la vista y deleitarse con mi cuerpo. Por eso odiaba los vestidos.

Me metieron en una habitación aislada, pero en la que, desde luego, no hacía calor. La puerta se cerró de golpe, y me dejaron allí, sola y desesperada. Me di la vuelta y me topé con una mísera cama vieja, sin mantas ni sábanas, con manchas de dudoso origen, y una mesita con dos sillas alrededor. Nada más. Una auténtica celda. Intenté abrir la puerta, pero, como era de esperar, no sirvió de nada.

Respiré hondo y me concentré en mantener la calma y el aplomo mientras andaba en círculos por mi pequeña prisión. Seguía viva, pero si no medía mis palabras, acabaría envuelta en una lona. No estaba dispuesta a entregar lo que me quedaba de vida a esos cerdos maleantes.

Les diría la verdad: que no sabía quién era ese tal De Marzo. Que el italiano al que había conocido la noche anterior me había invitado a una copa, habíamos bailado y eso era todo. ¿Para qué más? Bueno, quizá añadiría que luego se le había caído el cuaderno, que al parecer no era suyo, y que ahora estaba muerto. Al fin y al cabo, eso era todo lo que yo sabía. Tendría que explicarles que todo había sido un horrible malentendido, que yo solo era un turista y que no

buscaba problemas. Por otra parte, intentaría no involucrar a mi familia ni a mis amigos. Tenía que ser precavida.

¡Vamos, Madi! Entonces tienes que decir la verdad y mentir al mismo tiempo… Un poco contradictorio, ¿no?

Recostada en el incómodo colchón que tenía un par de muelles rotos, me quité los tacones. El hambre, la sed, el dolor y, sobre todo, el frío, me desesperaban. Enterré la cara en mi mano buena y suspiré. Después de varios minutos, acabé hecha un ovillo en la cama, para intentar mantener el calor. Me habría venido bien dormir, pero era imposible. En cuanto cerraba los ojos, la horrible imagen de Domenico siendo apuñalado se repetía en mi cabeza una y otra vez.

Lloré en silencio. Pensé en mi familia, en mis amigos, en Nathan... Temía no volver a verlos.

De repente, la puerta se abrió de nuevo, y yo salí de mis pensamientos más oscuros. Al otro lado, vi al secuestrador. Su chaqueta arremangada revelaba unos cuantos tatuajes que se añadieron a los primeros que había observado antes: una tela de araña en el codo derecho y un trébol de tres hojas con un pequeño texto, ilegible desde donde yo estaba sentada.

Cuando al fin estuvimos cara a cara, y la luz del día me permitió observar sus rasgos. Estimé que rondaría los veinticinco años, treinta como mucho. Su pelo oscilaba entre el castaño y el negro. Tenía unas ligeras ondas y estaban sutilmente peinadas hacia atrás.

El asesino me dirigió una mirada tosca e intimidante, y la acompañó de esa pequeña mueca en la comisura de los labios que me había dejado ver aquella noche. Colocó una bolsa de tela negra a los pies de la mesa y agarró una de las sillas de mi pequeña celda.

—Siéntate —dijo, señalando la silla que tenía enfrente.

Luché por levantarme de la cama, bajo la temeridad de su atenta mirada, y luego la agarré por el respaldo con timidez.

—Muy bien. Ahora, vayamos al grano.

3

El interrogatorio

—Te propongo un trato: dime lo que quiero saber y me aseguraré de encontrarte un lugar más cómodo que esta celda cochambrosa. ¿Qué te parece?

Asentí tímidamente. Al ver que me apretaba la muñeca derecha que aún tenía dolorida, me hizo un gesto para que extendiera el brazo. Pero entonces pensé que debería estar soñando si pretendía que se la confiara a sus manos asesinas. Como no cedí, hizo un gesto de fastidio y luego tiró de mi brazo hacia él sin miramientos. Estaba temblando de frío, pero también de miedo. Tenía un nudo en la garganta y la horrible sensación de que una prensa me aplastaba el pecho. Se me erizó el vello del brazo. Me aterrorizaba cada vez más. ¿Quién no temería al peor de los monstruos?

—¿Te duele?

Volví a asentir, y dejé ver una leve mueca de dolor cuando me agarró de la muñeca.

—Te has lucido… —me regañó secamente—. Pero no te preocupes, solo es un esguince leve. Al menos ahora ya estás avisada, así que ya sabes: no intentes engañarme otra vez.

Empezó a masajearme la muñeca. Fruncí el ceño por el dolor e intenté apartarme, pero él me retuvo con firmeza y me miró fijamente. Bajo el yugo de esa amenaza silenciosa, dejé que hiciera movimientos circulares alrededor de la zona afectada, lo que, extrañamente, me alivió. Esa repentina dulzura contrastaba con su naturaleza temperamental. Me estiraba el antebrazo con una calma imperturbable. Ese hombre me resultaba de lo más inquietante. Tras varios segundos interminables, rompí el silencio:

—¿Dónde estamos?

—Aquí el que pregunta soy yo —gruñó con rudeza, mientras me miraba por encima del hombro—. Continuemos donde lo habíamos dejado.

Sorprendentemente, parecía mucho más tranquilo y paciente que cuando lo vi por primera vez en ese callejón. Aun así, decidí mantenerme en guardia. Cabía la posibilidad de que estuviera jugando conmigo.

—¿Cómo te llamas? ¿De dónde eres? ¿Y cuántos años tienes?

—Me llamo Madison Willson, tengo veintidós años y soy de Toronto.

En ese momento, lo sentí mucho por la señora Willson. Fue la primera persona en la que pensé. Sí, mentí en todo excepto en mi edad, pero no es que fuera a comprobarlo ahí mismo. Si le daba mi verdadera identidad, ese loco encontraría fácilmente a mi familia a través de las redes sociales, y se me revolvía el estómago de pensar que pudiera chantajearlos de algún modo.

—Mira, esto no es más que un malentendido…

Para aquel entonces, se me había pasado la tontería de tratarlo de usted.

—¿Cómo conociste a Domino?

—¿A Domino?

El asesino se pellizcó el puente de la nariz, molesto, antes de continuar:

—Domenico Del Baso.

—Anoche mismo. Ya te lo he dicho, me invitó a una copa y me sacó a bailar. Nada más, te lo aseguro.

—Entonces, ¿cómo explicas que tuvieras mi cuaderno?

Dejé escapar un largo y tenso suspiro y apoyé la cabeza en la mesa. Sentía que no dejaba de repetir lo mismo todo el tiempo. Estaba harta; solo quería que todo esto terminara.

—Se le cayó accidentalmente a ese italiano al salir, e intenté devolvérselo, pero...

Tuve que parar. Me vinieron a la mente imágenes horribles y las palabras se me atascaron en la garganta.

—En ese caso, si todo es un malentendido, ¿qué haces tan lejos de casa?

—Me he tomado un año sabático para viajar por el país.

Después de varios minutos, mi agresor dejó de masajearme la muñeca. Yo mantuve la cabeza apoyada en la mesa, desesperada. Poco después, le oí abrir la bolsa que tenía a sus pies. Cuando levanté la vista, intrigada, vi que me cogía la mano y me aplicaba una pomada en la zona dolorida.

¡Qué asesino tan atento!

Mientras me envolvía la muñeca en una venda poco prieta, yo me concentré en buscar los indicios de una treta en sus ojos. Estaba segura de que me esperaba algo horrible. De repente, la puerta se abrió de golpe y apareció un tipo calvo con un cigarrillo en la boca.

—Señor McAllister, debería venir a ver esto.

Intrigado, el moreno se levantó y cogió su bolsa. Se dio la vuelta y puso una botella de agua sobre la mesa antes de darme la espalda definitivamente. McAllister... Sonaba irlandés, o quizá solo fuera un linaje de lo más remoto, porque no le había notado un acento especialmente marcado. Antes de que se cerrara la puerta, me levanté rápidamente y agarré el picaporte.

—¡Espera!

El tal McAllister se dio la vuelta y me dirigió una mirada curiosa.

—¿Cuándo podré irme? —le pregunté, con un tono ingenuo y suplicante.

El asesino dejó escapar una risa cínica que me desconcertó un poco, antes de contestar:

—Eso está por ver…

Entonces la puerta se cerró con un fuerte estruendo. Desilusionada, me dejé deslizar con la espalda apoyada en la pared. ¡Joder, yo no había pedido nada de lo que estaba sucediendo! Y aunque su respuesta me hubiera dado un poco de esperanza, también cabía la posibilidad de tener que quedarme aquí para siempre. Tal vez fuera a matarme, o a dejarme marchar, cuando se diera cuenta de que había dicho parte de la verdad y de que, por lo tanto, no era un cabo suelto. Pero por el momento, estaba a su merced. Solo tenía que mantener la calma y obedecer.

Pasaron unos minutos, que se hicieron eternos, y yo mantuve la cabeza entre los brazos, mientras lamentaba mi suerte. Cansada, cogí la botella de agua que había sobre la mesa. No tenía nada que agradecerle, ni siquiera que me hubiera dejado algo de beber, o que me hubiera masajeado la muñeca.

¡Por Dios! Ese hombre había matado a Domenico y, por su culpa, ahora estaba allí. ¿Y si estaba siendo amable conmigo porque se sentía culpable? Lo dudaba mucho, en realidad. No debía caer en su telaraña. Si no tenía la intención de liberarme, sería yo quien tendría que aprovechar la oportunidad. Pero aún no había llegado el momento; era demasiado pronto para salir huyendo. Iba a tener que ser paciente y mostrarme dispuesta a ayudar. Yo no era el tipo de persona que se dejaba engañar o miraba para otro lado, y si el tal McAllister pensaba eso, estaba muy equivocado.

Poco después, la puerta volvió a abrirse. Un chico un poco más joven que yo entró, y la cerró cuidadosamente detrás de sí. Era un joven de complexión más bien delgada, ligeramente más alto que yo, y tenía el pelo rubio y los iris de un tono ámbar.

—Te he traído una manta —murmuró tímidamente.

—Gracias... —respondí con una sonrisa forzada, mientras cogía la manta de un verde descolorido que me tendía.

Su comportamiento infantil y reservado no tenía nada que ver con el de los matones que había conocido hasta ese momento. Era el único que parecía agradable, al menos a primera vista.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté, mientras me sentaba en la cama.

—William, pero todo el mundo me llama Will o Willy.

—¿No eres un poco joven para trabajar aquí?

—Que no te engañe mi complexión: tengo diecinueve años. Mi padre no quería verme más el pelo, y como trabaja con James, me permitieron que les echara una mano.

—¿James?

—Sí, James McAllister, el miembro de la West End Gang[1], que trabaja con el líder del cotarro, Bran. Bueno, quizás no debería haberte dicho eso. Corre el rumor por el hangar de que eres una espía de los italianos. Pero yo no les creo. No tienes cuerpo de espía, ni tampoco aparentas estar en el negocio. Créeme, yo tengo olfato para esas cosas.

Al escuchar las palabras de Will, sentí que estaba a punto de atragantarme con mi propia saliva. ¿Dónde coño me había metido? Todos los nombres que mencionaba ese chico no significaban nada para mí, pero poco a poco, me iba dando cuenta de que la situación me superaba y, sobre todo, de que tenía que tomármelo en serio. ¡Se creían que era una espía! Era surrealista. Solo bastaba con mirarme a la cara. Y bueno, lo de la banda del West End no significaba absolutamente nada para mí. Si hubiera oído hablar de ellos en la tele o hubiera leído algo en los periódicos, ¡sin duda me lo habría pensado dos veces antes de venir a Canadá!

—Tengo que irme. Tenemos un cargamento que preparar para mañana.

El chico rubio se levantó y yo le di las gracias una vez más por la manta. No pude evitar pensar que quizá no se trataba de un grupo tan pequeño. Después de todo, había visto las cajas apiladas en el cobertizo.

—¡Ah, casi se me olvida!

Will sacó una bolsa de su bolsillo trasero y me la lanzó. La atrapé al vuelo y entonces me di cuenta de que dentro había un pequeño aperitivo.

—Será nuestro secretito —susurró, mientras me guiñaba un ojo.

Cuando se marchó, sentí un vacío en mi interior. Ese chico había resultado ser el más soportable del hangar. Nunca había disfrutado tanto de una barrita de cereales. Mi estómago se calmó un poco y por fin encontré la calidez reparadora —que tanto necesitaba— al envolverme en la manta.

Apoyé la cabeza entre los brazos y me acurruqué. ¿Adónde me llevaría este horror? En ese momento, aún no podía imaginar lo que me esperaba. Nadie podría haberlo hecho. Había estado intentando que no vieran mi miedo, y me convencí a mí misma de que no había nada que temer. Pero en el fondo, mi cuerpo y mi mente seguían aterrados ante lo desconocido. No tenía ni idea de cómo iba a salir de allí.

Cerré los ojos, como rendida a la fatiga, y estuve a punto de dormirme... Pero entonces, un fuerte golpe me sobresaltó. Uno de los hombres de James entró en la habitación. Tragué saliva al ver que un tío de un tamaño considerable se acercaba, rebosante de peligro, con la escopeta en la mano. El esbirro me agarró del brazo.

—¡Oye, oye, tranquilo! ¿Sabes lo que es la delicadeza?

Por el amor de Dios, Madi, cállate...

En cuanto me sacó a rastras de la seguridad de mi celda, tuve la horrible sensación de que iba caminando en dirección a la muerte. Además, el hangar parecía desierto y los numerosos coches que había visto al llegar ya no estaban allí. Seguí forcejeando, pero los dedos que me rodeaban el brazo me agarraban con tanta fuerza que tuve que apretar la mandíbula para contener un gemido de dolor.

Mientras me conducían a una sala cercana, el estómago se me revolvía por la angustia. El pánico me invadió al detectar unas manchas de sangre curtida en la esquina de la puerta. Pese a que yo me esforcé por no poner el pie en esa lúgubre habitación, el matón me bloqueó el paso y me empujó hacia el interior.

Sumida en la oscuridad, el verdugo me soltó por fin, pero no tardó en mostrarme el cañón de su arma para disuadirme de echar a correr hacia la salida. Resignada, levanté las manos en señal de rendición. Con una mirada obtusa, el tipo calvo volvió a enfundarse la pistola en la cintura, antes de agarrarme de nuevo del brazo y arrojarme sin piedad contra una reja. El corazón me latía en la garganta y defenderme me pareció inútil: no tenía fuerzas.

El esbirro no tardó en esposarme a la pared de alambre.

Abandonada a mi suerte en ese cuartucho siniestro, confirmé mi teoría de que me iban a torturarme, de que sería parte de algún juego enfermizo.

El frío y la humedad me pusieron la piel de gallina. La angustia me desgarraba lentamente las entrañas mientras intentaba encontrar la luz en la penumbra más absoluta. Me esforcé para ahuyentar los oscuros pensamientos que me abrumaban, pero fue en vano.

No puedo morir. Hoy no. Así no. Es imposible.

Poco después, se abrió la puerta. Me estremecí y luego volví a centrar mi atención en el umbral. Una luz brillante me deslumbró y luego vi a James, mirándome con desdén. La habitación estaba casi vacía. Sin embargo, descubrí un cubo de agua y una batería con cables a mis pies. Con eso bastó para que mi valor se desvaneciera.

En silencio, el asesino cogió una silla y se sentó. Con los dedos cruzados y los codos apoyados en las rodillas, me miró con cierto interés. Era evidente que no había decidido hablar conmigo para conversar del tiempo.

—¿Qué es lo que no has entendido de ser sincera conmigo?

En ese momento, no entendí a dónde quería llegar. De repente, sacó un pasaporte del bolsillo de sus vaqueros y empezó a hojearlo.

—Madison Isabelle Annah O'Dea, nacida el 18 de agosto de 1996 en París. Ojos verdes. Reside en Lyon, en el segundo distrito, calle Émile Zola. Interesante, ¿verdad?

Mientras ese desgraciado recitaba la información que figuraba en aquel librito rojo, se me encogió el corazón. Luché por contener las lágrimas, que solo demostraban que mi malestar iba en aumento. Me mordí el labio inferior. Todo para reprimir mi pavor.

—Debes de haber viajado mucho —dijo mientras descubría los cuños de las distintas páginas —. Bueno, como te imaginarás, anoche mis hombres limpiaron la escena del crimen; no íbamos a dejar ningún rastro que pudiera incriminarnos.

Dicho esto, me arrojó el pasaporte a los pies.

—Ah, espera. También está esto...

Del mismo bolsillo, sacó un móvil blanco, en cuya carcasa había un mandala verde y negro. No había duda, era mi móvil. El odio me nubló la vista e hizo que me temblara el cuerpo.

—¿Ese tal Nathan… es tu chico?

Su tono burlón me repugnó.

—¡Devuélvemelo! —grité, esta vez con todas mis fuerzas.

—«He reservado un vuelo a Toronto y luego a Regina. Me voy dentro de dos días». ¡Qué bonito! Llega mañana, ¿no? Lástima que no puedas darle la bienvenida. Espero que no te importe. Me he tomado la libertad de leer tus mensajes. «No te preocupes por nosotros, cariño, todo bien. Disfruta de tu viaje. Mándanos fotitos. Cuídate. Te quiere, mamá». Qué conmovedor…

Su tono falsamente compasivo me repugnaba. Le odiaba hasta la médula. Sollocé en silencio, mientras apretaba los dientes. Pero lo que más me sorprendió fue que ese tipo pudiera expresarse en un francés impecable. ¿Quién era en realidad?

—«He pasado por tu casa para dar de comer a tus gatos. Están bien, no te preocupes». Ese es de una tal Justine. Y también te escribió Sarah esta mañana: «¿Y bien? ¿Te fuiste a casa de ese rubio buenorro?». Esto tiene que ser una broma. ¿Se refiere a Domino? Bueno, espera, que sigue: «Tía, tu coche sigue aquí aparcado. ¿Dónde estás? Nos estamos empezando a preocupar».

Una risa sarcástica escapó de sus labios. Dejé caer la cabeza, ahora sin fuerzas, y mis brazos se entumecieron poco a poco. Parecía que estaba disfrutando mientras me reducía a la nada. Me sentía desnuda, pero obviamente la cosa no acabó ahí.

—También le he echado un vistazo a tus fotos…

Se levantó y se acercó a mí para levantarme la barbilla. Alcé la cara con en un intento patético de mantener la compostura.

—Este es tu novio, ¿no?

El muy cabrón me enseñó la foto de un chico joven, moreno y de ojos marrones y pómulos marcados. Sin duda era él, pero me abstuve de darle una respuesta. Deslizó el pulgar por la pantalla y varias fotos pasaron ante mis ojos. Pero se detuvo en una en particular: una foto que Nathan me había hecho y en la que aparecía poniéndome el sujetador. Dios, ¡odiaba cuando se ponía a juguetear con mi móvil! Y ahora esa fotito de mierda estaba ahí, delante de mi secuestrador.

—No está nada mal, ¿no? Creo que me quedaré con esta.

Me quedé callada, muerta de la vergüenza. Estaba abochornada por sentirme tan débil, por estar allí retenida. Ese tipo había invadido mi privacidad y había intentado humillarme.

El tal James volvió a guardarse mi móvil en el bolsillo. Con una mano se apoyó en la valla, puso una rodilla entre mis piernas y con la mano libre volvió a agarrarme de la barbilla para obligarme a mirarle a los ojos.

—Por suerte, O'Dea, eres de ascendencia irlandesa.

—Mi bisabuelo era irlandés; yo soy francesa —solté, de forma despectiva.

—He investigado un poco a tu familia. Eres hija única. Tu padre es director de una empresa y tu madre trabaja en una agencia de viajes. Debes de ser un *tesoro* muy valioso para ellos. Me pregunto cuánto pagarían por volver a verte.

—Maldito hijo de... —solté, sin pensármelo dos veces.

Pero no tuve tiempo de terminar la frase, porque me hundió los dedos en los mofletes. Solté un grito ahogado cuando me apartó suavemente el pelo hacia atrás para aspirar mi aroma. Me dio asco.

—¡Qué desperdicio! Palabras tan feas en una boca tan bonita… No te eches a perder tan pronto. Creo que es momento de que aprendas, tesoro, que la violencia no es la única forma de hacer daño. Puedo hacerte sufrir de mil y una maneras, sin siquiera usar mis puños. De eso se

trata.

Me dio un golpecito en la frente con el dedo índice. Lentamente, su mano libre bajó por mi nuca, y luego por mi clavícula, con delicadeza, como si pretendiera dibujar las curvas de mi cuerpo, hasta llegar a mi muslo. Me mordí el labio inferior hasta que me sangró. James levantó los pliegues del encaje de mi vestido y sus cálidos dedos rozaron mi piel. No podía dejar de temblar. Temía lo que pudiera hacerme. Su aliento se apoderó de mi nuca y me estremecí de repulsión. Débil e indefensa, fui incapaz de decir nada. Estaba paralizada por el horror.

Pero entonces, paró en seco. Su pulgar limpió una lágrima de mi mejilla, con una suavidad que contrastaba con sus perversas intenciones.

—Cálmate. Estás demasiado hecha polvo para que se fijen en ti…

Mi ego cayó por los suelos.

—Creía que trabajabas para los italianos, así que, en un principio, tenía la intención de torturarte para que te fueras de la lengua, pero parece que me equivocaba. De todas formas, vas a ser una rehén estupenda, tesoro.

James me soltó el vestido y se dirigió a la salida. Por fin pude recuperar el aliento, pero antes de que cerrara la puerta a mis espaldas, me armé de valor y le pregunté:

—¿Quién coño eres?

Necesitaba saber a quién me enfrentaba.

—Querida, estás en manos de la mafia irlandesa. Bienvenida al hangar de la West End Gang.

---

[1] *N. de la T.* En inglés, *gang* significa «banda».

4

Vámonos

Un año antes.

—Eres tan bonita...

Una voz ronca me despertó suavemente. Miré el móvil y me di cuenta de que no habíamos dormido mucho. Era culpa de Nathan, por haberme llevado a un restaurante la noche anterior. Habíamos llegado muy tarde a casa.

Nathan me puso la mano en la mejilla y yo me acurruqué contra su pecho desnudo. Los rayos del sol se colaban por las finas cortinas blancas. Parpadeé. Mi amor se levantó sobre un codo para mirarme, y en sus labios se dibujó una dulce sonrisa. Su mano me acarició suavemente el pelo.

—Te quiero —susurré con la voz ronca.

Él se inclinó para besarme. Puse las manos detrás de su cuello para atraerlo hacia mí. Nos besamos sin freno. Nada podría habernos separado en aquel preciso instante. Su cara se apretó contra mi nuca y un escalofrío me recorrió la espalda cuando él aspiró mi olor.

—Vámonos. A España, solos tú y yo —me susurró Nathan al oído.

Sonreí.

—Te lo prometo. Después de Canadá.

Suspiró. Sabía que le costaría aceptar que me fuera sin él. Hasta entonces, siempre lo habíamos hecho todo juntos. Aunque a veces se marchaba durante cierto tiempo y no tenía muchas noticias de él, no había nada de que preocuparse: teníamos una confianza plena el uno en el otro.

Pero en aquel momento, sentía la necesidad de viajar sola, de reinventarme, para poder volver con los míos pasado un año. Además, Nathan estaba hasta arriba de trabajo, así que tampoco nos veíamos mucho. Así que sí, doce meses sin mis amigos, sin mi familia, sin él, sería mucho tiempo, pero yo necesitaba descubrir cosas nuevas, y a Nathan le costaba entenderlo. Éramos diferentes en muchos aspectos, pero nada nos impedía ser felices en los brazos del otro.

—Hay una playa en Andalucía, Bolonia. Te llevaré allí, mi amor...

Sonreí y le besé.

—Estoy deseando verla.

—Te llevaré el desayuno a la cama y por la noche nos bañaremos en el mar.

—Suena bien… Buen plan.

—Aún no has visto lo que te espera…

Mi novio me agarró por las caderas y volvió a besarme. Rodeé su cintura con mis piernas y me dejé llevar.

Una vocecita me susurró que mi vida acababa de empezar...

5

El mismísimo diablo

El tiempo pasaba tan despacio que los minutos parecían horas. Estaba de vuelta en aquel cuarto cochambroso, del que —en realidad— nunca había salido, salvo para ir al servicio o cuando me dejaban ducharme... con la debida escolta, por supuesto. Todas aquellas miradas de desconfianza en el hangar me hacían sentir cada vez más incómoda.

Por suerte, no había vuelto a ver a James. Aún no había asimilado que formaba parte de la mafia irlandesa. Siempre había pensado que este tipo de cosas solo ocurrían en las películas. Y además, ¿desde cuándo existía la mafia en Canadá? Para mí, ese país representaba la libertad, la sabiduría y la diversidad cultural. Era una tierra próspera y donde se priorizaba la ecología. Un país que solía mantenerse alejado de los conflictos mundiales. Cómo iba a saber yo que estaba plagado de mafiosos y otros criminales de la misma calaña...

Pasé horas y horas acurrucada bajo la manta. El único momento de distracción que tenía era cuando Will venía a verme y me traía algo para comer. Nada especial, solo pan y, de vez en cuando, té caliente para protegerme del frío que me calaba hasta los huesos, sin olvidar la barrita de cereales que me traía a escondidas. Intentó distraerme lo mejor que pudo, y me contó algo sobre su vida y sus aspiraciones. Pretendía convertirse en la mano derecha de una mujer influyente en el extranjero. También me hizo muchas preguntas sobre Francia. Mientras le hacía partícipe de mis recuerdos, me invadía la nostalgia. A veces se disculpaba por no poder ayudarme. Le habría gustado ser un poco más útil, pero era imposible...

Llevaba varios días encerrada en aquella pequeña habitación. Nathan probablemente ya habría llegado a Regina. ¿Cuál habría sido su reacción al no verme en el aeropuerto? ¿Habrían ido Sarah y Tim siquiera? Había desaparecido sin dejar rastro y ahora estaba… vete tú a saber dónde. En cuanto a la muñeca, aún me dolía, pero menos que antes. Intentaba no moverla más de lo necesario.

Cuando cayó la noche, me quedé dormida de inmediato, para variar. Pero entonces, alguien decidió que tenía que despertarme. Me esforcé por abrir los ojos y vi una figura imponente en la penumbra.

—Levántate.

Hice lo que me decía. Me agarró del brazo y me arrastró fuera de la habitación a una velocidad dudosa. Unas luces encendidas en el hangar me permitieron distinguir el rostro de James. Quise alejarme de él, pero me agarró con más fuerza. Me obligó a sentarme en la parte delantera de un coche —el mismo de la primera vez— y luego se sentó en el lado del conductor.

—¿Adónde vamos? —le pregunté, preocupada.

—Ya lo verás.

Increíble respuesta...

Cerró las puertas y se puso una pistola en el regazo. Tragué saliva. No sabía qué esperar.

—Sé usarla mientras conduzco, y no dudaré en demostrártelo si intentas algo. Te lo advierto.

James arrancó el motor y salió del cobertizo. Ambos permanecimos en silencio. Solo la radio resonaba en el coche. Un grupo de música rock, Burst of Blackness, que estaba bastante de moda en el continente norteamericano, aligeraba un poco el ambiente.

Miré al frente y solo vi una carretera pedregosa, iluminada por las largas del vehículo. La

ansiedad de no saber adónde íbamos me estaba matando.

Poco después, la canción se acabó, y los locutores empezaron a hablar, para soltar una ristra de chistes absurdos que no hicieron reír a nadie más que a ellos mismos. Sin embargo, volví a la realidad al escuchar la voz de una mujer que daba el boletín de noticias:

—... Les recordamos que la autopista 20 en dirección a Montreal sigue cerrada debido a un accidente. Un vehículo de mercancías ha volcado y ha dejado un total de cinco heridos y una víctima. Según nuestras fuentes, el conductor se encontraba en estado de embriaguez. Madison O'Dea, ciudadana francesa de 22 años, desapareció el 15 de octubre tras salir de un club nocturno de Winnipeg. Testigos afirman haberla visto en compañía de un hombre al que buscaba la policía, Domenico Del Baso, miembro de la mafia italiana del país. Muchos coinciden en que la joven estaba...

James apagó la radio. Frustrada, le miré fijamente, pero a juzgar por su expresión, no parecía estar de humor. Frunció el ceño y agarró el volante con ambas manos. Aquel tipo me sacaba de quicio. Me estaba privando de mi vida y, para colmo, tenía que mantener la boca cerrada en su presencia. Apreté los puños para contener mi ira y no soltarle una retahíla de insultos. Para empezar, mi instinto de supervivencia me gritaba que me callara y, además, la probabilidad de que me mandara al otro barrio nada más soltar lo que pensaba era bastante alta.

Sin embargo, al verle tan tenso, me entró un deseo irreprimible de provocarle. ¿Me estaba volviendo loca? Podía ser, pero me encantaba la idea de hacerle sentirse indefenso. Aunque seguía sin entender por qué estaba tan nervioso. Por otro lado, era una forma de demostrarle que no podía destruirme tan fácilmente, que aunque me amenazara, aún podía defenderme.

—Te van a pillar. Me encontrarán, y no hay nada que puedas hacer al respecto.

—Estate calladita.

—Acabarás en la cárcel.

En cuanto pronuncié esas palabras, pisó el pedal del freno. Sin apagar el motor, salió del coche. No pretendía dejarle ver mi pánico. Pensé en salir corriendo en cuanto me abriera la puerta, pero por desgracia, me agarró del brazo y me sacó del coche. Me arrastró hasta la parte delantera y los faros no tardaron en cegarme.

James me pegó un golpe en la pierna y yo caí de rodillas. Me puso la mano en el hombro y su mirada me advirtió que no intentara levantarme. A pesar de todos mis esfuerzos por mantener la calma, mi corazón era una de las pocas cosas que no podía controlar...

James me tiró del pelo. Ya no tenía miedo de mirarle a los ojos, y él parecía encantado. Me dedicó una sonrisa ladina, a la par que desconcertante. Desenfundó su pistola plateada de 9 mm y me apuntó con ella a la frente. Mi corazón latía un poco más cada segundo que pasaba. El dolor era cada vez menos soportable. Sentía un calor horrible, a pesar del intenso frío que hacía fuera. Lo único que deseaba era alejarme de aquel infierno, olvidar quién era, perderme en cualquier escenario alternativo. Tenía los ojos vidriosos, y si no estaba muerta en vida, tumbada en pleno asfalto, era porque él me sostenía con todas sus fuerzas. Pero mi secuestrador me devolvió rápidamente a la realidad:

—Abre la boca.

Le dirigí una mirada interrogante, pero él se limitó a quitar el seguro de su Parabellum[1]. Cerré los ojos y obedecí, sin dejar de temblar. Me metió el arma en la boca, abrí los ojos e intenté liberarme, pero me estaba sujetando el pelo con demasiada fuerza como para que pudiera resistirme.

—No te muevas. Podría dispararse accidentalmente.

Me soltó y sacó mi móvil del bolsillo de su chaqueta. Estaba en un estado deplorable. Me dolía el pecho, algo que no me había pasado hasta entonces, pero intenté recomponerme para no perder la cabeza.

—¿Qué tal si saludas a tu familia? Vamos, sonríe.

Además de la potencia descomunal de los faros, el destello del *flash* de mi cámara me cegó. James soltó una risita y luego me enseñó la pantalla. Mi cara estaba casi irreconocible con aquella pistola apuntándome. Luego seleccionó la foto en mi galería y, sin escrúpulos, se la envió a mi madre.

Satisfecho, James guardó mi *smartphone* y me quitó la Magnum[2] de la boca. Hecha polvo, me incliné sobre mis codos y tosí tan fuerte como pude. Luego él se agachó hasta mi altura y me levantó la barbilla.

—Espero que te encuentren. Está claro que lo mejor para ti, y también para ellos, será que para entonces no estés a dos metros bajo tierra. Pero quiero que te quede clara una cosa: soy intocable.

Al oír esas palabras, el terror se desvaneció. La rabia que albergaba hacia ese cerdo creció, y mis ojos mostraron todo el odio que le tenía.

¡Quería matarlo!

Él se incorporó, y en cuanto me zafé de su agarre, conseguí soltarle:

—¡Cerdo de mierda! No eres más que un...

Un fuerte estruendo rompió la rectitud del aire. Un disparo. El ruido fue tan fuerte que me tiró al suelo y me dejó allí, petrificada. La bala había pasado a unos centímetros de mí, por encima de mi hombro izquierdo. Tragué saliva.

—Nunca fallo, ya te lo dije. Así que ten cuidado con lo que sueltas por esa boquita. Hay gente mucho peor que yo en este mundo; créeme.

Me levantó del brazo, y he de admitir que, de no haber sido por él, no habría sido capaz de hacerlo, porque mi cuerpo estaba en estado de *shock*. Ese tipo estaba loco. Tenía que escapar, y rápido. No sabía lo que nos deparaba el destino, pero no iba a rendirme sin intentar algo al menos.

James me obligó a subir al coche. Intenté abrir la puerta mientras rodeaba el vehículo para ponerse al volante, pero fue en vano. Volvió a sentarse en su asiento, y dejó de nuevo la pistola en su regazo, con cuidado, para que yo captara el mensaje. Luego arrancó el coche.

En silencio, busqué posibles rutas de escape, pero todos mis planes estaban condenados al fracaso. Al fin y al cabo, James y su pistola seguían a mi lado.

Habíamos dejado atrás el camino de grava y el reloj de la consola del coche marcaba las 22:38 horas. El odio que sentía hacia ese desgraciado no se disipaba. Afirmaba no ser la peor persona del mundo, pero si hacía un repaso de todos los cerdos con los que me había topado en mi vida, solo él cumplía con todos los requisitos de la monstruosidad: asesino, violento, arrogante, insufrible, bruto, odioso, matón… En fin, un sinfín de palabras peyorativas que lo describían a la perfección.

Unos kilómetros más adelante, el coche se acercó a una verja iluminada por dos farolas provistas de cámaras. Las puertas se abrieron automáticamente y James siguió conduciendo despacio. Podía ver edificios gigantescos, mucho más grandes que el hangar, y la carretera estaba iluminada por pequeños LED azules que parpadeaban en el suelo. El coche atravesó un corto

túnel y, cuando vi lo que había al final, supe que estaba perdida. Un aeropuerto. Y justo delante de nosotros, un pequeño avión que parecía un *jet*. Aunque parecía bastante lujoso, no pensaba subirme ni muerta. No tenía ni idea de adónde iba y, desde luego, James no iba a explicármelo.

James salió del coche, cogió las llaves y cerró la puerta tras de sí. Se acercó a un tipo que, a juzgar por su uniforme, era piloto. El pánico me superaba. No quería acabar en Irlanda ni en cualquier otra parte del mundo.

De repente, se me iluminó la bombilla: ¡el techo solar del coche estaba abierto! James estaba bastante lejos y de espaldas a mí, al igual que el piloto... ¡Era mi única oportunidad! Sin perder un segundo, me quité los tacones para hacer menos ruido y, sobre todo, para no comerme el suelo por segunda vez.

Me subí al asiento, y luego me apoyé en el borde para impulsarme, con cierta dificultad, hacia el exterior. Con una discreción sin igual, escudriñé el entorno, sin perder de vista a los dos hombres que pretendían llevarme presa.

Luego, retorciéndome a más no poder, salté al suelo. El corazón me latía con fuerza. El miedo a que me pillaran me destrozaba las entrañas. Eché una última mirada a James, que seguía hablando con el piloto, y luego exhalé profundamente antes de echar a correr en dirección contraria. Delante de mí había un bosque, el lugar perfecto para esconderme y huir.

Miré por última vez a mi secuestrador, que estaba a unos cien metros de mí. Se me hizo un nudo en la garganta y el corazón se me encogió violentamente cuando mi mirada se encontró con la suya. No moví ni un músculo. ¿Me había visto? En la penumbra, era imposible distinguirlo con claridad. ¿Y si estaba mirando en mi dirección, pero no podía verme? Quizá el vestido negro me camuflase en la oscuridad de la noche…

Todos esos pensamientos se disiparon cuando mi captor desenfundó su pistola y me apuntó. Retrocedí lentamente, paso a paso, mientras James quitaba el seguro en la distancia. Justo cuando el arma debería haberse disparado, el piloto le convenció de que no lo hiciera.

James enfundó el arma y avanzó hacia mí, cada vez más rápido. Aquello no podía ser bueno. Presa del pánico, me di la vuelta y me dispuse a correr por mi vida.

---

[1] *N. de la T.* El 9 × 19 mm Parabellum (abreviado como 9 mm) es un cartucho para pistolas, subfusiles y carabinas.

[2] *N. de la T.* Un revólver Magnum es una categoría de armas cortas que usan cartuchos de gran potencia y con alcance efectivo.

6

La huida en el bosque

Es increíble lo que el instinto de supervivencia puede llevarte a hacer. Allí estaba yo, corriendo descalza por el bosque mientras me perseguía un psicópata armado. Como era consciente de mi escasa resistencia, me esforcé al máximo y confié en que el chute de adrenalina me salvara el pellejo.

Con solo imaginar lo que James me haría si me alcanzaba, se me saltaron las lágrimas. Tenía una prioridad: sobrevivir. Por eso, fui capaz de ignorar parcialmente el dolor que me causaban las piedras, los troncos astillados y las agujas secas de abeto que, a cada paso, me rasgaban la piel. Corría sin cesar, aferrándome desesperadamente a la vida. Las ganas de seguir en este mundo impulsaban mis piernas. El suelo estaba en pendiente, así que fui agarrándome a los árboles para no desplomarme.

Sin aliento, me escondí detrás de un roble y observé cautelosamente los alrededores: no había ningún ruido, ni la más mínima silueta, ni rastro de James. En la oscura noche, solo la luna menguante y corcovada iluminaba mi camino. Me temblaban las piernas por el frío, la ansiedad y probablemente, por el cansancio.

Pero no debía quedarme allí; tendría tiempo de sobra para descansar en cuanto hubiera perdido de vista a ese tipo. Sin pensármelo dos veces, eché a correr de nuevo. Gracias a mi incomparable sentido de la orientación, salí de allí como un conejillo aturdido, pero pensé que, con un poco de suerte, pronto encontraría la carretera pedregosa que me había conducido hasta ese lugar.

Mientras bajaba sin freno por la pendiente, me raspé el brazo izquierdo con una rama rota. Ahogué un grito de dolor y me llevé las manos a los labios. La sangre me corría por el codo. Me examiné el brazo y vi un corte lo bastante profundo como para hacerme apretar los dientes y tragarme las lágrimas.

Mi carrera llegó a su fin en el instante en que me topé con un obstáculo. De inmediato, supe que su masa no era digna de la rigidez de un árbol. Entonces, un aroma masculino se burló de mi olfato. Desconcertada, alcé los ojos para examinar los rasgos ya familiares de un rostro alargado: una mandíbula pronunciada y unos iris que reflejaban viles intenciones. En un último intento desesperado, traté de huir, pero James me alcanzó en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Suéltame! —grité, histérica, mientras forcejeaba—. ¡No pienso subirme a ese avión! ¡No mientras viva!

—Eso ya lo veremos…

Me levanté con una facilidad desconcertante y me puse a patalear en el aire. Fue imposible asestar un solo golpe.

—Tienes mucha suerte de que aquí no se permitan armas de fuego.

Me apretaba con demasiada fuerza. Sus dedos se hincaron en el corte, y eso me provocó un dolor agudo. Gemí y le supliqué una y otra vez que parara.

—Por favor… Me duele. Ay... Por favor, el pecho… No puedo respirar... —exhalé con voz débil y melodramática.

De repente, el muy cabrón se dio cuenta de la situación y me soltó. Caí de rodillas sobre las hojas muertas y así él pudo ver mi mano ensangrentada.

—¿Estás herida? —me preguntó, mirándome de arriba abajo.

¿Tú qué crees, gilipollas?

Eso fue lo que pensé, claro, y las ganas de soltárselo se convirtieron en un cosquilleo incesante en mi piel. Sin embargo, si quería seguir respirando, era mejor que me callara. Así que me limité a asentir. Compasivo, él me tendió la mano para ayudarme a levantarme. Le agarré la mano con aire inocente, pero justo cuando fue a tirar de mí hacia arriba, me eché hacia atrás y le hice tropezar. James se comió la tierra, y yo eché a correr una vez más, orgullosa de mi treta. Me abstuve de contener una carcajada sonora y alborozada. Estaba demasiado contenta por haber conseguido derrotar a aquel tipo arrogante. El truco de la chica malherida no fallaba nunca.

—¡Joder! Tú quieres morir, ¿verdad? —bramó mientras se ponía en pie.

Su tono airado no auguraba nada bueno. Mientras corría ladera abajo, James me pisaba los talones. Si salía viva de esta, no tendría reparos en contarle a todo el mundo cómo había acabado con un mafioso, con un «intocable». Quise reírme de una forma perversa, pero mi vocecilla interior me gritaba que me dejara de historias y me concentrara en seguir viva.

El terreno al fin se niveló y creí ver luz a lo lejos. ¡Estaba salvada! Distinguí una carretera iluminada por unas cuantas farolas, ¡e incluso algunos coches! Era el momento de esforzarme al máximo: debía alcanzar mi objetivo. Tal vez la suerte estuviera de mi lado, pero lo de escapar dependía únicamente de mí. Si conseguía que un coche se detuviera en la carretera, quizá el conductor me ayudase, y James ya no podría intervenir. Tendría que dejarme marchar. Pero justo cuando estaba a unos cincuenta metros de la carretera, una gran valla, que no había visto en la distancia, se interpuso entre mi libertad y yo. Al fijarme en la parte superior, cubierta de alambre de espino, me sentí como si me hubieran pegado una bofetada en plena cara.

¡Cambio de planes!

Decidí girar a la derecha. Si seguía corriendo, acabaría encontrando una salida, ¿no? Pero la vida, el destino o el karma, da igual cómo lo llamemos, decidieron justo lo contrario. Cuando me giré para comprobar que James seguía a una distancia segura, mi cuerpo chocó con un árbol; un abedul, para ser exactos. Lamentable.

Caí de lleno al suelo, y allí me quedé, aturdida y perdida. Maldije el tronco con todo mi ser por haberse interpuesto en mi camino. Y para colmo, James llegó y me miró desde arriba. Se impuso sobre mi cuerpo con una sonrisa burlona y despreciable.

—¿Cuándo vas a dejar de hacerte la experta en escapismo?

La única respuesta que obtuvo fue una queja de disgusto y dolor. Me tiró del brazo para levantarme. No podía sostenerme por mí misma, porque estaba como si me hubieran noqueado. Seguí gimiendo con voz ronca, como si estuviera a punto de morirme.

—Te guste o no, vamos a subir a ese avión.

El camino de vuelta al aeropuerto pasó a cámara lenta. Mi mente deambulaba entre los pequeños desmayos, que me sacaban de toda lucidez, y la vuelta a la realidad, donde mascullaba, incapaz de encadenar dos palabras siquiera. Entonces le oía reír y le maldecía por ello. Un rato después, distinguí a lo lejos al piloto, que nos esperaba con un pitillo en la boca. Desgraciadamente, los ridículos puñetazos que asesté en la espalda de James no surtieron efecto.

—No... Por favor, al avión no... —supliqué, mientras James subía los últimos escalones del avión.

—Claro que sí, tesoro…

Una vez dentro, la puerta se cerró y se hizo el silencio. Todavía tenía la vista borrosa. El calor del lugar me reconfortó un poco, ya que llevaba días pelada del frío. Era fácil darse cuenta

de que no se trataba de un avión al uso: nada de tres filas de asientos, sino un cómodo sofá, una mesa lo bastante grande para cuatro personas, una vitrina con varias botellas de alcohol... y probablemente otros espacios concordantes con ese estilo.

No vi a ninguna azafata, solo a unos cuantos hombres armados. James me dejó caer, o mejor dicho, *me tiró* en el sofá, y luego centró su atención en la vitrina que había justo al lado para servirse un vaso de *whisky*. Justo después, tomó asiento en la mesa, dio un sorbo lento a su bebida y me miró con indiferencia. Dios, ¡cómo lo odiaba!

Al cabo de varios minutos interminables, conseguí sentarme de nuevo, pero tuve que mantener la cabeza gacha y entre las manos para aliviar la migraña. Mis piernas empezaron a tambalearse y me agarré a los muebles que tenía cerca para sostenerme.

—Hay una ducha al final del pasillo, a la izquierda —dijo James con una despreocupación inigualable.

¿Cómo debía tomarme ese comentario?

Una vez recostada, vi mi reflejo en el espejo y me di cuenta de que tenía un aspecto horrible... En fin, de todos modos, mientras la puerta de ese avión estuviera cerrada, estaría atrapada. No había salida.

Me acerqué despacio a James, apoyando las manos en la mesa. Él enarcó una ceja. Le dirigí una mirada desdeñosa, cogí su vaso y me lo bebí de un trago. Sí, odiaba el *whisky*… Por eso no pude contener una mueca horripilante cuando sentí que el líquido me quemaba la garganta. Pero fue lo único que se me ocurrió para intentar sentirme mejor y, de paso, cabrearle.

Sin embargo, contra todo pronóstico, James me miró con una sonrisita. Esperaba que me gritara por haberle vaciado el vaso, pero sin duda no fue como lo había planeado.

Mis piernas y brazos no aguantaron más. El intenso dolor de cabeza fue calando, contaminando mi mente, y finalmente, acabé desplomándome sobre la alfombra. El criminal se alzó sobre mí, con los brazos cruzados y las cejas levantadas. Se rio de mi condición, mientras yo perdía poco a poco el contacto con la realidad.

—Joder, sí que tienes poco aguante con el alcohol… —dijo.

7

Surcando el cielo

En pleno vuelo, las vibraciones y el ensordecedor rugido del motor del avión me despertaron. Puse todo mi empeño en abrir de nuevo los ojos. Cuando al fin lo conseguí, me encontré desplomada en un asiento, con el cinturón abrochado. Tiré de la lengüeta para desabrochármelo y luego me levanté, con más facilidad que la vez anterior. Lo único que vi por la ventanilla fue la oscuridad total.

Me sentí aliviada al comprobar que James no estaba allí, y luego ocupé mi lugar en la mesa y exhalé un largo suspiro. Aún febril, me pasé la mano por la frente y descubrí un pequeño chichón. Nada grave. En cambio, la herida que recorría mi brazo, y que por entonces estaba cubierta de sangre seca, tenía un aspecto horrible. Estaba peor de lo que me había imaginado. Saturada, apoyé la cabeza en la mesa. ¿Adónde íbamos? ¿Qué me tenía preparado? Tenía tantas preguntas... La incertidumbre era insoportable.

Un pequeño chasquido a mis espaldas me sacó de mis pensamientos. Intrigada, me di la vuelta y allí vi a James, vestido solo con unos vaqueros. Tenía el pelo mojado y le caían unas gotas por los hombros. Era evidente que acababa de salir de la ducha. No sabía que los tatuajes que le había visto unos días antes en el brazo derecho le llegaban hasta la nuca. Algunos estaban distorsionados por unas cuantas heridas de guerra. Una en particular me llamó la atención: una gran cicatriz en diagonal que recorría su abdomen, de unos veinticinco centímetros de largo. ¿Cómo podía tener semejante marca? Era como si le hubieran abierto en canal, al igual que a un animal en el matadero. ¿Cómo podía alguien sobrevivir a una herida tan terrible y escandalosa?

Fingí indiferencia y me volví hacia la mesa. No podía soportar su presencia, y él debía saberlo, dada la expresión de mi cara.

—Ahora ya puedes pasar.

En cuanto James apoyó el culo en el asiento, me levanté, crucé el pasillo y desaparecí tras la puerta de la izquierda. Mantenerme lo más lejos posible de él me pareció la mejor solución.

Las paredes de la estrecha cabina de ducha temblaban. Por suerte, había un pequeño montón de ropa limpia junto al lavabo, lo que me alivió enseguida. Con cuidado, me quité la venda de la muñeca. Al poco rato, mi vestido también cayó al suelo y me metí en la ducha. El agua hirviendo era una delicia, a pesar de la herida, que volvía a sangrar por el calor.

Me lavé el pelo y el cuerpo, con cuidado de que no se me metiera jabón en la herida abierta. Si no, la sensación de quemazón habría sido aún más desagradable. Fui recuperando poco a poco las fuerzas, y por un instante, sentí una calma absoluta. Sin embargo, la idea de salir de aquella habitación y encontrarme cara a cara con James me repugnaba.

Cuando me miré en el espejo, pensé que tenía mejor aspecto, aunque lucía unas ojeras bien marcadas. No podía soportar esa imagen de chica secuestrada por la mafia irlandesa. Había sido incapaz de defenderme y me daba vergüenza mirarme a los ojos.

Cogí el montón de ropa limpia y me puse una camiseta negra de tirantes, unas bragas y un *minishort*. Solo me habían dejado eso, pero menos era nada. No habría soportado llevar aquel vestido ni un día más. Estaba pegajoso. Después de esperar un buen rato, frotándome los dedos por el nerviosismo, salí por fin, a regañadientes, del cuarto de baño.

James seguía sentado a la mesa. Decidí sentarme en el sofá sin mirarle siquiera; era una

cuestión de orgullo. Él se rio ligeramente y se levantó para ausentarse unos minutos.

Sí, será mejor que se vaya…

Por desgracia, no tardó en volver. En sus manos llevaba un estuchito encima de una bandeja, que colocó sobre la mesa. Estaba de espaldas a mí, así que no pude ver lo que hacía desde donde yo estaba.

Centré mi atención en un punto imaginario y fingí que la situación no iba conmigo. Una sensación de frío en la piel, seguida de un fuerte escozor que emanaba de la herida, me hizo estremecerme. Por acto reflejo, moví el brazo y miré fijamente a mi secuestrador. Él se colocó a mi lado con unas tenazas, sujetando entre los dedos un algodón empapado en desinfectante.

—Esto es lo que pasa cuando juegas a hacerte la temeraria conmigo. Ahora estate quieta. Sería una pena que murieras de una infección —se burló secamente, mientras tiraba de mi brazo hacia él de nuevo.

—Ahora eres médico, ¿no?

James presionó el corte sin miramientos y yo retorcí los labios por el dolor.

—Tengo suficientes conocimientos como para tratar una herida como esta. Y tienes suerte de que no hagan falta puntos.

Conque sabía cómo curar las heridas, ¿eh? A juzgar por las cicatrices que marcaban su piel, pensé que, evidentemente, sería un avezado en la materia gracias a la práctica. James me colocó una gasa de silicona en primer lugar, para evitar que la sangre seca se adhiriese a las vendas. Luego puso una serie de apósitos encima. Por último, me envolvió el brazo con unas tiras de gasa y las selló con esparadrapo, antes de guardarlo todo en el botiquín. Quizá esperase que le diera las gracias, pero eso estaba fuera de lugar. Todo lo que me estaba pasando era culpa suya.

James volvió a su asiento original, y se quedó hipnotizado mirando la pantalla del móvil. Un pesado silencio se instauró de nuevo en la cabina. De repente, apareció una mujer vestida de uniforme. Nunca habría imaginado que en ese avión trabajasen azafatas. La joven rubia de labios brillantes no dudó en mostrarle a James una sonrisa de lo más encantadora. James le devolvió la sonrisa y le guiñó el ojo. ¿Orgulloso, ultrajante y encima, adulador?

Patético…

—Señor, ¿quiere comer algo?

—Sí, un bistec, y lo mismo para ella.

—No tengo hambre… —rechisté, mientras lo fulminaba con la mirada.

—Mentirosa… —me interrumpió, frunciendo el ceño—. Ponnos dos platos.

—Soy vegetariana.

James suspiró, molesto. Pero no era mentira. Llevaba cinco años sin comer carne ni pescado.

—Voy a ver qué tenemos en la cocina y le traigo algo dentro de diez minutos —dijo, percibiendo la tensión electrizante que había entre James y yo.

Me quedé en el sofá, con las rodillas apoyadas en el pecho y la mirada perdida. El señor despreciable me sacó de mis pensamientos y me pidió que me uniera a él en la mesa, con un tono de voz que no admitía discusión. Clavé mis ojos en los suyos, pero no reaccionó. Sin embargo, me fijé en su sonrisa inquebrantable y en su mirada sombría, que tenía por naturaleza, a pesar de sus ojos azules.

—Dame tu mano derecha.

Obedecí sin rechistar. Llegados a ese punto, resistirse no tenía sentido. James me agarró la muñeca con ambas manos y empezó a masajearla, al igual que había hecho en el hangar. ¿Por qué estaba siendo tan considerado? Sabía que podría dárselas de canalla, de la peor morralla.

Quizá buscase algo concreto que yo pudiera darle. ¡Pues ya podría esperar! El caso es que sus masajes me aliviaban considerablemente, y el dolor se fue atenuando poco a poco hasta desaparecer.

—Si te esforzaras un poquito y te comportaras como Dios manda, tú y yo nos llevaríamos mucho mejor.

—¿Y si no quiero?

—Habría que ser estúpida… —contestó, burlándose abiertamente de mí.

—¡Estupendo! ¿Quieres que nos llevemos mejor? Entonces dime adónde vamos.

—Las cosas no funcionan así, tesoro.

—Entonces no digas que debería esforzarme. No depende de mí, *señor*… —contesté.

Pues sí, pretendía provocarle una vez más, pero esta vez no pareció tomárselo a malas.

—Solo puedo decirte que no nos iremos del país. La desafortunada desaparición de Domenico Del Baso ha enfadado a mucha gente, así que será mejor que pasemos desapercibidos. Y por el amor de Dios, ¡no me llames «señor»! No tengo cuarenta años… ¡Relájate un poco!

Pues claro que eso le había cabreado. Al fin y al cabo, era un ser humano. Pero en cuanto a lo de relajarme… No, gracias. Seguía siendo el enemigo.

—Pero ¿quién era ese tal Domenico?

Después de todo, tenía derecho a saberlo. Ese tío primero me había encandilado, y luego lo habían asesinado delante de mí. Un escalofrío me recorrió la espalda al recordar su cuerpo ensangrentado. Sentí náuseas.

—Era uno de nuestros socios, hasta que me robó el cuaderno y luego, ya sabes... Desde entonces, parece que toda la mafia italiana de Canadá quiere echárseme encima. Del Baso no era uno cualquiera, era la mano derecha de De Marzo.

Esos nombres no significaban absolutamente nada para mí, y sin embargo, ahí estaba yo, metida hasta el cuello en esa sórdida trama de ajustes de cuentas.

—Y todo por un mísero cuaderno... La verdad es que podrías habérselo pedido por las buenas. De ser el caso, aún estaría vivo...

—¡No es solo un cuaderno! Es un símbolo. Quien lo tiene en su poder es el dueño de la ciudad y gobierna a quienes la habitan. De todos modos, Domenico estaba sentenciado a muerte desde el momento en que me enteré de que lo tenía. Así que considérate afortunada de seguir respirando.

—Si sigo respirando es porque soy la rehén perfecta —dije, reproduciendo sus palabras—. Si estuviera muerta, no valdría nada.

—¡Veo que lo has entendido!

—¿Y quién dice que mis padres estén dispuestos a pagar el rescate?

James dejó de masajearme la muñeca, se levantó y se inclinó sobre la mesa, apoyado sobre una mano. Yo no moví ni un músculo. Acercó su cara a la mía y me acarició la mejilla con la mano que tenía libre. Ese gesto me dio repulsión. Ese tipo estaba loco.

—Porque sería una pena que te vieran volver a casa por fascículos... De hecho, me sorprende no haber recibido noticias suyas todavía. ¿Con qué frecuencia mira tu madre el teléfono?

El muy cerdo me soltó y volvió a sentarse. ¡Qué cabrón! Había olvidado por completo que le había enviado esa foto a mi madre. Conociéndola, seguro que habría entrado en pánico y se lo habría contado a todo aquel con quien se hubiera topado. En cualquier caso, decidí no abrir la boca, a riesgo de alimentar mi resentimiento hacia él. El hecho de que quisiera que nos lleváramos bien y cuidara de mí hasta cierto punto no implicaba que yo tuviera que ser amable

con él.

La azafata no tardó en volver con dos platos en la mano. Por suerte, había escuchado mis plegarias. En mi plato no había nada de carne, sino unas tortitas de cereales y un revuelto de verduras. Una comida así era como caviar, teniendo en cuenta la precariedad de los últimos días. James no perdió el tiempo y se zampó su plato con avidez. En cuanto a mí, tenía mis dudas sobre la comida. Puestos a desconfiar, más valía seguir así hasta el final. Pero James supo leerme como un libro abierto.

—Si quisiera matarte, no me habría rebajado a semejante método.

Al escuchar ese comentario, lo fulminé con la mirada. No tenía gracia. Todavía indecisa, probé las verduras y, tras unos cuantos bocados, me rendí a mi apetito voraz. Al final, vacié el plato en menos de cinco minutos. James parecía satisfecho, pero no dijo nada. Poco después, se acabó su bistec y la azafata vino a llevarse el plato.

Entonces, el hombre alto y calvo que había visto en el hangar entró con un portátil en las manos. James lo cogió y susurró unas palabras al oído de Don Limpio. Hastiada, me desplomé en el sofá, y les observé de reojo. Parecía que estaban teniendo una conversación importante.

Una vez que su compañero volvió a meterse tras la cortina, James se levantó hacia su vitrina y se sirvió un *whisky*.

—¿Quieres algo?

—No, gracias, no bebo alcohol.

—Ah, cierto. Ya me he dado cuenta antes… —rio, mientras cerraba la botella.

Hice una mueca a sus espaldas, como si fuera una niña malcriada. Ese tipo se estaba burlando abiertamente de mí y la única forma que tenía de plantarle cara era con mis palabras. Estaba claro que mi fuerza no estaba a la altura de la suya, pero tal vez pudiera intimidarle si conseguía un arma. Pero para eso, tendría que saber usarla. Solo de imaginarme la situación me cuestioné mi valor.

Mientras estaba concentrado en su ordenador, James no me prestó ninguna atención. Bueno, mejor, prefería que me pasara de mí. Hecha un ovillo, recé para volver a tierra firme lo antes posible. Estaba claro que mi miedo a volar no se iba a disipar en ese avión.

Una sintonía bastante familiar rompió el silencio. Levanté la vista inmediatamente al reconocerla: era mi tono de llamada. James dejó de escribir y me miró con desprecio. Se levantó y sacó mi móvil del bolsillo interior de su chaqueta.

—Bueno, parece que mamá ha visto la foto.

Me enderecé de inmediato para arrebatarle el móvil, pero él se levantó, puso los brazos en alto y entonces mi estatura se negó a cooperar.

—¡Déjame contestar!

—Ni de coña, tesoro.

—¡Deja de llamarme así! —grité, mientras me aferraba a su brazo como una loca.

La sintonía cesó al cabo de unos segundos. James dejó el móvil sobre la mesa, como para desafiarme a que le robara lo que, de hecho, era mío. Obstinada, bordeé la mesa para alcanzar mi objetivo. Pero mi enemigo me agarró por los codos y me levantó con una facilidad desconcertante. Pataleé en el aire y le solté una sarta de los peores insultos que se me ocurrieron, pero nada parecía afectarle.

Mientras yo estaba tumbada boca abajo en el suelo, el cabrón se sentó sobre mi pelvis, sin pudor ninguno, ni siquiera en esa postura. James me bloqueó los brazos con las piernas. No tenía sentido luchar; me estaba aplastando con su peso.

—Eres débil, no sabes luchar y vas a morir.

—¡Cabrón! Vete a la mierda, pedazo de...

—Cálmate, tesoro.

—¡Suéltame! —grité, mientras pateaba frenéticamente la alfombra.

De repente, volvió a sonar el tono de llamada. Pude ver la cara de mi madre a través de la mesa de cristal. James aflojó el agarre un momento y yo intenté darme la vuelta. Presa de su mirada rebosante de peligro, dejé de resistirme. Esta vez le imploré, con la vista nublada por las lágrimas:

—Quiero hablar con ella, por favor...

James me puso el dedo en la boca para decirme que me callara. Solo se escuchaba el tono de llamada, que hacía eco entre nuestros cuerpos. Entonces cogió mi móvil y me enseñó la pantalla. Con el corazón en un puño, me sentí dispuesta a cooperar. Aún tenía la esperanza de que me mostrara cierta piedad. Como tenía la mano derecha sobre mi boca, descolgó con la izquierda, activó el altavoz y luego me puso el teléfono cerca de la oreja.

—¿Ma... Madi? ¿Estás ahí?

Me alegró oír esa voz tan familiar. Quise responder, asegurarle que estaba bien, pero James me apretó los labios con la mano. Grité, pero su carne amortiguó el sonido. No podía liberarme.

—Señora O'Dea… Hélène, ¿verdad?

—Dios mío... —dijo, con una voz temblorosa que me desgarró el alma.

—Dios no tiene nada que ver con esto, Hélène.

—¿Quién… quién es usted? ¿Y qué quiere? Necesito hablar con mi hija.

—No se preocupe; ella puede oírla.

—Por favor, no le haga daño...

No podía soportar escuchar a mi madre, imaginar cómo debía sentirse en aquel momento. La bola que tenía en el estómago se hizo insoportable y entonces rompí a llorar. James evaluó mi estado en silencio, con una mirada triste, pero claramente fingida. En realidad, me estaba tomando el pelo. Me sonrió y luego me secó una de mis lágrimas con el pulgar.

—Todo depende de usted, querida —respondió finalmente a mi madre—. Quiero un millón de dólares canadienses. Y le pido por favor que no se le ocurra llamar a la policía. Si lo hace, puede que su hija vuelva a casa en más de una pieza de equipaje…

—De acuerdo, no diré nada, pero un millón es demasiado. No tenemos tanto dinero...

Ella tenía razón. Mis padres vivían cómodamente, pero un millón estaba muy por encima de sus posibilidades. Sus sollozos me atravesaron el corazón. Ambas compartíamos el mismo dolor y un terrible sentimiento: la impotencia.

—Hélène, confío en usted. Sé que encontrará el dinero. Le doy una semana. ¡No me falle! Pasado ese tiempo, su hija sufrirá las consecuencias.

Con un semblante falsamente entristecido, James me acarició el rostro con la mano que tenía libre y bajó lentamente hasta mi cuello. Llegó hasta mi escote y un intenso escalofrío me recorrió la espina dorsal. Llena de rabia, grité con todas mis fuerzas e intenté morderle, pero fue en vano.

—¡No! Por favor, espere...

James colgó y yo dejé de forcejear. Incliné la cabeza hacia un lado y derramé un par de lágrimas silenciosas en mi pelo. Mi captor retiró suavemente la mano de mi cuerpo, pero no se levantó. Me quedé allí, inmóvil. Ni siquiera intenté empujarle o insultarle, aunque se lo merecía. Aquel tipo era una pesadilla. Solo deseaba una cosa: que se muriera.

8

De vuelta a las palpitaciones

—¿Ya está? ¿Has terminado de lloriquear? ¿Puedo levantarme sin que te me eches encima? —dijo, en un tono burlón.

Ese ser despreciable había roto el pesado y gélido silencio que nos envolvía.

En realidad, no, no podía. Si me hubiera soltado, no habría dudado ni un segundo en ir directa a la yugular. Tardé varios minutos en recuperar la compostura y mirarle por fin a los ojos.

—Mi teléfono tiene geolocalización. Te encontrarán; créeme.

Se echó a reír, como si yo acabara de decir la gilipollez del siglo.

—No te quepa duda de que hemos hecho que tu teléfono sea ilocalizable. Nadie puede rastrearlo. Ni a ti tampoco, tesoro.

Dijo esta última frase con voz ronca, con unas formas embaucadoras, a la par que viles. Sentí que volvía a hervirme la sangre, e intenté liberar las manos de su agarre.

—¡Deja de llamarme «tesoro»!

Me retorcí y luché frenéticamente. Al menos le estaba haciendo pasar un mal rato. La forma en que fruncía las cejas era la prueba definitiva de ello. Ya que había decidido retenerme indefinidamente, pretendía que sufriera. Jamás sería una rehén complaciente y dispuesta a cooperar.

—¡Pero si ese apelativo te queda perfecto!

Solté un gruñido visceral, desde lo más profundo de mis entrañas. Reuní fuerzas y luego le di un rodillazo en la espalda. El factor sorpresa me permitió liberarme de él. Lo empujé hacia atrás con bravura, y no perdí ni un segundo: salté sobre él, dispuesta a rematarlo. Pero antes de que pudiera asestar otro golpe, James detuvo mi puño en seco, e hizo lo mismo con mi segundo intento. Así fue como frustró toda posibilidad de atacarlo. Le guardaba un rencor desmesurado: en primer lugar, había invadido mi intimidad, luego, había sacado esa horrible foto, y cuando mi madre había llamado, ¡toma! Un rescate de un millón de dólares. Y lo que es peor, ni siquiera me había dejado hablar con ella... Si lo que pretendía era reducirme a la nada, se había lucido.

—Si quisiera deshacerme de ti y despreocuparme, solo tendría que llamar a mis hombres, que están aquí al lado. Pero no lo voy a hacer, ¿y sabes por qué? Porque no son tan compasivos como yo. Quizá tenga más corazón del que crees —susurró, mientras me acariciaba el pómulo.

Al sentir su mano, me estremecí. Sentí asco. ¿Acaso me estaba tomando el pelo? ¿Que *él* tenía corazón? ¡Menuda broma de mal gusto! Un alambre de espino habría sido más benevolente que ese tío.

Seguí forcejeando y puse todo mi empeño para que se viera obligado a soltarme.

—Pero no te equivoques: tampoco necesito ayuda para tenerte quietecita —dijo, burlón, mientras se enderezaba.

No le hizo falta soltarme para ponerse en pie.

—¡Eres un cabrón! ¡Cerdo insensible! ¡Quítame las manos de encima! O te juro que...

—Ooh… ¡Cuidado! ¡Qué miedo me das!

Ese hombre y su insolencia… Los odiaba a más no poder. A pesar de mi furia ciega, cedí. Estaba harta de luchar con ese tipo. Era más inteligente esperar pacientemente el momento oportuno y, entonces, salir por patas.

Así que me levanté y me dejé caer en el rincón de siempre, esto es, en el sofá.

—Bueno, no te importa que te deje aquí a solas un ratito, ¿no?

No respondí. Mi actitud estoica lo decía todo: no se merecía que le dirigiera la palabra. James dejó escapar una risa socarrona antes de desaparecer por el pasillo. Cuando me aseguré de que se había ido, exhalé un largo suspiro de alivio y me tumbé en el sofá. Tenía sueño, pero sabía muy bien que, en mi estado, me sería imposible descansar. Todavía no me había recuperado de lo que había pasado en las últimas horas.

Habría dado cualquier cosa por poder hablar con mi madre, o por escuchar la voz de Nathan.

Más tarde, la azafata me devolvió a la realidad. Tenía que limpiar la mesa. Cuando vio mi estado, me dedicó una pequeña sonrisa que pretendía ser compasiva, pero que yo no le devolví. Estaba demasiado deprimida, cansada y bueno, de todo un poco. Sin embargo, se acercó a mí y me preguntó:

—¿Quiere tomar algo? ¿Café, té, infusión, un zumito de fruta?

Enderecé la cabeza. Una bebida caliente me vendría bien, sobre todo teniendo en cuenta lo ligera de ropa que iba. Solo quería un poco de tranquilidad.

—Una infusión, por favor... —respondí, con la voz ligeramente ronca y los ojos enrojecidos por el torrente de lágrimas que, al fin, había dejado de fluir.

—Tenemos verbena, manzanilla, tomillo y limón…

—Una manzanilla, por favor.

—De acuerdo.

Antes de que volviera a la parte trasera del avión, la llamé por última vez.

—¿Sería posible que me trajeras una manta?

—Por supuesto, se la traeré.

Luego desapareció. Por fin, un poco de dulzura en ese lugar tan crudo. Me levanté y me senté a la mesa. Apoyé la barbilla en la palma de la mano y luché por no dormirme.

Afortunadamente, la joven regresó rápidamente para darme una manta marrón. Flexioné las rodillas para apoyarlas en el pecho y me eché la manta sobre los hombros. La azafata me puso una taza humeante bajo la nariz. El olor a hierbas me hizo cerrar los ojos y disociar. En unos segundos, me transporté al sofá de mi casa. Allí tumbada, estaba viendo la tele con Osiris y Anubis, mis gatitos, a los que recogí de la calle: uno blanco y el otro, negro. Dos opuestos que formaban la pareja ideal.

—Si quiere descansar, hay una habitación vacía en el pasillo: segunda puerta a la derecha.

Le di las gracias y la azafata se marchó, no sin antes dedicarme una leve sonrisa, que esta vez, le devolví. Seguí evocando viejos recuerdos mientras me bebía la infusión, con la esperanza de que me ayudara a calmarme y a encontrar el sueño reparador que tanto necesitaba. Pensé en la casa de mis padres. Hacía mucho tiempo que no los veía. Y por desgracia, ahora solo podía soñar con ello. Vivían en París, y aunque todo el mundo la idealizara con sus clichés, esa ciudad, llena de contaminación y de personas desagradables, me habían sacado de quicio. Eso fue lo que me impulsó a mudarme al cumplir la mayoría de edad e irme a Lyon para estudiar la carrera. Allí conseguí un piso cerca de mi antigua facultad, y desde el salón, tenía vistas a la calle Émile Zola, en dirección a la plaza Bellecour. Una pequeña joya a un precio bastante razonable.

Antes de venirme a Canadá, estuve trabajando en una librería, *La Page colorée*, que estaba a dos pasos de mi casa. El dueño, el señor Duriez, una de las personas más amables que he conocido nunca, me había contratado dos años antes y no hubo día en que no disfrutara de trabajar a su lado... Por las tardes, salía con Nathan y Justine, mi mejor amiga desde la escuela

primaria. Pasábamos el rato en la orilla del río con Stéphane, Roxane y bueno, también con Antony, el típico plasta que nos seguía a todas partes... Pero todos eran mis amigos, y ahora los echaba muchísimo de menos.

¡Por Dios! ¿Qué coño hacía allí?

Me terminé la taza de un trago y por fin sentí algo de calor en el cuerpo. Sin embargo, no me quité la manta de los hombros cuando me levanté para ir a la habitación que me había indicado la azafata: un compartimento contiguo al de James. Menos mal que no tenía que dormir con ese imbécil. Un escalofrío me recorrió al pensarlo. De ser el caso, habría preferido que me encerraran en la bodega de carga.

Equipada con lo estrictamente necesario y en total discordancia con la opulencia del avión, la habitación tenía una cama, una cómoda y una mesita de noche con tres libros. En otras circunstancias, me habría tirado en plancha sobre la cama, pero no era el momento; andaba corta de energía.

Una vez encima del colchón, como si por fin hubiera llegado al paraíso tras varios días en el infierno, metí el brazo bajo la almohada y me envolví en la manta. Por un momento, olvidé la horrible situación en la que estaba metida, y me imaginé a Nathan a mi lado, que es como debería haber estado... Pero todo eso ahora me parecía imposible. Toda esperanza se había desvanecido, al igual que yo aquella noche, en el *Long Nightclub*.

Sin embargo, un dolor agudo pronto me arrebató la calma. Un golpe asolador, una tensión sin límites, y de repente, todo se aceleró. La angustia me inmovilizó contra el colchón. Fui incapaz de incorporarme. Conocía demasiado bien esa horrible sensación. Gemí e intenté acurrucarme, apretando las piernas contra el pecho. Tenía que calmarme y esperar a que se me pasara.

Con dificultad, me estiré hacia delante hasta caer al suelo. No tenía fuerzas para llorar; el corazón me latía tan deprisa que sentí que me iba a estallar. Sin aliento, me arrastré hasta la puerta. Casi seis meses sin un solo ataque… ¿Por qué ahora? ¡Maldito James!

Llegué a la puerta y me levanté con todas mis fuerzas para alcanzar el picaporte. Tuve que agarrarme a la pared para caminar los tres miserables metros que me separaban del baño. Tenía la vista nublada y el corazón me latía cada vez más deprisa. La ansiedad intentaba tomar el control.

Cuando por fin llegué al cuarto de baño, cerré inmediatamente la puerta a mis espaldas. Con las manos temblorosas, me apoyé en el lavabo. El agua fría resbalaba entre mis dedos. Tenía que calmarme... Sin siquiera tomarme el tiempo de quitarme la ropa, me metí en la ducha. Solo mi respiración entrecortada interrumpía el claro fluir del agua. A pesar de mis esfuerzos, seguía sin poder recuperar la compostura... Me moví a un lado y al otro dentro de la ducha, y aunque el agua estaba helada, me hervía todo por dentro. Me busqué rápidamente el pulso en el surco del cuello para darme un masaje, algo que solía ser útil para relajarme. Tenía que probar lo que fuera.

La última vez solo había durado un par de segundos, así que esperaba que se me pasara rápidamente, aunque lo dudaba, teniendo en cuenta la acumulación de estrés y cansancio y la serie de catastróficas desdichas que había tenido que soportar... Había sido muy ingenua al pensar que podría controlarme y evitar el desastre.

Al cabo de unos minutos que se hicieron demasiado largos, el dolor se evaporó de repente, como si la enorme piedra que me aplastaba el pecho se hubiera desvanecido. Odiaba esa sensación brusca y violenta. Me quedé helada bajo el chorro de agua que corría por mi cuerpo. Cuando la tensión desapareció, pude al fin soltarlo todo: lloré y me dejé caer sin fuerzas,

exhausta...

Había evitado el desastre.

9

El aterrizaje

—¡Vamos, despierta!

La luz asaltó mi retina, y al comprender a quién pertenecía esa voz, no pude evitar quejarme a viva voz. Me escondí bajo la manta y luego abrí un ojo para localizar a James, que estaba vestido con un traje de tres piezas. Llevaba el pelo peinado hacia atrás, y me miraba, recostado en la cómoda.

—¿Puedo preguntarte por qué estás empapada?

Lo único que pude ofrecerle fue el silencio. Al fin y al cabo, no era asunto suyo, y si había acabado así, era por su culpa. Por supuesto, podría haberme cambiado antes de meterme en la cama, pero estaba demasiado agotada.

—¿Y bien?

Su temperamento me estaba sacando de quicio.

—Tenía calor.

James abrió despreocupadamente la cómoda para sacar algo de ropa, antes de tirármela a la cara.

—Mientes fatal, tesoro —dijo despreocupadamente mientras salía de la habitación—. Vístete, estamos a punto de aterrizar.

¿Ya vamos a aterrizar?

Eché un vistazo al reloj de la pared: solo eran las seis, así que el avión llevaba apenas cuatro horas volando. Intrigada, miré por la ventanilla. La oscuridad era total. Había algunas luces en el horizonte, pero era imposible distinguirlas. James había dejado claro que no íbamos a salir del país, pero yo seguía sin saber qué esperar.

Me levanté con dificultad y me aseguré de que la puerta estaba cerrada antes de desvestirme. Me fijé en los arañazos rojos que tenía en el esternón, cosa que no me sorprendió. Al igual que un robot, ajeno al dolor humano, en pleno ataque, no me daba cuenta de lo que hacía. Normalmente, no me estaba quietecita; de hecho, en más de una ocasión, mis espasmos violentos me habían causado ciertas heridas.

Me puse una camiseta negra y una chaqueta gris. Luego, rematé el conjunto con unos vaqueros y un par de zapatos que me quedaban un par de tallas más grandes. Tras arreglarme un poco mi pelo castaño y húmedo, decidí salir de mi habitación. Como era de esperar, encontré a James sentado frente a su ordenador. Con los ojos fijos en la pantalla, ni siquiera me miró.

—¿Un café? —me ofreció, levantando su taza humeante.

—No, gracias. No me gusta.

Se encogió de hombros con total indiferencia. La azafata me puso delante de las narices una bandeja con cruasanes, napolitanas de chocolate y caracolas de hojaldre con pasas, lo que me hizo preguntarme cuánto dinero tenía James. Un avión privado, hombres a su entera disposición… ¿Y aun así, se atrevía a pedir un rescate? Y además, ¿a santo de qué? ¿No tenía suficiente con toda esa riqueza?

—Deberías sentirte como en casa con todo esto, ¿no?

¡Toma ya! Ya estábamos otra vez con los estereotipos. Como si solo hicieran falta unos bollitos para hacerme sentir mejor…

—Jamás conseguirán pagarte… —murmuré, mientras daba un bocado a un cruasán.

James enarcó una ceja, con cara de fastidio.

—Mis padres, digo. No tienen medios para conseguir ese millón que les pides.

—Ese es su problema, tesoro, no el mío —contestó secamente.

—¿Y entonces de qué te sirve? Además, mira lo que te rodea... No intentes convencerme de que ser mafioso está mal pagado.

Cansado de escucharme, volvió a apartar sus pálidos iris de la pantalla, pero esta vez con cierto interés. Vació su taza y cerró el ordenador. Apoyando la barbilla en la palma de la mano, James me miró con una pequeña sonrisa.

—Cielo, no creerás que todo esto es mío, ¿verdad?

—Déjate de motes. Me llamo Madison —gruñí.

No me gustaban esos apelativos absurdos.

—Aquí no soy el jefe, solo un socio de cierto renombre en un negocio de lo más valioso. A diferencia de los Hells Angels y la mafia italiana, la West End Gang no tiene jerarquía. Digamos que es un grupo de tipos salidos de los barrios bajos que se dejan la piel para ganar algo de dinero. La mayoría de ellos se limitan a robar bancos, camiones o cajas fuertes. No ven más allá de lo que ya conocen. Son meros aficionados. Bran y yo somos mucho más ambiciosos.

—Así que sois un grupo disperso. En comparación con otras mafias, no valéis una mierda —deduje.

Mi pequeña provocación surtió efecto, pues percibí un tono irritado en su respuesta:

—Si no sabes de lo que hablas, no abras la boca. Puede que no vayamos por ahí como esos garrulos con chupa de cuero y moto, pero lo cierto es que la ciudad se postra a nuestros pies. Todo está bajo nuestro control: desde las mercancías que llegan a diario al puerto hasta los políticos y la policía.

—¿Pero de qué ciudad me hablas?

La voz del piloto nos interrumpió entonces para anunciarnos lo que yo me tomé como una respuesta:

—Señor, estamos a punto de iniciar el descenso hacia Montreal.

Muy oportuno.

Irónicamente, esa ciudad debería haber sido la última parada de mi viaje. Pero ¿qué significaba ese lugar para él? Antes de que pudiera siquiera preguntarlo, James respondió mientras se estiraba:

—¡Ah, por fin en casa!

Montreal, la segunda ciudad más grande de Canadá. Quizá allí hallaría una vía de escape.

El avión empezó a descender poco a poco y mi mirada se fijó en la ventanilla. Contemplé la que, supuestamente, habría sido la última parada de mi viaje: una ciudad plagada de edificios. El amanecer asomaba a ambos lados de esas siluetas gigantescas. Siempre había soñado con visitar Montreal. Por desgracia, la oportunidad no volvería a presentarse. La noche se desvanecía y las luces de la ciudad me produjeron una extraña sensación. Aquel lugar no tardaría en hacerme comprender que no era más que un ser diminuto en un mundo demasiado grande.

Al cabo de unos quince minutos, el pájaro de acero tocó tierra. Una cosa estaba clara: prefería el aterrizaje al despegue. Volví a mirar por la ventanilla: era un aeropuerto enorme, con mucho ajetreo. Reconocí el Montreal-Trudeau, así como la terminal desde la que tenía previsto volar de regreso a París al final de mi viaje por carretera. Sin embargo, el *jet* apagó sus motores lejos del gentío.

Me recosté sobre el asiento cuando James se acercó a mí, acompañado por dos de sus socios. El personal de cabina abrió la pesada puerta presurizada. El más barbudo de los sicarios me cogió del brazo para sacarme de allí. Me puso una mano en el hombro por seguridad, como para hacerme ver que recordaba mis jugarretas de otras ocasiones. Las empinadas escaleras no me lo pusieron fácil, pero por fin, toqué el suelo. Vi al compinche del hombre barbudo hablando con James. El fajo que billetes que le entregó captó mi atención. También reparé en las miradas que me dirigieron todos los sicarios.

—A ver esas manos —dijo el responsable de todas mis desgracias.

Se las tendí, porque ya estaba acostumbrada a que me pidiera tales cosas. James acarició suavemente mi piel; un gesto demasiado delicado para no hacerme sospechar. Luego, en cuestión de segundos, metió la mano en el bolsillo y sacó un par de esposas, que me colocó rápidamente en las muñecas.

—¿En serio? —protesté ante su burlona mueca.

Mi intento desesperado de agarrarle por el cuello de la camisa fue rápidamente interrumpido por dos hombres, que me sujetaron por los brazos. Grité de rabia, forcejeé y James lo disfrutó como un niño.

—Cálmate, tesoro. Volveremos a vernos.

Me acarició la mejilla con ternura, pero yo solo quería arrancársela de un bocado. Divertido, James se alejó de mí para meterse en un deportivo: un BMW azul perlado. Sus dos subordinados me guiaron a la parte trasera de una destartalada furgoneta blanca. Otro cliché...

Me metieron sin piedad. Después del golpe, hice una mueca de dolor al sentir un cierto escozor en el brazo.

Una vez los esbirros cerraron las puertas, intenté, como pude, ponerme de pie apoyándome en los codos. Cuando el vehículo arrancó, me tambaleé de un lado al otro. En la penumbra, era difícil distinguir lo que sucedía. Estaba a punto de golpearme de nuevo contra la pared metálica, pero entonces algo amortiguó mi caída. En ese mismo momento, un gemido me sobresaltó y me di cuenta de que estaba aplastando a alguien con todo mi peso.

El corazón me latía con fuerza y volví a agarrarme a la pared lo mejor que pude.

—Lo siento, no quería...

—No pasa nada, no tengo nada roto —exhaló una débil voz masculina.

—¿Adónde vamos ahora?

Tenía que intentarlo. Tal vez aquel tipo, cuya cara no podía distinguir, supiera más que yo. Después de todo, si él también iba en la parte trasera de la furgoneta, puede que estuviera en una situación similar a la mía.

—Probablemente a la parte norte de la ciudad. Si ese es el caso, estamos jodidos. O puede que nos lleven a las alturas de Westmount[1], pero vaya, que estaríamos igual de jodidos.

Sunnyside y Edgehill estaban en la zona de Westmount, o eso figuraba en la guía que tanto había consultado durante mi viaje. Eran los barrios más prósperos de Montreal, o puede que de todo el país. En cuanto a Montréal-Nord, Saint-Michel y el barrio de Mercier Hochelaga-Maisonneuve, bueno, tenían mala fama. Allí había atracos y agresiones con bastante frecuencia. Pero como acababa de decir aquel tipo, ni uno ni otro auguraban nada bueno.

—¿Cómo te llamas, si no te importa que te pregunte? Soy Gabriel.

—Madison.

—Encantado de conocerte, Madison. Nunca es buena idea hacer demasiadas preguntas, pero

¿por qué estás aquí, con la increíble compañía de la mafia irlandesa?

Suspiré, desesperada, mientras pensaba en todo lo que había pasado.

—Soy la rehén de un mafioso de mierda, James McAllister. ¿Y tú?

—Yo le debo dinero ese mafioso de mierda.

La furgoneta parecía ir a toda velocidad. Gabriel y yo nos tambaleamos de un lado a otro durante varios minutos. A través de los cristales tintados de las puertas traseras, por fin se aclaró el cielo, lo que me dio un poco de visibilidad. Así pude ver los rasgos del rostro de mi compañero de celda. De pelo canoso, con los ojos marrones y algunas arrugas, Gabriel aparentaba tener unos cincuenta años.

El conductor dio un frenazo y el vehículo se detuvo en seco. Miré al exterior y vi una calle desierta, ligeramente iluminada por las farolas. Gabriel se acercó a mí y frunció el ceño.

—Mal asunto: Montréal-Nord...

Tragué saliva. Los dos hombres del avión abrieron las puertas. Gabriel fue el primero al que arrastraron fuera de la furgoneta. Gritaba y suplicaba entre balbuceos incomprensibles, pero a ninguno de los dos mafiosos pareció importarle. El hombre barbudo me arrastró del brazo hasta una de las casas en ruinas del barrio, que tenía las paredes grafiteadas y una pequeña valla que se aguantaba de milagro. Los hombres armados de la entrada, que me fulminaron con la mirada, acabaron con todos mis deseos de rebelarme.

Miré desesperadamente a mi alrededor, en busca de una cara conocida, la de William o incluso la de James. Aunque lo considerara un monstruo, seguía siendo mi único referente en este universo desconocido.

Entré en la casa bajo coacción. Las paredes temblaban con la música, que se reproducía a todo volumen. Allí reinaba el alcohol, el cánnabis y todo tipo de drogas. Seguí lentamente a los dos hombres. Gabriel se tambaleaba a mi lado, con los ojos nublados por las lágrimas. A mi derecha, vi a un joven sentado en una mesa con una mujer semidesnuda en su regazo. A su izquierda, había otro tipo esnifando polvo blanco, que probablemente sería cocaína. Muchas mujeres con poca ropa se contoneaban en brazos de esa panda de puercos por civilizar.

El barbudo abrió una puerta y nos obligó a bajar las escaleras. Cuando llegamos a un sótano lleno de humedades, nos quitaron las esposas y nos metieron en una pequeña celda improvisada con una malla metálica y rígida. Gabriel protestó, pero recibió un violento puñetazo en la tripa como respuesta. Los dos matones salieron y se tomaron las molestias de poner un candado en la puerta hecha de barrotes. El sótano solo estaba iluminado por una vieja lámpara que colgaba toscamente del techo.

—Estamos perdidos… —dijo Gabriel, sin dejar de temblar.

---

[1] *N. de la T.* Pequeña municipalidad de la aglomeración de Montreal, en la provincia de Quebec.

10

Plan de escape

—Volverán y nos torturarán. He visto cómo lo hacen.

Gabriel se había sumido en un estado de ansiedad desde que habíamos llegado e intentaba torpemente esconder la cabeza tras las manos. Me habría gustado darle ánimos, pero a mí también me costaba mantener la calma. ¿Estábamos condenados a pudrirnos aquí? ¿Nos maltratarían como decía mi compañero de celda?

Si yo también sucumbía al pánico, se nos iría de las manos. Preferí no responder y me encerré en un profundo silencio. Pensé en todo y en nada al mismo tiempo. Por ejemplo: ¿dónde podría estar James? No me fiaba de nadie, y menos de él. Ese cerdo no conocía ni la empatía ni los modales.

Me veía pudriéndome en esa celda hasta que mis padres pagaran el rescate, si es que lo hacían.

Al cabo de una hora, Gabriel recuperó la compostura. Lo miré brevemente, con sus ojos hinchados mirando a la nada. Y algo dentro de mí me instó a entablar una conversación, aunque solo fuera para tranquilizarle. Teníamos que ayudarnos mutuamente: salir de esa celda, llamar a la policía o a quien fuera que pudiera sacarnos de allí. Teníamos que hacernos el uno al otro. Quizá, bajo ese exterior tímido y enclenque, hubiera un tipo rudo y vil, capaz de vencer a esa banda de mafiosos.

—¿Por qué les pediste dinero? —pregunté para romper el pesado silencio que había entre nosotros.

Gabriel suspiró tristemente y luego volvió a mirar a la nada.

—Por favor, no me juzgues. Tengo una mujer y una niña; se llama Anny, y en el barrio donde vivo es muy difícil ganarse la vida honradamente. Les pedí prestados diez mil dólares a estos tipos, y pensé que podría devolverlos rápidamente. Soy bastante bueno al póker y creí que podría ganar el doble o incluso el triple de lo que había apostado. Pero lo perdí todo y mi mujer ni siquiera lo sabe. Debe de estar muy preocupada...

Sus sollozos se volvieron más intensos. Había cometido un gran error: le había pedido prestado dinero a la gente equivocada. Hasta ahora, todas las personas que había conocido en Canadá vivían en buenas condiciones, pero ahora estaba descubriendo la otra cara de la moneda. Gabriel era un hombre que vivía en la inmundicia, y no era más que un ejemplo entre muchos otros.

—Un día, la mujer de uno de mis vecinos desapareció. La habían secuestrado porque su marido no había pagado una deuda. Intentó ir a recuperarla, pero volvió con tres dedos menos, la cara irreconocible y sin su mujer. Son mafiosos, niña, no quiero que hagan daño a mi familia…

Me quedé sin palabras. Lo que acababa de decirme me generó una aversión sin nombre hacia aquel lugar y esa panda de miserables. La pobreza era un tormento que afectaba a todos los países. A menudo permanecía oculta, pero ahora me enfrentaba a ella en todo su esplendor. Y se me encogió el corazón al imaginar que podía haber muchas familias en una situación similar. Volví a pensar en el cuaderno de James, en todos esos nombres, en todas esas personas como Gabriel…

—No te preocupes, saldremos de esta. Solo necesitamos un plan. No podemos hacer nada si

no sabemos lo que nos espera al otro lado de esa puerta. Esta casa está llena de criminales. Si queremos salir de aquí, tendremos que pensar muy bien el cómo.

***

Así pasaron seis largos días junto a Gabriel, sentados en el suelo, sin colchón, y tratando de pautar la forma que tenían los esbirros de dividirse el trabajo. Tenían dos turnos al día, mañana y noche, y nunca los cubrían los mismos tipos. Nos daban una botella de agua y, al igual que en el hangar, nos traían pan duro de vez en cuando. El hombre barbudo y corpulento bajaba a menudo y no abría la boca. Me echaba un vistazo de cerca para asegurarse de... bueno, de vete tú a saber qué, y luego volvía a subir.

Solo nos dejaban salir para hacer nuestras necesidades y, a diferencia de Gabriel, a mí me permitían ducharme, aunque fuera con agua fría. Pero sabía perfectamente por qué me otorgaban ese privilegio: cada vez que cruzaba aquel estrecho pasillo de arriba, deslucido por el humo de los cigarrillos y los porros, acaparaba las miradas indiscretas y sucias de todos los que se alojaban en esa casucha. Algunos intentaban olisquearme y ponerme las manos en las caderas, pero yo no les dejaba. Uno de ellos incluso me ofreció unirme a la fiesta y me enseñó una bandeja de cocaína, pero yo tenía claro que jamás me acercaría a esa mierda. Cruzar aquel pasillo era una auténtica carrera de obstáculos.

Por suerte para mí, durante mi estancia en ese cuchitril no había vuelto a tener un ataque. Ni uno solo desde el avión. Aunque una noche estuve cerca de sufrir uno. Uno de los tipos que estaban en el barracón y que se encargaban de vigilarme me había frenado en seco justo después de que saliera de la ducha y me vistiera. Estaba colocado, ido, con vete a saber qué droga. El muy asqueroso me empujó contra la puerta y yo sentí que se me aceleraba el corazón. Una horrible sensación de impotencia se apoderó de mí, como si mi propio cuerpo ya no me pertenecía. Él aventuró sus manos mucho más allá de lo que le estaba permitido. Afortunadamente, mi nuevo «amigo», el barbudo, no tardó ni un segundo en intervenir y apuntó con su pistola a la sien de aquel tipo. Tuve suerte, pero solo de pensar en volver a encontrarme con aquel degenerado, me daba miedo salir de la celda, que irónicamente, se había convertido en el único lugar donde aún me sentía un poco segura. Aquella noche, Gabriel se pasó horas tratando de calmarme. Yo no dejaba de llorar, y puede que se imaginara que estaba consolando a su propia hija en mi lugar.

Gabriel me habló largo y tendido de su familia, y luego me preguntó por mi vida en Francia, por mis amigos y conocidos. El simple hecho de hablar de nimiedades fue de lo más agradable, y nos animó durante unos minutos.

En cuanto al plan de fuga, habíamos deducido una cosa: nunca saldríamos de allí juntos. Lo mejor que podíamos hacer era intentar colársela a uno de esos tipos, preferiblemente al que más confiara en nosotros, y alegar que teníamos *una necesidad imperiosa*. Cuando abriera la celda, uno de nosotros le noquearía, cogería su pistola y la usaría para liberarnos. Por mucho que me diera palo liársela, yo había considerado hacérselo al barbudo, porque parecía ser el único que se preocupaba por mí.

Decidimos que lo intentaríamos en cuanto entrara en el sótano. No habíamos pegado ojo en las últimas veinticuatro horas, así que estábamos preparados para el momento oportuno.

Y justo cuando los últimos rayos del crepúsculo desaparecieron tras la única claraboya del sótano, unos golpes retumbaron en el piso de arriba. Sonaron varias voces y me sobresalté

cuando se abrió la puerta que daba a la escalera. Gabriel se levantó, asustado. Me sorprendió ver a James, que ese día también vestía un traje de tres piezas bajo un largo abrigo negro, y llevaba guantes de cuero del mismo color. Le acompañaban varios de sus secuaces, entre ellos, William, que estaba de pie a su derecha. No estaba segura de si debía sentirme aliviada de volver a verlos, pero mi compañero de celda tenía claro que no.

Abrieron la puerta de la celda y me instaron a salir primero. Me detuve delante de James, que seguía mirándome con su sonrisa pérfida. Sus dedos me recorrieron la mandíbula, subieron lentamente hasta la barbilla y me obligaron a mirarle a los ojos.

—Te dije que volveríamos a vernos, tesoro. Pero no he venido a por ti, al menos esta noche.

Con un gesto brusco, me apartó. Will me puso la mano en el hombro para hacerme retroceder y tuve el impulso de saltar sobre él y gritar por el alivio de verle allí, pero intenté mantener la compostura. Me dedicó una sonrisa discreta y yo hice lo mismo. A diferencia de los otros esbirros, él me sujetaba la muñeca sin apretar, así que podría haberme liberado sin esfuerzo.

Por fin llegó el turno de Gabriel, que se disculpó entre quejidos incomprensibles. Lo sujetaron por los brazos, así que el pobre no tuvo tiempo de explicarse, y acabó maniatado. Temía lo que le deparaba el destino. Como había tenido muchos enfrentamientos con James McAllister, sabía de sobra que todo podía degenerar en un abrir y cerrar de ojos.

En ese mismo instante, el criminal sacó su famoso cuaderno de notas, el mismo origen de mis problemas.

—Gabriel Finkle, tal y como me imploraste, te he dado un mes para devolverme los diez mil dólares que, muy amablemente, accedí a prestarte.

Entonces los matones lo arrastraron hasta un rincón del sótano donde colgaba un gancho. Suplicó con todas sus fuerzas, pero aun así, recibió un puñetazo en la mandíbula. Me convertí en la espectadora principal de una obra macabra. Con las manos atadas al gancho, los pies de Gabriel apenas rozaban el suelo. James se acercó a él con pasos lentos y pesados.

—Tengo una pregunta para ti, Gabi: ¿dónde está mi dinero?

—Se-señor McAllister, se lo devolveré muy pronto...

El criminal no le dio tiempo a terminar la frase y le dio un puñetazo en el estómago. Estaba desconcertada y petrificada ante aquella violencia injustificable.

—Respuesta incorrecta. Empecemos de nuevo.

—Encontraré... encontraré la manera...

James le asestó un segundo puñetazo, sin miramientos. Nunca había presenciado una escena tan horrible. Me temblaban las manos y, empecé a jadear; estaba asfixiada por el pavor. Will no tardó en darse cuenta y, discretamente, estiró los dedos y los entrelazó con los míos, sin apartar los ojos de su superior ni un segundo. Cerré los ojos para dejar de ver semejante masacre. Pero los gemidos roncos de mi compañero, mezclados con un tartamudeo incesante, me hicieron sentir tan mal que la ira fue creciendo poco a poco en mi interior. No podía dejar que siguieran atormentando a Gabriel, y menos después de lo que me había contado aquel pobre hombre.

Me alejé corriendo de William y, antes de que pudiera alcanzarme, agarré el brazo de James para retenerlo. Sorprendido, se detuvo en seco y desvió lentamente sus ojos sombríos hacia los míos. Le apreté el brazo con todas mis fuerzas, para impedir que canalizara su ira una vez más en aquel pobre hombre. Sin duda, acababa de firmar mi sentencia de muerte.

—Por favor, ¡para! ¡Para! —me atreví a decir, mientras trataba de ocultar mi desconcierto.

—Tienes más agallas de lo que pensaba, pero no te metas donde no te llaman.

James me apartó de un empujón con hosquedad, pero yo no pretendía rendirme. Y justo

cuando estaba a punto de agredirle de nuevo, me interpuse entre ellos. James suspiró, exasperado, y se pasó la mano —llena de arañazos y ensangrentada— por la cara.

—Me estás haciendo perder el tiempo. ¡William, sácala de aquí!

El joven intervino de inmediato. Me cogió del brazo, pero yo permanecí inmóvil. Quería desafiar a James con el poco valor que me quedaba. Ante mi testarudez, Will desenfundó su pistola: no le quedaba más remedio que amenazarme. Mientras estuviera delante de su superior, tendría que seguirle el juego. Desesperada, eché una última mirada a Gabriel, que tenía la cabeza colgando y se había sumido en el limbo de la inconsciencia, a años luz de aquella gehena[1].

William me apartó de la horrible visión del cuerpo magullado de James, y me vi obligada a subir las escaleras de tres en tres. Me llevó a rastras, y una vez fuera de la casa, recuperé la compostura. Al fin pude respirar el aire fresco que tanto había ansiado esos últimos días. Will guardó su pistola y me agarró por los brazos.

—¡Madi! ¡Contrólate!

Mis ojos amenazaban con no poder contener las lágrimas. Me temblaban las piernas, pero intenté aferrarme a mi único amigo para no flaquear. La idea de que fueran a golpear a Gabriel hasta la muerte me revolvía el estómago.

Will y yo nos alejamos de la casa. Los últimos rayos de luz rosada estaba a punto de ocultarse en el firmamento, y la oscuridad celestial se avecinaba. Will miró a su alrededor para asegurarse de que estábamos solos.

—Vete.

Atónita, busqué el engaño en su mirada curtida. Sin embargo, Will parecía tan serio como siempre. ¿Me estaba animando a huir? Sabía que quería ayudarme, pero decirme abiertamente que me marchara... Pensaba que en ese tipo de organizaciones todo giraba en torno a la familia, a la confianza mutua. Pero Will era, sin duda, la excepción a la regla.

—Pero no puedo…

No podía dejar a Gabriel solo; teníamos que huir juntos. En ese cuchitril, lo único que le quedaba era la muerte. Es más, estaba muerta de miedo. Sabía que James y los otros miembros de la West End Gang no tardarían en encontrarme. A menos que pudiera encontrar algún lugar en el que esconderme. O mejor aún, a alguien que pudiera ayudarme. Si iba a la policía y les explicaba lo que estaba pasando, y les decía dónde tenían retenido a Gabriel, podrían intervenir y detener a los miembros de la mafia irlandesa. También podría ponerme en contacto con Nathan y mis padres para tranquilizarlos.

—Madison, no vas a tener otra oportunidad.

—Te matarán si descubren que me has ayudado.

—No te preocupes por mí. Nunca he estado de acuerdo con los métodos de James, así que si puedo salvarte de correr el mismo destino que ese tipo... En fin, solo quiero ayudarte.

Will me empujó entonces hacia la carretera, pero yo seguía dudando. Me volví hacia él por última vez para abrazarlo. Tenía los ojos llenos de lágrimas, y no sabía cómo decirle que le estaría eternamente agradecida. Pronto volvería para ayudar a Gabriel.

—Gracias, Will.

—¡Vamos, vete!

Respirando de forma entrecortada y sin poder refrenar el impulso de mis piernas, eché a correr. Corrí y corrí, mucho más rápido que la noche en el bosque, porque esta vez sabía que no tendría otra oportunidad. Si James o alguno de sus hombres me encontraba, *adiós, muy buenas*.

Recé para que Gabriel aguantara hasta que yo volviera.

Ahora todo dependía de mí: tenía que encontrar ayuda.

---

[1] *N. de la T.* La gehena es el nombre que, en la Biblia, Jesús utiliza en ocasiones para referirse a lo contrario a la vida en el reino prometido, esto es, al infierno.

11

Sana y salva

Avancé a trompicones, tapándome la cara con la capucha. Preferí las callejuelas a las calles transitadas. El barrio no me pareció nada del otro mundo: los perros ladraban y los transeúntes discutían, como en muchos otros. Me perdí, deambulé por las calles, sin saber adónde iba. Montreal era una ciudad inmensa y totalmente desconocida para mí. Como estábamos a principios de noviembre, el frío me helaba la sangre, y no pude evitar que me castañearan los dientes.

Mi objetivo era encontrar un teléfono para llamar a la policía, y de paso, a mis padres. Con cuidado, seguí corriendo en dirección a los rascacielos que se alzaban a lo lejos. Tenía que ser discreta y no dejarme ver, bajo ningún concepto. Ya no sabía en quién podía confiar.

Pero también es cierto que, hasta aquel momento, siempre que me había detenido en uno de los múltiples destinos de mi viaje por Canadá, había sucedido lo mismo: no había tenido ningún problema al llegar a la ciudad. No había razón para que eso cambiara, salvo porque no tenía coche, ni teléfono, ni dinero... ¡Ni siquiera mis documentos de identidad!

Vamos, Madi, te las has visto en peores situaciones...

Pero ¿qué coño decía? ¿Cómo se me ocurría relativizar en semejantes circunstancias?

No había ni una sola tienda abierta; nadie que me ayudara... Pero ¿qué día era? Un cartel me hizo ver que había cambiado de municipio. En él se leía «Ahuntsic-Cartierville». A mi derecha, la entrada a un parque. Algunos padres todavía paseaban con sus hijos. Había parejas de todas las edades sentadas en bancos, justo debajo de las sombras que proyectaban las brillantes luces de las farolas. Hice acopio de todo mi valor y me acerqué a una anciana que paseaba a su *border collie*.

—Buenas noches. Disculpe... —dije, vacilante.

Sin dejar de temblar, me cerré la chaqueta. Me dolían los pies y las piernas. Estaba exhausta, y sentía que los nervios no tardarían en vencerme.

—Buenas noches, jovencita. Pareces perdida. ¿Te encuentra bien?

—Estoy bien, gracias. ¿Sabe dónde puedo encontrar la embajada francesa o una comisaría de policía?

Me miró, desconcertada, antes de sonreír y consultar su reloj, que marcaba las ocho.

—Está el Consulado General de Francia, pero a estas horas habrá cerrado. Por no decir que está a la otra punta de la ciudad. Por lo demás, hay una pequeña comisaría cerca. Si tienes algún problema, seguro allí que te ayudarán.

Un rayo de esperanza hizo que mi corazón volviera a latir. Una vez allí, ya no tendría que huir, y como mi desaparición se había hecho pública, había muchas posibilidades de que me reconocieran y me dejaran quedarme allí. Así, podría ayudar a Gabriel. Me sentí como si me hubiera quitado un enorme peso de encima.

—¡Menos mal! ¿Podría decirme la dirección, por favor?

—Creo que puedo hacer algo mejor. Vivo aquí al lado, así que no me importaría ir contigo.

¡Esa mujer rebosaba bondad! En ella encontré lo que tanto había echado de menos en las últimas dos semanas: la calidez humana, la predisposición natural a ayudar al otro. Me contuve las lágrimas de alegría que, de todos modos, se habrían mezclado con el cansancio. La señora me

sonrió de forma dulce e inocente, y ese brillo cálido en sus ojos me reconfortó. Ella era la prueba viviente de que no solo había desgraciados en el mundo.

La seguí y ambas salimos del parque. Todavía tenía un nudo en la garganta, porque no dejaba de imaginarme cómo sería encontrarme con un miembro de la West End Gang. A esas alturas, Will debía de estar metido en un buen lío, y a Gabriel lo podrían haber arrojado ya por un precipicio. No tardé en desterrar esos oscuros pensamientos de mi mente. Tenía que calmarme.

—Me llamo Ida, y este es Gustave —dijo, para presentarme a su amiguito peludo—. ¿Y tú? ¿Cómo te llamas?

—Madi.

—Madi… Y dime, ¿no eres de por aquí?

—Bueno, soy francesa —respondí con sinceridad, con la esperanza de que no hiciera demasiadas preguntas indiscretas.

—¡Qué casualidad! Mi marido, Roger, nació en Francia.

La mujer dijo esas palabras con un toque de nostalgia, y luego estiró los labios para sonreír alegremente. Cruzamos una plaza y caminamos por una callejuela repleta de pequeños restaurantes, y eso me hizo caer en la cuenta de que el estómago no dejaba de rugirme.

Con su metro setenta, sus pómulos ligeramente hinchados y sonrosados, Ida me recordaba a mi abuela: era adorable, servicial y, sobre todo, inofensiva.

—¿Lleva mucho tiempo viviendo aquí?

—Cariño, nací aquí, y aquí moriré —dijo, orgullosa—. No quiero ser indiscreta, pero ¿por qué estás aquí sola? ¿Te has metido en un lío?

—Pues sí, podría decirse que sí, pero ahora ya estoy mejor.

La palabra «lío» se quedaba corta, pero preferí no darle más vueltas al asunto y mantener la cabeza fría y despejada. La policía me ayudaría. Recordaba el lugar, el nombre de la calle y las caras de los sicarios. En cuanto pusiera una denuncia, podría salvar a Gabriel, y James y toda esa panda de cabrones acabarían entre rejas. ¡Y yo no volvería a pisar Canadá!

—Mi pobre niña… Bueno, espero que puedas dejarlo todo atrás. En fin, ya hemos llegado.

La señora señaló un edificio de dos plantas. A través de las ventanas pude ver a una mujer riéndose al teléfono. Allí podría localizar a Nathan y a mis padres. Aliviada, le di las gracias a Ida, que, sin saberlo, me había calmado y me había devuelto a la normalidad después de una noche tan dura.

—No me des las gracias, cariño. He hecho lo mínimo.

En un exceso de amabilidad, la anciana me acompañó hasta la entrada del edificio. Antes de que se marchara definitivamente, me agaché para acariciar a su perro, que movió el rabo y me lamió la mano. Ante esa ternura repentina, que contrastaba con lo que había vivido en las últimas semanas, sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas.

Ya está, Madi. La pesadilla se acaba aquí mismo.

Ida se despidió de mí una última vez, y luego empujé las puertas de cristal del edificio.

La comisaría parecía desierta, sin contar a la mujer de recepción, que ya había colgado el teléfono, y a un hombre regordete que cabeceaba tras su escritorio. La puerta principal se cerró de golpe a mis espaldas y lo despertó.

Me acerqué tímidamente al mostrador de atención al ciudadano. Frustrada, una mujer con el pelo canoso y que claramente rondaba los cincuenta levantó hacia mí su mirada ojerosa.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Buenas noches, me gustaría...

—¡Joder, Mélanie! ¡El partido de fútbol! ¡Ya te vale! ¡Podrías haberme despertado! —interrumpió el otro agente, mientras se ponía en pie.

Inquieto, el hombre cogió su parka negra, se limpió un hilillo de baba que le colgaba de la boca y salió disparado hacia la puerta.

—¡Hasta mañana! —soltó, mientras se alejaba a toda velocidad.

Yo me quedé atónita por la actitud de aquel policía, pero a Mélanie no pareció importarle lo más mínimo. La agente volvió sus ojos castaños hacia mí.

—Continúe.

—Quería poner una denuncia.

—¿Por qué?

—Secuestro y...

—¿Y cómo se llama?

Su tono insistente y desinteresado me irritó.

—Madison O'Dea.

Dejó pasar unos segundos y luego abrió los ojos bruscamente. Parpadeó varias veces, como si estuviera alucinando. Repasó los archivos de su ordenador hasta dar con un registro de personas desaparecidas y luego la mujer comparó una foto con mi cara.

—Hostia puta... ¿La Madison O'Dea que desapareció el pasado 15 de octubre? Pasa, pasa. Bueno, no te importa que te tutee, ¿no?

Negué con la cabeza. Mélanie se levantó de su asiento, me pasó el brazo por los hombros y me condujo a su despacho, y allí, me invitó a sentarme en el sofá. Me ofreció una manta y una taza de té. Luego se sentó enfrente de mí y abrió su portátil. Entrelazó los dedos de ambas manos y me miró, incrédula. No podía culparla. Había desaparecido en Winnipeg, y ahora estaba a 2000 kilómetros, en la segunda ciudad más grande de Canadá.

—Mis compañeros iniciaron numerosas búsquedas y mucha gente pensó que estabas... Bueno, ya sabes, muerta. En fin, ¿qué sucedió? Cuéntamelo cuando estés preparada.

Solo de pensar en los horrores que había vivido se me saltaban las lágrimas. Apenada, Mélanie se sentó a mi lado y me tranquilizó lo mejor que pudo con palabras reconfortantes. Al principio, titubeé. Intenté secarme las lágrimas de una forma un tanto torpe, pero las palabras no tardaron en salir de mi boca:

—Mató a Domenico Del Baso...

—Del Baso era un criminal al que buscaba la policía, sí. Pero ¿quién dices que lo mató?

—James McAllister.

Acababa de pronunciar su nombre sin el menor reparo: ese pedazo de escoria merecía ir a la cárcel. Sin embargo, me temblaba la voz ante la idea de tener que recordar todo lo que había pasado.

Finalmente, conté toda la verdad, y no omití ni un solo detalle de lo que había ocurrido en esas dos últimas semanas. Mélanie me escuchó, absorta en mis palabras. La idea de ver de nuevo a mi familia me llenó de alegría.

—Me gustaría ir mañana a la embajada francesa para ultimar los detalles y prepararme para volver a casa.

—Sí, lo entiendo. Te tomaré declaración, y no te preocupes por tu amigo. Enseguida enviaré una patrulla a la zona.

Estaba a punto de salir de la habitación con paso decidido, pero entonces la llamé una vez más.

—Perdona, ¿crees que podría llamar a mis padres para tranquilizarlos?

—Por desgracia, las llamadas al extranjero tienen un coste excesivo. Pero si tu novio sigue en Canadá, podrás localizarlo, así que no dudes en usar el teléfono de mi mesa. De todos modos, siempre podrás llamar a tu familia mañana, en la embajada. Ahora, disculpa, pero tengo que ocuparme del asunto de tu amigo.

Le di las gracias, y ella salió de la habitación dando un portazo, probablemente para darme un poco de intimidad. Sin perder un segundo, me dirigí a la mesa, cogí el anticuado teléfono fijo y marqué el número de Nathan, que me sabía de memoria. Dada la hora, esperaba con todas mis fuerzas que contestara. La espera fue de lo más angustiosa. Los interminables pitidos me revolvían las tripas. Estaba asfixiada por el terror de no obtener respuesta. Tras unos largos segundos, recibí mi condena:

«La persona a la que ha llamado no está disponible en este momento. Por favor deje su mensaje después de la señal».

Desesperada, me dejé caer en la silla y colgué sin siquiera dejar un mensaje. Me tragué un sollozo amargo. Aunque iba a llamar a mis padres a primera hora de la mañana, me habría gustado oír una voz familiar en ese momento. ¿Y si Nathan había vuelto a Francia? ¿Y si se había olvidado de mí? Un millón de preguntas y suposiciones absurdas me rondaban en la cabeza. Me sentía tan mal…

De repente, sonó una sintonía. Me costó creerlo, pero era el número de Nathan el que aparecía en la pantalla. Aliviada, pulsé el botón verde del teléfono. Sin embargo, me quedé paralizada, incapaz de pronunciar una sola palabra.

—¿Hola? Tenía una llamada de este número… —dijo una voz que no me costó reconocer.

—¿Nathan? —balbuceé, conmocionada.

—¿Madison?

Rompí a llorar, esta vez de alegría. Me sentí aliviada al escuchar aquella voz tan dulce y, sobre todo, que sonaba como música para mis oídos. Por fin podía hablar con alguien de confianza, alguien que me conocía mejor que nadie.

—¿Eres tú, cariño? ¿Dónde estás?

—En Montreal, en una comisaría. Dios… ¡Qué alegría oír tu voz! —dije, emocionada, mientras agarraba la cadena de oro que siempre llevaba al cuello.

—Dios mío, cariño, ¡estaba muerto de miedo! ¿Qué te ha pasado? En las noticias dijeron que tú... Bueno... No quería creerlo.

—Me he metido en un lío enorme…

—Voy a coger un avión ahora mismo. Tengo que ir a por ti.

—Mañana iré a la embajada francesa. Por favor, Nathan, diles a mis padres que estoy sana y salva.

—Sí, no te preocupes. ¡Qué bien escuchar tu voz! Pero ¿qué te ha pasado?

—Te lo contaré todo cuando nos veamos. Lo importante es que todo ha terminado.

En ese mismo momento, Mélanie volvió a entrar en la habitación, con cara de sorpresa. Supongo que no se esperaba que estuviera ahí de charleta. Puede que estuviera deseando volver a su asiento. Sin embargo, yo no estaba en un hotel, así que no tenía pensado pasarme horas al teléfono. En cualquier caso, estaba más relajada; pronto volvería a ver a mis seres queridos.

—Nathan, tengo que colgar. Te llamo en cuanto pueda, ¿vale?

—Tranquila, cariño. Estoy contentísimo de haber hablado contigo. Ahora sé que estás bien.

—Te quiero. Te volveré a llamar desde la embajada.

—Yo también te quiero. Hasta mañana, tesoro.

El corazón me dio un vuelco. Abrí los ojos como platos al escuchar esa última palabra, y se me hizo un nudo en la garganta. *Tesoro*. Una palabra que me perseguiría el resto de mi vida. James la había pronunciado una y otra vez en el mismo tono que él. Sentí un profundo malestar al pensar en ello.

En silencio, volví a dejar el auricular en su sitio. Tragué saliva e intenté recuperar la compostura. Mélanie se acercó a mí con una sonrisa amable, y en las manos llevaba un pequeño cuenco cubierto por un plato de plástico.

—Me alegra mucho verte más tranquila. ¿Con quién has hablado, por curiosidad?

—Con Nathan, mi novio.

—Muy bien. Bueno, pensé que tendrías hambre, así que te traigo algo para reponer fuerzas.

Me puso el recipiente delante de las narices y le quitó la tapa. Entonces vi un plato de pasta cubierto con queso Gruyère rallado y pimienta. Se me hizo la boca agua.

—No es nada extraordinario, pero espero que lo disfrutes. Si quieres, hay una ducha y un aseo al final del pasillo, justo en la entrada, a la derecha. Y si necesitas descansar, aquí tienes el sofá. Creo que lo mejor será que te registremos en el programa de protección de testigos. Así podremos encontrar un lugar seguro para ti hasta que todo esto se resuelva.

—Gracias. No sé qué decir...

—No te preocupes. Descansa. Si me entero de algo más, vendré a decírtelo.

Dicho esto, Mélanie salió del despacho. Miré con hambre el plato de pasta. Estaba deseando comer algo caliente y que me llenara. Cogí el tenedor y lo clavé en el plato de espaguetis. Mis papilas gustativas se deleitaron en esa mezcla de sabores. Esa noche, vi la vida con otros ojos, porque sabía que todo iba a salir bien. La policía salvaría a Gabriel y luego encerraría a James y su banda en la cárcel. Solo esperaba que Will saliese impune. Al día siguiente vería al fin a Nathan, podría contactar con mi familia y no tardaría en volver a casa.

Después de devorar mi plato, respiré hondo. Llevé el plato sucio a la cocina, que no estaba lejos del mostrador de la entrada. Mélanie, de pie junto a la puerta, me dijo:

—He encontrado una muda para ti. Espero que te quede bien.

Tras darle las gracias, me dirigí a las duchas comunes. No era nada demasiado lujoso. Eran mínimamente decentes, pero al mismo tiempo, todo lo que necesitaba. Dejé la ropa en uno de los banquitos cerca de las duchas y me instalé en uno de los estrechos cubículos.

Todos mis músculos se relajaron en contacto con el agua hirviendo. Eché la cabeza hacia atrás y el pelo me cayó en cascada sobre la espalda. No había límite de tiempo, ni voces que me regañaran, ni miradas indiscretas: disfruté de la soledad y el calor en ese lugar tan tranquilo. Luego me puse la ropa que me había dejado Mélanie: ropa interior nueva, una falda azul marino hasta la rodilla, una blusa pálida ligeramente transparente, una chaqueta negra y unas Converse blancas bastante viejas.

Al salir de las duchas, deposité las prendas cochambrosas en un contenedor especial para ropa sucia, y luego me reuní con Mélanie en la entrada.

—Gracias de nuevo, Mélanie.

—¡Te queda mejor que a mí! Ve a descansar, anda. Mañana iremos juntas a la embajada.

Asentí y luego me dirigí a su despacho. Me quité las zapatillas y me tumbé en el sofá. Era un poco estrecho, pero no podía quejarme: me había pasado una semana durmiendo en el suelo de cemento de un sótano lleno de humedades.

Como estaba agotada, mi mente atormentada se rindió al sueño rápidamente. La presión se

diluyó y dejó paso a un alivio infinito, y poco después, abandoné mis temores.

***

Fue un sueño de lo más agradable. Estaba en mi piso, tumbada en el sofá, con Osiris y Anubis en mi regazo. Nathan me abrazaba. Había preparado una fuente de palomitas dulces. Cabeza con cabeza, saboreábamos el momento como lo habíamos hecho con muchos otros: era una escena cotidiana y corriente, pero al mismo tiempo, perfecta.

—Te quiero.

—Yo también te quiero.

—Tesoro… —añadió, mientras me abrazaba un poco más fuerte.

Desconcertada, me aparté y descubrí a James, mirándome con su pérfida sonrisa. Horrorizada, intenté liberarme de su sofocante abrazo, pero él no movió ni un músculo. Mi tirano me asfixiaba con el peso de su cuerpo, y sus dedos rozaban mi piel con una delicadeza estimulante. Debía estar soñando. Era un sueño, y tenía que despertar.

¡Vamos, Madi, contrólate!

—¡Señorita O'Dea!

Abrí los ojos de repente y vi a Mélanie, que me miraba desde arriba. Me incorporé enseguida, con la respiración entrecortada y las manos temblorosas. Entonces comprendí que aquella noche en Winnipeg, así como los días siguientes, no se borrarían de mi mente con tal solo chasquear los dedos. Tardaría meses, incluso años, en pasar página.

—Señorita O'Dea, tenemos que irnos, y rápido.

Miré el reloj. Solo eran las cuatro. La embajada no abría hasta las ocho. Mélanie me ayudó a levantarme. Parecía tener prisa.

—¿Qué pasa, Mélanie?

—Me temo que corres más peligro del que pensaba. Tenemos que irnos.

Me puse los zapatos y la chaqueta, y seguí a la agente sin hacer preguntas. Salimos por la parte trasera del edificio. Hacía mucho frío y el viento me azotó la cara.

Subimos a un vehículo utilitario de la policía. Mélanie se sentó al volante y arrancó sin perder ni un segundo. Estaba confusa: ¿qué quería decir con que «corría más peligro del que pensaba»? ¿Me perseguía la West End Gang? No podía ser. ¿Por qué estaban tan empeñados en secuestrarme?

—¿Adónde vamos? —pregunté, con un hilo de voz.

—A un lugar seguro.

12

De vuelta a los infiernos

Mélanie condujo una media hora. Tenía la mirada fija en la carretera y agarraba con fuerza el volante, así que no me atreví a hablarle. Si ella insistía en huir, habría que hacerle caso.

A las cuatro de la mañana, no podía ser de otro modo. Según nos fuimos alejando del centro en dirección a la parte más alta de Monreal —donde las casas eran cada vez más caras—, empecé a sentirme más tranquila.

—Hay un lugar de máxima seguridad en la zona donde podrás quedarte hasta que se calmen las cosas.

Cuando Mélanie apagó por fin el motor, me giré para mirar la mansión gigantesca que teníamos delante. Salimos del coche y cruzamos un gran portón, provisto de cámaras. A ambos lados del camino de entrada, había una hilera de cipreses bien podados. Al fondo, había una impresionante casa hecha de toba[1]. Unas lucecitas nos indicaban el camino, que se hizo pesado a causa del frío, y a medida que avanzábamos, pude ver algunos destellos de luz a través de las ventanas de la residencia. Algunos agentes ya nos esperaban.

En el marco de la puerta, Mélanie llamó dos veces antes de entrar. Yo la seguí de cerca. La calidez del interior me envolvió y el olor a leña me hizo cosquillas en las fosas nasales. Contemplé las vistas. Frente a nosotros, una escalinata grande y moderna de mármol gris daba paso a un salón y una cocina con muebles de color blanco roto, y una encimera de madera en el centro. El diseño era obra de todo un profesional.

—¡Ah, ahí está! —exclamó Mélanie.

Intrigada, me volví hacia los pasos que resonaban en la escalera. Al principio pensé que estaba alucinando. Quizá siguiera soñando. Se me hizo un nudo en la garganta; las piernas estuvieron a punto de fallarme y el corazón me latió con fuerza en el pecho. Delante de mí estaba el mismísimo James.

Estaba consciente, pero completamente desorientada. ¿Por qué Mélanie me había llevado allí? Me había dicho que era un escondite, no la casa de un loco que probablemente iba a matarme. Entonces mi torturador sacó un fajo de billetes del bolsillo y se lo entregó a la policía. Ella miró el dinero, asombrada, y una sonrisa malsana se le dibujó en la boca mientras contaba los billetes. Debía de haber diez mil dólares canadienses.

—Es toda suya… —dijo, mientras se dirigía a la salida.

—¡Espera! No puedes... No me dejes…

Mélanie desenfundó su pistola y me observó con una mirada sombría. Esa mujer había interpretado su papel a la perfección y yo no me había dado cuenta hasta entonces. Seguro que no había informado a ninguna patrulla, ni me habría tomado siquiera la declaración. Y todo por dinero. En unos segundos, todas mis esperanzas se desvanecieron.

—¡Atrás!

James me agarró del brazo y un escalofrío de asco me recorrió la espalda mientras él me llevaba a rastras hacia la cocina. La puerta principal se cerró de golpe y Mélanie desapareció. En ese momento, me hice todas las preguntas posibles. ¿Qué habría pasado si me hubiera quedado con Ida? ¿Y si le hubiera contado mi historia a Nathan? ¿Y si hubiera ido directamente a la embajada? Demasiados «y si» para mi gusto. Había confiado en la mujer equivocada. Y por

desgracia, nadie sabía que seguía viva, aparte de Nathan, pero ni siquiera él sabía dónde estaba exactamente.

—Te dije que esta ciudad estaba llena de gente corrupta. Los políticos, los agentes de policía… Todos están de mierda hasta el cuello. Pero he de felicitarte: no todos se atreven a golpear a uno de mis hombres para escapar.

¿Hablaba de Will? Yo no le había pegado... Puede que hubiera mentido para darme tiempo e impedir que me siguieran la pista.

—De verdad… No puedo dejarte sola cinco minutos sin que te me escapes.

Atrapada en mi silencio, retrocedí lentamente hacia la encimera de la cocina.

—Por desgracia para ti, eso no volverá a ocurrir.

—A la tercera va la vencida —respondí orgullosa, sin pensar siquiera en lo que había dicho.

Me arrepentí de mis palabras de inmediato, y con razón, porque de repente, me agarró del brazo con una mano y del pelo con la otra. Aterrorizada, le cogí del brazo para que me soltara, pero no sirvió de nada.

James me inmovilizó contra la encimera y me contuvo con una mano. Se inclinó sobre mí para colocarme suavemente un mechón de pelo detrás de la oreja y me rozó la mejilla con los dedos. Me mordí el labio inferior para contener un sollozo.

—Creía que ya te había dicho que no hace falta usar la violencia para causar dolor. Y ahora que lo pienso, ¿qué tal si informamos a tu madre de la situación? Seguro que ya habrá reunido el dinero y podrás irte pronto.

Sacó mi teléfono del bolsillo y lo puso en la encimera, justo al lado de mi cara.

—Ya sabes lo que hay. Ahora, calladita.

Forcejeé con ímpetu, pero él se reclinó encima de mí. Al igual que aquella noche en el avión, me tapó la boca con la mano y, por mucho que sacudí la cabeza, no sirvió de nada. Sonó el pitido característico de toda llamada y, durante varios segundos, se me aceleró el corazón. Como era de esperar, mi madre cogió el teléfono. James se inclinó hacia mi oreja y me susurró que no intentara nada.

—¿Madison? Ya me ha llamado Nathan. Lo has conseguido, mi niña, qué alivio... Tu padre ha reservado dos billetes para mañana. Pero ¿cómo lo has hecho? —dijo mi madre, esperando una respuesta—. ¿Hola?

Por Dios, esa ingenuidad suya sería su fin.

—No tan deprisa, Hélène. Su hija todavía está aquí, conmigo.

—Pero ¿qué dice? —contestó, confusa—. Es un farol, ¿verdad?

—Me temo que no. No soy esa clase de hombre; ya debería saberlo. Vamos, tesoro, dale señales de vida a tu madre.

James aflojó la mano con la que me cubría la boca. Me moría de ganas de hablar con mi madre, pero entonces se me pasó por la cabeza la idea de hacerme la muerta. Que se fuera a la mierda. No pensaba seguirle el juego. Pero James, que enseguida supo qué pretendía, me apretó el brazo que aún tenía magullado. Grité de dolor y rabia y forcejeé para liberarme.

—¡Suéltame, puto desgraciado!

James no quiso concederme el placer de dejarme estallar de ira y me tapó la boca.

—Esto no puede ser real... —susurró mi madre con voz temblorosa y aterrorizada—. Pero Nathan me dijo que...

—Es evidente que se equivocaba. En fin, Hélène, ¿sabe por qué la he llamado?

—Escuche, caballero, no tenemos ni la cuarta parte del dinero que nos ha pedido. Estábamos

ahorrando para la op...

—Es terrible... ¿Me está diciendo que su hija no vale un millón de dólares?

Al oír sus sollozos, sentí como si me clavaran una puñalada tras otra en el pecho. Yo también me derrumbé. James me acarició tiernamente la mejilla con el pulgar. Supongo que era su retorcida forma de consolarme, pero solo consiguió enfurecerme.

—Denos un poco más de tiempo. Encontraremos la manera.

—Pero, Hélène, ¿acaso no recuerda lo que le dije la última vez que hablamos?

—Sí, pero...

—Le dejé claro que cuando se acabara el plazo, su hija podría sufrir las consecuencias.

—No, por favor... Conseguiré el dinero.

—Muy bien. Será mejor que se dé prisa. Mientras tanto, me divertiré con su hija.

Antes de que pudiera terminar la frase, le mordí con todas mis fuerzas, tan fuerte que se vio obligado a soltarme. Inmediatamente, cogí el teléfono e intenté escapar, pero James no estaba dispuesto a ceder, y me agarró por la muñeca con un rápido movimiento. Sin embargo, no era el brazo que tenía herido, así que tuve tiempo de gritarle a mi madre:

—¡Mamá, quédate con el dinero! ¡No lo necesita! Me las arreglaré para volver a casa. ¡No te preocupes!

Luego colgué, justo antes de que James me arrebatara el teléfono de la mano y lo lanzara a la otra punta del salón. Tenía los ojos brillantes de ira y los puños apretados por la rabia. Se le había hinchado una vena en la sien. Parecía que había conseguido cabrearle.

—Admítelo, no te gusta perder el control —dije, sin poder evitarlo, para provocarlo.

—En eso tienes razón, tesoro.

Entonces me agarró del brazo y me estampó contra el suelo, sin piedad. Intenté levantarme, pero James no me dio la oportunidad. Rápidamente, tomó el control: se sentó a horcajadas sobre mí y me agarró de las muñecas con una de sus manos. Su pelo ondulado, que normalmente se peinaba hacia atrás, estaba suelto, y unos cuantos mechones le cubrían los ojos.

—Así que encontraste la forma de llamar a tu querido Nathanaël. Interesante. ¿Y qué le dijiste?

Guardé silencio. No quería que supiera nada. Aunque mi conversación con Nathan fue breve y no entré en muchos detalles, James tenía que creer lo contrario. Quería verlo vulnerable.

Mi captor respiró con dificultad, pasó lentamente sus dedos por mi cuello y me acarició suavemente. Agarró mi colgante con la palma de la mano y lo arrancó violentamente, y rompió el cierre en el proceso.

—¡Responde!

Su mirada furiosa y cerúlea me atravesó. A pesar de ello, permanecí impasible, mordiéndome el labio inferior para no romper a llorar.

—Le he dicho a tu madre que iba a divertirme contigo, así que ¿por qué no empezar ahora? —exhaló, con una voz peligrosamente incisiva.

Su mano libre bajó lentamente hasta mi camisa y desabrochó el primer botón. Mis ojos se abrieron de par en par cuando sentí que sus dedos me rozaban la piel cerca de la parte baja del sujetador. Se me aceleró el corazón. De forma instintiva, tiré de mis brazos, apresados, hacia arriba, para cubrirme.

Hasta ese momento, no me había imaginado que lo de «divertirse» fuera por ese camino. Habría preferido la tortura a lo que parecía tener preparado para mí. Aterrorizada, y aunque me habría gustado hacerme la dura, se me nubló la vista. Fui incapaz de articular palabra.

—Tienes razón. Creo que es mejor que sigamos arriba.

Tras soltar esa frase, se incorporó, me rodeó la cintura con los brazos y me subió a sus hombros. Grité, suplicante, y le golpeé descaradamente en la columna. No podía soportar la idea de que se saliera con la suya.

—No te preocupes, tesoro. Luego volverás a por más.

Subió las escaleras a paso decidido. El miedo me revolvió el estómago. Sabía que esta vez no iba a librarme. Recorrió un pasillo y abrió la primera puerta a la derecha, totalmente ajeno a mis incesantes gritos. Al fondo de la habitación vi una cama doble, y entonces deduje que, efectivamente, allí era donde iba a morir.

De repente, mi corazón se contrajo de dolor y jadeé. Horribles palpitaciones me obligaron a suplicar a mi captor que me soltara. Me sofocaba el calor y mis pensamientos oscilaban entre la realidad y el sueño. Mi destino dependía de la buena voluntad de mi agresor.

—Bájame...

—Sí, ahora mismo.

—Me... Me duele el corazón… Suéltame —dije, con un hilo de voz.

—No, tesoro, no me la vas a jugar otra vez.

Sabía por qué lo decía, pero entonces todo mi cuerpo palideció; se contrajo para buscar el equilibrio entre el calor y el frío. Lo agarré de la chaqueta y tiré, con la esperanza de hacerle comprender la urgencia de la situación. Mi corazón latía tan rápido que sentía que estaba a punto de estallar. Normalmente, en mis ataques, rondaba las doscientas cuarenta pulsaciones por minuto, pero con ese, parecía que iba a batir un récord.

—James, por favor, necesito agua…

Mi captor suspiró, molesto, y me colocó frente a él, pero en cuanto mis pies tocaron el suelo, me fallaron las piernas. Me desplomé miserablemente y solté un gemido. James me cogió justo antes de que mi cabeza tocara el suelo. Me apreté el pecho con los brazos y me estremecí. Le pedí a mi cuerpo que dejara de dolerme.

James me pasó la mano por el cuello para comprobar si tenía pulso. Intenté acurrucarme como siempre, pero él me lo impidió. Frunció el ceño al notar mis latidos inusualmente rápidos.

—¿Qué coño te pasa?

No pude responderle. Se me nubló la vista y perdí toda lucidez. De repente, sentí que me levantaban. Cerré los ojos y los volví a abrir unos segundos después, al sentir el roce de una baldosa fría sobre mi piel, que me alivió durante un breve instante. Estaba apoyada en la pared. James se puso a mi altura y me dio un vaso de agua, que me bebí de un trago. Él cogió el vaso y se levantó, mientras yo intentaba volver a la realidad.

Vi una ducha a mi derecha y me metí en ella con dificultad. Mientras James llenaba un segundo vaso, conseguí abrir el grifo de agua fría. Por fin, algo que me aliviaba un poco…

—¿Qué haces?

Aún incapaz de darle una respuesta, con la vista cubierta por un desfile de estrellas oscuras, solo pude sentir los brazos empapados de James sujetándome contra la pared. Me pesaba demasiado el cuerpo. Y allí mismo, incapaz de resistir a ese dolor insoportable, acabé perdiendo el conocimiento, con la cabeza entre las manos de mi secuestrador.

---

[1] *N. de la T.* La toba calcárea o piedra tosca es una roca que se utiliza como material para construir castillos.

13

No volvamos a separarnos

Un año antes.

Me senté en el andén. De vez en cuando, levantaba la vista y observaba cómo se movían las manecillas de aquella gran esfera de color blanco y negro. ¿Cuánto tiempo llevaba ahí? El tren que tenía que coger había vuelto a retrasarse. Hombres, mujeres, parejas, amigos y familias pasaron ante mis ojos, cargados con sus enormes maletas o mochilas de trabajo. Algunos se saludaban después de mucho tiempo, otros se despedían… Las sonrisas se mezclaban con las lágrimas y los abrazos.

Poco después, la voz de megafonía resonó en toda la estación de Lyon Part-Dieu. Por fin, anunciaron que el TGV[1] que llevaba tanto tiempo esperando estaba entrando en la estación. Me levanté rápidamente con la esperanza de avistar al hombre al que había estado deseando ver desde hacía cinco meses. Se había ido a Polonia a visitar a un amigo por correspondencia con el que llevaba años hablando, y había acabado quedándose allí. Quizá debería haber sospechado, pero confiaba plenamente en él. Me habría encantado acompañarle, pero por desgracia, mis estudios me lo habían impedido. Quería sacarme la carrera cuanto antes.

Necesitaba volver a estar con él, pasar algún tiempo a su lado antes de que se marchara, de nuevo, a saber dónde, en ese bucle infinito de trabajo y planes improvisados.

Fue entonces cuando vi su pelo castaño bien peinado, las finas líneas de su mandíbula y sus iris oscuros. Se me iluminó la cara; era él, sin duda. Nuestras miradas se cruzaron. Él dejó caer su bolsa de viaje y extendió los brazos para saludarme. Mi corazón latía con fuerza. Había estado demasiado tiempo fuera. Corrí a abrazar a Nathan, que me estrechó con fuerza y me besó con deseo.

—Te he echado de menos… —susurré, mientras hundía la cara en su camisa para aspirar su aroma.

—He pensado en ti cada día, cada hora, cada minuto... Te quiero, Madison.

—No volvamos a separarnos...

—Nunca más, cariño.

---

[1] *N. de la T.* Por sus siglas en francés, *Train à Grande Vitesse*, esto es, tren de alta velocidad, operado por la SNCF, la compañía de ferrocarriles nacional francesa.

14

Un arduo despertar

Hice un intento torpe de abrir los ojos. La luz del día me cegaba. El calor sofocante me hizo quitarme la sábana que me tapaba parcialmente. No recordaba lo que había pasado el día anterior. Nunca había dormido tan bien. Todavía algo desorientada, examiné mi entorno: una cama doble, una mesilla de noche y un pequeño reloj que marcaba las cuatro.

Entonces me fijé en los pantalones cortos y la camiseta negra de tirantes que llevaba puestos —que claramente no formaban parte de mi armario—, y me asaltaron los recuerdos de la noche anterior: las insinuaciones de James y, después, mi ataque. Me invadió un fuerte sentimiento de amargura. Me sentía tan débil y humillada... La tristeza se mezcló con el resentimiento, y una profunda angustia se introdujo en mi cuerpo a través de mi piel.

No tenía ni idea de lo que había pasado después de que perdiera el conocimiento. Intenté incorporarme y alcanzar la puerta entreabierta, pero no conseguí salir de la cama. Un tintineo metálico me hizo levantar la vista. Para mi horror, descubrí que mi muñeca izquierda estaba esposada al cabecero.

—¡Mierda, joder! —grité, mientras intentaba tirar de ella.

Me dejé caer sin fuerzas sobre el colchón y solté algunas palabrotas. Maldije al cabrón que me tenía ahí retenida desde lo más profundo de mi alma. Luego me puse a barajar ciertas hipótesis sobre lo que podría haber sucedido después de perder el conocimiento. Ante una serie de ocurrencias de lo más sórdidas, se me hizo un nudo en la garganta.

Avergonzada, intenté alcanzar la sábana con los dedos de los pies. Estaba tan concentrada en estirar de la puñetera tela que ni siquiera me di cuenta de que dos iris me observaban con interés.

James carraspeó y me volví hacia la puerta. Estaba apoyado en el marco. Sorprendida, me quedé de piedra y lo miré fijamente. Esta vez no sonreía, como de costumbre. Su presencia me incomodó. Él se incorporó y avanzó lentamente hacia mí. Intenté por todos los medios recostarme y acercar las rodillas a mi pecho.

—¿Te han dicho alguna vez que eres un pirado?

James guardó silencio e ignoró mi comentario. Luego, cogió una silla y se sentó a mi lado, y colocó con antipatía una botella de agua en la mesita de noche. Poco después, me miró. Se respiraba tensión en esa habitación. Yo solo podía pensar en cuantísimo lo despreciaba, y quería destriparle a toda costa, pero era mejor mantener la calma... Al menos por el momento.

—¿Serías tan amable de desatarme?

—Me temo que no.

Su respuesta tajante me pilló por sorpresa. Suspiré, frustrada, y miré al techo.

—¿Me has desvestido?

—Sí.

—Ya veo. En fin, ¿podrías, al menos, alcanzarme esa sábana?

—No.

Estaba tan avergonzada que no me habría importado que me tiraran de cabeza al cubo de la basura. En cuanto a James, se limitó a mirarme y se mantuvo impasible. Hasta la moldura del techo era más expresiva que la cara de ese tipo. Sin mirarle siquiera, esperé a que dijera o hiciera algo, pero no pasó nada; el tipo no movió ni un músculo. Después de unos minutos, molesta por

sentirme observada como si fuera un fenómeno de circo, volví la cabeza hacia James y le dije:

—¿Qué quieres?

—Una explicación.

Por supuesto.

—Si te doy una, ¿me desatarás?

—No.

—Entonces, ¿qué sentido tiene que hable si no me das nada a cambio?

James no contestó. Se limitó a cambiar de postura y cruzarse de brazos. Aparentemente, estaba decidido a mantener el culo en aquella silla. Extendí la mano para alcanzar la botella de agua, pero al estar esposada, no lo conseguí, y llegué a mi cupo diario de frustración. Sin embargo, James no movió ni un dedo para ayudarme.

—Si te lo explico, ¿me pasarás la botella y la sábana?

—Ya veremos.

Tenía que ser precisa y breve. Revelar mi vida privada me molestaba, pero a esas alturas, un detalle más o uno menos no supondría mucha diferencia.

—Desde que nací, tengo lo que se conoce como WPW, o síndrome de Wolff-Parkinson-White. Es una enfermedad cardíaca que hace que el corazón funcione de forma anormal. A esto se une, obviamente, la taquicardia de reentrada[1]. ¿Puedo beber agua ya? —dije, en un tono de burla y fatiga, mientras ponía los ojos en blanco.

Por la expresión de su cara, deduje que no había entendido nada de lo que le había dicho.

—¿Y no tiene cura? ¿No hay algo que pueda refrenarlo?

Ver para creer: ¿ahora el mafioso se preocupaba por mí? En fin, seguro que era porque se sentía culpable. Después de todo, James era el causante de todos mis males.

Apreté los dientes para ocultar mi ira.

—Claro que sí. El médico me recetó antiarrítmicos. Si me hubieras dado tiempo a hacer la maleta antes de secuestrarme, podría habérmelos tomado. ¡Hay que ser imbécil! Lo siento, pero te ha tocado el gordo conmigo… —dije, con sarcasmo.

A juzgar por la expresión molesta de su rostro, era evidente que no era la única a la que le cabreaba mi situación. Pero tenía que ser sincera: quizá le decepcionaría saber que lo mío era ya una causa perdida.

—Mi tratamiento es muy caro, y esa es una de las razones por las que mis padres no pueden pagarte el rescate. Cuando volviera a Francia, los médicos tenían previsto someterme a una abla[2]…

—Ah, vale.

El muy cabrón me había pedido explicaciones, ¡pero luego se la había sudado!

James se levantó, indiferente, me dio la espalda y se dirigió hacia la puerta. Me quedé de piedra ante su comportamiento: ¿acaso me había escuchado?

—¡Oye, oye! ¡Un segundo!

James se dio la vuelta, con una ceja arqueada.

—La botella, por favor.

Con expresión de hastío, me la tendió, pero a la distancia justa para que, según él, la cogiera. Mis dedos tan solo rozaron el plástico. Al cabo de unos segundos, James me la puso en la mano. Antes de que volviera a darme la espalda, agarré la parte inferior de su chaqueta. Se paró en seco, se giró y suspiró.

—Oye, tú... —tartamudeé con dificultad—. Quiero decir, anoche, cuando me desmayé… ¿No…?

¿Por qué no podía formular una mísera frase? Bueno, en verdad, ese tipo me había desnudado y, antes de eso, había invadido mi privacidad: había leído mis mensajes y había cotilleado las fotos de mi móvil. Ahora me sentía incapaz de aguantarle la mirada.

Con algo de interés, James se acercó a mí. Un poco demasiado, para mi gusto: su cara se imponía a tan solo unos centímetros de la mía. Mientras mi cabeza reposaba en el cabecero, su aliento rozó mis facciones. Su mano acarició mi mejilla y bajó lentamente hasta mi cuello, y me provocó un escalofrío de repulsión.

—¿Me estás preguntando si abusé de ti? ¡Pues claro que no!

Con la mano que me quedaba libre, le agarré la muñeca para impedir que se fuera. James soltó una carcajada sincera y se levantó. Se apartó de mí con una facilidad desconcertante. Me quedé muda, confusa y avergonzada.

—¡No, espera! ¡La sábana! —grité mientras salía por la puerta.

—Estarás bien sin ella.

Con rabia, golpeé el colchón. Le maldije con todas mis fuerzas. Ese cabrón se jactaba de mi sufrimiento; me estaba haciendo la vida imposible. ¿Acaso estaba condenada a yacer en esa cama, esperando a que mis padres pagaran el rescate? A James le importaba un bledo lo demás. Solo quería el dinero, y en el proceso, se divertía. ¿Qué estaría pensando Nathan al ver que no lo había vuelto a llamar? Seguramente el muy ingenuo me estaría esperando en la embajada.

Cogí la botella de agua y conseguí dar unos cuantos sorbos para aliviar la sequedad de mi garganta. Luego me giré sobre el costado derecho y me quedé quieta, mirando a la nada.

La ociosidad era el peor de los tormentos para mí. Era una de esas chicas que sentían la necesidad constante de estar en movimiento. Mientras observaba la habitación, me llamó la atención un cuadro: un león pintado en negro, blanco y dorado, firmado por un tal A.L. Al menos había dado con una pequeña distracción con la que entretenerme y estimular mi espíritu crítico.

Recorrí la habitación con la mirada: había un gran armario en la esquina derecha y un espejo que se confundía con el blanco roto de las paredes. Estaba en una habitación de invitados. Muy amable por su parte lo de no dejar que me pudriera en un sótano o un desván cochambroso.

Solo me quedaba una forma de liberarme: cerrar los ojos. Prefería soñar con un mundo que me perteneciera solo a mí, antes que seguir contemplando la cruda realidad.

---

[1] *N. de la T.* La taquicardia de reentrada del nódulo auriculoventricular es un tipo de taquicardia supraventricular del corazón. Es más común en mujeres que en hombres.

[2] *N. de la T.* Se refiere a una ablación con catéter, un procedimiento invasivo que se utiliza para eliminar o interrumpir un camino eléctrico defectuoso de las secciones del corazón de aquellos individuos propensos a desarrollar arritmias cardíacas.

15

Un espejismo de libertad

El tiempo pasaba a cámara lenta en el reloj. Ya eran las tres de la madrugada, pero no podía pegar ojo. En la oscuridad total, eché unos cuantos tragos de agua. Guardaba la botella junto a mi cabeza, como si fuera una joya. Como se me cayera, podría despedirme de ella.

Me dolía la muñeca de tenerla esposada. Intentar cambiar de postura para aliviar el dolor no me llevaba a ninguna parte, por la sencilla razón de que tenía restringidos todos mis movimientos. A mi alrededor, solo había silencio. Era probable que James estuviera dormido. El ulular de una lechuza posada en un árbol del jardín me adormecía, pero el frío me ponía los pelos de punta. Cada vez que veía la sábana, que aún estaba fuera de mi alcance, me frustraba por no poder taparme.

Era imposible conciliar el sueño en aquellas condiciones. Para colmo, necesitaba ir al baño. No podía aguantarme más. Desesperada, suspiré y rodé sobre mi espalda. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Llamar a James y esperar que me oyera? ¿Intentar quitarme las esposas? ¿Romperme la muñeca, tal vez? ¿Un *remake* de Stephen King en *El juego de Gerald*? No, gracias. Sobre todo porque no tenía nada a mi alcance. Jessie Burlingame al menos tenía un trozo de cristal con el que cortarse la muñeca. En todo caso, con tan solo pensar en el torrente de sangre que podía causarme, se me revolvía el estómago. Ni aunque fuera mi último recurso elegiría esa opción.

Sin embargo, no había renunciado del todo a la idea de liberarme de las esposas. Tiré con todas mis fuerzas, retrayendo y apretando los dedos para ver si podía colarlos por el agujero. Pero me fue imposible liberarme del brazalete metálico que, con cada intento, marcaba más y más mi piel.

Entonces se me ocurrió una idea: las esposas estaban sujetas a uno de los barrotes del cabecero de la cama, y dudaba firmemente de su resistencia. Quizás un fuerte tirón con ambas manos sería suficiente para arrancarlo.

Extasiada por mi ímpetu, agarré el barrote del que dependía mi libertad. Respiré hondo, me armé de valor y recé para no meter la pata. En mi primer intento, tiré con fuerza, pero no conseguí nada. No perdí la esperanza y seguí insistiendo varias veces para intentar liberarme. A veces, el cabecero de la cama chocaba con la pared. Entonces me paraba en seco, con los ojos muy abiertos, sin aliento, atenta al menor ruido y rezando por no haber despertado a nadie. Pero después de varios minutos, me convencí de que estaba sola.

Puede que James pasara las noches en otra parte. Probablemente con sus amigos mafiosos, bebiendo o matando a inocentes en su tiempo libre, como todos los de su calaña.

Decidida a romper ese trozo de madera tallada que me retenía, tiré y empujé, no sin dejar escapar unos pequeños gruñidos rabiosos. Mi piel enrojeció y me provoqué algún que otro arañazo, pero mereció la pena en cuanto vi que el barrote empezaba a moverse ligeramente. La libertad estaba a mi alcance: solo unos cuantos golpes más y sería libre.

De repente, una luz brillante me abrasó la retina. Me tapé los ojos con el brazo libre, y refunfuñé por el asombro. Sin embargo, una voz me obligó a incorporarme.

—¿Qué coño haces?

Mierda.

James estaba de pie en la entrada de la habitación, de brazos cruzados. Habría jurado que estaba sola, pero era evidente que James no me habría dejado sin vigilancia jamás, con independencia de que estuviera atada a la cama. Había sido una estúpida. Él jamás se arriesgaría a que me escapara por tercera vez. Aturdida, me limité a dedicarle una sonrisa inocente, justo antes de que volviera a hablar:

—¿De verdad creías que podrías escaparte otra vez?

—No, esa no era mi intención… —respondí, con un nudo en la garganta.

—¿Y entonces qué pretendías?

Dada la cara de agotamiento que tenía, las cejas fruncidas y la expresión despectiva de su rostro, iba a tener que medir mis palabras.

—No puedo dormir.

—¿Y crees que eso es motivo para despertarme?

—No quería…

—Bueno, ¿entonces creías que estabas sola en este casoplón y que podías aprovechar para quitarte las esposas?

Me sentía tan débil, tan avergonzada... Y mi torturador lo sabía. Lo estaba disfrutando.

—Mira, es que yo...

—Querías escapar.

—No, es que...

—No sabes mentir —dijo de nuevo, acercándose a los pies de la cama.

—¿Me vas a dejar hablar de una vez? ¡Hostia puta! ¡Llevo más de una hora haciéndome pis! ¿Sería mucho pedir que me desataras para que por fin pudiera mear?

Dicho esto, me apoyé de nuevo en el cabecero de la cama e intenté recuperar el aliento. Sentí que me ardía la sangre. La impaciencia y la rabia se gestaban en mí.

Para mi sorpresa, James me miró con una indiferencia insuperable. Su silencio no hizo más que aumentar mi malestar. Su actitud de mierda bastó para hundirme. No entendía qué coño se le pasaba por la cabeza. Sus reacciones eran indescifrables.

Todavía oculto tras una muralla implacable, pero que no auguraba nada bueno, James dio un par de zancadas y se acercó a mí. Por un momento, temí que fuera a hacerme daño. Para mi asombro, abrió el cajón de la mesilla de noche y sacó una pequeña llave gris. Observé atentamente cómo se inclinaba sobre mí para quitarme por fin el estupendo brazalete que me perseguiría en mis peores pesadillas. Me quedé helada: todo ese tiempo, la llave que podía liberarme había estado a escasos centímetros de mi cabeza, y ni siquiera se me había ocurrido mirar dentro del maldito cajón... Me sentí aún más ridícula, si es que eso era posible.

Pese a todo, me entraron unas ganas irreprimibles de ponerme en pie de un salto, pero James no me dio tiempo a dar un paso más. Me agarró de la muñeca buena y me dirigió una mirada más fría que un témpano de hielo.

—Que sea la última vez que me hablas en ese tono, ¿está claro? —susurró con amargura, mientras me clavaba los dedos en la piel.

—Sí, clarísimo —confirmé, confusa.

Definitivamente, ese tipo me ponía los pelos de punta.

Me soltó bruscamente, aunque sus iris seguían fijos en mí. Me mordí el labio en silencio, sin valor ni fuerzas para plantarle cara.

Una vez libre, me estiré y mis pies tocaron al fin el suelo. ¡Qué gusto! James volvió a guardarse la llave y las esposas en el bolsillo.

—Gracias —dije con un hilo de voz, mientras me masajeaba la muñeca izquierda.

Me escocía y, por las esposas, había adquirido un tono azulado.

—El aseo está al final del pasillo, a la izquierda. Ni se te ocurra intentar escaparte por la ventana; hay sensores por todas partes. Si sales, y lo sabré. Tampoco te encierres. Si no sales en diez minutos, iré a buscarte yo mismo y te traeré de vuelta agarrada del pescuezo.

Sin decir una palabra más, James salió de la habitación, con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones cortos y los pies arrastrando por el suelo en actitud indolente. No me lo pensé dos veces y salí tras él en dirección al pasillo.

Abrí la puerta de la izquierda, como me había indicado, e inmediatamente reconocí el suelo de baldosas blancas y azul marino, así como la ducha y el gran espejo que había visto la noche anterior.

A mi derecha, había una puerta corredera y, tras ella, lo que llevaba horas deseando: el váter. Un sueño hecho realidad. A sabiendas de que tendría que volver a la cama en la que me tenían prisionera, decidí darme una ducha caliente antes de volver a mi habitación.

Saboreé el agua hirviendo que corría por mi piel. Podría haberme quedado horas allí, pero estaba limitada por el tiempo. Se me enrojeció la piel y, al cabo de unos minutos, me sorprendió no oír a nadie —a James, en todo caso— llamando a la puerta para decirme que saliera. ¿No habían pasado todavía los diez minutos?

Después de secarme, me vestí a toda prisa con la única ropa que tenía. Una nube de vapor inundaba el cuarto de baño, y tuve un deseo fugaz de dibujar en el espejo, pero luego me acordé de que tenía ya una edad.

El reflejo en el espejo me hizo darme cuenta de que estaba terriblemente delgada. Me llevé la mano al cuello. Echaba de menos el colgante. Nunca me lo había quitado, desde que Nathan me lo había regalado. Deseaba con toda el alma que James me lo devolviera... En buen estado, a poder ser.

Salí del cuarto de baño. El aire fresco del exterior contrastaba con mi piel, aún ardiente. Unos pantalones y una chaqueta no me habrían venido mal. Me detuve frente a una de las ventanas del pasillo y comprendí mejor la advertencia de James: había unas cajitas negras emitiendo constantemente una luz en cada puerta y ventana. No había posibilidad de escapar sin que él se diera cuenta. Y justo antes de apartar los ojos del cristal, vi caer los primeros copos de nieve del año.

Al final del pasillo, vi la luz procedente de la planta baja. Intrigada, bajé las escaleras, pensando en la noche en la que James había perdido la cabeza de verdad. La amargura que había estado dormitando en mi interior afloró de inmediato.

El frío mármol me helaba los dedos de los pies con cada paso. Frente a mí estaba la puerta de la cocina, abierta de par en par. James estaba apoyado en el borde de la encimera, fumándose un cigarrillo. Me uní tímidamente a él y me senté al otro lado. Tenía los ojos pegados al móvil y no me miraba; estaba absorto en la pantalla. Sus dedos jugueteaban con el cuello del botellín de cerveza. Tuve que aclararme la garganta dos veces para conseguir que alzara sus iris azules en mi dirección. James me echó el humo de su última calada en plena cara. No pude evitar toser mientras apartaba con una serie de aspavientos la nube de su caos. Se le escapó una risita ínfima y luego volvió a ponerse serio.

—¿Tienes hambre?

Habría matado por una comida de verdad, así que asentí enérgicamente. James abrió un armario y metió un recipiente con comida en el microondas, antes de entregarme un tenedor. Los

dos minutos de espera me parecieron interminables. Y cuando sonó el pitido del micro, mi estómago rugió de una forma horrible. James me puso el plato humeante justo delante de mis narices. Se me cayó la cara de vergüenza al mirar, a espaldas de mi captor, el recipiente casi vacío de zanahorias en conserva. No era plan de ponerse exquisita, en todo caso, era mejor que el pan duro. James observó mi reacción mientras se apoyaba en la nevera y me miraba fijamente.

—Si no estás satisfecha con lo que hay, tranquila, estoy seguro de que otros estarán dispuestos a comérselo por ti.

—No, gracias. Esto está bien.

Después de todo, dudaba que todos los secuestradores fueran tan indulgentes con sus rehenes. Sin perder el tiempo, cogí el tenedor y me puse a devorar el plato. El sabor rancio de las verduras me repugnaba ligeramente, pero podía vivir con ello. Ni siquiera vi que James me servía un vaso de agua. Me aseguré de no dejar nada en el plato. En cuanto terminé mi comida, mi carcelero me lo arrebató de las manos.

—Bien, venga, volvamos arriba.

James hizo sonar el par de esposas ante mis propios ojos. Era obvio que le divertía la situación, pero a mí, definitivamente, no. No me apetecía mucho pasar las próximas veinticuatro horas tumbada.

—¿Qué? No, por favor. ¡Por favor, dame un poco de tregua! ¡Solo un poco más!

Tras lo que me pareció una breve reflexión, James acercó uno de los taburetes altos, volvió a sentarse, bastante molesto, y sacó otro cigarrillo del paquete. ¿Eso era todo? ¿Una protesta bastaba para que lo dejara pasar? Parecía que la tensión que había entre nosotros estaba disminuyendo poco a poco. Pensé en aprovechar que me hubiera dado un respiro. Al fin y al cabo, podría ser el último.

El silencio era cargante. Sin duda, James solo esperaba una cosa: llevarme de vuelta a esa habitación y dejar que me pudriera allí. Por eso mismo, supongo, volvió a echarme el humo en la cara. Si esperaba ofenderme, iba por buen camino.

—¿Puedes parar?

Enarcó las cejas y dejó caer las cenizas en un pequeño recipiente de cristal. Impasible, lo miré fijamente, esperando su respuesta, pero no reaccionó. Después de darle otra calada a su cigarrillo, James se limitó a levantar la barbilla hacia el techo para exhalar su mezcla tóxica. Luego me dedicó una sonrisa falsa y siguió mirándome fijamente. Apoyé la cabeza en la palma de la mano. Había una pregunta que me estaba desquiciando desde que me habían llevado a esa casa, y me daba un poco de miedo la respuesta de James, pero tenía que hacérsela de todos modos:

—¿Lo mataste?

—¿A quién?

Mi pregunta pareció molestarle.

—A Gabriel...

—Ah, ¡a Finkle!

Una leve sonrisa malsana apareció en su rostro, lo que no me alivió en absoluto.

—Me ocupé de él con delicadeza. No te preocupes.

—¿Se supone que eso tiene que hacerme sentir mejor?

Dejó escapar una sonora carcajada antes de beber dos tragos de cerveza y volver a dejar la botella pesadamente sobre la mesa.

—¿Tú qué crees? ¿Sabes cuánto cuesta esconder un cuerpo?

Le miré, confusa. ¿Lo había matado o no? Solo quería una respuesta.

—Claro que no lo maté. Lo mandé a casa, de hecho.

Me sentí un poco más tranquila. Aunque siguiera siendo un criminal, James no era corrupto hasta la médula, como había estado imaginando.

—Con dos dientes menos y probablemente unas cuantas costillas rotas. Le di un mes para pagarme lo que me debe. Pero si sigue sin tener mi dinero la próxima vez que nos veamos, le haré cavar un agujero lo bastante profundo como para arrojar su cadáver en él.

Mis pensamientos positivos sobre él se desvanecieron al instante. Ese hombre era un perturbado y bueno, para qué mentir, pura escoria.

—Eres un... —dije, decepcionada.

Pero a mitad de frase, me resigné. No quería volver a discutir con él.

—Lo que pasa es que tú y yo no vemos las cosas de la misma manera, tesoro.

Apreté los dientes al oír ese apelativo. ¡Jamás dejaría de llamarme así! Tragué un sorbo de agua antes de continuar la conversación. Cualquier cosa con tal de no volver a esa maldita cama.

—¿Vas a devolverme el colgante?

—Por supuesto que no.

Se rio de forma socarrona y se estiró en su asiento. Al menos la respuesta era clara y concisa. Obviamente, si consiguiera dar con él, no dudaría en recuperar mi colgante.

Me terminé el vaso de un trago, y él hizo lo mismo con su cerveza y aplastó la colilla en el cenicero. En silencio, James siguió con sus cosas, absorto en la pantalla del móvil. De manera furtiva, me sorprendí detallando su torso, que estaba cubierto de tatuajes por el lado derecho. Observé dos marcas circulares cerca de la clavícula, similares a quemaduras de un cigarrillo. Una gran cicatriz cubría su hombro, al igual que otro tatuaje, cuya tinta se había descolorido ligeramente. No pude distinguir bien de qué se trataba, pero intuí un águila rodeada por un círculo con una corona. En su costado izquierdo, había otra cicatriz, más reciente, al parecer. Parecía un corte o similar, bastante profundo. Pero lo que más me intrigaba estaba en su abdomen... Se notaba que no todo habían sido buenos momentos en el pasado.

—¿Has terminado de observarme? —gruñó sin levantar la vista del teléfono.

Roja de vergüenza, aparté la mirada. ¿Cómo podía admirar su cuerpo así? Desde que nos conocimos, siempre me había intimidado. James dejó su móvil, se levantó y rodeó la mesa para reunirse conmigo.

—A la cama, señorita.

Ya estamos. Ahora, otro apelativo...

—No, por favor… —le supliqué, con la esperanza de hacerle cambiar de opinión.

—No discutas. Necesito dormir.

Mi captor me agarró del brazo para obligarme a levantarme. Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano mientras me arrastraba escaleras arriba, hasta mi habitación.

Una vez sentada en la cama, levanté con cuidado la sábana; esta vez no me iba a dejar engañar. Bueno, era mejor que pudrirse en una vieja celda sin colchón... Quiero decir, al menos alguien me hacía compañía y podía levantarme y estirar las piernas en el pequeño metro cuadrado que me rodeaba. Dios, odiaba la soledad...

—¿Son realmente necesarias las esposas?

—No voy a correr más riesgos.

Resignada, le entregué mi muñeca izquierda —enrojecida por mis intentos de huida en el pasado— sin rechistar.

—No, esa no. Dame la otra.

Me quedé atónita ante sus palabras. Él, aún molesto, me cogió la mano derecha para ajustarme la pulsera metálica. Mi captor sujetó el segundo extremo al barrote del cabecero de la cama, pero no en el que casi había conseguido arrancar, no. Era listo.

Me dejé caer sobre el colchón con un largo suspiro. Estaba extenuada. Esta vez, mi secuestrador se guardó la llave en el bolsillo.

—Buenas noches, tesoro.

—Deja de llamarme así… —gimoteé, hastiada.

Vi una pequeña mueca en la comisura de sus labios justo antes de que apagara la luz y diera un portazo. Me puse de lado, pensando en la forma de mejorar mi relación con James. Estaba claro que no pensaba pasarme los próximos días, semanas o meses encadenada a esa cama. Ese era mi nuevo objetivo. Bueno, ese, y escaparme por tercera vez.

16

Un aburrimiento mortal

Tras una noche corta, pero en la que, de todos modos, me había sumido en un aburrimiento sin fin, decidí hacer un pequeño examen de conciencia. Estaba claro que jamás había sido una niña modelo. Cuando era más joven, tenía fama de temeraria; probablemente porque siempre buscaba la manera de enfrentarme al peligro. Pero en el colegio privado al que me llevaron mis padres se habían encargado de «hacerme escoger el camino correcto». Finalmente, conseguí cumplir mi sueño, y me gradué en Historia del Arte. Aunque, para qué mentir, mi carrera no me había servido de mucho hasta el momento. Pero la etapa de la uni me había permitido independizarme y mentalizarme de que quería pasar un tiempo lejos, muy lejos de mi vida cotidiana y de mis seres queridos. Me había tomado mi año sabático como una oportunidad para hacer las locuras que una se pudiera plantear a lo largo de toda una vida. Además de mi viaje por carretera en Canadá, tenía todo tipo de fantasías: viajar a Asia, vivir el Año Nuevo balinés, escalar hasta la cima de una montaña, seguir cubriendo mi piel de flores como si fuera un lienzo, y muchas otras cosas. Se me rompía el corazón de ver cómo mis sueños se asfixiaban estando allí, cautiva.

Después de todo, mi forma de ser me había animado de manera constante a alcanzar ese famoso límite. ¿Hasta dónde llegarían mi cuerpo y mi mente? Sin que yo lo buscara, James me había servido ese límite en bandeja, y visto lo visto, lamentaba amargamente haberme excedido.

Recordé la promesa de Nathan de llevarme a dar un paseo en globo por los Alpes. A mí me encantaban las alturas. Una vez me lo llevé a hacer *puenting*. La caída de cincuenta metros le dio náuseas, pero yo me lo pasé genial. Todavía sonreía al recordarlo. La alegría del pasado estaba ahora fuera de mi alcance, y poco a poco, me iba desanimando.

Mi Nathan... Daría cualquier cosa por verlo de nuevo, estrecharlo entre mis brazos, hablar con él, besarlo...

Un ruido en el pasillo me sacó de mis pensamientos. Debía de ser James. Estuve a punto de llamarle, pero una voz desconocida hizo que me aguantara las ganas. Una mujer hablaba en voz baja, y yo puse la oreja para intentar escuchar.

—Le aseguro que fijará el precio.

—Muy bien, pero quiero parte del pago por adelantado, y yo pondré las condiciones.

—Señor McAllister, eso no es lo que figura en el contrato...

—Me importa una mierda. Si Murat quiere ir a lo fácil, tendrá que jugar con mis reglas.

Ambos pasaron por delante de la puerta de mi habitación, que estaba entreabierta. Cerré rápidamente los ojos para fingir que estaba profundamente dormida. Con un ojo apenas entreabierto, vi el brazo tatuado de mi captor, que agarró el picaporte antes de cerrar suavemente la puerta. Las voces, ahora algo difusas, me impidieron entender lo que dijeron a continuación.

¿De qué hablaban? ¿Quién era esa mujer? ¿A qué se dedicaba? Menuda pregunta; probablemente, a asuntos de la mafia, drogas o cualquier negocio de lo más turbio.

Pasé las dos horas siguientes tumbada boca arriba, examinando la increíble blancura del techo de la habitación. Así pude constatar que no tenía ni un solo desperfecto. En realidad, rara vez me aburría. Aun sola en casa, siempre tenía al menos un libro que leer o una película que ver.

Poco a poco, me entró hambre. Me había hecho a la idea de llamar a James y me incorporé en varias ocasiones, apoyada sobre mis codos, pero no oí ningún ruido. O las habitaciones estaban maravillosamente bien aisladas, o mi carcelero se había marchado, en cuyo caso, podría olvidarme de comer o beber...

—¿James? —me atreví a decir tímidamente, pero lo bastante alto como para que alguien me oyera.

Esperé unos segundos, pero solo me respondió el silencio.

Mierda, no se habría ido y me habría dejado sola, ¿no?

—¿James? —repetí, con más convicción.

Me esforcé de nuevo en detectar el menor ruido hasta que… ¡Bingo! Unos pasos pesados retumbaron por el pasillo. Tragué saliva. No estaba sola, para mi alegría, pero también para mi desgracia.

Una sombra apareció bajo la puerta.

—¿Todo bien? ¿No quieres gritar un poco más?

Cuando vi a James, vestido con un traje azul marino de tres piezas y el pelo peinado hacia atrás, se me hizo un nudo en la garganta. Su atuendo y el abrigo que llevaba en el brazo izquierdo me dieron a entender que se estaba arreglando para marcharse.

—¿Te vas? No me vas a dejar aquí sola, ¿verdad?

—Pues claro que sí —contestó, con su habitual indiferencia.

—Pero estoy cansada de estar aquí tirada... Tengo hambre y sed y me aburro...

El moreno me miró fijamente, como diciendo: «¿Desde cuándo una rehén puede permitirse esas exigencias?».

No le faltaba razón. En principio, alguien en mi situación debería haberse callado y haber aguantado hasta que se solucionara todo el asunto del rescate. Pero el hambre, la sed y el aburrimiento habían podido con mi sentido común.

—¡Pero…! ¡Me cago en todo lo cagable! Tienes suerte de que el sótano esté ocupado.

Tragué saliva. ¿Había más gente en mi situación? ¿Por qué me sorprendía? Al fin y al cabo, empezaba a hacerme una idea de cómo era ese hombre. En el fondo, solo le interesaba su negocio corrupto.

James no dijo nada más. Se dio la vuelta y salió de la habitación. Desilusionada, me hundí de nuevo en el colchón con un profundo suspiro.

Empezaba a dolerme la espalda de tanto estar tumbada. Cada vez que me movía ligeramente para cambiar de postura, me costaba la vida y media. Además, mi rango de movimiento estaba bastante limitado por esas malditas esposas. Iba a morir en esa cama. Ese era mi destino. Qué muerte más insípida...

Unos minutos más tarde, James irrumpió en la habitación, con el abrigo puesto esta vez, listo para marcharse. Puso otra botella de agua y un plato con dos sándwiches en la mesilla de noche. Luego colocó un libro bastante grueso junto a mi almohada. ¡Por fin, algo para distraerme un poco!

Qué bonito gesto por su parte… —pensé, sarcásticamente.

—Gracias, pero no puedes retenerme aquí indefinidamente. Tengo ciertas necesidades, y no se limitan a comer, beber y estar ocupada.

—De momento, apáñatelas con lo que te dan. El resto ya se verá.

Dicho esto, se dio la vuelta y se dirigió a la salida.

—Espera, ¿cuándo volverás? —pregunté, preocupada ante la idea de quedarme allí tumbada

varias horas más, o incluso hasta el día siguiente.

—No lo sé.

La puerta se cerró tras él y volvió a hacerse el silencio. Suspiré y cogí la botella de agua en un intento frustrado de incorporarme. La frescura del líquido transparente me devolvió a la vida. Intrigada, eché un vistazo al libro que me había dejado. *Autopilot: The Art & Science of Doing Nothing*[1], de Andrew Smart. Qué irónico el título, dada mi situación. Parecía que James se las gastaba de bromista.

No creía que él leyera ese tipo de libros, pero ya puestos, me serviría para perfeccionar mi nivel de inglés. ¿Era James un vago nato? ¿O le interesaba realmente el arte de la procrastinación?

Le eché un vistazo a la contraportada: no había sinopsis, solo algunos comentarios intrigantes sobre lo productivo que puede ser procrastinar. Arqueé una ceja, dudosa. Supuse que el mensaje estaba bastante claro.

Empecé a leer atentamente las primeras páginas, y extendí el brazo para coger uno de los sándwiches. Justo antes de pegarle un bocado, mis ojos se detuvieron para analizar los ingredientes que había entre rebanada y rebanada. Para mi sorpresa, no noté nada raro. Solo pan, lechuga con una loncha de queso emmental y tomate. Al parecer, James no se había olvidado de que era vegetariana. Ya fuera una rehén, alguien totalmente desnutrido o una náufraga en una isla desierta, no tocaría la carne por nada del mundo. Ningún animal merece morir, y menos aún para que un ser humano se lo coma. El hombre es mucho más cruel que cualquier otra especie de este planeta. Pero ese es un debate ético interminable.

Así pues, me dispuse a saborear mi tentempié mientras continuaba mi lectura. No fue fácil hacerlo todo con una sola mano.

Los minutos parecían mucho más cortos gracias a todas las distracciones que me había dejado James. Mientras leía a un ritmo considerable, me puse a pensar en que, en el futuro, aplicaría los consejos que se daban en ese libro.

Siempre me había gustado leer. En mi piso de Francia tenía una estantería enorme que ocupaba toda una pared del salón. Había leído todos los libros que había en ella; algunos, más de una vez. No en vano llevaba casi dos años trabajando en una librería con el señor Duriez.

Mientras el sol empezaba a ponerse, y sin tener aún señales de James, no pude evitar pensar en cómo acabaría mi propia historia. No quería ser pesimista, pero sí realista. Mis circunstancias no eran las mejores; de hecho, eran bastante desafortunadas. Podría haberme ahorrado todo eso si no hubiera accedido a bailar con Domenico aquella noche, si no hubiera cogido aquel maldito cuaderno, fuente de todas mis desgracias. Y si no hubiera visto lo que vi...

Maldito James...

***

Un golpe estrepitoso en el pasillo me despertó y me incorporé. Mi habitación estaba completamente a oscuras, pero vi una tenue luz bajo la puerta. ¿Habría vuelto James, al fin?

Unos pasos pesados se acercaron a mi cuarto. Tragué saliva al pensar que tal vez no fuera él, sino un ladrón o, peor aún, un rival de la West End Gang. Aunque bueno, los enemigos de mis enemigos podían convertirse en mis amigos, ¿no?

La silueta de un asaltante se cernió sobre la puerta. Aterrorizada por la imponente mole, grité

con todas mis fuerzas a la sombra de un individuo que jadeaba sin cesar. Incapaz de verle la cara, me apresuré a taparme con la sábana hasta los hombros, como si pudiera protegerme de un asesino sediento de sangre.

El desconocido pulsó el interruptor y se encendió la luz. Aunque al principio me cegó el resplandor, me di cuenta enseguida de que James estaba delante de mí. Se me escapó un largo suspiro de alivio. ¿A qué coño estaba jugaba el muy imbécil? Entonces me di cuenta de que se sujetaba el hombro izquierdo con la mano derecha. James se acercó como pudo. La sangre goteaba en el suelo.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté, petrificada por la angustia y la impresión, ante un espectáculo de lo más sangriento.

—Cálmate, tesoro. Es hora de que me demuestres de qué pasta estás hecha.

---

[1] *N. de la T.* En español, *El piloto automático del cerebro: El arte y la ciencia de no hacer nada.*

17

La urgencia

Del bolsillo de su chaqueta sacó la llave que podría haberme concedido la libertad. Pese a eso, me sentí angustiada. No sabía qué pretendía. Antes de desatarme, se agachó con cierta dificultad y fijó su mirada lúgubre en la mía.

—No cometas ninguna estupidez. Aunque esté herido, aún puedo meterte una bala entre ceja y ceja.

—Que sí, que ya lo sé... —respondí, cansada de ese discurso redundante.

Una vez libre, me cogió por la muñeca y me ayudó a ponerme en pie. Miré tímidamente su hombro ensangrentado. Creo que era la primera vez que veía tanta sangre... Bueno, no, la segunda, contando el cadáver de Domenico.

James me condujo al pasillo, donde vi un marco roto en el suelo. Debía de haber sido eso lo que me había despertado. Mis piernas se tambaleaban y mis ojos, aún medio cerrados, parpadeaban con pesadez. James soltó un gruñido, mientras andaba a trompicones. Me dejó entrar en el cuarto de baño, se apoyó en la pared de azulejos y sacó la pistola que llevaba escondida en la espalda para dejarla en el suelo. Cada vez me preocupaba más: si me había desatado, debía de tratarse de algo muy urgente.

—Hay una vitrina en mi dormitorio, frente a la puerta. Ve y tráeme una botella de *whisky*, del tipo que sea.

¿Sería mucho pedir un «por favor»? —pensé, para mis adentros.

Pero antes de que pudiera darle la espalda, me cogió de la mano:

—No intentes huir.

—Que no, tranquilo... Ya sé por dónde van los tiros... ¡Pareces un disco rayado!

Me di cuenta de que le estaba vacilando abiertamente, pero no pareció importarle.

Nerviosa, entré sigilosamente en su habitación, como si estuviera penetrando en la guarida de un criminal. Descubrí un cuarto espacioso con un suelo de parqué gris, paredes en tonos sepia y un gran ventanal. Una habitación muy básica. Identifiqué fácilmente la vitrina en cuestión. Estaba llena de botellas de todas las épocas. Sin perder ni un segundo más, cogí la primera que encontré.

Volví corriendo al baño y le entregué la botella de *whisky*. Con los dientes, arrancó el corcho y, sin más preámbulos, bebió unos cuantos tragos. Ese gesto me provocó una ligera aversión, pero también me impresionó. Beber alcohol era una forma un tanto extraña de curarse.

—Bueno, ahora te toca suturarme la herida. Tiene mal aspecto, ¿eh?

—Disculpa, ¿qué?

Desde que me había metido en ese lío, había perdido la cuenta de las veces en que había deseado que todo fuera un sueño, pero la realidad siempre me alcanzaba, y esa vez no fue una excepción.

—¡Cósete tú mismo! Yo no sé hacerlo.

—Soy zurdo. No puedo hacerlo.

—¿Y por qué debería ayudarte? ¡¿Qué pasa, que tus secuaces están ocupados?!

—Deja de quejarte y ven aquí. Te enseñaré cómo hacerlo.

Con el brazo libre, abrió el armario bajo la pila y sacó un botiquín. Me lo tiró a los pies y

luego echó unos tragos más de alcohol. Poco después, James se desabrochó el chaleco.

—Un médico de verdad sería más eficaz… —insistí, recordándole los riesgos que entrañaba la situación.

El pánico me revolvió el estómago, al igual que la repugnante visión de la sangre. Yo no era enfermera, ¡por el amor de Dios!

—¡No te quedes ahí parada! ¡Vamos, ayúdame a quitarme la camisa!

Me agaché para quitarle el chaleco e intenté por todos los medios no mirar la parte de su camisa blanca que estaba manchada de rojo. Le desabroché los botones de la camisa y, con cuidado, le bajé las mangas. James arrugó la cara por el dolor. Aun así, de su boca no salió ni un mísero gemido. No sabía hacia dónde mirar. Intenté evitar su torso. No quería que volviera a llamarme «mirona».

Miré discretamente hacia su hombro izquierdo. Una herida le había rasgado unos cinco centímetros en la piel, y de ella aún salía sangre a borbotones.

¡Qué horror!

Me caí de culo y aparté la vista. Si volvía a ver ese músculo totalmente expuesto, me desmayaría.

—Oye, tesoro, esa actitud tuya de gallina no ayuda, así que contrólate.

¿Cómo no me había dado cuenta del abismo que nos separaba? Él y yo no pertenecíamos al mismo mundo. El mío estaba pintado con pinceles y colores brillantes, con sueños sin fin. El suyo estaba construido sobre el dolor, el miedo y la sangre.

Tragué saliva. Respiré hondo tres veces seguidas e intenté recuperar la compostura.

—Desinféctate las manos. En el botiquín tienes todo lo que necesitas.

Abrí el botiquín y vacié el contenido a mi lado. Entre los envoltorios esterilizados, las agujas y el resto de material médico, sentí que la cabeza me daba vueltas. Pero estaba decidida a ayudar, así que me recogí el pelo, en especial los mechoncitos que me caían delante de los ojos, y luego me eché un poco de gel hidroalcohólico en la palma de la mano.

—Ahora, abre el *kit* y coge un par de pinzas, las gasas que están justo al lado y el antiséptico, que es de color amarillo.

—¿No hacen falta guantes, de normal? —pregunté, preocupada.

—Sí, pero esto no es un hospital, así que habrá que apañárselas.

Me armé de valor e hice lo que tenía que hacer: sujetar el trozo de gasa con las pinzas metálicas y empaparlo en desinfectante. Con la respiración agitada y las manos temblorosas, me costaba procesar lo que estaba sucediendo.

—Limpia todo el brazo, el hombro y la herida. Cambia la gasa si es necesario.

Asentí con reparo. James apretaba los dientes. No podía ni imaginar el dolor que debía de sentir mientras le daba toquecitos en el brazo con ese trozo de tela. Pero él no reaccionaba, y eso me aterraba. Solo bebía y bebía. A pesar de todo lo que había pasado, tenía que ayudarlo. Necesitaba tenerlo de mi parte. Así quizá acabaría ganándome su confianza y eso me facilitaría la huida.

—Esto... creo que has perdido mucha sangre, James.

Mi captor apoyó la cabeza contra la pared. Cerró los ojos, y relajó los músculos. En el silencio, nuestras respiraciones se encontraron. Terminé de limpiarle la herida. No parecía muy profunda, pero no hacía falta ser cirujano para darse cuenta de que había que suturársela sí o sí.

—Ya está, ¿y ahora, qué? —le pregunté, colocando la gasa y las pinzas en la bandeja que venía con el botiquín.

—Límpiate de nuevo las manos, saca la aguja y el hilo del envoltorio y, sin tocarlos, colócalos en la bandeja.

Seguí sus instrucciones al pie de la letra, y entonces descubrí una pequeña aguja metálica ligeramente curvada. Como ya estaba hilvanada, me ahorré el trabajo.

—Vale, ahora coge la aguja, clávamela aquí en ángulo recto y sácala por el otro extremo, ayudándote siempre de las pinzas y las tijeras, ¿entendido?

Asentí mecánicamente mientras cogía el kit de sutura. Según me iba acercando a la parte más abierta de la herida, me sentía más y más indispuesta. Pero antes de que la aguja rozara su piel, me incorporé. Faltaba algo esencial.

—Espera, ¿y la anestesia?

—Aquí la tengo —me dijo, señalando su botella de alcohol—. Vamos, acabemos de una vez. Cose.

Poco importaba el dolor, aparentemente. Pensé que esa sería mi venganza personal. Apreté la pinza y me armé de valor, a pesar del temblor de mis dedos. Me mordí el labio inferior, como acto reflejo, para concentrarme.

Me ardía la cabeza. Tenía las manos sudorosas y el corazón acelerado. Justo cuando estaba a punto de clavarle la aguja en la carne, una lágrima cayó por mi muñeca. James había sobrestimado mis capacidades. La idea de que aquel extremo puntiagudo penetrara en su piel me repugnaba. Al fin y al cabo, no iba a coser un pantalón. Me faltaba el aire y sentí náuseas. Siempre había detestado todo lo relacionado con el campo de la medicina. Era evidente que no podía suturarle la herida. Dejé caer los instrumentos sobre la bandeja y, tragándome un sollozo, apoyé las rodillas en el suelo helado. James abrió los ojos y me miró, extrañado.

—Será mejor que no vuelvas a hacer eso del Parkinson, porque esta vez no voy a poder llevarte a la cama.

Su burla, rematada con su habitual humor crudo y singular, no ayudó. Seguía sin reaccionar.

—Lo... lo siento, pero no puedo.

Contra todo pronóstico, su mano derecha se encontró con mi hombro. Luego subió suavemente hasta mi mejilla para secarme las lágrimas. Volví a centrar mi atención en él. La rudeza habitual de su rostro se había evaporado, y ahora solo veía serenidad en él.

—Cálmate. Respira.

Sus dedos bajaron por mi brazo, y dejaron tras de sí un extraño escalofrío. James me miró y me obligó a respirar hondo. Luego me cogió la mano y me la apretó, sin hacerme daño. Con esa actitud, fui incapaz de reconocerlo. Quizá el alcohol lo hubiera vuelto más agradable.

—Lo harás bien, y yo te voy a ayudar. No soy un blandengue. Además, que te cosan una herida duele mucho menos de lo que parece. Respira. En diez minutos, todo habrá terminado. Y gracias a esto, te concederé un poco más de libertad, así que a por ello, tesoro.

Me invadió una oleada de esperanza, aunque había muchas razones para dudar de su palabra. Me mojé la cara con agua fría para despejarme. Exhalé un largo suspiro y luego cogí una toalla para secarme. Una vez al lado de James, me desinfecté las manos por última vez. Aunque aún me temblaban un poco, decidí coger de nuevo la aguja y las tijeras.

Me acerqué al corte y clavé la aguja curva como él me había explicado antes. James permaneció impasible, como si nada pudiera hacerle daño. Una vez que el hilo estuvo bajo la carne, levanté la vista hacia él.

—¿Y ahora qué?

—Ahora lo aprietas con un nudo doble, luego cortas los hilos y repites cada cinco milímetros

más o menos. ¿Ves? Es muy sencillo.

¿Sencillo? Definitivamente, para alguien sin experiencia, no. Para mí, eso era un trabajo tan meticuloso como desactivar una bomba. Sin embargo, cada nudo me hacía confiar más en mis capacidades. Conseguí clavar la aguja a la primera y anudar el hilo sin demasiada dificultad. Sin embargo, el silencio que reinaba entre nosotros hacía que el ambiente fuera sofocante. James no apartaba los ojos de mis manos, excepto para beber un sorbo de *whisky*.

Al cabo de unos segundos, volvió a apoyar la cabeza en la pared, con los ojos cerrados y una respiración apenas audible. En los largos minutos que pasaron, ninguno de los dos pronunció ni una palabra. Estaba sumido en un estado un tanto letárgico, y ni siquiera hizo una mueca de dolor cuando la aguja se clavó una vez más en su carne. A juzgar por su camisa empapada de sangre y su tez pálida e inexpresiva, debía sentirse muy débil. Me detuve a observar cómo su pecho se agitaba con dificultad. Al menos no estaba muerto...

—¿Quién te ha hecho esto?

Como era de esperar, no obtuve respuesta. Agité la mano delante de sus ojos, pero no obtuve ninguna reacción, lo que me preocupó.

—Ahora no es el momento de desmayarse —le dije, chasqueando los dedos.

James seguía sin reaccionar. Le di unas palmaditas en el brazo para que volviera a la realidad, pero no se movió. ¿Y si había caído en manos de la muerte?

Le pasé la mano por la mejilla para moverle la cabeza, pero esta bamboleó pesadamente. El sudor le corría por la frente y, con dificultad, James volvió a abrir los ojos y luego respondió con total normalidad:

—Pues uno, que intentó defenderse. Esquivé su ataque a medias, y he aquí el resultado.

—¿Y cómo acabó el asunto?

—Vacié mi cargador.

Confusa, hice una pausa para mirarle fijamente. Decía esas palabras con una naturalidad aterradora, y lo extraño era que ni siquiera me escandalizaba. No sentí reprobación.

—En este negocio no hay segundas oportunidades. Primero vas a matar, y si fallas o tu objetivo sobrevive, solo te queda correr. Lo importante es salvarse el pellejo.

—Matar no es una necesidad... —me atreví a decir, y luego seguí suturándole la herida.

—Cuando se trata de sobrevivir, sí. Se convierte en una. Si supieras la cantidad de gente que me quiere muerto...

—Vaya sorpresa… —le corté cínicamente.

Mi comentario no pasó desapercibido. James me miró con desdén.

—... o el número de personas cercanas a mí que han perdido la vida por no disparar cuando tuvieron la oportunidad…

—¿Y nunca has pensado en poner fin a todo eso? ¿Llevar otra vida, una en la que no tengas que temer constantemente a la muerte?

—No tengo miedo a morir. La vida no vale nada si no le das un poco de sabor, ¿no crees?

—Pues a mí me gustaba mi vida en Francia. Era un poco monótona, sí, pero tenía amigos, una familia, un trabajo legal, ciertas aficiones, y eso me hacía feliz —respondí con nostalgia, mientras apretaba otro nudo—. Intenté darle sabor y me fui a Canadá, y mira dónde he acabado.

James soltó su primera risa sincera y contagiosa.

—Deja de moverte —gruñí, mientras volvía a clavarle la aguja.

—Siento haberte arrastrado a toda esta mierda.

Había un atisbo de sinceridad en sus palabras, aunque el tono general seguía siendo

sarcástico. Luego, James añadió:

—Ahora ya no hay vuelta atrás. Pero sigues siendo muy divertida, tesoro.

—Déjate ya de apelativos...

Doce puntos de sutura. El resultado no fue tan bueno como el de un profesional, pero teniendo en cuenta que fue la primera vez, quedó bastante limpio.

Mientras dejaba los utensilios de sutura en la bandeja, respiré aliviada y le dije que ya estaba. Mi secuestrador volvió a abrir vagamente los ojos y le echó un vistazo a su herida suturada. A juzgar por la expresión de su cara, James parecía satisfecho. Para terminar, cubrí la herida con una tira de gasa y un esparadrapo para evitar cualquier infección. Coloqué la bandeja y todos los demás utensilios en el borde del lavabo. ¡Vaya noche!

—Necesito un poco de aire...

James se levantó con cautela. Salí del baño, ofendida por no haber recibido ni siquiera un «gracias» por su parte. Mientras me dirigía a la planta baja, mis pies descalzos tocaron el frío mármol, y un escalofrío recorrió mi espina dorsal. Fui en busca de una bebida para calmar la sequedad de mi garganta. Quería agua o un zumo, pero no había nada en la nevera, aparte de cerveza. No me molesté en buscar más: todos los muebles estaban de adorno. Eso me hizo preguntarme de dónde sacaría James la comida.

Cogí un botellín verde y desenrosqué el tapón. El primer sorbo me vigorizó, y esperaba que aquella dosis de alcohol consiguiera, al menos, relajarme. Pero la sangre de James en mi piel y bajo mis uñas pronto me devolvió a la realidad. Jamás olvidaría esa noche.

A través del ventanal del salón, me llamaron la atención unas pequeñas lámparas solares que iluminaban el jardín, que ahora estaba cubierto por un espeso manto de nieve. Atraída por una vista tan relajante, abrí la ventana con la idea de sentarme en un banco techado para contemplar los copos de nieve que caían sobre la terraza arbolada. En camiseta y pantalón corto, el frío pronto me puso los pelos de punta, pero me dio igual. El aire fresco me hizo sentir la libertad y, al fin, respiré profundamente.

Siempre me había gustado la nieve, y ¿qué mejor lugar que Canadá para disfrutar de un verdadero invierno? El cielo cubierto de nubes, el silencio que se instalaba como si la propia naturaleza contuviera la respiración... Pero también se percibía el olor de la helada, y los primeros copos que coqueteaban con la palma de la mano, tan tímidos, ligeros y delicados. Aparecían y desaparecían: un ejemplo perfecto de lo efímero. Al final, esas pequeñas gotitas de agua condensada lo cubrían todo y solo dejaban un manto de un blanco inmaculado. Esa atmósfera me hizo sentir aún más nostalgia de una época en la que la inocencia y la risa ocupaban un lugar mucho mayor en mi vida que los problemas.

Dispuesta a ceder a ese impulso irresistible, me aventuré en la nieve en polvo que se asentaba bajo mis dedos helados. Millones, puede que miles de millones de diminutos cristales yacían unos sobre otros, para formar aquel espacio frío pero acogedor. Y pensar que ese espectáculo era solo el resultado de la condensación del vapor de agua...

—¡Eh! ¿Pero qué haces?

James me apuntó con su Magnum. Su grito me había sacado violentamente de mi estado contemplativo. Le miré con incomprensión. Él gritó de nuevo y me hizo un gesto con el arma.

—¡Vamos, entra!

Levanté las manos en señal de rendición.

—No tenía pensado huir, si es eso lo que crees, y menos con estas pintas.

—Me da igual. No salgas sin mi permiso. Te recuerdo que los sensores me avisan de todo.

En cuanto abras una ventana o una puerta…

—Sí, lo sé… —dije, entre suspiros, mientras escuchaba de nuevo aquella advertencia.

Para respaldar sus palabras, mi captor me mostró la pantalla de su móvil. En ella se veía un plano de la casa. Efectivamente, un punto rojo parpadeaba en la ventana francesa que había detrás de mí.

Joder, me sentía como en una jaula. Nada de lo que hiciera pasaría desapercibido...

—Lo siento, es que he visto la nieve y...

James soltó un suspiro y luego enfundó el arma. Se pasó la mano por la cara, exasperado. Pasó por mi lado para cerrar el ventanal con cierta fatiga. Luego me puso la mano derecha en la espalda y me invitó a entrar en la cocina. Se sentó en una silla y me miró fijamente durante unos segundos que se hicieron eternos. Yo estaba confusa. No sabía dónde meterme. James chasqueó la lengua y dijo:

—Escucha, aquí hay ciertas reglas, ciertas cosas que están prohibidas. No puedes pasearte por la casa a tu antojo. Si quieres salir, tienes que decírmelo antes. No confío en ti y no tengo tiempo para hacer de niñera. En fin, grábate esto en el cerebro: no pienso dejarte sola. Así que si no quieres estar encadenada a una cama hasta que tus padres paguen el rescate, si quieres que las cosas vayan bien entre nosotros, tendrás que escucharme y obedecer, ¿entendido?

Asentí tímidamente. Él me arrebató el botellín de cerveza medio vacía de la mano y se la bebió de un trago.

—¿Alguna pregunta? ¿Alguna petición especial? —dijo, sarcástico.

Levanté bruscamente la vista hacia él. Por supuesto que tenía unas cuantas…

—Entonces, ¿me dejas salir?

—Claro que no —dijo, para hacerme entrar en razón.

—Vale. También me preguntaba, bueno, si no te importa, si podría cocinar.

Resopló, y luego se pellizcó el puente de la nariz.

—Sí... Bueno, lo que quieras. Me refería a alguna pregunta más seria —gruñó.

—En ese caso… ¿Podrías traerme algo de ropa?

—Encontrarás algo en la cómoda de tu habitación. ¿Algo más? Relevante, si es posible…

Me masajeé la nuca para ver si se me ocurría algo. Le habría pedido muchas cosas, como mi teléfono, mi documentación y, de paso, mi libertad. Sin embargo, al ahondar un poco más en mis necesidades básicas, me di cuenta de que a James no le había tocado la lotería conmigo.

—Bueno, todos los meses, ya sabes, mi cuerpo de mujer me da motivos por lo que quejarme. En fin, si me vas a retener aquí…

Mi carcelero dejó escapar una carcajada sincera y luego abrió los ojos. Poco después, me dedicó una sonrisa irónica, y apoyó la barbilla en la palma de la mano.

—Veré lo que puedo hacer.

—Y también... No me vendrían mal mis antiarrítmicos. Verapamilo o digoxina para empezar, y luego quizá propafenona, cibenzolina o flecainida.

Le dediqué una sonrisa sincera, consciente de que tal vez le estaba pidiendo demasiado.

—¿Has terminado con la lista de la compra?

—Sí, creo que sí.

—Muy bien.

Dicho esto, James McAllister se levantó y me acompañó a mi habitación. Sentada en el colchón, observé a mi torturador con cierta desconfianza. ¿Por qué tardaba tanto en volver a atarme a la cama? Inesperadamente, me dio la espalda, y me dejó tan perpleja como aturdida. Sin

embargo, antes de apagar la luz y salir de la habitación, se volvió por última vez para decirme:

—Gracias por ayudarme, tesoro.

Por último, James cerró la puerta y desapareció. Su pequeña muestra de aprecio no me dejó indiferente. Si seguíamos así, podríamos empezar a confiar el uno en el otro. Y mi plan de huida se basaba, principalmente, en la confianza.

18

Los canguros

Por una vez, me desperté calmada, algo que llevaba semanas sin pasarme. Me estiré y me crujieron las vértebras. Sentí un tremendo placer. Hacía mucho que no ocurría algo así. Como no se oía nada fuera de la habitación, me levanté y miré por la ventana el vasto y soleado jardín, cubierto por una gruesa capa de nieve.

A pesar de las circunstancias, la simple perspectiva de levantarme cuando me apeteciera y sin impedimentos me había puesto de buen humor. Me acerqué a la cómoda que James había mencionado el día anterior y saqué ropa interior, unos vaqueros y una camiseta blanca. Me quedaba perfecta, pero no me imaginaba a mi secuestrador yendo de tiendas por mí. ¿Y si tenía escondida a su mujer? O a su hermana… O quizá tuviera un vestidor para todas las víctimas a las que secuestraba...

Después de una buena ducha, me puse el conjuntito. Al salir del baño, dos voces aún desconocidas procedentes del salón acabaron con mi paz. Una era femenina; la otra, masculina. Intrigada, bajé lentamente las escaleras para escuchar atentamente su conversación.

—¡No me des órdenes! Me las podría haber arreglado perfectamente sola.

—Claro que sí… ¡Pero si vas por la vida sin medir tus acciones! No me extraña que me pidiera que fuera yo también.

—¡Te juro que en cuanto el jefe ponga un pie en esta casa, voy a montar un pollo para no tener que volver a trabajar contigo nunca más!

—¡Pues venga! Hazme un favor, señorita «me va mejor que a los demás».

—¡Serás imbécil! ¡No le hables así a tu hermana mayor!

—Pero ¿qué dices? ¡Si tenemos la misma edad!

—¡Pero yo salí primero, imbécil!

Cada vez más curiosa, me agaché desde la escalinata para ver a una mujer preciosa, de pelo rojo y ojos marrones, que agarraba del cuello de la camisa al hombre con el que compartía ciertos rasgos.

La mujer lo tiró al suelo descaradamente, dispuesta a darle un puñetazo, pero él decidió lo contrario y la dominó con una llave de yudo. Eso no impidió que ella gritara y le arañara los brazos. A pesar de todo, la pelirroja se echó a reír mientras él le hacía cosquillas. Al borde de las lágrimas, en una mezcla entre risas y palabrotas, la joven forcejeó y le imploró que parara.

—No hasta que me digas lo que quiero oír…

—¡Ni de coña! ¡Vete a la mierda, Stev!

—Pues aquí seguiremos…

El hombre introdujo la mano bajo la axila de la pobre mujer y continuó con su tormento. Ella se retorció hasta que se quedó sin aliento.

—Vale, ya está, ¡tú ganas! Steven, eres el hermano más dulce y amable del mundo mundial.

Así que eran hermano y hermana, como sospechaba, y puede que gemelos. El tal Steven se detuvo de inmediato, pero sonrió, satisfecho. Luego se levantó y tendió la mano a su hermana. Frustrada y con el ego bastante herido, la joven prefirió levantarse sin ayuda.

—No puedes competir conmigo —rio, victorioso.

—Cállate ya, anda. Mira quién está aquí.

Tímidamente, seguí bajando las escaleras. ¿Quiénes serían esos dos?

Me acerqué al dúo, que ahora estaban mucho más serios.

—Madison, ¿eh? O sea que fuiste tú la que dejó inconsciente a Willy… —se burló la chica, interesada—. Y mírate, ahora que te veo, pareces inofensiva. Yo soy Evy, y él es Steven, el idiota de mi hermano. Te lo advierto, hermanito, como se te ocurra hacer alguna tontería, te pegará una buena tunda.

Si hubieran sabido la verdad... Pero tenía que darles la razón. En serio, yo, ¿zurrar a alguien? Jamás. Y menos a William. A pesar de su complexión más bien delgada, no hacía falta ser adivino para saber que podría tumbarme de un solo golpe. Me culpé para mis adentros por no saber defenderme, pero en cuanto todo aquello terminara, me pondría a hacer deporte. Yudo, ¿por qué no? O krav magá[1]… Me habría servido de mucho en Winnipeg.

—James se fue temprano esta mañana, y como no confía en ti, nos pidió que viniéramos a vigilarte.

Increíble...

En realidad, esa falta de confianza en mí se explicaba por las múltiples veces en las que había intentado escaparme. Y a decir verdad, yo tampoco confiaba mucho en él. Seguía siendo un extraño, un criminal, y además se comportaba de forma arrogante y odiosa.

—Vamos, que somos tus canguros.

—Qué suerte, ¿no? —dije, en un tono burlón, mientras me dirigía a la cocina.

Me puse a rebuscar en la nevera para ver si me hacía con algo apetitoso, pero lo único que encontré fue un cartón de huevos... Ahora en serio, ¿cómo era posible que James estuviera en forma con la dieta que llevaba? No comía ni fruta ni verdura.

Siempre me había gustado cocinar, y la estancia estaba perfectamente equipada, así que me parecía una pena no darle el uso que se merecía. Mientras seguía rebuscando en los armarios, encontré un paquete de arroz y un tarro de salsa de tomate. Coloqué lo que había encontrado sobre la encimera y me dirigí a los gemelos.

—¿Tenéis hambre?

Como no recibí respuesta, me giré para mirarlos. Ellos me miraban, escépticos. Que un rehén les ofreciera comida no era algo que ocurriera todos los días. El tal Steven entró en la cocina y ocupó una silla que estaba junto a la mesa.

—¿Y qué piensas prepararnos, guapa? —preguntó, apoyando la barbilla en la palma de la mano.

—Bueno, aún no lo sé. Voy a improvisar sobre la marcha.

—¡Toma! A mí me encantan las sorpresas, *baby*… —añadió, con una sonrisa encantadora.

—Deja de tirar cañas, imbécil. Tus técnicas no valen nada —dijo Evy—. Madison, si lo envenenas, nos harás un favor.

Sonreí, avergonzada. ¿No se suponía que los hermanos estaban para ayudarse y apoyarse mutuamente? Claramente, así no era como funcionaba su relación.

Rebuscando en los armarios y cajones, conseguí encontrar una sartén, un cazo y algunas especias. Mientras se cocía el arroz, calenté en la sartén la salsa de tomate y las finas hierbas. Con el tiempo, me había convertido en una especialista en improvisar en la cocina. Desde allí, agradecí no haber llegado a fin de mes alguna que otra vez. Para rematar el plato, añadí los huevos a la salsa, con cuidado de no romper la yema, y luego lo coloqué todo encima del arroz.

—Joder, ¡qué bien se te da esto! —comentó Steven mientras devoraba el plato que acababa

de servirle.

—Ojalá James nos hubiera encargado que te vigiláramos desde el principio… —coincidió Evy, con la boca llena—. Por mí, volvería todos los días.

—Bueno, no es tan difícil preparar esta especie de arroz a la cubana… —dije, modesta.

Me alegraba de estar comiendo al fin algo decente y de poder mantenerme ocupada, en lugar de estar tumbada en la cama, leyendo.

En cualquier caso, aquel dúo parecía lo bastante laxo como para hacerme comprender que no todos los mafiosos eran clichés andantes. Teniendo en cuenta los encontronazos y los momentos de alegría fugaz que había vivido en las últimas semanas, me había dado cuenta de que los mafiosos no encajaban mucho en la imagen estereotipada que vendían de ellos. Nada de trajes a rayas blancas y negras, ni puros en la boca, ni sombreros a lo Al Capone... Y bueno, mejor, porque así daban menos miedo…

—Bueno, entonces... ¿Sois de la West End Gang? —me atreví a preguntar, para romper el silencio.

—No, Stev y yo trabajamos para James, no te confundas. No nos compares con esa panda de inútiles.

—¿No os regís por los mismos principios?

—Claro que no, *baby*. No respondemos ante nadie, solo ante James.

—¿Y eso por qué?

—Haces demasiadas preguntas —interrumpió Evy mientras recogía nuestros platos.

Steven se estiró, sonriente. Parecía mucho más despreocupado que su hermana. No tardó en dar la vuelta a la mesa y colocarse detrás de mí. Yo lo seguí de reojo. No me fiaba de él. Cuando me puso las manos sobre los hombros, me recorrió un ligero escalofrío. ¿Qué tendría en mente? Dadas las circunstancias, ser precavida no me vendría mal. Pero, extrañamente, Stev me masajeó los hombros.

—Estaba muy rica la comida.

—Gracias… —respondí, confusa, mientras me apartaba ligeramente de él.

Pero sus manos insistieron en quedarse en mis hombros, y entonces se inclinó y me susurró al oído:

—Si quieres, *baby*, podemos seguir con el masaje arriba. Allí tendremos más intimidad.

Mis ojos se abrieron como los de un búho. Esperaba que fuera una broma de mal gusto. Pero entonces me pasó suavemente la mano por la mejilla. Normalmente, no habría tenido reparos en mandarle a la mierda, pero las circunstancias me impedían actuar libremente, así que volví a apartarme.

—No, gracias. Paso.

—Déjala en paz, gilipollas —le riñó su hermana, y luego le dio un capón.

Steven se incorporó y exhaló un suspiro.

—¡Vaaale, vale! Joder, ya no puede uno reírse tranquilo...

—Mándalo a la mierda sin pensártelo dos veces. Se lo merece —dijo Evy, mientras abría la puerta que daba al jardín y se encendía el cigarrillo que llevaba en la boca.

Ver la nieve me relajaba. A través del ventanal, contemplé el vasto jardín. Había varios árboles y un gran invernadero con los cristales empañados en un rincón de la parcela. Así era imposible ver lo que había en el interior. También había una fuente sin agua un poco más atrás. En el otro extremo, se veía el límite de la propiedad: un gran muro de ladrillo blanco. Dado su tamaño, ni se me había pasado por la cabeza lo de escalarlo.

Me reuní con Evy, que se había sentado en el banco de fuera. Por su forma de hablar y su aspecto, el dúo de hermanos debía rondar los veinte años. A pesar de ello, la pelirroja me intimidaba. A primera vista, parecía muy fría y reservada, pero tampoco había visto en ella malas intenciones. Sentí una imperiosa necesidad de hablar con ella, de olvidar por qué estaba allí. Porque, reconozcámoslo, James no era muy dado a hablar.

—¿Te gusta pintar? —comenté, con la esperanza de seguirle la corriente.

—¿Cómo lo sabes?

—Aún tienes pintura en las manos.

Evy enarcó las cejas y se miró los dedos, que tenían unas cuantas manchas amarillas y rosas.

Tenía buen ojo para los detalles, para las minucias. Sin duda era una pequeña herencia de mi padre. Según él, tenía un talento excepcional, pero yo nunca le creía.

—Sí, bueno, cuando me da la vida... —suspiró, y luego tiró la ceniza del cigarrillo al suelo.

—¿Y qué pintas?

—Un poco de todo. Ahora me ha dado por el puntillismo.

—Es un estilo que requiere mucha paciencia y precisión.

—¿Qué eres, una entendida?

—Me gradué en Historia del Arte.

A Evy debió picarle de repente el gusanillo de la curiosidad, porque cambió su aire rudo por una amplia sonrisa, y por un momento, me recordó a Justine.

—Ahora sí que nos entendemos…

En ese momento, sonó su teléfono. En una fracción de segundo, se puso seria. Descolgó, pero no pude oír la voz al otro lado de la línea y, bueno, tampoco era asunto mío. Evy se limitó a asentir. Cuando colgó, un largo suspiro de consternación escapó de sus finos labios.

—Creía que volvería por la tarde y me daría la noche libre...

—¿Qué pasa?

—James aún tiene asuntos que atender y volverá tarde. Bueno, así al menos tendremos tiempo de conocernos.

Después de todo, no todos los esbirros de mi secuestrador eran alimañas horribles y sin corazón. Primero había sido Willy, y ahora, el dúo de Evy y Steven. Algo me decía que esos chicos a los que acababa de conocer pasarían a formar parte de mi día a día.

---

[1] *N. de la T.* El krav magá es el sistema oficial de lucha y combate cuerpo a cuerpo usado por las Fuerzas de Defensa y Seguridad israelíes.

19

Un pequeño recordatorio

Enfrascadas en una conversación sin fin, Evy y yo perdíamos la noción del tiempo. A pesar de su dura apariencia, ambas éramos chicas, así que nos entendíamos. Aunque iba vestida de negro como una *punkarra*[1], la pelirroja había resultado ser una entusiasta del arte y la historia, así que habíamos congeniado. En cuanto a Steven, seguía resultándome un poco raro, sobre todo cuando intentaba acercarse a mí con sus guiñitos y tácticas absurdas de tonteo. Se hacía el payaso constantemente, y rara vez hablaba en serio. O al menos eso me había dicho su hermana, quizá con la esperanza de tranquilizarme.

Me sentí como si hubiera encontrado nuevos amigos. Bueno, casi, porque era plenamente consciente de que se trataba de una ilusión. Ellos estaban ahí por orden de mi carcelero, y desde luego, no tendrían ningún reparo en meterme un balazo si intentaba escapar.

Y así pasaron los días. Una noche, mientras contaba las horas que había pasado entre esas paredes, unas voces que venían del salón me sacaron de mis pensamientos. El reloj marcaba las cuatro de la mañana. ¿Podría ser James, que estaba de vuelta de una de sus *escapadas*? O quizá fueran Evy y Steven, discutiendo por enésima vez.

Curiosa, abrí un poco la puerta, intentando evitar en lo posible que chirriara. Al acercarme de puntillas a las escaleras, las voces se volvieron más definidas. Me agaché discretamente junto a los escalones y reconocí a James. Me incliné un poco más y descubrí a dos tipos arrodillados frente a él. Estaban despeinados, en actitud sumisa, y los gemelos los estaban amenazando. Desconcertada por esa escena inesperada y con el corazón acelerado, me quedé observando en silencio.

—Nosotros... Nosotros no hemos venido aquí a librar una guerra, señor McAllister, sino simplemente a darle un mensaje. La señora Romero desea reunirse con usted y llegar a un acuerdo acerca del acceso al puerto.

—Os he dicho que no. No tengo ningún interés en colaborar con Romero. Durante estos años, me ha demostrado que no existe acuerdo posible entre nosotros. Si quiere hablar del tema, que venga a verme.

—Pero... Siento decirle que la señora está muy ocupada. No puede...

—Bueno, en ese caso, puedes darle un mensaje de mi parte.

James señaló a Evy con la cabeza. Evy asintió mientras enfundaba su pistola y se sacaba del bolsillo un cordel bastante grueso. Miré a mi alrededor en busca de un uso para él, pues los dos tipos ya tenían los puños atados a la espalda. Se me paró el corazón cuando la joven puso la cuerda alrededor del cuello de uno de los tipos y lo estranguló.

Se me heló el cuerpo, y también el alma, al procesar lo que estaba ocurriendo. Me quedé inmóvil. El tipo luchaba por sobrevivir, mientras su compañero, con los ojos cerrados, no movía un músculo. Temblaba como un flan, bajo la amenaza de la pistola de Steven.

Quise intervenir, pero estaba en estado de *shock*, como aquella noche en Winnipeg. Una vez más, había visto morir a un hombre ante mis propios ojos. Sin embargo, lo único que podía hacer era mantener la boca cerrada y permanecer en mi lugar de víctima indefensa. Al fin y al cabo, no era asunto mío.

—Dile a Romero —dijo James, con frialdad— que no haré negocios con ella. No me interesa

su dinero ni su mercancía. ¿Me has oído, *pendejo*?

El mensajero asintió enérgicamente, y a su lado se oyeron los últimos gemidos de su compinche, cuyo rostro se estaba volviendo carmesí.

Al contemplar esa escena, me desplomé sobre las escaleras y enterré la cabeza entre las manos, tratando de calmarme ante aquella cruel verdad. Esos momentos de violencia extrema me devolvían a la realidad. Tenía que recordar dónde estaba y con quién. James, Evy, Steven y todos aquellos tipos que había conocido seguían siendo asesinos. Se dedicaban al tráfico ilegal y, para ellos, disparar a alguien no suponía ninguna diferencia: habían aprendido a tragarse sus emociones cuando se trataba de la muerte. Un cadáver más, uno menos. ¿Qué diferencia había?

—Deshazte del cuerpo —ordenó James, en un tono carente de humanidad.

Mis lágrimas amenazaban con derramarse en cualquier momento. ¿Por qué matar a toda esa gente? ¿No había otra manera? Ese no era el mundo en el que quería vivir. Lo odiaba. Debí haberme quedado en mi habitación y no haberme hecho la detective.

Absorta en mi confusión, no me fijé en que las suelas de mis zapatos rechinaron en las escaleras. De repente, James me miró, con el rostro ensombrecido por la indiferencia. Unos mechones ondulados le caían delante de los ojos. Se aflojó la corbata, sin dejar de mirarme.

Mierda, otra razón por la que no debería haber salido de la cama.

Temí haber despertado la ira de mi captor. Sin embargo, simplemente dijo:

—Vuelve a la cama.

Y sin más preámbulos, se dirigió a su habitación. Me quedé de pie, atónita por su reacción. ¿Y eso era todo? Era como si no le importara que yo estuviera allí, como si descubrir que yo había sido testigo de sus actividades macabras no le molestara en absoluto. Era bastante probable que se la sudara que me enterara o no. Y yo, bueno, era mejor que no indagara más, que no buscara entender ese asunto. Por encima de todo, tenía que sobrevivir.

---

[1] *N. de la T.* Persona vestida al estilo punk, anteriormente, «punki».

Nos vemos dentro de un año

Siete meses antes.

Nathan había insistido en llevarme al aeropuerto esa mañana. Iba a pasar mis últimos instantes en Francia con él, ¿qué más se podía pedir? Tenía maletas que facturar, así que me acompañó a la terminal 1 del Charles de Gaulle. Nunca había subido sola a un avión, ni tampoco había estado tanto tiempo lejos de mi país natal...

Ese viaje hacia lo desconocido despertaba en mí muchas emociones: entusiasmo, alegría, pero también pánico.

Eso sí, una cosa estaba clara: iba a echar muchísimo de menos a las personas más cercanas a mí, en especial a mis padres y a mi mejor amiga, Justine, pero sobre todo, a Nathan. Un año entero sin él. ¿Seríamos capaces de estar tanto tiempo lejos el uno del otro?

De inmediato, entrelacé mis dedos con los suyos para consolarme. Quizá estuviera aún enfadado por nuestra breve discusión de hacía unos días. El tiempo había pasado demasiado rápido y ahora me preguntaba si sería capaz de separarme de él. Mi novio me invitó a sentarme y a disfrutar de nuestros últimos momentos juntos, y con suavidad, apoyé la cabeza en su hombro.

—Llámame en cuanto llegues —dijo, con la voz cargada de preocupación.

—Sí, no te preocupes. Ya verás, se pasará rápido, y dentro de un año, cuando nos volvamos a ver, será como si solo hubieran pasado unos días.

—No sé si podré aguantar hasta entonces…

Levanté la cabeza para besarle y él me abrazó.

—No hagas tonterías, ¿vale?

—Dudo que las haga, cariño —susurré, arrimándome un poco más a él.

—Te quiero, Madi...

—Yo también te quiero, Nathan.

Me esforcé por tragarme las lágrimas. Lo iba a echar tanto de menos… Por otra parte, temía el vuelo de ocho horas que me esperaba y que, además, me iba a alejar de él.

De repente, una voz en megafonía anunció lo que ambos sabíamos que iba a pasar:

—Se ruega a los pasajeros del vuelo 1404 con destino a Ottawa que acudan a la puerta de embarque número dos.

Se me encogió aún más el corazón. Me dejé llevar en sus brazos, intentando posponer el momento de separarnos. Sabía que no volvería a verle hasta pasado un año. Nathan me abrazó tan fuerte que me dejó sin aliento, pero esa era la menor de mis preocupaciones.

Canadá me esperaba con los brazos abiertos. Tenía la esperanza de irme un tiempo para volver con las ideas claras, como tantas veces me había dicho mi padre cuando era pequeña.

La metamorfosis

Habían pasado cuatro días y no era capaz de sacarme de la cabeza la horrible imagen de aquel moribundo. Cada noche, el rostro de Evy aparecía ante mis ojos. Un rostro frío: el de alguien que no conoce la empatía; el de alguien que, sin miramientos, decide rematar a su presa. Habría dado lo que fuera por olvidar lo que había visto aquella noche, pero no podía.

Mientras tanto, los gemelos seguían vigilándome. Al igual que ellos, me hacía la tonta, la inocente. Me resultaba más sencillo ignorar la situación que lamentarme por lo que habían hecho. Por otra parte, James se ausentaba gran parte del día, así que yo me sentía mucho más tranquila. Se iba por la mañana, normalmente antes de que yo me levantara, y no volvía hasta que anochecía. Temía encontrármelo de nuevo, tener que hablar con él. En vista de su última hazaña, era normal que tuviera aún más miedo de lo que me depararía el futuro.

Sin embargo, unos días más tarde, me sorprendí al encontrar al pie de la escalera una bolsa de papel con todo lo que le había pedido hacía tan solo unos días. Además, había comprado alguna que otra cosa más, como una cuchilla para que me depilara y unos productos de maquillaje... ¿Estaba de coña? ¿Qué quería de mí, que recuperara un aspecto femenino normativo? La verdad era que me daba igual mi aspecto, y más delante de ese tipo.

Sin embargo, en esa bolsa no estaba mi medicación. Quizá necesitara más tiempo para conseguirla. Sabía que lo que le había pedido no era fácil de encontrar en una farmacia, pero teniendo en cuenta su forma de ganarse la vida, no creía que le fuera complicado hacerse con cualquier tipo de medicamento.

Salí del baño, dispuesta a ir al salón, donde ya oía discutir a Evy y Steven, pero al cerrar la puerta tras de mí, se abrió la de enfrente. Sorprendida, vi a James, vestido con una chaqueta negra, que hacía juego con su camiseta y sus vaqueros; todo un cambio con respecto a su traje habitual de tres piezas. ¿Qué hacía allí? Bueno, vale, vivía en esa casa... Sin embargo, me sorprendió verle a esas horas.

—Ponte algo de abrigo. Vamos a salir.

Enarqué una ceja. ¿En serio había dicho «salir»? ¿Me estaba hablando a mí? ¿No tenía miedo de que me escapara otra vez? ¿Tanto confiaba en mí?

—¡Venga, date prisa!

Sin perder un segundo, me puse un jersey y unos zapatos y bajé corriendo por las escaleras. No quería desaprovechar la oportunidad de salir de esa casa. Ni de correr por mi vida, dicho sea de paso. James me esperaba cerca de la entrada, con las llaves del coche en la mano. Cuanto más me acercaba a la salida, más grande se hacía el nudo que tenía en el estómago. ¿Adónde pensaba llevarme?

Cerró de un portazo tras de mí y luego me dijo que me sentara en la parte delantera de su 4x4 gris. James no tardó en arrancar y yo no aparté la vista de la carretera en todo el trayecto. Me concentré en las calles, los cruces, edificios y señales que indicaban la dirección hacia el centro de la ciudad. Necesitaba memorizar la ruta por si en el futuro me resultaba útil.

Nos fuimos acercando lentamente a los rascacielos: el 1000 De La Gauchetière, el 1250 René-Lévesque y la Tour de la Bourse[1], los tres grandes edificios que era imposible no reconocer. James se arriesgaba al ir paseándome por ahí. Cualquiera podría haberme reconocido.

Se me pasó vagamente por la cabeza la idea de pedir ayuda a algún transeúnte. También podía gritar y salir corriendo, pero todos planes de huida que se me ocurrían podrían conllevar duras represalias.

Observé a James por el rabillo del ojo. Él no apartó la vista de la carretera, pero de repente, dijo:

—¿Qué quieres?

—¿Adónde vamos?

—Ya lo verás. Estamos a punto de llegar.

La lluvia arreciaba. Observé a los transeúntes, que corrían a refugiarse. El silencio entre James y yo no hacía más que enardecer el ambiente.

—¿Cuántas lenguas hablas? —pregunté inocentemente, con la esperanza de calmar un poco la tensión.

James apartó los ojos de la carretera para mirarme con escepticismo.

—El otro día te oí hablar español... Y sé que hablas inglés y francés.

Quizá no debí mencionar lo de esa noche, cuando la curiosidad me había jugado una mala pasada, pero ¿qué más daba? Si ya sabía que lo había visto. James volvió a centrar su atención en la carretera. Luego, tras varios largos segundos, contestó:

—Cinco idiomas: inglés, francés, español, ruso e italiano. Y entiendo kurdo, mandarín, alemán y japonés.

Su respuesta fue tajante. Me sentí ridícula, porque yo solo hablaba francés, inglés y un poco de español. Aunque bueno, eso me hizo aprender la lección. No había que juzgar un libro por su portada. James había resultado ser más culto de lo que parecía. Me había equivocado al pensar que era simplemente un tipo violento y obsesionado con los negocios turbios.

Después de avanzar unos cuantos kilómetros, apagó el motor. Miré a mi alrededor. Estábamos en un barrio pudiente, cerca del centro de la ciudad. Frente a mí había un edificio, cuya entrada, hecha de falso mármol, me llamó la atención.

James me pidió —o más bien me ordenó— que saliera del 4x4 y le siguiera. Una vez dentro de ese edificio grande y elegante, el ascensor nos llevó a la séptima planta, y el pesado silencio de mi secuestrador no hizo más que aumentar mi ansiedad.

Unos segundos después, sonó el timbre del ascensor. James me obligó a caminar delante de él hasta que llegamos a la puerta número once. Después de abrirla, mi captor me dirigió una breve mirada por encima del hombro, lo que no auguraba nada bueno.

Al pasar, descubrí un piso muy elegante, acorde con el edificio. Seguí a James hasta el salón. Él dejó su abrigo en una silla y, cuando avancé un poco más, me topé con una joven guapa y rubia, sentada en un sofá blanco. Estaba absorta en un libro que reconocí de inmediato, *El Horla*[2] de Maupassant. Con aire indiferente, se nos quedó mirando durante un instante. Luego se le iluminó la cara y se levantó del sofá con una amplia sonrisa.

Esa chica rebosaba alegría. Iba vestida con una camiseta de tirantes rosa pálido y un *minishort*, y tenía unos grandes ojos azul claro, una nariz fina y unas curvas generosas. A primera vista, no parecía que fuera mucho más joven que yo.

—¡Jamie! ¡Creía que te habías olvidado de mí!

La joven saltó al cuello de mi captor y él la besó en la mejilla. Seguí la escena con cierta indiferencia. Al fin y al cabo, las relaciones de James no eran asunto mío.

—No tengo mucho tiempo. Dime, Diane, ¿crees que podrás encontrarle un vestido que no

sea demasiado recargado ni vulgar?

—¡No hay problema! Eso es pan comido.

Diane me dirigió una mirada llena de interés y me invitó a seguirla. James se sentó en el sofá y se puso a leer el clásico francés.

La joven me condujo a su dormitorio, donde había un enorme vestidor compuesto exclusivamente por vestidos de lujo, a juzgar por las etiquetas: Christian Dior, Balenciaga, Chanel, Cartier, Boucheron... Yo jamás podría haberme permitido ni la mitad de ese armario; ni siquiera con el sueldo de toda una vida. Diane se puso a rebuscar entre la ropa. ¿Por qué quería James que me buscara un vestido? No creía que pretendiera lucirme en una fiesta o algo similar. Dudaba que confiara tanto en mí.

—Espera, espera… Ya decía yo que me sonaba esa ropa tuya. ¡Es mía! ¡Tú eres la nueva socia de la que me habló James! —dijo Diane, mientras sacaba varios vestidos.

—Esto… —contesté, aunque en ese momento no sabía muy bien qué decir.

Ella no estaría dispuesta a ayudarme. Era evidente que ambos se apreciaban bastante.

—James me mima demasiado. Me lo paga todo, pero últimamente no me deja salir mucho. Es muy protector. Pero ya te habrás dado cuenta de eso.

¿Quién era esa mujer para él? Probablemente, su novia, por la forma en que la trataba. Toda una reina.

—Eh, sí, sí… —susurré con un toque de sarcasmo que ella no captó.

Puso varias perchas contra mis hombros, como si intentara imaginarme con todos aquellos vestidos. Después de varios minutos, durante los cuales pareció muy indecisa, Diane finalmente me entregó un vestido largo azul marino.

—Es un vestido de Zuhair Murad[3]. Ten mucho cuidado con él.

Después cogió un par de zapatos de tacón con talón abierto, que combinaban con el fino cinturón plateado del vestido, y un carísimo velo que cubría el conjunto.

—Soy una fanática de los vestidos. Tengo tantos que no me caben en la habitación.

Supe que era verdad en cuanto me lo dijo. De hecho, me preguntaba si no tendría un conjunto para cada día del año.

Diane colocó cuidadosamente el vestido y los tacones en una funda y una caja blancas, respectivamente. Me costaba imaginarme con esa ropa, que más bien parecía un disfraz.

Mientras volvía al salón, no puede evitar pensar en lo tranquila que estaba aquella joven. Su hombre la mimaba y parecía hacerla feliz. ¿Sabía acaso en qué sucios asuntos andaba metido James? En todo caso, yo jamás me contentaría con esa forma de vivir: era monótona, demasiado fácil. Yo necesitaba ponerme a prueba de forma constante y sentir la satisfacción de lograr algo por mí misma. Pero quizá me estaba precipitando al juzgar a Diane.

James nos esperaba cerca de la salida, con la llave del coche en la mano y el abrigo colgado del brazo. Parecía tener prisa. Estaba claro que hoy no era el día para disfrutar de su hombre.

—¿Ya te vas?

—Lo siento, pero te prometo que volveré esta misma semana —le aseguró con una sonrisa sincera.

Era la primera vez que le veía actuar así.

Con un mohín de decepción, la rubia volvió a abrazarlo y suspiró, antes de dejarnos marchar. Una vez más, se hizo el silencio en el ascensor. Ninguno de los dos dijo una palabra hasta que estuvimos en el coche. Volví a ocupar el asiento del copiloto, después de haber colocado la funda

y la caja de zapatos en la parte trasera.

—¿Por qué me ha dado un conjunto de noche?

—Porque esta noche vamos a salir.

Lógico. Y, sin embargo...

—¿De verdad confías tanto en mí?

—Para nada.

James arrancó el 4x4 y se encendió un cigarrillo. Luego me tiró el humo en la cara y me hizo toser. Lo dispersé con la mano, lo que le hizo soltar una risita. Más tarde, añadió:

—Pero necesito que alguien me acompañe.

¿Ah, sí? ¿Y yo era la afortunada? Me quedé de piedra. Seguro que tendría otras opciones. Diane, por ejemplo, o Evy. Se lo dejé caer, pero, como de costumbre, mi captor tenía una respuesta para todo:

—No te emociones, tesoro, los gemelos tienen planes esta noche, así que no iban a poder vigilarte. Y no pienso perderme la velada.

No cuestioné su sinceridad, pero seguía sin fiarme del todo. James estaba corriendo un gran riesgo al llevarme a una velada, así que pensé que debía estar tramando algo.

Seguí observando la carretera, con la frente pegada al cristal tintado y gélido de la ventanilla. La nieve, ahora parcialmente derretida, estaba perdiendo ese color puro que tanto me gustaba, ennegrecido por la contaminación de la ciudad y los transeúntes que se empujaban entre sí en las aceras del centro de Montreal. Se me encogió el corazón cuando vi el gran edificio que albergaba la embajada de Francia; el lugar al que debería haber ido tras haberme escapado por segunda vez. Desde allí, podría haber huido...

Nos alejamos un poco del centro de la ciudad y James pronto se detuvo junto a una acera. Observé el lugar, que estaba lleno de edificios similares a los de los distritos del norte.

James salió del coche y lo rodeó para abrirme la puerta, antes de decirme que bajara. Unas cuantas tiendas se alineaban en las calles, y mi captor me hizo caminar hasta el escaparate de uno de los locales. Miré incrédula el cartel que había justo encima de mi cabeza. ¿*Tony's Stylist*?

—¿Una peluquería? ¿No irás a...?

—Por supuesto que sí, tesoro.

—Mientras yo viva, no dejaré que me cortes el pelo —protesté, en un intento infructuoso de dar media vuelta.

—Te aconsejo que te calles, porque sigo tentado de acabar contigo. Venga, espabila.

James me puso la mano en la espalda y me empujó al interior del salón. La única clienta, que estaba sentada en una silla frente al espejo, ni nos miró. Prefirió concentrarse en su reflejo y en los largos mechones de pelo que caían sobre sus hombros.

Un hombre de tez oscura y perfecta nos saludó, extendiendo los brazos para dar la bienvenida a mi carcelero.

—¡James! Amigo mío, ¿a qué debo este placer?

—¡Hola, Tony! Necesito que me hagas un pequeño favor.

No le hizo falta decir nada más para que el tal Tony desviara la mirada en mi dirección, sonriendo y mostrándome unos dientes blancos perfectamente alineados.

—¿Y qué quieres exactamente?

—Pues un completo.

El hombre estiró el brazo y agarró uno de mis mechones castaños entre sus dedos. Callada como una tumba, luché por asimilar la decisión de James de cambiar mi aspecto. Me encantaba

llevar el pelo largo, porque hasta los doce años, mis padres no me habían permitido dejármelo crecer. Esa era una de las razones por las que ahora lo llevaba así.

—Mmm... Un pelo tan largo y ondulado, en una cara tan fina y delicada como la tuya... Vamos a tener mucho trabajo, palomita mía. No hay problema, amigo, vuelve dentro de un par de horas —dijo Tony.

James asintió y abandonó el salón justo después de darle a su cómplice unos cuantos billetes de los gordos. Se me pasó por la cabeza la idea de detenerlo. Estaba dispuesta a empaparle la chaqueta de lágrimas y rogarle que no me abandonara, pero Tony se acercó a mí con una amplia sonrisa.

—Cariño, voy a dejarte aún más guapa de lo que estás —me dijo entusiasmado, mostrándome sus tijeras.

No, por favor. Todo menos eso...

---

[1] *N. de la T.* En español, «la torre de la Bolsa».

[2] *N. de la T.* Relato corto de terror escrito por Guy de Maupassant, del que existen tres versiones. La última, publicada en 1887 en la antología de relatos del mismo nombre, es la más leída en la actualidad.

[3] *N. de la T.* Diseñador de moda libanés.

La gala

Desde que James me había recogido del salón de belleza, no había dicho ni una palabra. Estaba enfadada con él. Con la cabeza apoyada en la ventana helada, miré el cielo, que empezaba a oscurecer por el final del día. Mi reflejo revelaba el desastre de Tony: me había cortado unos treinta centímetros, y ahora el pelo apenas me llegaba a los hombros. Pero por si fuera poco, y alegando que supuestamente me quedaría «ideal», Tony había teñido mi pelo castaño natural de un tono castaño rojizo, con matices de un horrible rojo carmesí. No hacía falta decir que me había costado digerir el cambio.

—Quita ya esa cara de pocos amigos. Deberías darme las gracias —dijo James, sacándome de mis pensamientos.

—Te odio.

Mi contestación no causó ninguna reacción en él. ¿Darle las gracias por qué? ¿Porque, además de ese terrible corte de pelo, Tony se había tomado la molestia de maquillarme? ¡No había nada que odiara más! El pintalabios, la base, el colorete y todas esas cosas que me hacían parecer un bote de pintura... Casi nunca me maquillaba, y si lo hacía, solo era con un delineador del negro más puro. Pero con mi cambio de *look*, fijo que nadie me reconocería.

Después de varios largos minutos, durante los cuales la lluvia había dado paso a la niebla, mi secuestrador apagó el motor. Habíamos vuelto a casa. Cogí el conjunto que me había dado Diane de la parte de atrás del coche. Una vez dentro de mi celda dorada, me envolvió un calor de lo más agradable.

James se encendió un cigarrillo y dijo:

—Nos vamos dentro de quince minutos. Ve a vestirte.

Sin mediar palabra, me di la vuelta, subí las escaleras y me dejé caer en la cama, suspirando. Se me pasó por la cabeza la idea de pedirle a James que me excusara de esa velada. Habría preferido pasar la noche en casa, pero no quería arriesgarme a que volviera a atarme a la cama. Así que intenté relativizar las cosas. Si salía esa noche, me daría el aire fresco en la cara, y tal vez tendría la oportunidad de huir o pedir ayuda.

Me puse el vestido drapeado y los bajos cayeron de forma fluida hacia el suelo. Menos mal que los tacones me hacían más alta. El vestido tenía un escote pronunciado, y yo sentía que me iba a morir de vergüenza. Pero no podía negar que ese vestido de corte imperial, abierto a la altura del muslo derecho, tenía cierto encanto. El velo plateado envolvía la tela azul noche. La prenda me maravillaba, pero con ella me sentía ridícula. A diferencia de Diane, yo no tenía la presencia necesaria para ese tipo de galas.

Al mirarme en el espejo, no me reconocí. De hecho, me pregunté si el mismo Nathan podría haberlo hecho... Mi más sincera enhorabuena a James; lo había conseguido.

Sentado en el sofá frente a la chimenea, con un vaso de *whisky* en la mano, mi captor también se había cambiado, pero no llevaba nada demasiado fuera de lo común. Lucía un traje sastre azul marino de tres piezas y una camisa blanca. Había que reconocer que, llevara un chándal o un traje, a ese tío nunca le faltaba clase.

Sin perder el tiempo, se levantó y me dijo que le siguiera hasta el coche. No hizo ningún comentario sobre mi atuendo, lo que me alivió.

—No intentes ninguna estupidez esta noche.

Puse los ojos en blanco. Estaba más que acostumbrada a ese discursito redundante. Bajo la luz de las farolas, me percaté de que, como esa tarde había estado lloviendo, la nieve se había derretido. Para ser noviembre, no hacía tanto frío como en inviernos anteriores, que según me habían dicho, habían sido mucho más duros en Quebec. Sin embargo, James decidió poner la calefacción en el 4x4.

—Habrá bastante gente en la fiesta. No hables con nadie sin mi permiso y no uses tu verdadero nombre, ¿entendido?

—¡Qué bien! Va a ser genial… —gruñí.

—¿Habrías preferido pasar la noche atada en la cama, tal vez?

—Sí —mentí secamente.

—Bueno, la verdad es que eso me habría ahorrado muchísimo trabajo.

—No hay nada que te impida volver.

—Por desgracia, tesoro, esta noche me vendrás como anillo al dedo.

Intrigada, le miré fijamente.

—Habrá bastante gente importante para nuestro negocio, especialmente un hombre que se apellida Ramírez. Hazte amiga de su mujer. Es un poco barbie, así que será difícil que la pierdas de vista.

¡Espérate tú! ¿Qué implicaba eso, que ahora trabajaba para él? La verdad es que no me hacía especial ilusión acabar en la cárcel por conspiración criminal.

—Ni hablar —contesté, cruzándome de brazos.

—No estás en posición de ponerte chula, tesoro. No olvides quién eres aquí, ni tampoco lo que puedo hacerte.

Puse cara de malas pulgas. Ese tío me daba órdenes a su antojo y, cuando rechistaba, me amenazaba. Pero eso no duraría mucho tiempo. Aunque esa noche no tuviera más remedio que cumplir sus exigencias, con el tiempo, mi paciencia daría sus frutos.

Tras unos largos minutos observando las luces de la ciudad, James detuvo el coche en un aparcamiento subterráneo. Todos los coches que estaban allí estacionados apestaban a opulencia. Desilusionada, me despegué del asiento y cerré la puerta a mis espaldas. James encendió un cigarrillo, cerró el coche y me hizo un gesto para que le siguiera hasta el ascensor.

—Ponte recta.

—¿Y si no quiero?

El criminal suspiró, con el cigarrillo entre los labios. Se colocó a mi lado y me puso las manos en los hombros para corregirme la postura. Me obligó a levantar la barbilla y permanecer erguida.

—Ya me avergüenzas bastante, así que no lo empeores. Y sonríe, por favor.

Sus dedos índices se encontraron con las comisuras de mis labios y las curvaron en exceso. Pero no le di el placer de mostrarle una sonrisa sincera, sino una amarga mueca, carente de toda simpatía. Mi captor soltó una carcajada burlona. Luego sonó el timbre del ascensor y, acto seguido, se abrieron las puertas de la sexta planta.

Se me hizo un nudo en la garganta de la ansiedad. Al fin y al cabo, no sabía qué esperar. ¿Me había llevado a una reunión de mafiosos? Tragué saliva al imaginarme metida en semejante sarao. James apoyó la mano en mi espalda para obligarme a avanzar, pero también para presumir entre el centenar de invitados que nos rodeaban.

La sala estaba iluminada por majestuosos candelabros y guirnaldas que trepaban por las

columnas que, a su vez, sostenían las bóvedas. El lugar tenía un aire versallesco. A mi izquierda había un pequeño escenario con cuatro músicos tocando un tema de *jazz* bastante suave, y justo encima, colgaba una gran pancarta en la que se leía «Gala benéfica».

—¿Disculpa? ¿Una gala? ¿Y para esto me necesitabas?

—No es solo una gala, también es la oportunidad perfecta para hacer migas con socios potenciales.

—Te refieres a Ramírez, ¿verdad?

—Veo que aprendes rápido.

James saludó con la cabeza a varios invitados mientras nos abríamos paso lentamente entre el gentío. Cogió una copa de champán sobre la marcha y dejó la colilla en un cenicero. Mi captor caminaba con seguridad, como si ya supiera adónde iba, y con razón: un hombre le saludaba a lo lejos. Me instó a acelerar el paso hasta que el hombre de cabello rubio vino a saludarnos y nos condujo hacia un grupo que, obviamente, ya conocía a James.

—¡Ah, McAllister! ¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Recuerdas a Pharell, Juanes y Clary, y por supuesto, a Ramírez?

—Por supuesto, ya nos conocemos.

Pharell era un hombre corpulento. Tenía el pelo lleno de canas y se lo había peinado hacia atrás. Me llamó la atención su bigote, que se había recortado de una forma muy meticulosa. Por su parte, Juanes parecía el hombre más joven de los presentes. Debía rondar los cuarenta años e iba acompañado de su mujer, que tenía una larga melena rubia y los ojos dignos de un ángel. En cuanto a Ramírez, no me costó adivinar quién era: el tipo alto, de mirada fría y dura, con un vaso de ron en la mano. Llevaba a su esposa agarrada del brazo. Ella era una mujer alta y con el pelo rubio platino. Sus labios y pómulos habían perdido todo rastro de naturalidad, y llevaba un vestido rojo tan corto que me pregunté si se habría equivocado de fiesta. Y lo peor era que James me había exigido que me hiciera amiga suya, aunque no teníamos nada en común. La tarea parecía imposible.

—Dime, amigo mío, ¿quién es esta preciosa criatura que tenemos por aquí? ¿Me permites que me la lleve para conocerla un poquito más? —preguntó Pharell con brusquedad, bajo los efectos del alcohol.

¿Preciosa criatura? Este insípido cumplido hizo que me pusiera aún más tensa de lo que ya estaba. ¿Conocerme? Ese tipo me repugnaba. Me entraron unas ganas repentinas de hacerle comprender mi forma de pensar, pero rápidamente cambié de opinión. No quería provocar la ira de mi captor.

—Ya sabes que yo nunca comparto… —se burló James con orgullo.

Dios mío…

Si las circunstancias me lo hubieran permitido, habría puesto los ojos en blanco ante aquella horrible conversación falocéntrica. Pero entonces, la mano de James fue bajando hasta mis riñones y me atrajo hacia él. Se me escapó un grito de sorpresa y, antes de que pudiera darme cuenta, sus labios apresaron los míos en un beso tenaz y forzado.

¿Pero qué…? ¿Cuándo me había convertido en su trofeo? Me sentí mujer objeto. Por eso sí que no estaba dispuesta a pasar. Le llevé una mano al pecho para apartarlo, pero James apretó con más fuerza, y al ver la forma en que le tocaba, los invitados recularon ligeramente. Nos dedicaron toda su atención. Probablemente fuera una treta de James para dar a entender que estábamos juntos.

—¡Por fin, James! Una relación seria, para variar… —dijo Clary, divertida.

Claro que, en ese preciso momento, ninguno de ellos se dio cuenta de lo mucho que me esforzaba por quitármelo de encima. Lo peor era que al muy cabrón se le daba muy bien ese jueguecito. Un poco después, me soltó, no sin antes esbozar una sonrisa victoriosa. Pero yo no estaba dispuesta a dejarlo estar. ¡Se estaba pasando cuatro pueblos! El recuerdo de Nathan se había manchado por la repugnante imagen de ese tipo. James solo se merecía una bofetada monumental.

—¿Nos disculpáis un segundín? —interrumpí, con una voz melosa que disimulaba de maravilla mi enfado.

Agarré a James por la muñeca y lo arrastré entre la multitud con paso decidido. Él no opuso resistencia. De hecho, creo que la agradeció. Busqué un lugar donde pudiéramos hablar tranquilamente, lejos de las miradas de los demás. Entre la multitud, divisé los aseos al fondo de la inmensa sala de recepción. Decidida, entré en el baño de mujeres, que estaban desierto. Tiré de James hacia el interior, le solté y le miré fijamente.

—¿De qué coño vas? —gruñí, apretando los puños.

—Bueno, bueno… ¿Ahora te atreves a hablarme así? Oye, si lo que quieres es más intimidad, la parte de atrás del coche es lo bastante amplia para los dos.

Con una despreocupación repulsiva, se apoyó en el borde del lavabo y cruzó los brazos. Era evidente que me estaba tomando el pelo. Me puse roja de ira.

—¡No vuelvas a hacer eso! ¡No puedes hacer conmigo lo que te venga en gana!

—¿Eso es lo que crees? —se burló, mientras se incorporaba para agarrarme de la muñeca—. No te equivoques: tengo todo el poder sobre ti y nada me impide volver a hacerlo.

Volvió a tirar de mí hacia él y me puso la mano libre detrás de la espalda para apretarme contra su pecho.

—¡Suéltame, guarro!

—Además, este conjuntito que llevas me parece muy sugerente, al igual que tu nuevo corte de pelo...

Su dedo índice me recorrió la columna hasta la nuca. La tensión agravó el resentimiento que me provocaba el muy imbécil. Sin embargo, me pasó los dedos por el pelo, con suavidad. Su mirada se clavó en la mía, como si quisiera desafiarme a apartarlo.

—Y esos labios tuyos...

Su pulgar los rozó sin pudor. No podía creer lo que estaba pasando. Sus palabras, sus gestos… estaban fuera de lugar. Sin contenerme, le golpeé en el pecho, pero él no movió ni un músculo. De hecho, noté que le divertía la situación, y eso me sacaba de quicio.

Después de mucho forcejear, conseguí alejarlo de mí. Reuní todas mis fuerzas y mi valor —sobre todo mi valor— y le di una bofetada. Me miré la mano, enrojecida por el golpe, y luego fijé mi atención en el rostro de mi torturador, ligeramente oculto tras unos cuantos mechones de pelo. James no articuló palabra; se limitó a acariciarse la mejilla inflamada y luego levantó sus iris helados.

—¿Eso es todo?

¡Qué insolencia! No tenía consideración por nadie. Yo solo pensaba en su novia, que a lo mejor era hasta su mujer. ¿Estaba jugando conmigo para causar buena impresión a los invitados?

James volvió a atraerme hacia él y me inmovilizó contra la pared. Se dejó caer ligeramente sobre mí y me pasó suavemente la mano por la mejilla. Lo miré con desprecio.

—¿Y Diane, qué? ¿O es que no tienes ningún respeto?

—¿A qué viene lo de Diane? —preguntó, perplejo.

Me quedé paralizada y poco a poco me di cuenta de lo estúpida que había sido. James soltó una risita y se inclinó para susurrarme al oído:

—Diane es mi hermana.

—De todos modos, me das asco. Te prohíbo que...

No me dio tiempo a terminar la frase, porque sus labios se apoderaron de los míos. Inmediatamente, giré la cabeza para esquivarlo, y él sonrió. Me agarró la barbilla con facilidad y volvió a posar sus labios sobre los míos. Intenté apartarlo con todas mis fuerzas, pero me fue imposible. James me rodeó la cintura con la otra mano y me apretó contra él. Ese beso no tenía absolutamente nada que ver con el primero. Su boca me acarició con delicadeza. Me sorprendí a mí misma al pensar que era incluso agradable, pero luego aparté ese pensamiento de mi mente.

De repente, la vergüenza me invadió. No sabía si quería que siguiera besándome o que parara. Tenía la cabeza atolondrada, y en ella se amontonaban una serie de ideas contradictorias. Sus labios eran suaves. En ellos aún pude saborear el alcohol que había bebido unos minutos antes. Dirigió la mano hacia mi nuca, lo que me produjo una sensación embriagadora. Dejé de oponer resistencia y me derretí ligeramente entre sus brazos, y acabé devolviéndole el beso.

¿Qué coño estaba haciendo?

El sonido de una cisterna nos devolvió a la realidad. Mis ojos se abrieron de par en par cuando una mujer ligeramente rellenita salió del retrete del fondo. Tosí de inmediato y me aparté de James, roja de vergüenza. De hecho, la mujer nos dirigió unas cuantas miradas transparentes antes de lavarse lentamente las manos.

Fue un momento de incomodidad interminable. James mantenía su expresión ladina y no dejaba de mirarme a los labios. La situación no parecía afectarle. Al salir del baño, la mujer me dirigió una mirada cómplice y una sonrisa pícara, lo que me hizo sentir aún más vergüenza. Una vez cerrada la puerta, James volvió a acercarse a mí. Pero antes de que pudiera decir una palabra, le dije:

—Ni se te ocurra volver a hacer eso.

—Te prohíbo que me prohíbas nada. Aquí mando yo —concluyó señalando hacia la puerta.

Su mano se dirigió a mi espalda y me empujó hacia la puerta. En silencio, nos abrimos paso entre la multitud. Tenía muchas preguntas: ¿Por qué me hacía esto? ¿Qué pretendía? ¿Y por qué, como una idiota, no había intentado resistirme más, zafarme de sus garras? ¿Qué coño había pasado ahí dentro? ¡Mierda, joder!

—Tengo asuntos que atender. Haz lo que te he dicho con la mujer de Ramírez. Nos vemos luego.

No me gustaba cómo me estaba utilizando para salirse con la suya. James se mezcló entre los asistentes, pero justo antes de que me dirigiera al otro extremo de la sala, me cogió del brazo para recordarme la cantinela de siempre:

—Y no te alejes demasiado, cielo.

Exhalé un largo suspiro mientras me apartaba de él. Me tenía harta con tanto apelativo absurdo. ¿Se acordaría siquiera de mi nombre real?

Mientras buscaba a la mujer de Ramírez, vi a Pharell, Juanes y Clary charlando cerca del escenario, pero no había ni rastro de la rubia imponente. Sentí varias miradas indiscretas sobre mí, o más bien, sobre mi vestido. Me di cuenta de que era el centro de atención de muchos grupitos. Molesta, me giré para buscar a James, pero él también había desaparecido entre los invitados. La fiesta estaba en su apogeo.

Por fin, a lo lejos, cerca del bufé, vi a una rubia platino de una altura inigualable, que

destacaba entre los demás asistentes. Me dirigí hacia ella sin pensármelo dos veces. Me acerqué discretamente y cogí una pastita que estaba justo a su lado. La mujer de Ramírez se sorprendió al verme, pero me saludó como si nos conociéramos de toda la vida.

—Ah, ¡pero si es la novia de James! —exclamó entusiasmada, mientras yo le dedicaba una sonrisa falsa y avergonzada—. En realidad, no me he presentado. ¡Soy Kendra!

—Yo soy Mad… Digo… Maggy. Encantada de conocerte —dije, con una voz temblorosa, al recordar las amenazas de James.

¿Por qué cumplía sus órdenes, si ni siquiera estaba allí para vigilarme?

—Es un nombre bastante original…

¿Qué coño? ¿Había dicho eso de verdad?

—Bueno, Mag... ¿Te importa que te llame así?

Asentí y le sonreí. Esa mujer tenía una energía digna del conejito de Duracell.

—¿Cómo conociste a tu querido James? Por cierto, me encanta tu vestido.

Aquella era una pregunta de lo más incómoda, en especial porque no podía dejar de pensar en nuestro momento «a solas» en el baño. ¿Debía soltarle una mentira o decir la verdad? Un pensamiento intrusivo se despertó en mi mente. Quizá esa mujer pudiera ayudarme. Debía tener contactos en el exterior, o muchos más que yo, al menos. Podría llamar a la policía... O mejor al número de Nathan, o al de mi madre, teniendo en cuenta mi reciente experiencia con la policía.

—Bueno, es complicado... Me secuestró una noche.

Kendra me interrumpió de inmediato:

—¡Qué romántico! Mi Leo también lo hizo. Salía de una fiesta. Mis amigas se habían ido pronto a casa y me crucé con ese apuesto semental. Hacía tanto frío que me prestó su chaqueta e insistió en llevarme a casa. Me enamoré a primera vista. Podría decirse que secuestró mi corazón.

¡Por favor, necesitaba que alguien me sacara de ahí! Esa mujer no me serviría de nada.

—¡Qué fuerte! Lo nuestro fue prácticamente igual —añadí, pero ella ni siquiera se dio cuenta de mi sarcasmo.

Perdí el interés en ella y aparté la mirada para buscar a James entre la multitud. No tardé en encontrarlo entre todos los invitados. Estaba hablando con un hombre afroamericano, más bien delgado. Su conversación parecía bastante seria.

—Lo mejor de todo es que no hemos podido separarnos desde entonces —continuó Kendra, mientras se acercaba a mí—. Me cubre de regalos. Sin ir más lejos, me regaló este vestido, y me ha prometido en más de una ocasión que me llevará a París. ¿Y a ti , qué? Se te ve tan feliz con el pequeño Jamie… No te importa si lo llamo Jamie, ¿verdad?

Esa mujer me estaba exasperando con sus formas y sus preguntas de entrometida.

—Oh, sí, somos tan felices… —mentí, y luego puse los ojos en blanco, cosa que ella tampoco notó.

La esposa de Ramírez estaba demasiado ocupada sirviéndose otra copa de vino.

—¡Qué bonito! Maggy y Jamie, la pareja ideal. ¿Quieres una copa? —preguntó, mientras me tendía la botella de Burdeos.

—No, gracias, no bebo.

Ella abrió los ojos, desconcertada, como si mis palabras le resultaran inconcebibles. Desvié mi atención para buscar de nuevo a un hombre alto y moreno entre la multitud, pero no había ni rastro de él ni del tipo con el que hablaba. Debían de haberse ido a algún rincón apartado. Se me pasó por la cabeza la idea de escabullirme de la fiesta porque, después de todo, por una vez nadie

me estaba observando. Ya ni siquiera escuchaba a Kendra. Su voz aguda, mezclada con la música y el bullicio de la sala, me estaba dando un dolor de cabeza infernal.

Por suerte, alguien vino a rescatarme: una joven vestida de blanco y negro me tendió una bandeja plateada con una nota. Sin dejarme tiempo para hacer una sola pregunta, la camarera se marchó. Intrigada, desdoblé el papel y leí un pequeño mensaje:

Nos vemos en el aparcamiento dentro de cinco minutos. J.

¿Eso era todo? ¿No podía haber venido a por mí? Tragué saliva al recordar las confianzas que se había tomado un rato antes, en el baño.

«Oye, si lo que quieres es más intimidad, la parte de atrás del coche es lo bastante amplia para los dos.»

El impulso de ir adonde estaba él se evaporó de inmediato, pero mi instinto me decía que, si no me hacía la obediente, acabaría arrepintiéndome.

Aún no era el momento de huir. Con el frío que hacía fuera, un vestido que apenas me abrigaba y unos tacones que resultaban horriblemente dolorosos, sería una misión suicida.

Volví a fijar mi atención en Kendra, que aún no había dejado de parlotear. Me tomé la libertad de interrumpirla con una sonrisa comedida.

—Perdona, me temo que James me está buscando. Tengo que irme.

—Ah, ya entiendo… Vais a seguir con la velada en otra parte, ¿no? —dijo, insinuante—. Espero verte pronto, Maggy, querida.

Asentí y sonreí levemente. En el fondo, no parecía mala mujer. Pero dudaba mucho que ella y yo nos hubiéramos llevado bien en la vida real.

Me despedí y me abrí paso entre la multitud, en dirección al ascensor. Se me revolvió el estómago. No sabía lo que James me tenía preparado en el aparcamiento. ¿Y si quería ir más allá de nuestro beso y montárselo conmigo en la parte trasera del coche? Si ese era el caso, no podía estar más equivocado. Aunque bueno, existía la posibilidad de que se fuera por aburrimiento. Pero me parecía muy extraño, ya que no había pasado ni una hora desde que habíamos llegado a la gala.

Una vez en el ascensor, agradecí que no hubiera música. Por fin se me había pasado el dolor de cabeza. Cuando llegué al aparcamiento, un escalofrío me recorrió la nuca. Esa noche hacía un frío que pelaba. A lo lejos, vi a James cerrando el maletero del 4x4. Me hizo un gesto para que fuera en su dirección, y no dudé en hacerle caso. Su buen humor había desaparecido. Estaba algo impaciente, y tuve la impresión de estar de nuevo con el James de Winnipeg.

—Venga, sube. Es hora de largarse.

Una noche glacial

James no dijo ni una palabra durante el trayecto. Su inquietud no me hacía estar más tranquila. Me había fijado tanto en el camino de ida que estaba segura de una cosa: no estábamos yendo a casa.

—¿Adónde vamos? —pregunté, mientras me quitaba los tacones de los pies doloridos.

Todo lo que obtuve fue silencio.

Mientras apoyaba la cabeza en la fría ventanilla, ahora que la jaqueca había desaparecido, mis ojos se desviaron hacia la pantalla táctil de la consola central. Era casi medianoche y hacía -3 °C fuera. Afortunadamente, la calefacción nos protegía del exterior. Sin embargo, desde que habíamos dejado la gala atrás, un nudo de ansiedad me revolvía el estómago, y el silencio de James no ayudaba.

De repente, un ruido extraño me devolvió a la realidad. Sonaba como si algo estuviera golpeando el coche. Lo que al principio me pareció una ilusión se confirmó cuando a esos golpes le siguieron unos gruñidos, procedentes del maletero. James chasqueó la lengua y recordé que, de camino al aparcamiento, le había visto cerrar el maletero. No podía creerlo: había secuestrado a alguien.

¿Por qué seguían sorprendiéndome esas cosas?

—¿James? ¿Qué pasa? —pregunté, preocupada por él, por mí, pero sobre todo por la persona atrapada en el asiento trasero.

—Nada. No es asunto tuyo.

—Bueno, un poco sí es asunto mío, ¿no? ¡Estamos juntos en este coche y hay un tío atrapado ahí atrás!

Ante ese giro inesperado de los acontecimientos, el nerviosismo se apoderó de mí. Unas gigantescas grúas surgieron de la oscuridad. Cuanto más nos acercábamos a ellas, más veía lo que parecía el decorado de un *thriller*[1] de pacotilla. Había contenedores amarillos, azules y rojos apilados unos encima de los otros a lo largo del muelle. Cuando se apagó el motor, vi que solo unas pocas farolas iluminaban el desierto puerto de Montreal.

James cerró de golpe la puerta del coche y se fue hacia la parte de atrás para sacar una gran lona, perfectamente plegada. Antes de cerrar la puerta, me miró, pensativo.

—Quédate aquí.

Curiosa, le observé dejar en el suelo la lona transparente. ¿A qué estaba jugando? La calidez del interior del 4x4 se disipó y me entró un frío horrible. Me froté los brazos para entrar en calor, pero fue inútil.

James había colocado la lona en la orilla del agua. Yo me limité a observarlo en silencio, y se me heló la sangre cuando sacó una pistola. Poco después, mi secuestrador metió la mano en el maletero y sacó al desconocido. Mis ojos se abrieron de par en par cuando vi al tipo con el que había estado hablando en la gala, justo antes de perderlo de vista. El pobre estaba amordazado, con las muñecas atadas y las cejas ensangrentadas. James debía ser el culpable de su estado.

Mi captor le obligó a arrodillarse en el centro de la lona. El tipo tendría unos cincuenta años. Sollozaba y sollozaba, pero James parecía estar improvisando sobre la marcha. Con una mano sujetaba la pistola; con la otra, se echaba el pelo hacia atrás. Yo tenía el corazón en la garganta, y

perdí los nervios al ver cómo apuntaba con la pistola a la frente de su víctima.

Sin pensármelo dos veces, abrí bruscamente la puerta y salté del coche. Un escalofrío me heló cuando mis pies descalzos entraron en contacto con el suelo empapado, pero no me importó. James, sorprendido, volvió los ojos para mirarme mientras yo seguía caminando hacia él.

—Te he dicho que te quedes en el coche.

Pero no le hice caso, sino que continué en su dirección.

—¿Estás sorda o qué?

En ese preciso momento, sí. Lo estaba. Cuando me puse delante de sus narices, me quedó claro que no se esperaba que pusiera la mano encima del cañón de su pistola y le obligara a bajarla. No sabía si actuaba bajo los efectos de la adrenalina o de la desesperación, pero para mí, no fue un gesto valiente. De hecho, me sentí como si me estuviera derritiendo. No sabía cómo seguía en pie siquiera. Sin inmutarse, James me apartó con la mano libre.

—Eso no es asunto tuyo. Apártate. Das vergüenza.

El recuerdo de Domenico siendo apuñalado una vez tras otra apareció, intruso, en mi mente. No iba a volver a ocurrir, ¿verdad? Esperaba que mi coraje aparente nos salvara a ese tipo y a mí.

—No tienes por qué llegar a esto.

James suspiró, molesto.

—Cállate. Es mi trabajo. Me pagan por ello.

—Así que además de mafioso, ¿también eres asesino a sueldo?

—Creo que es evidente que ambas cosas van de la mano.

La víctima, de rodillas, había conseguido quitarse el trozo de tela con el que estaba amordazado. El terror se reflejaba en su rostro. Su mirada imploraba piedad a James, como si se tratara de un perro apaleado.

—Por favor, yo... tengo mujer y dos hijos. ¿Qué será de ellos sin mí?

—¡Cierra el pico, gilipollas! —gritó James, mientras apretaba con fuerza la pistola contra el cráneo del cincuentón.

Imperturbable, me acerqué de nuevo a mi captor. Habría hecho cualquier cosa para salvar la vida de ese hombre inocente.

—James, hay otras formas de solucionar esto… Estoy segura.

Se pasó la mano por la cara, exasperado. Luego ladeó la cabeza hacia mí y apuntó con la Magnum en mi dirección. No era la primera vez que me amenazaba con la pistola, pero esta vez noté algo diferente en él.

—Si quieres morir, dilo, y acabaré con tu sufrimiento. ¿Te parece, tesoro?

Me quedé muda ante su tono vil y repulsivo. No se atrevería, ¿verdad? Yo era su rehén. No llevaba soportándome durante más de un mes, para ahora pegarme un tiro en plena cabeza. Ni siquiera había cobrado el rescate.

James quitó el seguro de su pistola y se me encogió el corazón. Nunca había sentido tanto dolor, ni siquiera durante uno de mis ataques. Sin embargo, no pensaba rendirme.

—¡Atrás si no quieres morir tú también! —me gritó.

Su voz, tan fuerte, fría e imponente, me hizo retroceder instintivamente varios pasos, hasta que choqué con el coche. Jadeé y se me empañaron los ojos. Su mirada áspera y sombría se dirigió hacia el supuesto padre de familia, que temblaba aún más que yo.

Me agarré a la manija de la puerta para no desplomarme. ¿Cómo debía sentirse aquel pobre hombre? ¿Qué se sentiría al mirar a la muerte a la cara? ¿En qué estaría pensando? ¿En sus amigos? ¿En su familia? ¿En la persona a la que más quería?

Fuera como fuese, estaba dispuesta a quedarme allí, frente a ese hombre e impotente, pero hasta el final. Su destino estaba sellado.

En un último intento desesperado, quise gritar. Pero el alarido se quedó atrapado en mi garganta. El dedo índice de James apretó el gatillo. Solo se escuchó un disparo; nada más. Luego, un zumbido y un pavor que me quitaron todas las fuerzas. Me tembló el cuerpo, pero también el alma. El disparo no me había alcanzado, pero me sentía abatida. Apoyada en el capó helado para no desplomarme y con la boca abierta por el *shock*, solo podía pensar en una cosa: necesitaba huir de ese infierno.

Las luces de las farolas me deslumbraron. La sombra de James permanecía inmóvil, con los brazos colgando a los lados, mientras miraba fijamente a su víctima, que yacía inmóvil en el suelo. Un charco de sangre se fue extendiendo sobre la lona. Una violenta náusea me revolvió el estómago. Cada segundo que pasaba estaba más y más dispersa, pero James no me prestaba atención. Tenía que salir corriendo, muy, muy lejos. Mi cuerpo estaba en automático. No tenía control sobre nada.

Una voz distorsionada me llamaba, pero no supe distinguir de qué se trataba, hasta que alguien me agarró con fuerza. Miré febrilmente los brazos que me sujetaban. James no me trató con dulzura, no. Me estaba gritando, pero no podía distinguir ni una sola palabra.

Solo cuando sentí que me levantaban, recuperé la tenacidad. Enfurecida, luché por liberarme de ese asesino.

—¡Suéltame, psicópata! ¡Lo has matado! ¡Suéltame, cabrón! —grité, histérica.

Me sentí como la mayor imbécil del planeta por haber esperado, aunque fuera por un segundo, que James no fuera escoria.

—¿Quién eres tú para tener el poder de la vida y la muerte sobre esta gente?

James me llevó de vuelta al coche, sujetándome firmemente. Estaba en estado de *shock*, pero con todo y con eso, me negué a subir al 4x4. Mi secuestrador cedió y me soltó. Incapaz de mantenerme en pie sobre mis piernas, que cada vez flaqueaban más, me desplomé justo enfrente del cadáver de ese desconocido. James se alejó, teléfono en mano. Se paseaba de un lado a otro esperando una respuesta.

—Ya he hecho mi parte. Ahora te toca limpiar el desastre, como acordamos. Espero la segunda mitad del pago dentro de dos días.

¿Así que no tenía remordimientos? ¿Ni conciencia? Había hecho todo eso por dinero. Me daba asco. En silencio, le vi cubrir con la lona el cuerpo aún caliente de ese tipo. Lo enrolló hacia dentro como una alfombra vieja. Su rostro imperturbable no mostraba empatía ni tristeza. ¿Cómo podía seguir viviendo?

El frío me roía la punta de la nariz y los dedos, pero ya no temblaba. Mi mirada se perdió en la nada, en dirección al asfalto. Estaba petrificada allí mismo, por un miedo que jamás desaparecería. James se agachó a mi lado y me puso las manos sobre los hombros desnudos.

—No me toques —gruñí, sin mirarle siquiera.

—Entonces será mejor que subas —respondió secamente, mientras se ponía en pie.

Respiré hondo. Luego, con las pocas fuerzas que me quedaban, me levanté, no sin antes echar una última mirada al cadáver envuelto en la lona.

¿Qué sería de él? Nunca lo sabría.

Subí al coche y James encendió el motor, pero no embragó. Era como si estuviera esperando algo, pero no pasó nada. Por el rabillo del ojo, vi cómo se le ponían blancos los nudillos al agarrar el volante. Finalmente, suspiró y se hundió en su asiento.

—Ese tipo ganaba dinero gracias a las chicas a las que explotaba sexualmente. Era un proxeneta. Dirigía un tugurio que perjudicaba a nuestro negocio. Nadie lo echará de menos. Te lo digo yo.

A mis ojos, no había excusas que justificaran su forma de actuar. Sin embargo, había una pregunta me rondaba la cabeza desde nuestro primer encuentro aquella noche en Winnipeg.

—¿Cómo lo haces?

—A veces es mejor dejar a un lado las emociones, los sentimientos; de lo contrario, acaban consumiéndote. Así son las cosas en este negocio.

—No hay nada que justifique tus actos. No eres mejor que él.

Con total indiferencia, James inició la marcha. La calefacción me acarició el rostro, pero no sirvió de nada. La culpa se apoderó de mí y la tensión del ambiente comenzó a aumentar.

Debería haber impedido que James lo matara, debería haberlo empujado o haberme puesto en medio... Apreté los puños con tanta fuerza que me clavé las uñas en las palmas de las manos. No dejaría que hiciera algo así nunca más.

Nunca.

---

[1] *N. de la T.* Película o narración de intriga y suspense.

Un atisbo de esperanza

Desde aquella noche, James y yo no habíamos intercambiado ni media palabra; ni siquiera una mirada. Prácticamente no salía de mi habitación. Steven y Evy venían de vez en cuando a la mansión, pero ya no bajaba al salón para estar con ellos.

Me pasé los días hecha un ovillo en la cama, dándole vueltas a las imágenes que atormentaban mi mente: los cadáveres, la sangre y las vidas que esos desgraciados habían hecho añicos sin escrúpulos. En cuanto se me cerraban los ojos, oía las súplicas de las víctimas... Y en los raros momentos en los que me quedaba dormida, me despertaba siempre el mismo disparo, abrupto y terrible. Tampoco fui capaz de pasar por alto el riesgo de que yo podía correr la misma suerte.

No tenía hambre ni sed. Tenía la sensación de que ya no estaba viva. La culpa me carcomía, así como el horror de no haber intervenido, de haber sido una impotente en todo ese desastre.

Evy intentó más de una vez llamar a mi puerta. De hecho, entró en varias ocasiones, pero nunca respondí a sus preguntas y no pegué ni un bocado a la comida que me traía. Lo mismo ocurría con Steven. Me limitaba a darles la espalda y me hacía la muerta. Porque, en el fondo, James pretendía convertirme en eso, ¿no? En un cadáver.

Pese a mi malestar, un día, a primera hora de la tarde, un pequeño fulgor se despertó de nuevo en mi interior.

En la inmensa casa de James reinaba el silencio. Yo estaba tumbada de espaldas a la puerta, frente a la ventana, observando cómo el azul puro del cielo se mezclaba con el paisaje nevado. De vez en cuando, un petirrojo venía a posarse en una rama del arce real que presidía el jardín. Cuando veía a esa criaturita tan inocente, soñaba con ser libre, como ella. Un simple aleteo bastaba para que el pajarillo huyera de la forma más bella y ágil. Y mis captores me estaban privando de esa sensación de independencia.

Alguien llamó a la puerta, pero no contesté. Poco después, la persona misteriosa la abrió de todos modos. Debía de tratarse de uno de los gemelos. Los pasos resonaron junto a mi cama, pero no moví ni un músculo. Una mano me rozó el hombro. Al no recibir una respuesta por mi parte, una voz masculina se proyectó hacia la ventana de la habitación.

—¿Así es como recibes a un amigo?

Mis ojos se abrieron de par en par. Pensé que no volvería a verlo jamás, pero allí estaba, de pie a mi lado, con su sonrisa dulce y reconfortante. Me incorporé y le abracé.

—Lo siento. Debería haber venido antes, pero no quería levantar sospechas, sobre todo después de lo que pasó la última vez.

—¡William!

Apoyé la cabeza en su hombro. Qué bonito era reencontrarse con un conocido, y además, con uno clemente y sin malicia. Era un amigo, ahora lo sabía: un destello de luz en plena oscuridad. William había hecho mucho por mí, y le estaría agradecida el resto de mi vida. Me tragué un sollozo con dificultad y ambos seguimos abrazándonos.

—Lo siento mucho.

—Mató a alguien justo delante de mí...

—Lo sé, Madison... —susurró con la voz ronca por el pesar.

Oírle decir mi nombre me tranquilizó, y sentí que había recuperado algo de mi identidad.

—Lo siento mucho. Nadie debería pasar por algo así. Te sacaré de aquí; te lo prometo. Venga, levanta.

Sinceramente, dudaba que fuera capaz de sacarme de ese lío una vez más, pero sus palabras me reconfortaron. Will se levantó y me tendió la mano para sacarme de la cama.

—Vístete. Te prepararé un desayuno de verdad.

—No tengo hambre.

—Mentirosa… —dijo, riéndose entre dientes, mientras salía de la habitación.

Deduje que si Will estaba allí, era porque James debía haber salido. Cogí algo de ropa del armario y me puse rápidamente un pantalón de chándal y una camiseta. Un olor dulzón desinhibió mi olfato e hizo que me rugiera la tripa. Apenas había comido nada en los últimos días. Antes de bajar, cogí una chaqueta, ya que un frío polar (similar al de mi trato con mi compañero, el psicópata) se había colado en casa en los últimos días.

Al bajar las escaleras, vi a Willy apañándoselas con una sartén. A su derecha había un plato rebosante de tortitas, y no tardé en salivar. Will se giró para dedicarme su mejor sonrisa, y me mostró dos incisivos torcidos.

—Bueno, las primeras se me han carbonizado. La cocina y yo no nos llevamos muy bien. Lo siento.

—¡Deja de disculparte! ¡Tiene una pinta increíble! —dije para tranquilizarle, mientras me sentaba a la mesa.

Como si fuera un chef —aunque uno de los torpes, todo sea dicho—, me trajo un plato con ni más ni menos que cinco tortitas. Me pregunté si sería capaz de engullirlas. Luego colocó cuidadosamente los cubiertos a mi derecha y me sirvió un vaso de zumo de naranja.

—¿Qué sería de un desayuno canadiense sin tortitas, sirope de arce y un poco de mantequilla?

—¡Tú sí que sabes, Will!

No estaba acostumbrada a que me mimaran así. A veces, a Nathan le daba por llevarme el desayuno a la cama, pero yo notaba que le suponía un esfuerzo, y con razón: odiaba cocinar.

Muerta de hambre, empecé a comerme el plato ante la mirada satisfecha de William. Terminó la masa con un último intento de tortita y apagó el gas antes de sentarse a mi lado. Apoyó la barbilla en la mano y su amable sonrisa me animó al instante. Me hizo olvidar por un momento lo horribles que habían sido los últimos días.

—¿Ves qué bien? Ya has recuperado el color —dijo, sonriente, antes de ponerse serio de nuevo—. Madi, dentro de poco no tendrás que aguantar todo esto.

Me quedé mirándole, intrigada a la par que dubitativa. No sabía a qué se refería exactamente.

—Dentro de unos días, serás libre. Se me ha ocurrido una idea para que puedas reunirte con tu familia.

—¿Qué tienes en mente?

—Por desgracia, no puedo decírtelo, por tu propia seguridad, pero te juro que mi plan pondrá fin a todo esto.

Sus palabras acababan de despertar mi curiosidad. Pero sabía que había mucho más: conocía a William lo suficiente como para saber que no se rendiría. Quizá fuera la mejor forma de escapar. Al fin y al cabo, él tenía acceso a medios poco convencionales, ya que él también era miembro de la West End Gang.

Con tan solo unos bocados, vacié el plato y sentí que mi tripa estaba, al fin, llena. Will

recogió la mesa y yo le agradecí el gesto.

—¿Quieres salir a dar un paseo?

Me quedé mirándole, sorprendida. Busqué una expresión bromista en su rostro, pero no la encontré. No podía ser real. Salir, respirar aire fresco, disfrutar de la ilusión de libertad, en lugar de permanecer encerrada en esa prisión de cinco estrellas...

—¿Lo dices en serio?

—Bueno, me refiero al jardín. No olvides que nos están vigilando.

Miré hacia los sensores cercanos a las puertas y ventanas y me desinflé como una pelota pinchada. Estaba harta ya de falsas esperanzas... Al parecer, me había motivado yo sola, pero acepté de todos modos: el aire fresco del invierno me vendría bien para despejar el coco.

Abrió la ventana y me dejó salir primero. A pesar del sol, me puse a temblar por el frío. Me senté en el suelo de la terraza, con los pies en la nieve. Willy no tardó en unirse a mí. Encendió un cigarrillo y, a diferencia de James, tuvo el detalle de echar el humo hacia otra parte para evitar que yo me lo tragara. Fue un gesto bastante banal, pero lo agradecí.

Delante de nosotros había una capa de veinte centímetros de nieve pura; una escena preciosa, y allí estaba el mismo árbol que había estado observando desde mi ventana. Pero ya no había petirrojos a la vista.

—No sé si podré pasarme por aquí en los próximos días. Tengo mucho trabajo por delante y puede que sea la última vez que nos veamos... Así que, Madi, hazme un favor: sigue sonriendo, confía en mí y ten paciencia. Te sacaré de esta... Te lo prometo.

Asentí y sonreí. Sentí de nuevo que la vida me estrechaba entre sus cálidos brazos. William me había dado esperanzas, así que estaba dispuesta a esperar lo que hiciese falta.

25

Tan solo un juego

Pasaron dos días y Willy no apareció por allí. Tampoco lo hicieron Steven ni Evy. James había vuelto a invadir las estancias de la casa y yo intentaba no toparme con él. De vez en cuando, lo veía al fondo del pasillo y, sin pensármelo dos veces, lo esquivaba. La visita de William me había devuelto el optimismo que tanto me faltaba, así que, tal y como me había dicho, estaba dispuesta a tomármelo con filosofía. Eso sí, no miré a los ojos de mi captor ni una sola vez. Tampoco le dirigí la palabra, y según creo, eso le molestaba. No podía estar más satisfecha.

En aquella época del año, anochecía pronto en Canadá, así que solía hacerme la cena a las cinco de la tarde. Nada más llegar al país, me había costado mucho adaptarme a ese horario.

La casa estaba en silencio, y me mantuve ocupada ordenando la cocina. Cuando terminé de lavar los platos, oí a James bajando las escaleras de mármol. Llevaba una toalla blanca al cuello, el pelo empapado y, por supuesto, iba sin camiseta. Cualquiera habría dicho que tenía miedo andar vestido por casa. Me fijé en que la herida de su hombro estaba cicatrizando sin problemas y sentí cierto orgullo por mi trabajo. Aun así, no le presté mucha atención. Preferí seguir a lo mío, a sabiendas de que mi comportamiento le irritaría aún más.

Cogí el libro que había dejado en la mesa y me senté frente a la chimenea. El señor de la casa se sirvió un vaso de *whisky*. Como no tenía nada más a mi disposición, había ido vaciando lentamente la estantería del salón. Había perdido la cuenta del número de días transcurridos desde mi llegada a esa sofocante prisión dorada. Mi última elección había sido *El fantasma de la ópera*, de Gaston Leroux, un clásico de la literatura de principios del siglo XX, a medio camino entre la fantasía y la novela policíaca.

Al cabo de unos minutos de lectura, James se acercó y se dejó caer a mi lado. Yo no le presté atención. Como era de esperar, el muy imbécil encendió la televisión, y el sonido pronto me impidió concentrarme. Se me escapó un suspiro de fastidio. El otro día se había puesto la tele en su cuarto. ¿Por qué se empeñaba en molestarme ahora?

Parecía decidido a quedarse en el sofá. Tensa, solté el libro de golpe. Pero justo cuando estaba dispuesta a marcharme, me agarró por la muñeca.

—Tú te quedas aquí conmigo.

—¡No! —protesté, apartándome de él.

Estarme calladita ya no era una opción. Sin embargo, no llegué a dar dos pasos antes de que volviera a agarrarme del brazo y me obligara a sentarme.

—¡Suéltame! —grité secamente.

Pero James se pasó mis palabras por el forro.

—No olvides dónde estás y quién soy yo —gruñó, mirándome con desdén.

Eso me enfureció aún más.

—Eres un asesino egocéntrico, engreído e inmoral.

Pude ver el desprecio y el odio que me tenía en el fondo de sus fríos ojos azules. James apretó los puños. Era obvio que se estaba aguantando un comentario, o algo peor. Le desafié con una mirada ruda para provocarle, pero él cerró los ojos antes de respirar hondo y añadir:

—Como no hagas el mínimo esfuerzo, las cosas entre nosotros no mejorarán.

—No pienso esforzarme por ti —gruñí, intentando liberarme.

—Entonces tal vez prefieras volver al distrito del norte, o pasar el resto de tu vida en un sótano hasta que tus padres me paguen el rescate. ¿Qué me dices?

—Bueno, mejor sola que mal acompañada. Haz lo que te dé la gana.

Me desentendí y le di la espalda, decidida a regresar a mi habitación. Apenas subí el primer tramo de escaleras, porque de repente, James me alcanzó y me inmovilizó contra la barandilla. Tenerle tan cerca me resultó de lo más intimidante, y aparté la mirada. Sabía que si me enfrentaba a él, solo conseguiría enfurecerme aún más. James ejerció todo su poder sobre mí y colocó la mano derecha en la barandilla para arrinconarme. Con la otra, me obligó a levantar la barbilla y a mirarle fijamente a esos ojos repletos de maldad. Le miré con frialdad, pero no pareció importarle.

—Dices que haga lo que me dé la gana, ¿eh? Eso sí que es tentador. Me gusta que confíes tanto en ti misma, pero no te pases, o tu actitud te jugará una mala pasada.

—No me busques, porque no pienso darte nada más.

—Calma, gatita. No saques las garras tan rápido...

Me aparté de él sin romper el contacto visual. James parecía complacido, a juzgar por su sonrisa imperturbable, y añadió:

—No te equivoques, tesoro. Siempre consigo lo que quiero.

Acercó su cara a la mía y entonces sentí su aliento en mi piel. Pero antes de que sus labios rozaran los míos, le puse la mano en la mejilla para obligarle a girar la cabeza.

¡Sí, bueno! ¿Y qué más? No estaba dispuesta a satisfacer sus deseos, así que me colé de forma astuta por debajo de su brazo.

—Siento decirte que conmigo, no —solté mientras me dirigía a mi habitación.

Él me siguió escaleras arriba. James puso la mano en el pomo de la puerta para detenerme de nuevo, y ejerció presión para disuadirme de abrir la puerta. Molesta, me quedé inmóvil.

—No te resistas… —me aconsejó, con voz pesada.

—Y si me niego a darte lo que quieres, ¿qué?

—No creo que puedas negarte, tesoro.

—Claro que no, porque tú lo consigues todo a la fuerza. Como aquella noche, cuando casi...

—¿Casi… qué? —me interrumpió, mientras invadía un poco más mi espacio vital.

Me asfixiaba tenerlo encima de mí. No me dio tiempo a responder, porque James entendió enseguida a qué me refería.

—¡Ah! ¿Te refieres a esto?

Su aliento me acarició la nuca. James me pasó los dedos por encima de la fina tela de mi camiseta de tirantes. Aquella delicadeza contrastaba con la brutalidad con la que me había tratado la primera vez que había llegado a ese palacio que me servía de prisión.

—Piensa, tesoro. ¿De verdad crees que me atrevería a hacerlo?

Sus palabras habían sembrado la duda en mí. Si me hubiera hecho esa pregunta unos días antes, habría respondido que sí. Pero cuanto más tiempo pasaba, más confusa me sentía. Al fin y al cabo, James nunca me había puesto la mano encima, y cada minuto que pasaba con él me dejaba ver que, en el fondo, esa no era su intención.

—Es solo un juego, nena. Y uno de los divertidos, de hecho.

Volví a pensar en Will, que me había pedido que aguantara un poco más, porque pronto se acabaría todo. Dejé escapar un suspiro y me giré para mirar a James con indiferencia.

—¿Y se puede saber qué quieres, entonces?

—Ya te lo he dicho: si te portaras bien, seguro que nos entenderíamos mucho mejor.

—Creo que también nos llevaríamos mejor si no te dedicaras a ir por ahí matando a la gente.

James se me echó encima una vez más. Retrocedí ligeramente y me choqué con la puerta. Se fue acercando a mi cara, hasta que nuestros labios estuvieron a unos pocos centímetros. Cuando estaba a punto de gritarle «basta», me distrajo un ruido repentino.

—Tranquilízate, tesoro, solo te estaba abriendo la puerta —dijo, sonriente.

Sin apartar la vista de él, retrocedí con cuidado hacia el interior de mi habitación. James no se movió. Sin mostrar el más mínimo interés, me limité a decir:

—Buenas noches.

Y luego le cerré la puerta en las narices.

Blanco inmaculado

Los copos de nieve llevaban cayendo sobre Montreal desde el mediodía. Estaba a punto de terminar mi última lectura y no podía dejar de sonreír. El final había resultado ser más sorprendente de lo que me esperaba.

Me asomé a la ventana, y allí vi, de nuevo, al petirrojo, tan cantarín como siempre. Parecía tener la costumbre de posarse siempre en la misma rama del arce.

El mundo exterior me llamaba a viva voz. Me espabilé y me puse unas mallas de lana bajo los vaqueros. Luego, añadí varias capas encima de la camiseta, y me puse dos pares de calcetines. En cuanto me calzara, estaría lista para salir.

Bajé corriendo las escaleras y no me crucé a James. Una vez abajo, las persianas se abrieron de par en par, y revelaron el precioso jardín, cubierto de un blanco inmaculado. Cuando abrí la ventana, una brisa fresca me hizo encogerme ligeramente.

Salí a la terraza cubierta, que estaba hecha de madera, y me vi allí sentada unos días antes, hablando con Willy sobre mi libertad. Le echaba muchísimo de menos. Estaba harta de las reglas de James. A esas alturas, no dejaría que me sermoneara con sus gilipolleces. Además, sabía cómo plantarle cara.

Tras unos segundos absorta en mis pensamientos, mis pies se hundieron en la nieve. ¿Cuánto hacía que no veía tanta? La última vez había sido de niña. Mis padres solían llevarme en pleno mes de abril a un chalé en Avoriaz, en la Alta Saboya[1]. Teníamos las pistas de esquí a tan solo unos pasos de la casa. Todos los años íbamos, aprovechando las vacaciones de Pascua. Luego crecí y dejamos de ir. Cuando nevaba en Lyon, no cuajaba por mucho tiempo, y con la contaminación, el color blanco de la nieve se corrompía enseguida. Al ver ese manto a mis pies, me invadió la nostalgia.

Con cuidado, me abrí paso entre la nieve en polvo, que casi me llegaba a las rodillas. Cogí un poco entre mis dedos ya helados y, como una niña, levanté la vista hacia la rama del arce que ya tenía localizada. El pájaro había volado libre y ya no estaba allí.

Mientras deambulaba por el jardín, observé mi entorno lo mejor que pude, dispuesta a detectar cualquier cosa que me fuera de ayuda. No había vecinos en los alrededores, al menos ninguno que tuviera vistas a la casa de James. Los árboles, al igual que la valla, me impedían ver lo que había al otro lado. En el fondo del jardín estaba el invernadero, pero las ventanas heladas no me permitían ver el interior.

De repente, un melodioso canto me sacó de mi abstracción y cerré los ojos para escuchar al pequeñín gorjear. No me costó distinguir al petirrojo, que se había posado en una rama. Sonreí levemente. Solo tenía que imaginarme lejos de allí, lejos de Montreal y de Canadá, lejos de...

—¿Todo bien? ¿Necesitas algo? —gritó una voz, que perturbó de inmediato mi paz interior.

Lejos de él.

Fruncí el ceño, volví a abrir los ojos y encontré a James apoyado en el ventanal.

Mierda, había olvidado que recibía una notificación cada vez que se abría una puerta en esa maldita casa. Y todo por culpa de esa mierda que tenía en el móvil.

—No, nada de nada —respondí con una despreocupación sin igual.

—Te agradecería que me avisaras si quieres salir.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de que intente escaparme? Además, no creo que esto cuente como salir…

—¿Qué pasa? ¿La señorita se siente nostálgica?

—¿Alguna vez has visto a una rehén feliz de pasar sus días encerrada?

—Mmm… Déjame pensar. Puede que sí.

—Mientes más que hablas… —mascullé entre dientes.

Luego le di la espalda para aventurarme un poco más en el jardín.

—No te quedes aquí fuera mucho tiempo, tesoro.

Sus pasos resonaron sobre la madera de la terraza y supuse que había vuelto a entrar. Pero cuando estaba a punto de darme la vuelta para confirmar mi hipótesis, un montón de nieve me golpeó en la nuca. Furiosa, me di la vuelta. Allí estaba él, entrando a toda prisa en el salón.

El muy cabrón...

Cogí un buen puñado de nieve para compactarlo y le lancé una bola a la cabeza. El moreno se dio la vuelta y enarcó una ceja ante mi expresión victoriosa.

Volvió sobre sus pasos y se cruzó de brazos.

—No empieces con jueguecitos…

—Has empezado tú… —dije, burlándome de él e imitando su pose.

—Prepárate para perder.

—¿Quieres apostar?

Dio un paso adelante, luego dos. Dios, era tan intimidante... Pero no iba a echarme atrás. Sin perder ni un segundo, cogí un poco de nieve para hacer una segunda bola. Quería que le sirviera de advertencia. James me sonrió de forma ladina. Molesta, le lancé mi proyectil, pero lo esquivó con una facilidad desconcertante.

James se acercó un poco más, y salió de la parte techada de la terraza. Volví a lanzarle varias bolas, pero no acerté con ninguna. El muy traicionero tenía buenos reflejos. Moldeó su propia bola de nieve y la hizo rebotar varias veces sobre su mano izquierda, como para advertirme de que me iba a arrepentir. De repente, la lanzó por los aires y, poco después, la bola se estrelló contra mi brazo.

¿Me estaba declarando la guerra? Puede que mis posibilidades en un combate a puñetazo limpio o en un tiroteo fueran nulas, pero si había algo que se me daba bien, eran las peleas de bolas de nieve.

Corrí torpemente hacia el arce en busca de refugio. Aproveché para preparar un pequeño cargamento. Pero cuando estaba lista para volver a atacar, me sorprendió descubrir que James había desaparecido. Lo siguiente que sentí fue un impacto en la nuca, y el aguanieve en la espalda me produjo un desagradable escalofrío.

—¡Te vas a cagar!

No quería darle tiempo a hacer otro montón de nieve, así que le lancé todo lo que tenía. Puede que esquivara algunas bolas, pero desde luego, no todas. Conseguí darle en el estómago, en el hombro y, con la última, en la cara. Le dirigí una leve sonrisa que delataba mi falta de confianza. Sabía de sobra que iba a cobrar por todos los lados.

Con un aguante admirable, James no se rindió, y cogió suficiente nieve para formar una enorme bola. Yo retrocedí poco a poco y le hice un gesto para que se lo tomara con calma, pero a mi atacante no pareció importarle, y siguió acercándose más y más.

Solo me quedaba una opción: echar a correr para ponerme a cubierto. Pero la espesa capa de nieve decidió por mí: perdí el equilibrio y me desplomé boca abajo sobre un colchón blando pero

helado.

Mientras intentaba incorporarme, la enorme bola que había hecho James se estrelló contra mi cabeza y me obligó a comerme de nuevo la nieve.

Luché por quitarme el polvo de encima. Estaba helada y enfadada; me habían ganado en un juego de niños. James me miró desde arriba y me tendió la mano para ayudarme a levantarme, sonriente por haberme arrebatado la felicidad de la victoria. Decepcionada, le agarré de la mano, pero no todo estaba perdido.

Cuando me enderecé un poco, le tiré del brazo y le hice tropezar. Parecía que me había acostumbrado a liársela con ese truquito perverso. Después de todo, lo había usado la noche en la que me había llevado al aeropuerto y yo había echado a correr por el bosque. Estaba lista para celebrar mi triunfo, pero James no me dejó disfrutar de ello. Con una rapidez asombrosa, me cogió del brazo y me arrastró hacia abajo con él.

—Esta vez no me has pillado. A ver si innovamos un poco…

Al caer de lleno sobre millones de partículas heladas, se me escapó un gemido hastiado. Me pareció oír una risita de mi secuestrador, pero puede que fuera fruto de mi imaginación.

Nos quedamos los dos allí, en calma. Me sentía tan bien en ese momento, tan serena... Me habría gustado quedarme tumbada en la nieve unas cuantas horas más.

James se levantó primero, y me ayudó con cierta tranquilidad. Sabía que no me atrevería a jugar sucio una vez más.

—Anda, pasa, que te vas a resfriar.

—Dice el hombre que no lleva más que un jersey…

Nos dirigimos a la terraza para quitarnos la nieve. Yo estaba calada hasta los huesos. Estaba congelada, y sentí que la chimenea me estaba llamando. James cerró la ventana francesa detrás de mí. Inmediatamente, me quité los zapatos, los calcetines y todas las capas de arriba. Solo me dejé la camiseta.

Hacía un frío que pelaba y pensé que nos vendría genial una bebida caliente, así que me dirigí a la cocina. James se puso serio, y fijó la vista en la pantalla del móvil.

—¿Quieres algo de beber? —le pregunté, cogiendo una taza de la estantería.

—Un café estaría bien.

Herví agua en la tetera y me preparé una manzanilla. Un remedio clásico para el frío.

Por el rabillo del ojo, vi a James haciendo una llamada. Parecía preocupado y no pude evitar fijarme en su costumbre de pasarse una mano por el pelo para echárselo hacia atrás.

—Sí, cuéntame qué pasa…

Seguí a lo mío sin preocuparme demasiado por lo que decía.

—¿Doscientos kilos? No es suficiente. ¿Qué han dicho los haitianos? Joder, vale. Hay que arreglar esto como sea. Ven a verme, anda.

Deduje que se trataba de un asunto de contrabando o drogas. Cogí una bandeja de plata vacía y la llevé a la mesita junto a la chimenea.

Y de repente, el vacío. La nada.

Sentí que se me hundía el corazón en el pecho. No aguanté ni un segundo más de pie, y me desplomé. El impacto de la bandeja contra el mármol resonó en mi mente, al igual que en toda la casa. James, que seguía hablando por teléfono, se sobresaltó. Fue tan brusco, tan repentino... Hacía mucho tiempo que no tenía uno de esos. Aun así, era de esperar: hacía casi dos meses que no me tomaba la medicación, así que tenía que ocurrir.

Intenté levantarme, pero fue en vano. Hundí la cabeza entre los dedos. El corazón me latía

con demasiada fuerza y me sentí como si fuera a estallar. La luz del techo era cegadora. Me retorcí de dolor al compás de los latidos ensordecedores que emanaban de mi pecho. Una sombra cubrió de repente el intenso resplandor. Empecé a ver borroso, y dejé de oír con claridad, por culpa de los acúfenos[2].

—¡Oye, oye! ¡Cálmate!

Ojalá fuera tan sencillo... Me había quedado sin aliento. Ni siquiera podía expresarme. Pero era evidente que necesitaba agua... A pesar de que mi cuerpo estaba helado, me moría de calor. La fiebre me abrazaba con un dolor agudo. Busqué desesperadamente mi pulso para darme un masaje, algo que normalmente me servía para serenarme en uno de esos ataques. Sin embargo, me temblaban los dedos, las manos, todo... Me fue imposible actuar.

Un cuerpo caliente me puso en pie. James me echó el brazo al cuello para levantarme, pero ¿para qué? Era imposible que me valiera por mí misma. Le oí maldecir. Luego, noté una sacudida: mis pies se levantaron del suelo y mis párpados se volvieron pesados. A través de mis ojos, el mundo estaba cubierto por un velo blanco, mullido e inmaculado... como la nieve.

El agua helada de la ducha me devolvió a la realidad. Más allá del dolor, unas manos fuertes me sujetaban para que no me resbalara de las baldosas. Mis lágrimas se fundieron con el agua que me corría por la cara.

—¿Te encuentras mejor?

Apenas podía oír el eco de su voz. Negué con la cabeza como pude. James volvió a maldecir e intentó mantener la calma. No sabía lo que pasaba, solo que la situación se le estaba yendo de las manos. Se levantó y me dejó sola unos segundos.

Me masajeé el cuello y me concentré en mi respiración. A veces me aliviaba el dolor, pero en aquel momento, no parecía que fuera a funcionar. De todos modos, no conseguía hacerlo bien; todos mis músculos se habían contraído. No podía mover los dedos ni las piernas.

James reapareció con un vaso que contenía un líquido cuyo color marrón despertó en mí una vaga sospecha. Sin embargo, cuando me ordenó que me lo llevara a los labios y me bebiera el contenido de un trago, no rechisté. Se me torció la cara al notar el sabor amargo y nauseabundo del líquido, que cayó lentamente por mi garganta. James dejó el vaso a su lado en silencio. Luego me miró fijamente durante un largo rato, como si esperara algo.

Tenía el pelo pegado a la cara. Debía de parecer la chica esa de la peli, saliendo de un pozo para cruzar el televisor[3]. Dios, ¡era horrible! De repente, mi corazón se ralentizó, pero aquella sensación no tenía nada de bueno. Normalmente, si la taquicardia se detenía, lo hacía de golpe, no lentamente. Mi cuerpo y mis músculos se relajaron y, justo entonces, James cerró el grifo. Me dejé caer en el suelo, en un estado de plenitud imperturbable.

—¿Qué me has dado? —solté, mientras me sujetaba la cabeza con las manos.

—Un sedante. No te preocupes.

—No, si preocupada no estoy. Me siento tan bien que no dudaría en tomarme un poco más —dije, con una risita tonta en los labios.

—Ah, no, no, cielo, con eso vas que chutas. Venga, arriba.

James me levantó agarrándome de los brazos. Luego cogió una toalla, me envolvió con ella y me secó rápidamente. Me castañeteaban los dientes del frío, pero no importaba. Me flaqueaban las piernas, pero estaba relajada y risueña. No pude evitar soltar una carcajada. James me sujetó para evitar que besara el suelo una vez más.

Luego caí en la cuenta de algo y me puse seria. ¿Cómo pretendía que me secara si aún

llevaba las mallas debajo de los vaqueros? Sin esperar, me dispuse a quitarme las dos capas agarrándome al borde del lavabo. James me miró con las cejas levantadas y una sonrisa maliciosa en la cara.

—Bueno, bueno, creo que no seré la primera chica a la que hayas visto en ropa interior… —gruñí—. ¿Qué tal si me ayudas?

Estaba desinhibida; ya no tenía ningún pudor, lo cual, en realidad, no me disgustaba. James no tardó en sonreír falsamente cuando redescubrió las flores de jazmín de mi nuca.

—Mmm, bonito tatuaje…

—Se supone que simbolizan la prosperidad, la suerte y el amor.

Sin entender muy bien por qué, me sonrojé. En cierto modo, estaba disfrutando de sentir aquella mirada en mi cuerpo, su aliento en mi cuello... ¡Era una sensación tan extraña!

—¿Y esta…? —susurró, pasando sus dedos por mi cadera, lo que me hizo estremecer.

—La pureza, la pasión, el renacer… Es como si dijera «te reto a que me ames».

Con la mirada fija en mis labios, James no respondió. Me envolví en la toalla e intenté salir sola del cuarto de baño, pero bastaron dos pasos para que me tambaleara. Por suerte, James me agarró por el hombro para evitar que me diera de bruces contra las baldosas.

—No eres tan malo como dices ser, James McAllister… —dije, en un tono burlón, sin pensar.

—Ten cuidado con lo que dices, tesoro. No hace falta mucho para hacerte cambiar de opinión.

—Ahora en serio, ¿qué «sedante» me has dado?

—Algo que te hará dormir como un tronco.

—¡Pero si no estoy cansada!

—Dale un ratito. Ahora verás…

Me sentía un poco mejor, pero el pasillo parecía cada vez más largo y perdí el equilibrio. James se quedó detrás de mí, asegurándose de que no me desplomara como un saco vacío. Todo me daba vueltas. Las luces eran cada vez más brillantes. Perdí el sentido de la orientación. Poco después, me encontré tumbada en una cama.

¿Dónde estaba? ¿En casa? ¿O en casa de mis padres? Menos mal que había una manta con la que taparme... Al fin estaba a la deriva, suspendida en ese blanco inmaculado que tanto añoraba.

---

[1] *N. de la T.* Departamento francés situado en la región de Auvernia-Ródano-Alpes, cuya capital es Annecy.

[2] *N. de la T.* El acúfeno es la percepción de sonido que no tiene una fuente externa, por lo que otras personas no pueden escucharlo. Es similar a un timbre, un rugido o zumbido en los oídos.

[3] *N. de la T.* Se refiere a la niña de *The Ring*, una película de miedo de principios de los 2000.

Nadie es perfecto

Siete meses antes.

Estaba haciendo la maleta. Había escogido la más grande, la que tenía un discreto color negro. Quedaba poco para que me fuera; exactamente dos días. Los últimos meses en Francia se me habían pasado volando. Ese viaje de un año, sola y a través de un país tan vasto, me tenía un poco inquieta, porque cuanto más se acercaba la fecha del vuelo, más dudaba de mi capacidad para seguir adelante con la experiencia.

Las manecillas del reloj marcaban las nueve en punto. Nathan llegaba tarde otra vez. Le costaba aceptar mi deseo de libertad, de rebeldía, pero no le culpaba. Yo habría estado igual de triste si la situación hubiera sido a la inversa. Aun así, yo jamás le había montado un pollo cuando él se ausentaba durante meses por el trabajo, así que qué menos que aceptar mi decisión de irme por un tiempo.

Me tumbé en el sofá, cogí el gran mapa de Canadá y dejé que Anubis se acomodara en mi tripa. El animalillo se puso a ronronear. Había marcado mi ruta con un rotulador rojo. Unas crucecitas negras indicaban las etapas importantes de mi viaje de mi viaje: Toronto, Ottawa, Montreal, Winnipeg... El viaje no iba a ser calmadito. Quería verlo todo: las grandes ciudades, el campo, y también el norte del país, si tenía tiempo. Nunavut era la región que más me interesaba. Seguramente fuera la menos poblada, pero, sin duda, la más hermosa, con sus reservas indígenas, los *inuits*, la naturaleza en la que el hombre aún no había dejado su huella... Suspiré de nuevo, y pensé en las maravillas que me esperaban allí.

Alguien llamó a la puerta y corrí a abrir. Al ver a Nathan, se me dibujó una sonrisa de oreja a oreja. Salté a sus brazos y él me devolvió un abrazo bastante recatado. Un poco decepcionada por su falta de entusiasmo, me aparté de él, ocultando mi dolor.

—¿Por qué has tardado tanto? —dije, cerrando la puerta a sus espaldas.

—Bueno, he pillado un atasco en la carretera.

Por su voz vacilante, tuve la sensación de que me estaba mintiendo otra vez. Pero, como de costumbre, me callé. No quería volver a sospechar que me engañaba. Al fin y al cabo, el pasado era el pasado, y Nathan había cambiado.

Mi novio se quedó helado al ver que había hecho ya las maletas.

—¿Todavía quieres llevarme al aeropuerto? —dije.

Él no respondió. Preocupada, me acerqué a él y le cogí del brazo, pero no reaccionó.

—¿Pasa algo?

—Madi... Por favor, no te vayas.

—Ya hemos hablado de esto, Nathan...

Se apartó rápidamente. Parecía especialmente irritado.

—¡¿Has pensado en toda la gente a la que vas a dejar aquí, esperando a que vuelvas?!

—Solo es un año... —contesté, ofendida por su comportamiento.

—Es más de lo que crees. Yo jamás me iría tanto tiempo, aunque solo fuera por ti.

—¿Qué intentas decir, Nathan?

—Eres una egoísta, Madison.

Al oír eso, se me encogió el corazón. Apreté la mandíbula. Tal vez tuviera razón. Tal vez estuviera siendo egoísta al alejarme de todo aquel que conocía. Sin embargo, nadie había

insistido tanto en que me quedara. Nathan era el único. Era por amor; estaba claro, pero era igual de egoísta al querer retenerme aquí, en Francia. Para mí, cumplir veinte años era un sinónimo de alzar el vuelo. Sabía que dentro de diez años ya no me dejaría llevar por ese tipo de locuras.

Respiré hondo. Me parecía absurdo perder los estribos justo antes de marcharme. Quería disfrutar de los últimos días con él. Pero justo antes de que pudiera abrir la boca, me dio la espalda y salió del piso dando un portazo. No era la primera vez que me hacía algo así. Le conocía, y sabía que esa misma noche me enviaría un mensaje para disculparse... Pero eso no impidió que me dejara caer de una forma miserable en el sofá y escondiera la cara entre las manos. Me tragué mis amargas lágrimas, pero no podía culparle. Después de todo, nadie es perfecto.

La cura de toda dolencia

El sol me daba de lleno en la piel y yo aproveché para mecerme dulcemente bajo el suave tacto de las sábanas. Abrí un poco los ojos, pero no reconocí la vista de la ventana que normalmente contemplaba desde mi cama. Me enderecé, estiré la espalda y entonces me fijé en la que, en aquel momento, era una cama de matrimonio desconocida para mí. Luego vi una vitrina que contenía varias botellas de alcohol. En la habitación también había una cómoda ligeramente entreabierta, llena de ropa de hombre. Poco después noté la ropa interior pegada a mi piel, pero tenía lagunas. ¿Por qué coño estaba en la habitación de James?

Mi secuestrador no tardó mucho en aparecer y no ocultó su sorpresa al verme despierta. Llevaba tan solo unos calzoncillos y una toalla al cuello. Me dedicó una pequeña sonrisa insinuante antes de dirigirse a su cómoda. De repente, recordé lo que había pasado.

¡Joder!

—¿Qué coño me diste?

Mi captor me echó una mirada inquisitiva por encima del hombro.

—Vamos, sé que no era un sedante…

—Bueno, antes de nada: hola —dijo con indiferencia—. Te di un poco de tintura de opio[1].

Mis ojos se abrieron de par en par. El opio, un derivado de la adormidera[2]... Me pasé las manos por el pelo y me lo eché hacia atrás, completamente aturdida.

—¿Me drogaste?

—¿Qué esperabas?

Me habría gustado responder «nada», pero eso sería mentir. Para empezar, como no tenía mi medicación, sabía que cada vez iría a peor. Gracias a James, tal vez me hubiera ahorrado varios minutos o varias horas de agonía... Sin embargo, no es que aprobara su *modus operandi*. Nunca había consumido ese tipo de sustancias. ¡Joder, si ni siquiera había probado el tabaco...! Solo bebía alcohol y nunca me pasaba.

—¿Cuánto tiempo he estado dormida?

—Dos días. Francamente, teniendo en cuenta la dosis que te di, que podría haber tumbado a un mamut, pensé que dormirías al menos unos días más. Ni siquiera me ha dado tiempo a echarte de menos.

Genial. Así da gusto despertarse...

—¿Y se puede saber qué hago en tu cama? ¡Y para colmo, en ropa interior!

—Oye, oye, eso fue idea tuya… Ahora no me eches la culpa —contestó, mientras se ponía unos pantalones.

—Bueno, entonces... O sea, no habremos... No, ¿verdad?

Muerta de vergüenza, titubeé, y James se echó a reír disimuladamente.

—Si supieras todo lo que podríamos haber hecho, tesoro...

Me escondí tras sábanas mientras él se acercaba lentamente y dejaba caer la toalla al suelo. Se subió a la cama a cuatro patas, y yo seguí tapándome con la sábana hasta la cabeza. A horcajadas sobre mí, me cogió sutilmente la barbilla entre los dedos con una sonrisa especialmente burlona. Su aliento me acarició la cara.

—Lo siento, cielo, los cadáveres no me atraen…

Aún más roja e incómoda, me aparté de él. Ese comentario había sido un poco desafortunado. Ya había visto suficientes cadáveres desde que le conocía.

—Bueno, ya que estás despierta, vístete, que vamos a salir —dijo seriamente, mientras se ponía una camiseta y su chaqueta de cuero.

Luego, salió de la habitación y yo me levanté tímidamente de la cama y me fui a mi cuarto. Nada más entrar, di un portazo. El corazón me latía con fuerza. ¿Había dormido conmigo durante dos noches seguidas? ¿Me habría tocado?

Intentando alejar de mi mente esos pensamientos indecentes, me puse unos vaqueros, una camiseta, una chaqueta y unos zapatos, antes de bajar corriendo las escaleras. Aún no sabía qué pretendía, ni por qué quería alejarme de mi prisión, pero no quería hacerle esperar. Por primera vez desde mi llegada, me sentía bien, aliviada y serena. Y atribuí esa repentina sensación de bienestar a la sustancia que aún corría por mis venas.

La puerta principal estaba entreabierta. James me esperaba en la entrada con un pitillo en la boca. Sus gafas de espejo me impedían distinguir sus ojos. La nieve se había convertido en hielo por la gelidez de la noche, pero el camino empedrado que llevaba a la gran puerta estaba despejado. Subí al 4x4 y, sin mediar palabra, James se sentó a mi lado antes de emprender la marcha.

Las calles del centro de la ciudad estaban abarrotadas de gente: las familias entraban con ansia en las tiendas, los corredores mantenían el ritmo, las parejas paseaban a sus mascotas... Mientras veía pasar por delante de mis narices las aceras y las carreteras despejadas de nieve, me puse a especular sobre cuál sería nuestro destino. Preguntarle sería inútil. Conociéndole, no contestaría o se limitaría a decir «ya lo verás», así que ¿para qué esforzarme?

Envidiaba a toda esa gente ahí fuera, libre, sonriente, rebosante de alegría porque se acercaba la Navidad... Me habría encantado estar en su pellejo. De repente, pensé en Nathan. Llevaba varios días sin acordarme de él, algo que obviamente no quería hacer. Sin embargo, había una pregunta que me rondaba en la mente: si un día volviera a la vida normal, si volviera a casa... ¿conseguiría dejarlo todo atrás y seguir con mi vida cotidiana?

Miré disimuladamente a James, que seguía concentrado en la carretera. Últimamente se había descuidado el pelo. De normal, lo llevaba bien peinado hacia atrás, pero ahora tenía algunos mechones cayéndole delante de la cara. Me sorprendí por haber reparado en un detalle tan trivial.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por haberme ayudado... —suspiré, intimidada, pensando en cuando me había despertado.

—No me quedaba otra, tesoro. No me apetecía especialmente pasarme horas cuidándote.

Qué bonito...

Al menos era sincero. Pero su respuesta, por tajante que fuera, no dejaba de ser la cruda realidad.

Después de un trayecto de unos treinta minutos, Montreal ya parecía un lugar remoto, aunque el paisaje urbano continuara. A ambos lados de la carretera había viviendas bajas, todas idénticas, que se extendían hasta donde me alcanzaba la vista. James estacionó el 4x4 en un enorme aparcamiento y me dijo que le siguiera. La fachada del edificio al que nos dirigíamos estaba pintarrajeada con *spray* en los primeros pisos, y no me fiaba de los jóvenes que merodeaban en el exterior. Vi que uno de ellos llevaba un cuchillo, e intuí la silueta de una pistola bajo la camiseta de otro. Pero todos bajaron la mirada cuando pasó James, y me quedé asombrada por su reacción.

Una vez en el ascensor, James pulsó el botón de la duodécima planta. De repente, me invadió una fatiga súbita, seguida de unas violentas náuseas, que me obligaron a agarrarme a la barandilla para no desplomarme. Mi carcelero me miró de reojo.

—Son solo los efectos secundarios. Se te pasarán en unos minutos.

Ni siquiera tuve valor para contestarle; la cabeza me daba vueltas. Me obligué a recuperar la compostura y luego le seguí a través de un largo pasillo. Cada vez que pasábamos por la puerta de un apartamento, se escuchaban ruidos: música *punk* a la derecha, una mujer gritando a la izquierda... En la siguiente puerta a la derecha, un niño lloraba. Ese lugar daba pena.

Finalmente, James se detuvo ante la puerta del fondo del pasillo. Estaba entreabierta. La abrió de un empujón y me agarró de la muñeca, sin dejarme otra opción que entrar, a pesar de mi reticencia.

Mi temor estaba justificado: había dos hombres armados custodiando la puerta. Justo al lado, había otro tipo liándose a saco con una mujer. Ambos estaban apoyados en la pared y no parecía que les importara especialmente la intimidad. James no me soltó hasta que entramos en el salón.

En el centro de la estancia había un tío de pie, imponente, esnifando una raya de polvo blanco. A su derecha, un esbirro manipulaba la droga hábilmente con un cuchillo y, a su izquierda, una mujer se movía al ritmo de la música rap que sonaba en el equipo de música.

—¡Pero bueno, si es mi socio más antiguo!

James sonrió con carisma mientras se quitaba las gafas de sol.

—Tu coca está que te cagas. ¡La peña no deja de pillar!

—No vengo por una entrega, Driss. Aunque no queda mucho para la próxima…

Intenté ignorar la conversación. No me entusiasmaba involucrarme en los chanchullos de James y sus socios.

—Si no has venido a traerme mierda de la buena... ¿Para qué te pasas por aquí?

—Necesito ver tus productos.

—Vas a tener que ser más concreto… —se jactó con una carcajada.

—Verapamilo, digoxina, propafenona, cibenzolina y flecainida.

Intenté disimular mi sorpresa y miré a James. Esos eran los medicamentos que le había pedido... Pero ¿por qué?

Vaya pregunta más estúpida. Estaba claro que ya no me soportaba a mí y a mi maldito síndrome.

—Sabes que esto no es una farmacia, ¿no? En fin, veré lo que puedo hacer…

En cuanto el hombre se levantó de la silla, me di cuenta de lo gordo que estaba. Su cuello casi inexistente se fundía en una masa confusa. Driss se escabulló a otra habitación, y James cogió su teléfono. Parecía que había pasado algo importante, porque conforme guardó el *smartphone*, miró el reloj varias veces. Su actitud empezó a preocuparme.

Driss llegó rápidamente con un montón de cajas, que esparció sobre la mesa.

—No tengo todo lo que me has pedido. La mayoría son derivados, pero te sacarán del paso.

—Me los llevo —respondió apresuradamente, lo que sorprendió a su vendedor.

James sacó un fajo de billetes del bolsillo interior de su chaqueta. ¿Cómo podía alguien llevar tanto dinero encima?

—No, amigo, ni de puta coña. No quiero nada. Con la calidad de la mierda que me traes, me sobra.

El hombre corpulento metió todas las cajas en una bolsa y se la entregó a James, que a su vez, me la dio a mí. Me invadió un sentimiento de alegría ante la simple idea de ver desaparecer

por fin mis dolencias, aunque hubiera preferido comprarlas en una farmacia.

—Lo siento, Driss, pero me ha surgido algo urgente. Cole se ocupará de tu entrega al final de la semana.

—Anda que me tienes contento… ¡Que no, cabroncete, que es coña! —gritó de fondo.

James tomó la delantera y yo le seguí, incapaz de apartar los ojos de su imponente estatura. ¿A qué urgencia se refería?

Caminamos a toda prisa hacia el aparcamiento y subimos al 4x4. James ni siquiera se tomó la molestia de abrocharse el cinturón antes de salir a toda velocidad. Su mirada sombría y sus nudillos blancos de tanto apretar el volante no presagiaban nada bueno. Preferí callar durante parte del trayecto por miedo a una respuesta brusca.

Justo después de desaparecer tras el horizonte, el sol tiñó el cielo de rosa. Me encantaban los amaneceres y los atardeceres, ya fuera sola o acompañada. Me daban calma. Quizás fue esa serenidad la que me animó a romper el silencio:

—Gracias, James.

—Para eso estamos, tesoro.

Y dale con los apelativos. Desde el hangar, solo se había referido a mí con palabras como «tesoro» o «cielo». Ni que fuera a morirse por llamarme «Madison» o «Madi»…

El opio que aún quedaba en mi organismo no tardó en recordarme que podía tomar el control, y un repentino ataque de fatiga me dejó semiinconsciente. Los ojos se me cerraron lentamente. Me obligué a mantenerme despierta, pero me costaba no quedarme dormida. A pesar de todo, mi captor se puso a maldecir en voz baja, y eso impidió en más de una ocasión que me quedara frita. Parecía realmente impaciente y nervioso. No dejaba de mirar el reloj una y otra vez.

Al caer la noche sobre la ciudad, James pisó el freno de golpe, y me despertó de mi microsueño. Era difícil distinguir dónde estábamos en medio de toda esa oscuridad. El motor se apagó y la puerta se cerró de golpe. Cogí rápidamente mi medicación y le alcancé con unas cuantas zancadas.

Poco después, reconocí su casa, y me llamó la atención un extraño detalle: las luces del interior de la planta baja estaban encendidas. Cuando vi la puerta principal entreabierta, la duda dio paso a la certeza. Ahora entendía el nerviosismo de James: alguien nos estaba esperando en su palacio.

—Quédate atrás y no intentes nada.

¿En serio? ¿Aún seguíamos en ese punto? Le seguí, poniendo los ojos en blanco ante la estupidez de su comentario. ¿Quién podría haber entrado en su casa? Se suponía que segura, ¿no? ¿Habían sido ladrones? ¿Miembros de la de la West End Gang, que se habían reunido sin avisar? ¿La policía? Quizá fuera alguien de la competencia…

Había cientos de posibilidades, y cada una era más aterradora que la anterior.

Tragué saliva cuando James sacó la pistola que llevaba oculta bajo la chaqueta. Mi ansiedad fue en aumento cuando puso el cargador a su 9 mm y quitó el seguro. La tensión se palpaba en el aire. El corazón me latía con fuerza y se me formó un nudo en la garganta.

Me quedé pegada a James, escondida detrás de su espalda. Sabía que podría hacerme de escudo si a alguien le daba por disparar. Cuando entré en el salón, allí estaba: una mujer morena y alta, con el pelo recogido en un elegante moño. Era la primera vez que la veía. Su cara era perfectamente simétrica, y en su piel no había ni una imperfección. Tenía un cuello delicado, alrededor del cual colgaba un collar engastado con piedras preciosas, y llevaba un largo vestido rojo que llegaba hasta el suelo. Una pierna imponente sobresalía de la tela. A su lado había dos

tipos del tamaño de un armario, de aspecto duro e inescrutable. Pero ¿quién era esa mujer que parecía salida de una peli cliché de Hollywood?

James suspiró y guardó su pistola.

—Te convendría revisar tu sistema de seguridad, mi querido James… —dijo la desconocida con aire confiado mientras se levantaba.

—Mónica Romero… ¿Qué te trae por aquí? —resopló, con un tono desinteresado.

Mónica se echó a reír y luego dijo:

—He venido a hacerte una oferta.

---

[1] *N. de la T.* La tintura es una preparación con alcohol a base de opio que se ingiere por vía oral. En el pasado se usaba con fines medicinales, pero en la actualidad se considera bastante peligrosa para el consumo humano.

[2] *N. de la T.* La adormidera o amapola real es una especie herbácea que se suele utilizar como base para la producción del opio y sus derivados.

La mujer

Observé a Mónica acercarse con un andar sinuoso. Aún seguía escondida detrás de James y estaba fría como un témpano de hielo. La morena posó con delicadeza las manos, con unas uñas postizas de color rojo brillante, sobre la chaqueta negra de mi captor. Sonreía levemente, de una forma tan pérfida como intimidatoria.

—Te he echado de menos, ¿sabes…?

Arqueó una ceja y me observó con unos ojos oscuros y desdeñosos; sin embargo, su sonrisa forzada no desapareció en ningún momento.

—¡Pero bueno! No será esa la joven Madison O'Dea, ¿verdad? Creía que habían sido los italianos. Con el tema de Del Baso, ya sabes... Y ahora resulta que estaba equivocada. Dime, James, ¿qué es para ti esta niña?

Mi captor tensó sus facciones y la miró con desprecio. Apretó los puños y respiró con pesadez. Cada inspiración sonaba como un golpe en un instrumento de percusión. Aquello avivó mis temores.

—Un medio para ejercer presión —soltó, fríamente, sin mirarme siquiera.

—¿Llevas a una rehén por ahí, suelta? Eso es nuevo, ¿no? —dijo, burlona, mientras pasaba los dedos por la mejilla de James para dejar en ellos un sutil arañazo.

—Sube a la habitación.

Aquella orden me golpeó como un puñetazo en el estómago y me produjo una sensación de amargura de lo más desagradable. Ya se me había olvidado lo que era que me hablara así. Sin rechistar, me dirigí hacia las escaleras, mientras esa mujer, que se las gastaba de doña, me miraba de forma pícara.

—Encantada de conocerte, Madison… —añadió la hispana a viva voz.

No tuve valor para contestar; me sentía demasiado intimidada por aquella mujer. Cuando llegué arriba, me volví una última vez para verla dando vueltas alrededor de James, como una loba acechando a su presa. Además, la mujer, le acariciaba el pecho con insistencia.

Antes de que ambos desaparecieran, conseguí escuchar la pregunta que ella le hizo:

—¿Qué te parece si charlamos mientras tomamos una copa? Como en los viejos tiempos…

Sin decir palabra, James la siguió.

No podía volver a mi habitación. Quería escuchar lo que aquella mujer alta y morena tenía que decirle, así que me senté en el pasillo con las piernas cruzadas y apoyé la oreja en el suelo.

—Quiero que sepas que no me encantó la forma en que trataste a mis hombres…

Al oír esas palabras, mi mente recordó a los dos tipos que se habían pasado por la mansión unas semanas antes. Habían mencionado a una tal señora Romero. Todavía podía ver a Evy estirando de aquel cordel alrededor del cuello de ese pobre desgraciado. Un desagradable escalofrío me recorrió la espina dorsal.

—Creí que había dejado bastante claro que no tengo ningún interés en seguir colaborando contigo.

—Pero un pajarito me dijo que si quería hablar contigo, tendría que pasarme por tu casa, así que aquí me tienes.

Oí el tintineo de un vaso de cristal y poco después, el sonido del descorchar de una botella,

pero James no respondió.

—¿Sigues enfadado conmigo por lo de la última vez? —dijo, burlona—. Ya sabes que no la maté. Apenas la toqué... Pero tengo que decir que no te merecía, esa tal María…

—¡Cállate! —gritó James, enfadado, lo que me sobresaltó—. ¡No te atrevas a decir su nombre! ¡La mataste y vi su cuerpo caer al golfo de San Lorenzo[1]!

¿Quién era María? Por la forma en que esa víbora acababa de mencionarla, supuse que era alguien que James conocía... y que ahora estaba muerta. Como era de esperar, empaticé ligeramente con la situación.

—El pasado es el pasado, James. Te conozco y sé cómo trabajas. ¡Ahora toca pensar en el futuro! Puedo suministrarte la mejor mercancía de Cuba, pero con la condición de que me des acceso al puerto. Solo tendríamos que repartir los ingresos a un 50/50, como hacíamos antes. Estoy segura de que saldrás ganando con todo esto. Y quizá podamos hacer nuevos socios, más allá de «el Quinteto»…

—Sigue siendo un no, Mónica.

—Pero ¿qué coño te pasa? ¡¿Acaso has dejado de traficar?! Ahora te ha dado por secuestrar a gente y pedir un rescate, ¿no? Sabes que eso es mucho menos rentable que el mercado negro. No olvides quién te sacó del lío en el que estabas metido hace unos años. ¿Quién te permitió llegar adonde estás hoy, James? Sin mí, ya estarías muerto, como todos los demás...

—¡Te he dicho que no, joder! —interrumpió con voz aún más mordaz.

Oí a la mujer suspirar y levantarse. Sus tacones resonaban como las zarpas de una fiera en contacto con el mármol. Parecía que estaba caminando de un lado a otro.

—El teniente se esfumó hace mucho tiempo...

James no contestó. Me pregunté qué querría decir con eso.

—¿Cuánto has pedido por esa chica?

—Un millón.

—¿Y cuánto tiempo llevas esperando el dinero?

—Casi dos meses.

—¿Y por qué la retienes, si puede saberse? Yo pensaba que solíais matar a vuestros rehenes, paguen o no el rescate. Solo vosotros sois tan crueles: la West End Gang en todo su esplendor.

Se me revolvió el estómago de angustia. Sin aliento, me llevé las manos temblorosas a la boca, y recé con todo mi ser para que James no contestara.

Me sentía tan mal... Sabía la dirección que estaba tomando esa conversación y eso me aterraba.

—Solo quiero divertirme un poco más con ella antes de meterle un balazo en la cabeza. Tú lo has dicho: me conoces y sabes cuáles son mis métodos.

Estaba consternada, sin aliento. Me temblaba el cuerpo ante esa terrible confesión y ni siquiera me di cuenta de que estaba derramando una lágrima tras otra. Intenté levantarme, pero no pude. Me tambaleé por el miedo.

—¡Eso sí que es digno de ti! Ni siquiera yo soy tan cruel. Además, ella tiene sus ojos… Por eso quieres prolongar el placer, ¿verdad? —dijo, burlona—. En fin, McAllister, piénsate lo de mi oferta.

—No hay nada que pensar. Ahora, lárgate.

—Pero...

—¡Que te largues, Romero!

—Estás cometiendo un gran error y te arrepentirás. Esto no es un adiós.

Oí sus tacones golpear el mármol hasta la salida, seguidos de las pisadas de sus dos perros guardianes. Luego la puerta se cerró de golpe.

Se hizo de nuevo el silencio. Hundí la cara en las manos y no pude evitar que esas terribles palabras resonaran en mi cabeza. El ruido de cristales haciéndose añicos contra el suelo, seguido de un alarido de rabia de James, hizo que me estremeciera. Con el corazón en un puño, corrí a mi habitación y cerré la puerta suavemente. Me apoyé en la pared y me dejé caer, mientras ahogaba un sollozo en la tela de mi chaqueta. Me sentía tan estúpida e ingenua por haber pensado que James podría tener buen corazón…

Le odiaba.

Entonces sus pasos resonaron en las escaleras. Sin perder ni un segundo, me tapé la boca con las manos y contuve la respiración. James pasó por delante de mi puerta y cerró la suya de un portazo.

Me quedé allí, en la oscuridad, apretando las rodillas contra el pecho e intentando aguantar lo mucho que me pesaba la cabeza. Todo había sido una patraña, un juego, y yo había caído en él de la forma más absurda.

Por un momento, había olvidado mi deseo de huir. Había llegado a creer con todas mis fuerzas que la situación se resolvería por sí sola. Pero seguía sin tener noticias de William y estaba preocupada. Si no se ponía en contacto conmigo de algún modo, tendría que valerme por mí misma. Pero sobre todo... tenía que impedir que mis padres pagaran el rescate, porque eso sería mi sentencia de muerte.

Tenía que salir de allí lo más rápido posible.

---

[1] *N. de la T.* En francés, golfe du Saint-Laurent. Se trata de un vasto golfo del este de Canadá que comunica con el océano Atlántico.

No hay dos sin tres

Era cerca del mediodía y estaba sola, desayunando en la cocina. Había dejado un trozo de tortilla en la sartén por si James salía de su habitación. No quería levantar sospechas; debía seguir con mi vida de rehén e ignorar lo que creía que iba a suceder. Al fin y al cabo, mientras estuviera en esa casa, no tendría escapatoria.

James no tardó en aparecer, con el pelo aún empapado y una amplia sonrisa en la cara. Tomó asiento en la mesa y lo miré, curiosa. ¿De dónde sacaba tanta energía?

—Tú sabes cocinar, ¿verdad?

—Sí, claro.

—Perfecto. Ramírez y su mujer van a venir esta noche a cenar. Tenemos que hablar de asuntos importantes.

—¿Y quieres que me encargue yo de la cena?

—Así es —dijo, entusiasmado, como si su conversación con Mónica Romero nunca hubiera tenido lugar.

Suspiré. Me exasperaba. Por otro lado, hacía mucho tiempo que no preparaba una comida en condiciones. De repente, se me ocurrió una idea. ¿Por qué no sacar provecho de la situación? Su petición había llegado en el momento más indicado, pero si quería escapar, tendría que esperar a que James bajara la guardia, lo cual no era muy fácil. Pero entonces se me ocurrió otra idea brillante.

—Bueno... Obviamente, no me queda otra. Pero no voy a poder prepararte una comida decente con lo que hay en los armarios…

Arqueó una ceja, como si no entendiera el motivo de mi queja. Supongo que nunca le había echado un vistazo a lo que tenía en la cocina.

—Entonces habrá que encontrar una solución a ese problema, ¿no?

Asentí, sonriendo inocentemente.

—Vale. Ponte algo de abrigo. Nos vamos.

Y allí estaba yo. Había encontrado una vía de escape, y con mucha más facilidad de lo que esperaba. Mientras me ponía un gorro y una chaqueta negra, me llamó la atención mi reflejo en el espejo. Dios, odiaba ese tinte, ¡y también lo corto que tenía el pelo!

Un poco más abrigada, me dirigí a la puerta principal, donde James me esperaba. Salimos a la calle y él cerró la puerta justo detrás de mí.

El frío me congelaba los músculos, así que subí apresuradamente al 4x4, frotándome las manos para entrar en calor.

Estuvimos en silencio durante todo el trayecto, pero en realidad, no fueron más de cinco minutos. James aparcó en la puerta del hipermercado más cercano. Esa tienda era gigantesca y en ella reinaban las ofertas para fomentar el consumo excesivo, así que pensé que eso quizá pudiera jugar a mi favor. La cantidad de gente, los pasillos laberínticos y la estridencia de la música eran elementos disuasorios que podían ayudarme a escapar del control de James.

Seguimos andando por el aparcamiento, mientras mi captor examinaba el entorno. En cuanto llegamos a la entrada, me hice con un carrito y él me cogió del brazo para susurrarme al oído: «No te alejes de mí».

Asentí. Al parecer, huir iba a ser más complicado de lo que esperaba. La tienda estaba repleta de clientes. Familias enteras empujaban carritos que estaban a reventar. James iba caminando detrás de mí. Sentía en mis hombros el peso de su mirada, como si me siguiera la misma espada de Damocles[1].

—Bueno, para empezar, necesito ternera —solté, aunque no tenía menor idea de cómo iba a cocinarla.

Después de todo, no me había parado a pensar en ello porque, si conseguía escapar, no tendría que preocuparme por cómo prepararla.

—¿No eras vegetariana?

—Sí, bueno, pero dudo que tus invitados o tú os contentéis con comer unas verduritas o semillas.

—También es verdad...

Mientras caminábamos por los pasillos, fui cogiendo ingredientes sin prestar mucha atención. James no parecía sentirse muy a gusto en aquel lugar. No sabía si era por la multitud o porque nunca había ido a un hipermercado.

—¿Qué te pasa? —le pregunté, con una sonrisa mordaz.

—No estoy muy acostumbrado a todo esto.

—Ojo… ¿Los mafiosos no saben hacer la compra? —dije, burlona, mientras cogía un ramillete de finas hierbas.

—Venga, a callar —gruñó, mientras me ponía la mano en la parte baja de la espalda para obligarme a avanzar.

Mis ojos iban de un lado a otro. Seguía pensando en una excusa para escabullirme. Quizá la mejor idea hubiera sido decirle que tenía una cierta necesidad y que no podía aguantarme, pero conociéndole, seguro que me acompañaba y esperaba justo al otro lado de la puerta. Cada segundo contaba y tenía que darme prisa antes de que llenáramos la cesta.

Mi carcelero se detuvo en el pasillo de bebidas alcohólicas y se puso a buscar una botella de vino del bueno. Estuvo un rato leyendo concienzudamente las etiquetas de los *grands crus*[2] que había en las estanterías. De repente, solución se presentó sola.

—He olvidado el ajo. Ahora vuelvo.

James no me hizo ni caso. Aproveché para alejarme de él con naturalidad. Se me hacía un nudo enorme en la garganta de pensar en que pudiera pillarme. Y cuando perdí de vista su silueta al girar la esquina del pasillo, se me aceleró el corazón. Esta vez no había vuelta atrás. Esprinté y fui girándome aproximadamente cada cinco segundos.

Algunas personas me miraban, extrañadas. El terror se había apoderado de mí. El cuerpo me pedía que siguiera andando, pero mis pensamientos se codeaban con la horrible tortura que James me infligiría si me pillaba. ¿Qué excusa podría inventarme para que se calmara? Podría alegar que me había perdido en la tienda, pero era poco creíble.

Por fin avisté la salida. Eché un último vistazo atrás: no había ni rastro de James. Con toda la naturalidad del mundo, pasé por en medio de los detectores antirrobo de la tienda y me despedí de la mujer que había en la entrada de una forma excesivamente educada, casi ridícula.

Bien, ahora solo tenía que correr, pero ¿hacia dónde? No tenía ni idea. Lo más lejos posible, en verdad. Tenía que buscar ayuda... ¿Y si iba a la policía? ¡No! ¡Ni de coña! Me acordé de esa tal Mélanie. La muy puta...

Rodeé el edificio y caminé por el enorme aparcamiento, que tiraba un pestuzo innegable a

americanización[3]. Intenté ocultar mi angustia, pero por dentro estaba desquiciada. Me debatía entre huir o esconderme, pero lo último estaba resultando más complicado de lo que había imaginado. Todos los coches estaban aparcados lo más cerca posible de la entrada, así que cuanto más me alejaba, menos lugares había en los que esconderme. Se me ocurrió intentarlo en los contenedores más cercanos, pero mi orgullo me disuadió.

De repente, vi a un hombre a unos metros: tendría unos setenta y pocos. Estaba solo, colocando la compra en el maletero. Si resultaba que ese viejo también era corrupto, entonces ya no sabría a quién más acudir. Después de mirar una última vez si alguien me seguía, me armé de valor.

—¡Disculpe, señor! —grité, con voz ansiosa.

El anciano se recolocó las gafas de lente redonda que se le habían escurrido hacia la punta de la nariz para mirarme mejor. Era un hombre delgado y tenía algunos pelos blancos en la cabeza. Se reajustó el audífono y dijo, sonriente:

—¿Puedo ayudarla, señorita?

—Sí, creo que sí...

Con el corazón en un puño, me mantuve atenta al menor ruido. Nadie saldría de la tienda sin que yo lo supiera.

—¿Se ha perdido?

—No... Bueno, sí. Verá, hay un hombre... En fin, es complicado. Me secuestró y luego…

Me resultó toda una hazaña juntar más de tres palabras. Me costaba mantenerme en pie y no perder el equilibrio.

—¿Puede repetirlo? Mis oídos ya no son lo que eran...

Me recordaba a mi abuelo, tanto por su aspecto como por sus expresiones faciales, y eso me conmovió. Me acerqué para repetirlo, aunque me daba mucha ansiedad tener que verbalizarlo de nuevo.

—Estoy intentando huir. Ayúdeme, tengo miedo de que me encuentre... —supliqué, con lágrimas en los ojos.

Recé para no tener que repetirlo una tercera vez. El miedo me paralizaba y no podía más.

—Bueno, pero ¿a quién te refieres, bonita?

—Se llama...

—Ah, ¡por fin te encuentro! —dijo una voz a mis espaldas, que me heló la sangre—. Perdone, señor, espero que mi mujer no le haya molestado.

¡Mierda!

Se me retorció el estómago del dolor. El corazón me dejó de latir, pero en un último intento, dirigí al anciano una mirada suplicante. La dulce voz de James era mi condena, mi sentencia de muerte. Se inclinó hacia mí y me rodeó el cuello con el brazo. Mi cuerpo era el único testigo de un malestar rígido y cadavérico. Al fin y al cabo, eso era lo que me esperaba. Todo dependía de James.

—Siento que le haya molestado. Desde que murió su madre, está un poco desorientada.

Se inclinó hacia mí, sujetándome el brazo con firmeza. Tensé los músculos. Estaba aterrorizaba, así que no podía mostrar ningún signo de angustia.

—Cariño, has vuelto a olvidar tomarte la medicación... ¡Será posible! —dijo con una naturalidad desconcertante—. ¿Ve a qué me refiero?

El señor sonrió, mientras yo negaba con la cabeza, implorándole con mis ojos de perrillo

atemorizado.

—Sí, tranquilo. Mi hermano pasó por lo mismo.

El anciano me puso la mano en el hombro para consolarme.

—Cuídate, cariño.

—Gracias, señor, y que tenga un buen día —dijo James, con una sonrisa angelical a la par que diabólica.

El cabrón sabía ocultar a la perfección sus siniestras intenciones.

Mi captor me puso la mano en la espalda antes de dar media vuelta con una violencia considerable.

¿Cómo fui capaz de mantenerme en pie? Ni idea. Las lágrimas cayeron silenciosamente por mis mejillas. Sentía que caminaba directamente hacia mi tumba.

—No, por favor... —dije, muerta de miedo, con un hilo de voz.

—Sigue andando.

Esas palabras bastaron para hacerme temblar. James me empujó hacia la parte trasera de los grandes almacenes. Miró a su alrededor para asegurarse de que no había nadie. Luego me agarró por el brazo, me inmovilizó contra la valla que separaba la tienda de un callejón y colocó sus manos a ambos lados de mi cráneo. Apretó la mandíbula y su respiración agitada me dio de lleno en la cara.

—¿Sabes? A veces me pregunto qué coño se te pasa por la cabeza…

Me mordí el labio inferior para no partirme en dos y me quedé mirando el asfalto, como si fuera un niño achantado por la bronca de sus padres. James me agarró la mandíbula con la mano derecha.

—¿En qué estabas pensando exactamente? ¿En huir? ¿En buscar ayuda? Ya lo has intentado dos veces, ¿de verdad creías que a la tercera iría la vencida?

Odiaba cuando gritaba. Se me escapó un sollozo.

—Empezaba a confiar en ti... ¡Pero parece que te emperras en morir, joder!

Me rendí y me dejé caer a los pies de la valla, llorando. Normalmente, le habría plantado cara, pero ya no tenía fuerzas.

—Acabemos de una vez... Mátame ahora mismo.

Mi captor arqueó una ceja.

—¿Qué más da? Ahora o dentro de un tiempo, no cambiará nada. Vas a acabar matándome.

James guardó un silencio impecable, se arrodilló y luego desenfundó su Magnum 9 mm plateada.

—¿De verdad quieres morir? —contestó en un tono carente de empatía.

Suavemente, deslizó el cañón de su pistola bajo mi barbilla para obligarme a levantar la cabeza. Me estremecí al sentir el metal helado contra mi piel. Tragué saliva entre sollozos. Ni de coña iba a matarme ahí mismo.

Me agarró la mano izquierda. Su piel estaba caliente. Colocó su arma entre mis dedos helados y puso mi dedo índice en el gatillo de manera deliberada. Por primera vez en mi vida, sostenía un arma. Y mi cuerpo no me había traicionado jamás de ese modo por el terror.

—No olvides quitar el seguro. Si no, el arma no se disparará.

Me soltó la mano, y me dejó allí, con la pistola. James debía de sentirse muy seguro, porque podría dispararle. ¿O era una trampa? Quizá me estuviera poniendo a prueba…

Estaba desorientada. Dejé caer la mano con pesar y el arma se me escapó de los dedos. ¿Pretendía que me disparara yo misma? Me frenaba la cobardía. Me asustaba demasiado la

muerte.

—Todo esto es un juego para ti. Nunca me dejarás volver con mi familia. En cuanto consigas el dinero, me matarás. Después de todo, solo vosotros actuáis con tanta crueldad: «la West End Gang en su máximo esplendor».

Sorprendido, James suspiró, y apretó el puño contra la valla.

—Nos escuchaste…

El silencio entre nosotros fue tan largo y gélido como el propio mes de diciembre, en el que, por cierto, seguía cautiva.

—Lo dije para que no hiciera más preguntas.

—¿Y se supone que tengo que creerte?

—No tienes por qué, pero te estoy diciendo la verdad.

James se enderezó y se guardó el arma en la chaqueta. No apartó los ojos de los míos ni un segundo, como si estuviera esperando algo.

—¿Entonces no tienes intención de matarme?

—De momento, no.

«De momento», como si pudiera cambiar de opinión cuando le viniera en gana. Mi secuestrador se agachó en mi dirección. Yo mantenía los ojos fijos en el suelo. Me sentía culpable y avergonzada. James me agarró la cara con ambas manos y me obligó a levantar la cabeza para mirar su rostro inexpresivo.

—Eso sí; te lo advierto: intenta huir de mí otra vez y me aseguraré personalmente de que te arrepientas el resto de tu vida.

No me atreví a contestar. Me asustaban sus amenazas. Podría haberle dicho que era un farol, pero su tono, su mirada, su aura... todo confirmaba que no mentía.

—No pienso darte ni un respiro. Tú y yo estamos en esto hasta el final, y vayas donde vayas, te encontraré, tesoro.

Con la mirada fija en sus labios, me tragué el miedo, consciente de que aquella advertencia era mucho más que palabras vacías. James nunca mentía, y lo sabía de sobra.

Luego se levantó y me dio la mano, y yo accedí a levantarme. Me dedicó una simple sonrisa, como si no hubiera pasado nada, como si nunca me hubiera apuntado con una pistola a la barbilla, como si nunca me hubiera amenazado. De una forma espontánea, me rodeó el cuello con el brazo para mantenerme cerca.

Nos dirigimos de vuelta al 4x4 y atravesamos de nuevo el aparcamiento. El anciano se había ido. Quizá si hubiera corrido, en lugar de pedir ayuda, James no me habría pillado.

—Oye, James —le dije, mirándolo—, ¿tu pistola estaba cargada?

Soltó una carcajada sincera. Luego me estrechó un poco más fuerte y no pude evitar ponerme tensa al notar su agarre.

—Por supuesto que no lo estaba.

Exhalé un suspiro de alivio y él me dedicó una amplia sonrisa.

—Si te diera una pistola cargada, serías una amenaza pública.

Molesta, lo aparé de mí, y eso le hizo reír aún más.

---

[1] *N. de la T.* La RAE la define como la «amenaza persistente de un peligro». Hace referencia a una anécdota moral de la cultura griega clásica.

[2] *N. de la T.* En francés, el término *grand cru* hace referencia al etiquetado de unos vinos que se elaboran en una parcela o finca cuyo terreno es excepcional. Es un concepto similar al llamado «vino de pago», que insiste en

la singularidad de los viñedos y la calidad del proceso de elaboración.

[3] *N. de la T.* Aunque durante la guerra fría este término se definía de otro modo, hoy en día se refiere al proceso de asimilación cultural que ejerce EE. UU. sobre otras regiones del mundo.

El último Chablis

Después de mi lamentable intento de fuga, James tuvo la amabilidad de encerrarme en su 4x4 para comprar él mismo lo que hacía falta. En cuanto llegamos a casa, me dirigí a la cocina. De pie frente a los fogones, no tenía ni idea de qué preparar. Me limité a pelar las verduras y cortar la carne en dados. Nuestros queridos invitados llegarían en dos horas y yo aún no había cocinado nada...

James me sacó de mis pensamientos. Entró en la cocina semidesnudo, con tan solo una toalla atada en la cintura. Me fijé en que la herida de su hombro se había curado. De ella solo quedaba una cicatriz rosácea. Mi captor sacó un vaso de cristal del armario y una botella de vino tinto.

—¿Y bien? ¿Qué vas a hacer para esta noche? —preguntó, mientras se servía un sorbo de alcohol.

—Aún no lo sé...

—Puedo llamar a un servicio de catering...

—¡No! —le corté bruscamente—. Me apetece cocinar, pero no tengo ni idea de qué hacer...

Le miré y él me puso la copa bajo la nariz. Era un Chablis *Grand Cru* del 2011, o eso decía la etiqueta de la botella. De repente, algo se iluminó en mí.

—El guiso de ternera *bourguignon*... Mi padre le echaba ese vino cuando lo cocinaba.

—¿Significa eso que vas a gastar media botella?

—Me da que sí.

Cogí varias cebollas y me apresuré a pelarlas. No necesitaba la receta; me la sabía de memoria. Podría haberlo hecho con los ojos cerrados.

—En fin, entonces tendré que sacar un *Grand Régnard*[1]. Por cierto, tesoro, te he dejado un vestido encima de la cama. Hazme un favor y póntelo esta noche.

Y yo que pensaba que me iba a pasar toda la noche en mi habitación leyendo... James tenía otros planes para mí.

Me arremangué y cogí una olla, lista para ponerme manos a la obra con ese guiso tan típico de Borgoña. Siempre me había gustado trastear con cuchillos y otros utensilios de cocina. Solía levantarme en plena noche cuando me rugía el estómago. En lugar de atiborrarme a galletas o patatas fritas, me preparaba unas crepes, una tarta salada o un plato más elaborado, como pisto o arroz con curri.

Después de sofreír las verduras y sellar la carne, eché el vino en la olla y lo dejé cocer a fuego lento.

Por suerte, no tuve que preocuparme del postre, porque ya lo había preparado de antemano. Solo tenía media hora para vestirme. Me apresuré a lavar, pelar y cortar las patatas, y las reservé para freírlas en la sartén.

Luego subí corriendo las escaleras y pillé al vuelo un par cosas de mi habitación para arreglarme en el baño. Entonces vi el conjunto que James había dejado sobre mi cama. Se me cayó la cara de vergüenza y fruncí el ceño al levantar el vestido.

Crucé el pasillo con pesadez y entré en su habitación sin llamar. Allí estaba él, sin camisa frente a su armario, dudando entre una chaqueta gris o azul marino. Se giró ligeramente y me miró por encima del hombro.

—¡No pienso ponerme esto!

Le tendí la percha en la que colgaba un vestido corto de lentejuelas rosas, que dejaba ver un escote vulgar y pronunciado hasta el ombligo. Mi secuestrador soltó una carcajada socarrona y guardó la chaqueta gris en el armario.

—Pues yo creo que es perfecto. Te quedaría de maravilla, tesoro.

—Me la trae floja lo que pienses, te he dicho que ni de coña —contesté, tajante, dispuesta a volver al pasillo—. Preferiría llevar vaqueros.

—No pienso dejarte llevar vaqueros esta noche —rechistó, agarrándome de la muñeca.

Me tenía sujeta, así que James no me dejó siquiera forcejear. Deslizó la mano hacia la parte baja de mi espalda. Le fulminé con la mirada e intenté ocultar que me incomodaba tenerlo tan cerca. ¿Qué pretendía? Una sonrisa astuta se dibujó en sus labios.

¡Por supuesto! Buscaba provocarme una y otra vez. ¡Era su especialidad! Acercó su rostro peligrosamente al mío y me puso la mano en las caderas. Su aliento me acarició la oreja, y me provocó un extraño escalofrío.

—¡Para! —supliqué nerviosa, intentando no ceder.

James me dio un beso en el cuello. No tenía escapatoria. El olor a alcohol me taponó las fosas nasales. Le puse las manos sobre los hombros para apartarlo, pero conseguí el efecto contrario. Estrechó un poco más el brazo en torno a mi cintura, y con la mano libre, me recorrió el muslo.

—Si supieras lo que quiero hacerte…

Pero ¿qué le pasaba? Confundida, forcejeé aún más para zafarme de su agarre. Con una facilidad desconcertante, me dio la vuelta y me puso de espaldas a él. Su respiración calmada me rozaba la nuca, pero la mía seguía siendo irregular.

—Sientes algo cuando te toco así, ¿verdad?

—No confundas tus deseos con la realidad —respondí secamente.

—¿Cuándo dejarás de mentir?

Acarició mi piel con ternura. Por desgracia, se me aceleró el corazón.

—Tu cuerpo me está suplicando que siga, tesoro.

—James… —gemí, con un tono autoritario a la par que confuso, mientras intentaba alejarlo con todas mis fuerzas.

Odiaba la influencia que ejercía sobre mí, y él lo sabía. Por eso se aprovechaba de ello. A mis espaldas, le oí reírse levemente y luego perdió todo interés en mi presencia.

—Vale, vale, tranquila. Ya sabes que es solo por marear...

Cerré los ojos y suspiré para desahogarme. Me sentía incómoda y frustrada.

Él se limitó a reírse entre dientes y me hizo un gesto para que le siguiera. Cuando llegamos al pasillo, mi captor abrió la puerta de la habitación contigua al baño. Nunca había estado en aquella habitación. De hecho, en esa casa solo conocía la cocina, el salón, la ducha, su dormitorio y el mío, y obviamente no me atrevía a entrar en las demás habitaciones, no fuera a ser que James me amenazara de muerte, como la vez que había salido a la terraza sin su permiso.

James pulsó un interruptor y entonces descubrí un vestidor rebosante de vestidos, trajes y zapatos.

—Es de Diane. No tiene espacio suficiente en su casa para guardarlo todo.

Desconcertada, pasé los dedos por los tejidos de mil colores. Había que reconocer que nunca me había vestido con ese tipo de ropa. De normal, prefería ir cómoda a ir mona, pero aun así, me impresionó ese fondo de armario.

—Entonces, ¿para qué me llevaste a su casa la última vez? Habría sido más fácil que hubiera escogido un conjunto de aquí.

—Bueno, es que me fío de ella. Tiene mejor gusto que tú.

Refunfuñé en voz baja. Desde luego, no perdía la oportunidad de soltar una buena pulla. Justo cuando mi carcelero estaba a punto de salir de la habitación, no pude evitar contestar:

—¡Qué casualidad! Yo también tengo mejor gusto que tú.

Se dio la vuelta y se cruzó de brazos, sin dejar de mirarme. Así pudo apreciar mi mueca de desprecio mientras colgaba el horrendo vestido fucsia en el armario.

—En ese caso, adelante, elige uno.

Decidida, me enfrenté al montón de ropa del que tenía que elegir. Me llamaron la atención varios vestidos. Uno era lila, de satén, largo, pero el escote era demasiado pronunciado para mí. Había otro azul marino que también me gustaba, pero era demasiado transparente. Diane tenía unos gustos muy eclécticos.

Me imaginé que James criticaría mis gustos y se daría la vuelta al verme antes de que hubiera elegido mi atuendo, así que no le hice esperar más. Cogí uno de tela verde pino, ni muy largo ni muy corto, con tirantes finos. Era un vestido trapecio sencillo y que podía adaptarse a cualquier ocasión. Estaba bastante orgullosa de mi elección, pero James se limitó a decir que había sido «un golpe de suerte» y salió de la habitación.

¿Eso era todo? Había que ver lo obstinado que era. Estaba segura de le habría jodido admitir que, en el fondo, su prisionera tenía buen gusto.

Decidí dejar a un lado su mal genio y me metí la ducha. Gracias a al agua hirviendo, todos mis músculos se relajaron. Era mi forma de acabar con la presión, de olvidar de lo que tenía en la cabeza. Bastaba con cerrar los ojos e imaginarme que estaba en cualquier lugar menos allí.

James llamó a la puerta para pedirme que me diera prisa. Inmediatamente, salí del confort de la ducha, me sequé y me vestí a la velocidad del rayo. El vestido me quedaba como un guante; por suerte, Diane y yo teníamos la misma talla. La tela me llegaba hasta las rodillas y no era tan ajustada como para asfixiarme.

Los tacones que había cogido del vestidor resonaron al entrar en contacto con el mármol del salón, donde James estaba terminando de poner la mesa. En cuanto me oyó bajar, me miró.

—Vaya, vaya, vaya… No está nada mal.

—Qué amable eres… —respondí, sarcástica, mientras me dirigía a la cocina.

—Espero que lo que hayas preparado esté bueno, porque esa era mi última botella de Chablis.

Levanté la tapa de la olla en la que aún seguía hirviendo el guiso. Una nube de vapor se elevó, y un olor exquisito embriagó mis fosas nasales.

—No lo dudes. Estará para chuparse los dedos.

Recordé mi infancia y la gran sonrisa de mi padre cada vez que nos preparaba ese plato y exhalé un largo suspiro. Unos segundos después, se me llenaron los ojos de lágrimas.

---

[1] *N. de la T.* Un vino amarillo pálido con reflejos verdes, obtenido de los viñedos de *chardonnay* de Chablis.

La cena

Apagué los fogones. Parecía que todo estaba listo; ahora, solo me quedaba respirar hondo y relajarme.

Sin embargo, nada más sentarme en el sofá, sonó el timbre. James vació su vaso de un trago y se apresuró hacia la puerta. Temía no encajar con lo que se esperaba de mí esa noche. Por suerte o por desgracia, Ramírez entró enseguida en el salón, acompañado de su mujer, Kendra.

—¡James, amigo mío! —exclamó el hombre alto y de aspecto rudo mientras estrechaba la mano de su anfitrión.

Parecía que habían hecho migas desde la gala. Leonides Ramírez desvió la mirada en mi dirección antes de dedicarme una amplia sonrisa.

—Tú debes de ser la Maggy de la que me habló mi querida Kendra... Nos presentaron en la gala, ¿verdad?

James me miró, extrañado. Estaba claro que no sabía que me había presentado con ese nombre a la mujer de Ramírez.

—Así es —dije, fingiendo seguridad y estrechándole la mano.

Mi supuesta pareja se acercó a mí y me rodeó la cintura con la mano. No se cortó ni un pelo, así que esperaba que no intentara besarme como la última vez.

—Pasad, sentaos en el salón.

Los invitados no tardaron en descubrir la opulencia de la estancia. James aprovechó para girarse discretamente y preguntarme:

—¿Maggy?

—Me entró el pánico, ¿vale? —susurré.

Levanté bruscamente su mano, que había colocado en una zona demasiado baja para mi gusto, y mi gesto le hizo reír.

Tomamos asiento alrededor de la mesa de café y James dejó una botella de Kavalan[1] con una cubitera y cuatro vasos. Sirvió primero a los invitados y, cuando llegó mi turno, negué con la cabeza. Ramírez se hundió cómodamente en el sofá, pasó un brazo alrededor de su rubia y bebió un sorbo de *whisky*.

—Tienes buena mercancía. Nunca había vendido nada tan rápido. Estoy encantado de que Bran y tú trabajéis juntos.

—Nosotros también. Gracias a tu inversión, hemos aumentado nuestro volumen de negocio y nuestra rentabilidad.

—Sin embargo, he tenido algún problemilla con De Marzo…

Al mencionar ese nombre, recordé mi primer encuentro con James.

—Tú trabajas con De Marzo, ¿verdad? —dijo, mirando a James.

Un escalofrío de lo más desagradable me recorrió la espalda. ¿Qué tipo de relación tenían James y ese hombre?

—Cuéntame qué sucede —le pidió James, en un tono más serio.

—Desde la desaparición de Del Baso, Francesco se ha vuelto loco.

Kendra, con aspecto desolado, agarró con fuerza la mano de su marido.

—Vino a casa y echó la puerta abajo. Amenazó a mi mujer y a mis hijos. Ese chiflado anda

buscando a su mano derecha, Domenico.

Tragué saliva. El hombre rubio con el que había bailado brevemente en Winnipeg no era un don nadie, después de todo. Miré a James con preocupación. Sin embargo, permaneció imperturbable, aunque sabía muy bien que él era el causante de todo ese revuelo.

—Me atrevería a decir que ese hombre ha perdido la cabeza. Está convencido de que su colega está muerto. Sin embargo, todo el mundo dice, y yo pienso lo mismo, que Domenico debe haber huido con esa chica, la tal O'Dea. No se puede explicar de otro modo. Esa historia del secuestro es falsa, pero Francesco no parece aceptarlo. Créeme, seguro que ahora esos dos están tumbados en una playita llena de cocoteros.

Al oír mi apellido, forcé una sonrisa. Estaba tensa. James se dio cuenta y me puso la mano en el brazo para que guardara silencio, pero eso no me alivió en absoluto. Leonides se había equivocado en todo: Domenico estaba a dos metros bajo tierra y De Marzo ya se lo olía. En serio, ¿por qué coño me había metido en semejante enredo?

—Sé que los miembros de la West End Gang tenéis una buena relación con De Marzo, pero yo tendría cuidado. Podría llamar a tu puerta en cualquier momento. Ese viejo tocapelotas no parará... Te lo advierto, hasta que no encuentre a Domenico, a esa chica o a cualquier otro testigo, no se rendirá.

Estaba cagada, y todo por culpa de James, para variar. Recordé la oscura imagen del cadáver del italiano y me entró un asco horrible.

—No te preocupes por mí, Bran le hará entrar en razón.

—Eso espero, por tu bien. En cualquier caso, mi amor, mis hijos y yo vamos a intentar pasar desapercibidos hasta que se calmen las cosas. No queremos meternos en ningún conflicto.

—Lo entiendo, amigo mío. Es lo mejor… —dijo James, después de terminarse la copa—. Bueno, ¿qué os parece si cenamos?

—¡Qué buena idea! —dijo Kendra, entusiasmada, mientras apuraba su bebida—. Huele increíblemente bien.

Nos levantamos y mis tres comensales se sentaron a la mesa, mientras yo sacaba la fuente para servir. Las noticias sobre De Marzo me habían quitado el apetito, así que me limité a dar de comer a los demás.

Afortunadamente, Ramírez y Kendra no habían hecho la conexión entre Maggy y Madison O'Dea. De ser el caso, lo habrán comentado enseguida. Siendo honestos, no confiaba en que mi nuevo corte de pelo engañara a nadie, y menos aún a De Marzo. Se me pasaron por la cabeza toda una serie de escenarios. El mejor era volver con mi familia; el peor, que James le vendiera la moto a Francesco y le dijera que yo era la asesina de su mano derecha.

—Hiciste bien en rechazar la oferta de Romero —dijo Leonides, lo que me sacó de mis pensamientos—. Esa bruja solo se preocupa de sí misma, y te apuñalará por la espalda a la primera de cambio. ¡Pero basta ya de hablar de trabajo! Maggy, ¡este plato está delicioso!

—Gracias —respondí, tímidamente.

—¿Qué es? —preguntó Kendra mientras se acababa el plato.

—Ternera *bourguignon*.

—¿Eres francesa? —preguntó su media naranja, justo antes de tragarse unos cuantos tragos de vino blanco.

—Sí, mi familia vive allí —añadí con cautela, bajo la atenta mirada de James.

—¿Te he dicho que mi querido Leo quiere llevarme a París? —dijo la rubia, entusiasmada, mientras se agarraba del brazo de su hombre de una forma coqueta.

Sí, ya me lo había dicho, pero decidí dejar que siguiera desvariando. La Torre Eiffel, el Moulin Rouge, los viñedos, el queso, las *baguettes*... En fin, el cupo completo de clichés.

—¿Me recomiendas algún sitio?

Me bastaron unos segundos de reflexión para perderme en la nostalgia de los veintidós años que había vivido en ese país.

—Bueno... Fuera de la capital, hay muchos lugares que no hay que perderse. Bretaña es una región rica en cultura y folclore. Luego están los Alpes, con el Mont Blanc y sus chalés junto a las pistas de esquí. Allí se puede beber vino caliente en las terrazas. Si te gusta el sol, te recomiendo la Costa Azul: Niza y Cannes son preciosas... Y luego está Lyon y sus alrededores: el casco antiguo, las calles empedradas llenas de restaurantes en los que se te hace la boca agua, la ópera, Fourvière, Bellecour...

Mientras recordaba los lugares más bellos de mi ciudad favorita, me quedé absorta en mis pensamientos. Pero pronto, una mano en mi muslo me devolvió a la realidad. James. Me tragué las pocas lágrimas que empezaban a nublarme los ojos, antes de sonreír y decir, despreocupada:

—Bueno, hay tantas cosas que ver… La lista no se acaba jamás.

Avergonzada por la situación, me levanté para recoger la mesa. En la cocina, lejos de las miradas de los invitados, abrí la ventana para despejarme y recuperar la compostura. Estaba agotada. Me apoyé sobre la encimera y vi desde lejos a Kendra y Leonides charlando y bromeando, lo que me alivió.

James no tardó en aparecer. Dejó la botella vacía de vino blanco suave[2] sobre la encimera y avanzó lentamente hacia mí. Mantuve los ojos pegados al suelo hasta que me acarició la nuca para que le mirara a los ojos.

—Lo estás haciendo muy bien.

No tuve valor para contestarle. Estaba demasiado ocupada intentando no romper a llorar. Con delicadeza, me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Vamos, respira… —me susurró mientras cerraba la ventana.

Le miré con una sonrisilla, mientras intentaba recuperar la compostura. James tomó la iniciativa y sacó dos cuencos de la nevera antes de volver al salón. Yo le seguí y cogí los cuencos restantes.

A Kendra se le iluminaron los ojos cuando le colocamos las tres bolas de helado de miel justo delante de sus narices.

—¡Es mi postre favorito! ¿Lo has hecho tú, Mag?

Asentí, orgullosa.

—¡Dios, está buenísimo! Tienes que darme la receta.

Estaba satisfecha con mi trabajo. Parecía que había complacido a nuestros invitados, así que no pude evitar regocijarme. Hacía tanto tiempo que no cocinaba así…

En cuanto recogimos la mesa, dejé a James con la pareja para ordenar la cocina. Siempre me pasaba a lo mismo: las veces en las que cocinaba, me era imposible no causar el caos a mi paso. El lavavajillas estaba a reventar, pero aún quedaban un par de cacharros por en medio. Después de pasar una bayeta por la encimera, solo me quedaba lavar los platos y fuentes restantes.

El reloj marcaba las diez cuando James se despidió de sus invitados. En general, la cena había ido bastante bien. El aspecto frío de Ramírez era en realidad una fachada. Se había pasado el tiempo riendo y contradiciendo a su mujer para hacer la coña. Por suerte, ahora por fin podía quitarme la máscara de Maggy, la dulce novia de James, que seguía preguntándose cómo Kendra

y Leonides no se habían dado cuenta de aquel embuste.

—Por fin se han ido… —dijo mi captor, que cada vez actuaba menos como tal, mientras se reunía conmigo en la cocina.

—¿Puedes ayudarme? —le pregunté, señalando los platos del fregadero.

Al principio parecía desconcertado, incluso vacilante, pero acabó arremangándose y ocupó mi lugar mientras yo fregaba los vasos.

—Lo has hecho genial, tesoro...

—Sabes que tengo un nombre, ¿no?

—Sí, pero «tesoro» te queda tan bien...

No respondí. Me moría por oírle decir «Madison» algún día. Me limité a secar los platos conforme me los iba pasando. El silencio no duró mucho, porque sin sentido ninguno, James se echó a reír:

—Si me hubieran dicho que acabaría fregando los platos...

—¿Qué?

—Nada, que hace cuatro o cinco años que no fregaba.

—¿Te da miedo ensuciarte las manos? —me reí, pensando en el trabajo sucio que solía hacer por las noches.

—¡Eh! ¡A mí no me hables así! —exclamó, salpicándome ligeramente.

Le devolví la sonrisa. Vivíamos en mundos tan distintos…

—Vuelve a salpicarme y te juro...

No me dio tiempo a terminar la frase, porque me roció el vestido con el chorro del grifo. Si más dilación, agarré el vaso de agua y le tiré lo que quedaba a la cara. James se me quedó mirando un momento, con la boca ligeramente entreabierta.

—Conque esas tenemos, ¿eh?

—Sí, eso parece —respondí, victoriosa.

—Muy bien…

Me imaginé que se reiría, pero no fue así. Rápidamente, me cogió por la cintura y me subió a sus hombros. Grité, sorprendida, mientras forcejeaba. Intenté rogarle que me soltara, pero no me sirvió de mucho.

—¡Te vas a arrepentir ahora mismo, tesoro!

—¡Me cago en todo! ¡Que me llamo Madison, joder!

James subió las escaleras de dos en dos y cruzó el pasillo. No se atrevería, ¿verdad?

Como me temía, entró en el baño.

—¡No! ¡No te pases!

—Si no quieres guerra, no me busques.

—¡¿Qué?! ¡Pero si has empezado tú!

Mi captor me metió con cuidado en la ducha y dejó que corriera el agua. Inmediatamente, jadeé, sorprendida por el frescor. Sin embargo, conseguí agarrarle las manos y girar la alcachofa en su dirección, de forma que él también quedó empapado. Estuvimos unos segundos peleando como niños. Al darme cuenta de que tenía las de perder, me vi obligada a ceder y rogarle que cerrara el grifo.

Se le veía satisfecho.

—¿Te has quedado a gusto?

—Mucho.

Se quitó la chaqueta para escurrirla y me dio una toalla. No le di las gracias, sino que me

limité a mirar al suelo con el ceño fruncido. Al verme enfurruñada, se rio. Como me quedé quieta, cogió la toalla y empezó a secarme el pelo.

—Puedo apañarme yo solita.

—¿Ah, sí? Pues no lo parece… —dijo, burlón, mientras me ponía la toalla sobre los hombros.

La cogí y me envolví en ella. Tenía el vestido aún empapado y goteaba en el suelo. En silencio, James me puso la mano bajo la barbilla, como si quisiera llamar mi atención una vez más.

—Yo siempre gano, tesoro.

—Pienso vengarme.

Divertido, me pasó las manos por el pelo para recogérmelo. Durante ese pequeño instante, James me miró con ojos dulces y sinceros. Por primera vez, pude ver un brillo en sus ojos de zafiro que me hizo sentir algo distinto al miedo. Finalmente, fijó la vista en el suelo, pensativo.

—Deberías irte a la cama… —me dijo, con un tono tranquilo y distante.

Asentí, ocultando una leve sonrisa. Por un momento, dudé si negarme a ello. Me habría encantado que ese momento durara indefinidamente...

---

[1] *N. de la T.* Marca de *whisky* taiwanés.

[2] *N. de la T.* En francés, un *blanc moelleux*.

Perdiendo el norte (parte 1)

Cambié el vestido de noche por unas prendas mucho más cómodas: un pantalón de chándal y una camiseta de tirantes, y me tumbé en la cama mirando al techo. Era inevitable; no podía dejar de pensar en James. Desde que nos conocíamos, todo había cambiado. Era evidente que él lo había hecho y puede que yo, también. Dejando de lado el incidente del hipermercado, ahora era mucho más comprensivo, amable y atento. Me atrevería a decir… ¿humano?

Pero ¿qué coño decía?

Como era incapaz de caer en los brazos de Morfeo, decidí seguir leyendo mi libro, con la esperanza de que me entrara sueño. La trama giraba en tono a la herencia de una gran empresa hotelera. Había un asesinato y un detective que se desenvolvía en ese tipo de situaciones. Caía en bastantes tópicos; no era ni de lejos Agatha Christie, pero tenía que conformarme con lo que había en la extensa biblioteca de James. Estaba a punto de pasar a la página 288 cuando, sin motivo aparente, la lámpara de mi mesilla de noche se apagó. Mi primera reacción fue pulsar el interruptor, pero no sucedió nada. La bombilla debía de haberse fundido. Me levanté y anduve de puntillas por la habitación, buscando a tientas el interruptor de la entrada, que tampoco funcionaba. Llegué a la conclusión de que había habido un apagón. No era de extrañar, con la cantidad de nieve que estaba cayendo.

Abrí discretamente la puerta. La luna apenas iluminaba el pasillo. Eché a andar, con la intención de bajar a por un vaso de agua, pero de repente, alguien me tiró con fuerza hacia atrás. Jadeé y solté un grito de asombro al descubrir a James. Mi captor me hizo un gesto para que me callara. Tragué saliva al ver que llevaba la pistola en la mano izquierda.

—Solo se ha ido la luz… —dije.

Pero él negó con la cabeza.

—Cuando se va la luz, se activa el generador de emergencia de la casa. Esto no es normal.

La seriedad de mi secuestrador me provocó un nudo en la garganta.

—Quédate aquí.

Sin más explicaciones, siguió andando, alerta. Lo alcancé de inmediato: ni de coña iba a quedarme sola en esa casa. James supo que no pretendía soltarme en cuanto vio mi cara de preocupación.

—Bueno, vale, pues quédate detrás de mí.

No hacía falta que insistiera. Se oyó un ruido cerca de la entrada y me agarré a la camiseta con las manos sudorosas por culpa del miedo. Recordé las palabras que había pronunciado Ramírez esa noche y pensé en De Marzo, o en cualquier otro enemigo potencial de James.

Mi captor bajó las escaleras y yo seguí sus pasos. Al llegar abajo, James se detuvo, se dio la vuelta y me puso las manos en los hombros.

—Hay un cuadro de luces bajo la escalera. Ahí están el diferencial. Ve y acciona el interruptor, ¿vale?

Estaba asustada: me estaba imaginando en primera línea de la carnicería que pronto tendría lugar, así que negué con la cabeza de forma exagerada.

—No discutas. Ve. Yo voy a buscar el origen del apagón. Si las cosas se ponen feas, no te preocupes; te cubriré las espaldas.

Asentí a regañadientes, haciendo acopio de mi inexistente valentía para avanzar a pasito de bebé y rodear las escaleras. Fui andando a tientas, palpando el mármol, la pared, y finalmente, el cuadro de luces. Después de todo, no me habían encomendado una misión muy complicada. Con facilidad, subí el automático, que se había saltado, y la luz se encendió.

Salí corriendo para ir adonde estaba James, pero me quedé helada al ver que me estaba apuntando con la pistola.

—¡Quita de en medio! —me advirtió, en tono autoritario.

Asustada, me di la vuelta y vi a la persona a la que estaba apuntando en realidad. Era un joven mestizo de aspecto ligeramente desaliñado. Él también sostenía un revólver y apuntaba directamente a la cabeza de James. Y yo estaba justo en medio.

—¡James McAllister! —exclamó con voz insegura—. ¡Tú mataste a mi padre!

—¿Y se puede saber quién era tu padre?

—¿Matas a sangre fría y te la suda quiénes son tus víctimas? ¡Se llamaba Alphonse Gilliard! Yo soy su hijo, Peter Gilliard, y pienso matarte esta noche.

—Has ensayado tu discurso antes de venir, ¿verdad? —dijo James, con un tono burlón y despreocupado.

Se respiraba tensión; la situación me estaba haciendo papilla. Era solo un niño. Tendría unos quince años, no más, y estaba muerto de miedo. Hablaba con un hilo de voz y temblaba como un condenado. Por desgracia, su falta de aplomo le traicionaba.

—Muchacho, estás temblando como un flan. Nunca has matado a nadie, ¿verdad? Es la primera vez que empuñas un arma.

—¡Pero sé cómo usarla!

—Si apuntas a alguien con un arma, tienes que estar preparado para disparar. No es un juguete, chaval.

James dio un paso firme hacia delante y quitó el seguro de su 9 mm. Sin pensármelo dos veces, decidí intervenir. Temía que alguno de ellos pudiera cometer una estupidez y luego no hubiera vuelta atrás.

—Es solo un niño. No sabe lo que...

—Me la trae floja. Debe atenerse a las consecuencias de sus actos —dijo James, con una mordacidad sin precedentes.

—Estoy segura de que hay más formas de solucionarlo...

Después de que aquel tipo muriera en el puerto, juré que no volvería a dejar que matara a nadie, y menos a un niño. No podía soportar ver otro cuerpo, no si podía evitarlo. Además, Peter probablemente no entendía lo que estaba pasando. Estaba cegado por el dolor y el resentimiento.

—Deja que hable con él, por favor.

James suspiró y se pasó la mano por el pelo. No era la primera vez que me daba cuenta de que hacía ese gesto cuando estaba confuso.

—Te lo advierto, si intenta algo fuera de lugar, le meteré un balazo en la cabeza.

Asentí enérgicamente. Con el corazón en un puño, me volví hacia el chico, que no había movido ni un músculo. Levanté las manos con calma para mostrarle mis buenas intenciones.

—Peter, ¿verdad?

—¿Y tú quién eres?

—Me llamo Madison —respondí, con una calma tan desconcertante que me sorprendí a mí misma.

—Ese tipo mató a mi padre. Encontraron su cuerpo en el puerto hace quince días. Sé que fue

él; me lo dijeron, así que tiene que morir.

Entonces comprendí que ese tal Alphonse era el hombre al que James había liquidado ante mis propios ojos la noche de la gala. Pobre chico… Empaticé aún más con él. Teniendo en cuenta sus dimensiones, no encajaba en el perfil de tipo duro. Tenía toda la pinta de ser un chico frágil, influenciable, al que habían mandado al matadero.

—Tienes familia y amigos, ¿verdad?

—Sí, bueno... Todavía me queda mi madre y mi hermano pequeño.

—Y seguro que están preocupados por ti. No cometas una estupidez, Peter, no arruines tu vida por un tipo como James. Piensa en el dolor que les causarías si te pasara algo…

Cada paso que daba en su dirección confirmaba mis sospechas: el niño temblaba y las lágrimas nublaban sus ojos color avellana.

—No pienses en ese tipo de ahí. La muerte sería un castigo demasiado clemente para él.

Cualquier argumento era bueno para convencer al chico de que guardara su arma. Ni siquiera me atrevía a pensar en cómo reaccionaría si uno de ellos disparara, si uno de ellos muriese.

—Si te pasa algo, ¿quién cuidará de tu familia?

—Esto, pues…

—Aún estás a tiempo de volver a casa...

Se secó una lágrima con el dorso de la manga y bajó el arma. Sentí un gran alivio. Me acerqué un poco más a él, sin bajar la guardia, y Peter retrocedió ligeramente. En cierto modo, le entendía: no era fácil confiar en una desconocida a la primera de cambio, y menos en una situación como aquella.

—Guarda el arma y dejémoslo estar, ¿vale?

Me fulminó con la mirada y se mordió el labio inferior para no romper a llorar de nuevo. Miré a James y sonreí, orgullosa de mi victoria.

—Pero ¿quién me dice que no matará al resto de mi familia?

Volví a centrar mi atención en la pistola, que Peter seguía aferrando con ambas manos.

—Te juro que no lo hará.

Sus músculos se relajaron y la tensión se fue disipando. Me llenaba de orgullo haber conseguido calmarlo. Aliviada, me dispuse a ponerle la mano en el hombro, pero Peter, que aún estaba perdido en un mar de culpa y amargura, se sobresaltó, y de repente, un disparo atravesó el aire.

Perdiendo el norte (parte 2)

James

El sonido del disparo me pilló por sorpresa y, al principio, no entendí lo que había sucedido. ¿De dónde había salido? Como ese chico me hubiera abollado el suelo de mármol, lo mataría sin dudarlo. Miré a mi rehén, que se dio la vuelta rápidamente para evaluar la situación. Los dos seguíamos vivitos y coleando. Sin embargo, me di cuenta de que el asunto era mucho más grave que un simple balazo en el suelo. Loco de rabia, volví a apuntar al chico con el arma y caminé en su dirección, hasta que pude intimidarlo con el cañón de mi M9, que no tardé en colocar en su sien.

—¡Muévete y te vuelo los sesos!

Inmediatamente, mi cautiva me agarró del brazo y me rogó, con un hilo de voz, que lo dejara estar.

—Perdón, perdón, no pretendía... No lo he hecho a propósito. Lo siento.

Peter se disculpaba una y otra vez. Aterrorizado, dejó caer su arma. Pero me traía sin cuidado su patético lloriqueo. Sin pensármelo dos veces, abrí el tambor del revólver e introduje una bala.

—¡No, por favor! ¡Te lo suplico! —imploró, mientras yo me dejaba llevar por una ira ciega.

Un leve gimoteo perturbó el silencio y la tensión del ambiente. Me fijé en su mirada color café, empañada por las lágrimas, y luego observé la camiseta blanca de tirantes de mi cautiva, que estaba manchada de sangre. La herida era peor de lo que pensaba.

La adrenalina se fue disipando y me sorprendí al ver un agujero de bala en el abdomen de la chica. Como si hubiera sentido el dolor de forma repentina, Madison se desplomó y presionó la herida con ambas manos.

—¡No quería hacerlo, en serio! —gritó el chico, muerto de miedo, mientras yo seguía apuntándole con el arma a la cabeza.

—James, por favor, suéltalo… —insistió ella, tirando débilmente de mis pantalones.

Molesto, me aparté unos mechones de pelo de la cara. No sabía qué hacer. Si seguía viéndole la cara a ese mocoso, no podría contenerme; el odio me desbordaría.

—Lárgate antes de que cambie de opinión —le solté fríamente al chico, que no daba crédito a lo que oía—. ¡Esfúmate de una puta vez!

Sin perder un segundo, echó a correr. Aún sollozaba. Solté la Magnum bruscamente para ayudar a la idiota que tenía por rehén.

Dado su aspecto deplorable, dudaba que sobreviviera. Tenía el pelo pegado a la frente, por donde le caía el sudor a raudales. Temblorosa, me agarró de la mano y se aferró con fuerza, como si quisiera tenerse en pie. Achicó los ojos por el dolor y la conmoción; en definitiva, la montaña rusa de emociones habitual en esos casos. Verla así me trajo recuerdos dolorosos, pero enseguida recuperé la compostura.

—¿Cómo estás?

—Como alguien a quien acaban de disparar. No me duele tanto como pensaba… —murmuró febril.

Sonrió, pero no pudo contener una mueca de dolor. Aun en estado crítico, seguía mintiendo fatal. En ese momento, estaba ida: no se daba enteraba de lo que sucedía. Con entereza, le levanté la camiseta para ver mejor la herida.

—¡Mierda, joder! La bala aún está dentro. ¿Puedes ponerte de pie?

Asintió y le pasé el brazo por debajo del hombro para ayudarla a incorporarse, pero soltó un grito desgarrador y se llevó las manos a la herida. En aquellas condiciones, era imposible levantarla. Con calma, le quité la camiseta y se la di. Lo último que necesitaba era que cundiera el pánico.

—Estás perdiendo mucha sangre. Tienes que contener la herida.

—¿Me voy a morir?

—No, no digas tonterías. No voy a dejarte ir tan fácilmente. Aún no tengo mi dinero.

Madison arrugó sus delicadas facciones y derramó unas lágrimas discretas que humedecieron su pelo. Apretó mis dedos con los suyos. Estaba tensa. Había notado que le mentía. Pero ¿qué podía decirle? «No te preocupes», «todo va bien», «te pondrás bien»... No eran más que palabras vacías, una mera ilusión para hacer que la fatalidad fuera más llevadera. Y ella lo supo al instante.

—No… no quiero morir...

Clavó las uñas en mi carne, y su gesto me devolvió a un sufrimiento que hacía mucho que no sentía.

«Quédate conmigo, solo hasta que...»

Aquella voz, surgida de los recovecos de mi mente, de los recuerdos que había enterrado a toda costa, me golpeó con una fuerza brutal. Durante años y años, la culpa, la silueta de lo que fue, me había perseguido para causarme un dolor lacerante.

—No me dejes... James, te lo ruego... No me dejes...

El *shock* la abrumó de repente. Madison abandonó toda lucidez y, al oírla decir mi nombre, sentí como si me clavaran una daga en el corazón.

Contrólate. Has pasado por cosas peores. Sabes cómo sobrellevar la situación; lo único que tienes que hacer es no venirte abajo.

—La muerte no es una opción, tesoro. Que sobrevivas o no depende de ti —le susurré, haciendo que apretara la camiseta con los dedos—. Así que contén esa herida.

Se le fueron los ojos vagamente, pero aun así, agarró la camiseta de tirantes empapada de sangre. Contrajo la mandíbula, al igual que el resto del cuerpo, y pude ver cómo luchaba a través de sus ojos velados por el dolor.

—Ante todo, no cierres los ojos. Mantente despierta.

Cogí el móvil para marcar un número, activé el altavoz y puse el teléfono sobre mi regazo. Luego cogí la camiseta y le presioné la herida con una mano, mientras le sujetaba la cabeza con la otra. Teníamos las manos llenas de sangre. Cada vez que respiraba, se ahogaba de dolor.

—¿Qué te he dicho? ¡No cierres los ojos! —grité al verla luchar por no perder el conocimiento.

—No puedo... —exhaló, mientras se dejaba caer en mis brazos.

Una herida de bala no tiene por qué ser mortal. Esos clichés de las películas me hacen reír. El peligro reside más en el flujo de sangre. Un herido de bala pierde aproximadamente un cuarto de litro de sangre por minuto. El cuerpo humano tiene aproximadamente seis litros. En otras palabras, si no se trata la herida rápidamente, cada segundo es un paso más hacia la muerte.

Maldije una y otra vez, sin dejar de presionar hacia abajo. Era la primera vez que me temblaban las manos. No podía apartar los ojos de ella, y finalmente, rompió el contacto visual; había perdido el conocimiento. Llegados a ese punto, eso significaba que había perdido cerca del 20 % de la sangre del cuerpo.

—¡Eh, Madison! ¡Vamos, abre los ojos! —le grité, agitando su cabeza entre mis manos—. ¡Madison!

—James, ¿sabes qué hora es? —gruñó una voz que conocía muy bien.

—¡Friedrich! Dios, menos mal que me lo has cogido... Dime que estás en la ciudad...

—Por supuesto, ¿por qué?

—Necesito tu ayuda. Es una herida de bala... No tengo el equipo necesario, está perdiendo mucha sangre...

Me entró el pánico, como a cualquier ser humano en tales circunstancias. Me pasé nerviosamente la mano por el pelo, un hábito que no conseguía quitarme.

Dada mi angustia, Friedrich aceptó venir sin dudarlo. Me sentí aliviado, esperanzado. Ahora solo hacía falta que llegara a tiempo. Yo sabía curar heridas; de hecho, si la bala la hubiera atravesado, podría haberme ocupado yo mismo, pero la falta de equipo seguía siendo un obstáculo. Además, se trataba de ella… ¿Acaso era yo el más indicado para ocuparme de su herida?

Un terrible sentimiento que hacía tiempo que no experimentaba me revolvió las tripas: la culpa. Tendría que haberle pegado un tiro a ese chaval... Bueno, ella nunca me lo habría perdonado. Si tan solo la hubiera obligado a quedarse en su habitación... En fin, de todos modos, el niño habría acabado con una bala en la cabeza. Sin embargo, gracias a ella, ese mocoso vería salir el sol mañana, pero ¿a qué precio? Si hubiera sido por mí, habría acabado con sus tonterías en un segundo. Me daba igual que fuera un niño. ¡Nadie me apuntaba con un arma y salía impune!

Al tomarle el pulso a mi rehén, ya inconsciente, noté que estaba débil. Recé para que la bala no hubiera alcanzado un órgano vital. Me preparé para la llegada de Friedrich. Despejé la estancia y las sillas alrededor de la mesa y las arrinconé donde no estorbaran. Lo hice sin perder de vista a Madison, que yacía inconsciente.

¿Cuánto hacía desde la última vez en que me había preocupado tanto por alguien? En aquel momento, lo único que quería era que sobreviviera.

No podía dejar de mirar las manecillas del reloj de pulsera. Esperaba ver llegar a mi amigo en cualquier momento. A pesar de las contraindicaciones de mover un cuerpo gravemente herido, me aventuré y coloqué a la chica sobre la mesa. Friedrich no la iba a operar en el suelo.

Estaba desesperado por ver que pasaban los minutos, y odiaba sentirme así de impotente. Me limité a presionar sobre la herida, de la que seguía brotando un torrente de sangre.

Los segundos parecían minutos, y los minutos, horas. Finalmente, la puerta principal se abrió. Apareció un hombre de unos sesenta años, con el pelo tan corto y blanco como su barba. Llevaba una camisa y una chaqueta que se había puesto a toda prisa. Mi amigo Friedrich entró con un maletín en la mano. No perdió el tiempo: se acomodó y sacó todo su equipo.

—¿Qué ha pasado?

—Un chico le disparó accidentalmente...

—Has hecho bien en llamar —dijo, desinfectándose las manos y poniéndose guantes, todo con una calma desconcertante.

—Gracias a ti...

Pensé con nostalgia en todos aquellos años, cuando ni siquiera había cumplido los veinte, en los que había seguido a Friedrich a través de la confusión y los disparos para ayudar a los heridos.

Echó antiséptico en la herida, y el escozor fue tal que Madison se despertó, aturdida. Le caían

gotas de sudor por el pelo. Se retorció de dolor e intentó levantarse, así que tuve que sujetarla con fuerza.

—¿Cómo se llama?

—Madison...

El médico se inclinó sobre la joven medio inconsciente y se subió las gafas para inspeccionar su pálido rostro. Sus iris grises se fijaron en el suelo cubierto de líquido escarlata. Había perdido mucha sangre, quizá demasiada.

—Madison, ¿puedes oírme?

Ella asintió débilmente y dejó de forcejear.

—¿Sabes cuál es tu grupo sanguíneo?

Friedrich fijó su vista en la nada, consciente de que a la chica se le iba la cabeza. Solo le quedaba operar y esperar que la considerable pérdida de sangre no acabara con ella.

—Friedrich, si necesitas un donante, soy O-.

Los ojos del sexagenario se iluminaron.

—Después de tanto tiempo, aún consigues sorprenderme, chaval.

Odiaba que me llamara así. Mi viejo amigo dijo:

—En fin, acerca una silla y siéntate a su derecha.

Quería ayudar, si es que podía ser útil de algún modo. Sin perder un segundo, Fried preparó con mesura el equipo necesario y luego se puso manos a la obra con la transfusión de sangre.

Friedrich conocía su trabajo, pero su parsimonia siempre me sorprendía. En completo silencio, retiró la bala. Sin embargo, yo estaba allí, inmóvil en la silla, observando cómo mi sangre se abría paso lentamente por el equipo de transfusión hasta llegar al cuerpo de mi rehén.

***

—Está fuera de peligro... —dijo mi amigo, mientras se quitaba los guantes.

—Gracias, Friedrich, de verdad... ¿Cómo podré agradecértelo?

—No te preocupes, ya me ayudaste en el pasado... Pero perdona que te pregunte… El nombre y la cara de la chica me resultan de lo más familiar. ¿En qué lío te has metido, James? —me preguntó mientras me quitaba el catéter del brazo.

Suspiré, sin saber muy bien qué decir. Al fin y al cabo, mis intenciones con esa chica iban variando conforme pasaban los días. Y aún no sabía a dónde me llevaría todo aquel percal.

—En ninguno. Tranquilo; lo tengo todo bajo control.

—Puedes mentir a los demás, pero no te mientas a ti mismo, James.

Además de ser un excelente cirujano, Fried era un hombre muy sabio. No en vano todos tenían una fe absoluta en él.

—Cuídate, amigo mío...

—Espera, Fried, ¿no quieres un trago?

—No, no, me vuelvo a dormir antes de que Danielle se dé cuenta de que me he ido y me haga más preguntas —dijo, resoplando mientras metía las cosas en el maletín—. Veme contando cómo está. Volveré en unos días.

—Gracias otra vez.

—Bueno, espero que merezca la pena.

Puede que sí… —respondí para mis adentros, mientras la contemplaba, pensativo.

De mal en peor

Me pesaban los párpados y tenía el cuerpo entumecido, pero luché por recuperar la consciencia. Mi habitación estaba sumida en la oscuridad, al igual que mis recuerdos. Pude distinguir la voz de James como un eco lejano, pese a que un estruendo retumbaba una y otra vez en mi mente.

Pero la ilusión de la ignorancia pronto se disipó, ya que un dolor agudo me abatió al intentar incorporarme. Aún podía ver al chico, asustado, frágil y confuso, con la pistola en la mano. Y después, un fundido en negro.

¿Qué había pasado después? ¿Por qué me encontraba tan mal? ¿Qué había sucedido con aquel chico? ¿Y con James? Un montón de preguntas se agolpaban en mi mente.

Levanté la sábana y me quedé atónita al ver un vendaje alrededor de mi abdomen, chafado y manchado de desinfectante. Por las persianas entreabiertas se colaba un pequeño halo de luz. ¿Cuántas horas o días habían pasado?

Se me pasó por la cabeza la idea de volver a sentarme, pero el dolor me abrumó.

—Intenta levantarte una vez más y te juro que no tendré reparos en atarte de nuevo a la cama.

Sorprendida, descubrí a James en la puerta de la habitación. A paso decidido, se dirigió hacia mí para dejar un vaso de agua y algunos medicamentos sobre la mesilla de noche.

—¿Qué ha pasado, James?

—Ese chico te disparó.

Aturdida, intenté recordar los acontecimientos. Lo tenía todo un poco borroso. Las imágenes me venían a cachos, como *flashes* imposibles de interpretar.

—¿No lo habrás…?

—No, pero debería haberlo hecho.

—Gracias… —le dije, suspirando de alivio.

—¿Has estado cerca de la muerte y solo piensas en ese mocoso?

¡Pues claro! No podría soportar que hubiera habido otra víctima, y menos si era un niño. James me pasó el vaso y las pastillas y me advirtió que no bebiera demasiado deprisa.

—¿A qué día estamos?

—A 15 de diciembre.

Cinco días. Llevaba cinco días inconsciente. Era cierto que, desde que estaba allí encerrada, el tiempo ya no importaba, pero seguía flipando. En cierto modo, saber que James estaba vivo me produjo una extraña sensación de alivio. Aquella noche podría haberse convertido en una auténtica pesadilla. De repente, recordé un detalle en particular. Lentamente, desplacé la mirada hacia los dos iris azules de James, y una sonrisa se abrió paso entre mis labios al recordarlo.

—¿A qué se debe esa sonrisa?

—¿Lo he soñado o me llamaste por mi nombre?

Su expresión de sorpresa me sirvió como respuesta. James exhaló profundamente y puso los ojos en blanco:

—Me da a mí que lo soñaste... Ahora en serio, ¿te disparan, casi mueres, y eso es todo en lo que puedes pensar?

—¡Menudo mentiroso eres! —le dije, en tono burlón.

Disfruté de la expresión de hastío que se dibujó en su rostro, a la que luego siguió una sonrisa. Parecía que iba a contestarme, pero cambió de idea al oír tres golpes en la puerta. Acto seguido, entró un hombre de unos sesenta años, con barba y pelo canoso y un maletín marrón en la mano.

—¡Veo que estás despierta! —dijo entusiasmado—. Vamos, James, vete un segundo, que tengo que cambiarle el vendaje.

El señor mayor le dio una palmada en la espalda y el susodicho obedeció sin dudar.

—Friedrich Lehmann. Encantado. Fui yo quien te trató.

—Le debo la vida, entonces…

—Bueno, no exactamente. Si James no hubiera donado su sangre, quizá no habrías sobrevivido. Eres una chica con suerte.

Me quedé mirándolo sin articular palabra, como buscando que me dijera que era coña. ¿Cómo iba a haber hecho eso James? ¡Y menos por mí!

—Tendrá sus razones, supongo… —suspiré, poniendo los ojos en blanco.

La situación era cada vez más surrealista.

—No lo subestimes. Es verdad que ha cambiado mucho desde que lo conozco, pero sigue siendo una buena persona.

Una buena persona que mataba a gente y secuestraba a inocentes... Eso es lo que me habría gustado decir, pero opté por callármelo. Me costaba creer que su sangre corriera ahora por mis venas, que hubiera actuado por simple bondad, y no tuviera otras intenciones.

Friedrich cortó las vendas con cuidado. Di un pequeño respingo al ver la pequeña herida, aún roja. Sin duda dejaría cicatriz.

Me estremecí al sentir el desinfectante en contacto con mi piel. Nunca había tenido una herida tan grave. Una vez, de pequeña, me había torcido el tobillo saltando del columpio, pero ahora todo aquello me parecía ridículo.

—Volveré en una semana, más o menos —añadió, mientras sellaba la gasa con esparadrapo —. Mientras tanto, evita cualquier movimiento brusco y haz lo que James te diga.

Su último consejo parecía difícil de seguir. Una cosa era escucharle y otra muy distinta, obedecerle. Friedrich Lehmann se levantó e inclinó ligeramente la cabeza para despedirse, antes de salir de la habitación. Era un buen tipo, pero me preguntaba de qué se conocían. De hecho, parecía que al señor le caía muy bien James... ¿Y si fueran parientes?

Una vez más, apoyé la cabeza en la almohada. La herida me producía una sensación muy desagradable con cada respiración. Esperaba que la medicación hiciera efecto pronto, porque lo único que deseaba era volver a dormir, dejar pasar el tiempo y olvidarme del dolor.

Los oí hablar desde el pasillo, pero no pude distinguir ni una sola palabra. Por fin, al cabo de unos minutos, James volvió a entrar en la habitación y se sentó en la silla a mi lado.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien, gracias. Dijiste que tu casa era una fortaleza impenetrable. ¿Cómo entró ese niño?

—Eso mismo me pregunto yo. Llevo un par de días dándole vueltas, pero sigo sin encontrar la respuesta.

Apoyó los codos en las rodillas, cruzó los dedos y se sumergió en una vaga reflexión.

—Probablemente fuera Romero —musitó—, o De Marzo... He de tener cuidado con él. Con los dos, en realidad. Cualquiera podría haberle dicho al chico cómo entrar y esquivar mis detectores. Romero es la única que ha estado aquí recientemente, así que podría haber convencido al chaval para vengarse. No descarto esa posibilidad. Además, habían cortado los

cables del generador de emergencia.

Mierda…

Podía haber sido esa mujer. Y yo que esperaba no volver a verla nunca más. Al final la casa no iba a ser tan segura como parecía.

—En cualquier caso, está claro que hay alguien que quiere matarme.

—Y aparte de Romero o de ese tal De Marzo, ¿quién querría hacerte daño?

Dejó escapar una risa socarrona mientras se apartaba los pocos mechones de pelo que le caían por la cara. Definitivamente, su reacción no me tranquilizó.

—Hay mucha gente ahí fuera que me quiere muerto, ya sea por venganza, por interés propio o simplemente porque les molesta que esté en el cotarro.

Era evidente que no le preocupaba demasiado que todos quisieran verle a dos metros bajo tierra. Yo misma, si hubiera tenido la oportunidad, probablemente no habría dudado en matarlo para escapar. Bueno, quizá no lo habría matado, pero sí lo habría dejado inconsciente de un porrazo. Aunque, en realidad, no sabía qué coño quería en aquel momento.

De repente, el teléfono de James sonó. Me dirigió una última mirada y luego contestó.

—¿Qué quieres? —dijo, frunciendo el ceño—. Kurtis, baja la voz.

No oí lo que Kurtis tenía que decir. Sin embargo, al ver que James iba perdiendo poco a poco el color, deduje que había pasado algo grave.

—¡¿Un incendio?! ¿Dónde?

Mi secuestrador se levantó rápidamente, y siguió escuchando lo que ese tal Kurtis le decía al otro lado de la línea.

—¡Me cago en la puta! Vale, enviaré a Evy y a su hermano. No puedo ir con vosotros ahora mismo... ¡¿Cómo dices?!

James palideció y, como si hubiera perdido toda la fuerza de las piernas, se dejó caer en la silla. Sumido en un profundo silencio, siguió escuchando a su interlocutor.

—Ya te llamaré, Kurt… —murmuró con la voz rota.

Nunca le había escuchado hablar así.

James apoyó la cara en las manos y luego volvió a atusarse sus cabellos oscuros, que llevaba en media melena. ¿Qué coño estaba pasando? Se le veía desolado.

—¿Todo bien?

James se tomó varios segundos antes de decidirse a hablar:

—William ha muerto.

Atónita, busqué un atisbo de burla en sus ojos. Tenía que ser una broma. James sabía que me llevaba bien con Will. Él era mi único consuelo después de lo que había pasado en Winnipeg, el único que me hablaba, me apoyaba y me hacía reír un poco. Lo que no sabía era que Will también era quien tenía que ayudarme a escapar.

Morir así de joven... Me mordí el labio inferior para contener las lágrimas. No quedaba piedad en el mundo. No podía imaginar el dolor que James debía estar sintiendo en aquel momento.

Por no mencionar que, al igual que él, yo estaba hecha trizas.

La reunión

Gracias a la medicación que me dio James, pude volver a conciliar el sueño. Si no, habría sido imposible. La terrible noticia de la muerte de William nos había sacudido con crueldad. Aún recordaba las palabras de Willy:

«Ten paciencia. Te sacaré de esta... Te lo prometo.»

Me había abandonado. Había roto su promesa. Pero, pensándolo mejor, salir de allí ya no era una prioridad. ¿Qué quería hacer con mi vida?

Seguía siendo incapaz de ponerme de pie, o de hacer el más mínimo movimiento sin que el dolor del agujero de bala se despertara de nuevo. Mi captor, o más bien mi salvador, dadas las circunstancias, estaba más ausente de lo habitual. Me dejaba sola, pero ya no se preocupaba por buscarme vigilancia. Estaba tumbada la cama hecha mierda, así que no creía que fuera a llegar muy lejos.

Mis días se basaron, pues, en dormir, leer, mover los pulgares en círculos y mirar por la ventana. El gélido invierno canadiense decoraba el jardín. Solo de imaginarme la temperatura que haría fuera me entraban escalofríos.

A menudo recordaba las palabras del señor Lehmann: si James no me hubiera donado sangre, quizá no habría sobrevivido. Era la primera vez que había esquivado a la muerte. Recordaba a cachitos el miedo que había sentido al descubrir la mancha de sangre en mi camiseta, pero también el pavor de no volver a abrir los ojos.

¿Y si hubiera muerto? ¿Qué habría pasado? Nadie se habría enterado y eso me aterraba. Claro que me daba miedo morir, al igual que enfrentarme al más allá, no volver a ver a mis seres queridos, pensar en todo lo que me había perdido en la vida... ¿Acaso no le pasaba a todo el mundo?

Me quedé allí de pie, admirando la blancura del techo e intentando apartar de mi mente esos oscuros pensamientos, mientras esperaba pacientemente a James. Un portazo en la planta baja atrajo mi atención. Después, solo hubo silencio. Probablemente se tratara de James, pues ya llevaba varias horas fuera. Pero en el salón se oía más de una voz y unas risas. Por precaución, me tapé con la sábana blanca hasta el cuello, con la esperanza de que me ocultara de posibles intrusos.

Pude distinguir al menos cuatro voces y me entró la ansiedad. Luego oí unas fuertes pisadas subiendo las escaleras y el corazón me latió mucho más fuerte. Según mis cálculos, parecía que había dos personas. ¿Serían James y Friedrich? Tal vez fueran dos asesinos que iban a por él… O De Marzo…

La puerta de mi habitación se abrió de golpe y se me paró el corazón.

—¡Hola! —gritó una pelirroja a la que reconocí enseguida—. ¿Cómo está nuestra chef favorita?

Me relajé de inmediato. Me dejé caer de espaldas en el colchón, avergonzada por haberme asustado por nada. Steven y Evy irrumpieron con la fuerza y la energía que tanto me faltaban.

—Te has puesto blanca… ¿Te encuentras bien? —preguntó el hermano de Evy al acercarse a mí.

Asentí. No me apetecía explicarles que habían sido ellos quienes me habían hecho palidecer.

—James nos ha contado lo que te pasó. ¿Qué se siente al recibir tu primer balazo? —dijo Evy, burlona, como si se tratara de algo inofensivo.

—Pues dolor…

Los pelirrojos intentaron aguantarse la risa, pero fue en vano. Yo esbocé una sonrisilla. Bromear sobre lo que había pasado estaba por encima de mis fuerzas.

—He oído un ruido en la planta baja. ¿Qué pasa ahí abajo?

—No mucho, la verdad. Eso sí, habrá unas cuantas personas por aquí esta tarde. Será mejor que te quedes en la cama por ahora.

Asentí. De todos modos, no tenía ganas de ponerme derecha. No les pregunté nada más, porque sabía que no me responderían, como de costumbre.

Por desgracia, no estuve mucho tiempo acompañada, ya que, al parecer, había una reunión en el salón. Estaba preocupada, para qué mentir. ¿Qué estaban tramando allí abajo? ¿Sería una reunión de criminales, un complot de asesinato…? La paranoia se apoderó de mí, y con razón.

Sin embargo, me limité a esperar. Crucé los dedos sobre el estómago, y miré de nuevo al techo. Ya me lo sabía de memoria: desde la pequeña grieta de pintura hasta la tela de araña sobre el armario. Debí haberles pedido a los gemelos que me trajeran otro libro.

Puse la oreja y oí un ajetreo de objetos y de patas de muebles que se arrastraban por el suelo. Serían sillas... ¿Estaría James en la planta baja? De ser así, ¿por qué no había subido todavía? Era evidente que tenía ciertas obligaciones que cumplir con sus colegas de negocio y bueno, yo prefería mantenerme alejada de él por el momento.

Conté unas quince voces en la mansión. Los oía saludarse, conversar y reírse, pero era imposible entender lo que decían con claridad. En el fondo, esperaba que alguien viniera a hacerme compañía. Steven, Evy, o ya que estábamos, James, o William... En fin, jamás superaría su pérdida.

Ya eran las dos. Mis ojos cansados se volvieron hacia el vaso de la mesilla de noche. Estaba vacío. La sed y el hambre se apoderaron de mi mente. Abajo, las voces no cesaban. De hecho, el volumen de la conversación había aumentado, pero seguía siendo imposible entender nada.

Quizá si intentase levantarme despacio, podría ir a beber al baño, discretamente, sin que nadie se diera cuenta. Al fin y al cabo, estaban todos en el salón.

Decidí salir de la cama con mucho cuidado. Fui muy, muy despacio. Primero me senté, pero enseguida me tiró la herida del abdomen. Cada vez que contraía mínimamente un músculo, la experiencia se convertía en un calvario. Me giré lentamente para poner los pies en el suelo. Mi respiración se ralentizó y cerré los ojos para relajarme, y luego hice fuerza con los brazos para levantarme. Me temblaron las piernas; sentí que me pesaban una barbaridad y tuve que agarrarme a la pared para no caerme. Cogí el vaso vacío a mi paso y me lo coloqué bajo la axila. Con dificultad, llegué a la puerta, y me apoyé en la pared con una mano, mientras me sujetaba el abdomen con la otra.

Las voces que había justo debajo de mí llegaban con más claridad: estaban hablando de negocios, de dinero... En definitiva, de asuntos de la mafia. No le di importancia y continué mi camino hacia el baño, orgullosa de cada paso que daba.

En cierto modo, a pesar de mi deplorable estado, «cambiar de aires» era un alivio. Me apoyé en el borde de la pila y permanecí inmóvil frente al enorme espejo durante unos largos segundos. Tenía la tez pálida: parecía un cadáver. Finalmente, sacié mi sed hasta que tuve el estómago a reventar. Así, de paso, dejaría de rugir. Me serví un último vaso de agua antes de decidir volver a mi habitación.

Pero como era de esperar, me picó el gusanillo de la curiosidad. Mientras caminaba por el pasillo, me llamó la atención la voz de un hombre. No era la de James, sino la voz ronca y fría de un hombre de unos cincuenta años, o eso creía yo, y sus palabras me hicieron frenarme en seco.

—¿De verdad crees que es una coincidencia, James? Romero vuelve, De Marzo enloquece, alguien intenta asesinarte y William muere, todo en menos de una semana. Aquí hay algo que no encaja.

—La señora Romero no es nuestra mayor preocupación, Bran. Puede que Francesco sepa lo de Domenico, y eso explicaría por qué envió a ese chico a intentar matarte —intervino Evy.

Me acerqué un poco más. Junto al pie de la escalera, vi la mesa gigantesca del comedor. Las sillas estaban ocupadas por no menos de veinte personas. De espaldas a mí, reconocí la complexión de James. Mi captor respondió:

—No tiene sentido. Ese chico no conocía a De Marzo, solo buscaba venganza.

—¿Y qué pinta Willy en todo esto? ¿Lo has pensado? No fue un accidente, la explosión fue premeditada. ¡Está claro que fue Francesco! —dijo una mujer de pelo descolorido.

—¡O Romero! —añadió otra.

La conversación se convirtió rápidamente en verborrea. El barullo me provocó dolor de cabeza. Intenté volver a mi habitación, pero el jefe de la banda se levantó, volcó la silla y golpeó la mesa con los puños.

—¡Silencio!

Su tono implacable hizo palidecer a muchos de los presentes. James miró a su socio, se puso en pie y exhaló un suspiro. Estaba a punto de dirigirse a la cocina, pero algo —su famoso instinto, sin duda— le hizo volverse y mirarme.

Me dirigió una mirada de desesperación y se pasó la mano por el pelo, como hacía siempre que estaba nervioso.

—Disculpadme un segundo —añadió, antes de subir las escaleras.

Su actitud no auguraba nada bueno. Retrocedí tímidamente, hasta que choqué con la pared. James me puso la mano en el hombro, un gesto que me hizo estremecer, y sus dedos recorrieron mi brazo para quitarme el vaso de agua de las manos.

—No deberías estar aquí.

—¿Tú crees?

—No deberías haber salido de la cama.

—Ya, hasta ahí llego. Es que tenía sed...

Sin más preámbulos, me arrastró de vuelta a mi habitación. Estaba agotada. Volví a la cama, refunfuñando por el dolor. Mi captor regresó rápidamente para dejar unas pastillas blancas y un vaso en la mesilla de noche. No le pregunté nada. Dejó caer en la palma de su mano una pastilla y dos comprimidos para el corazón, que no me costó identificar por su color amarillo pálido.

—Esto te ayudará con el dolor.

—Gracias…

—¿Tiene hambre?

Asentí y me tragué de golpe el medicamento.

—Te traeré algo dentro de una hora, ¿de acuerdo? Ya queda poco.

Estaba dispuesto a abandonarme de nuevo. Enseguida noté que tenía bajos los ánimos. Sospechaba que la muerte de Will tenía algo que ver. Después de todo, los dos se llevaban muy bien y James era como un hermano mayor para William, aunque a menudo se quejara de que no le dejaba mucha libertad.

—¿Estás bien?

James se detuvo en la puerta. Para ser sincera, las posibilidades de que se diera la vuelta y me confiara algo eran escasas. Sin embargo, percibí un ligero temblor en su voz, que normalmente era implacable y autoritaria, cuando me dijo:

—No te preocupes, Madison.

Atormentada

Aunque James me había asegurado que volvería pasada una hora con algo de comer, no volvió a aparecer. Quien se coló en mi habitación fue Evy, sosteniendo un cuenco.

—Lo siento, pero tienes que comer ligero.

A modo de respuesta, mi estómago rugió ante el delicado olor de las verduras.

—Ya casi han terminado abajo. Las cosas van a cambiar muy pronto… —dijo la pelirroja, con el rostro descompuesto.

—¿Cómo que van a cambiar?

—No puedo decírtelo, pero ahora que William ya no está, el negocio está patas arriba.

¿Patas arriba? ¿Qué quería decir con eso? Hacerle más preguntas no serviría de nada. Y menos aún con James. No era muy dado a hablar. Evy me dio el cuenco humeante y una cuchara, pero no se quedó conmigo, porque al parecer, la necesitaban abajo. Tuve que creerme sus palabras, ya que las voces en el salón comenzaron a elevarse de nuevo.

Antes de marcharse, me dio un libro para que me entretuviera mientras esperaba. A primera vista, podía parecer ruda, con su aire impasible y su ropa oscura y deshilachada, pero Evy era, sin duda, una de las personas más dulces que había conocido en los últimos meses. Aparte de Willy, claro.

Cogí el ejemplar de *Dear life*[1], de Alice Munro. Conocía bien a aquella autora: había leído varios de sus libros y ese justo lo tenía pendiente. Esa mujer tenía un verdadero don para escribir: nunca usaba una palabra de más. Sus textos eran puros y, a veces, melancólicos. Siempre disfrutaba leyéndola.

Me tomé hasta la última gota de la sopa y me hice a la idea de pasar la tarde leyendo; sin embargo, mi motivación se negó a cooperar. Dejé que mi mente divagara y me adormecí. En realidad, me vendría bien, porque mientras durmiera, no podía sentir el dolor.

***

La silueta de un hombre se dibujó en la penumbra; pude distinguir perfectamente su arma plateada. Se acercó a la luz y levantó el cañón, apuntando a mi cabeza. James me amenazaba con las manos ensangrentadas. Una mueca distorsionaba su rostro. No pude ver la claridad de sus iris.

«Has llegado en muy mal momento…»

Un disparo acabó con el silencio. Sin fuerzas, me desplomé en el suelo. Eran exactamente las palabras con las que me había amenazado la noche en que nos conocimos. Presa del pánico, intenté despertarme. Nada había cambiado: seguía en la misma cama, en la misma habitación, en la misma casa. La noche se cernía sobre la habitación, en la que apenas entraba la luz. Un dolor agudo se despertó en mi estómago. Me levanté la camiseta y toqué la venda manchada de sangre. Empecé a jadear. Me estaba asfixiando.

«Le he dicho a tu madre que iba a divertirme contigo, así que ¿por qué no empezar ahora?»

Me apretaba con los dedos. Intenté apartarle con todas mis fuerzas, pero me aplastaba con su peso. Grité. Me estaba ahogando... Iba a matarme.

De repente, abrí los ojos, empapados de lágrimas. James me miraba desde arriba. Su rostro estaba oculto por la oscuridad, pero lo reconocí enseguida. El olor a hoja de davana[2] era inconfundible. La presión que ejercía sobre mí me impedía moverme.

—¡Suéltame! —grité, tratando de quitármelo de encima, pero fue en vano.

—Primero, cálmate.

Cubierta en sudor, recuperé la consciencia. ¿Acaso estaba ya despierta? En ese momento, la mejor idea que se me ocurrió para averiguarlo fue golpearle, pero él detuvo mi muñeca en plena trayectoria. Tenía aún su eterna sonrisa astuta dibujada en los labios.

—¿Qué te pasa ahora?

Dejé a medias mi intento de ataque y me tumbé de nuevo encima de la cama, sin fuerzas. Ya no estaba soñando. Lo supe por la forma en que James se comportaba.

Cuando me hube calmado, me soltó y me levanté con dificultad, mientras me secaba las lágrimas con el dorso de la mano.

—¿Qué te pasa?

—Nada —mentí.

Sí, bueno, ¿y qué más? No iba a decirle que su presencia era la causa de mi ansiedad… Recuperé la compostura y él encendió la lamparita de mi mesilla de noche. Después de esa pesadilla, caí en la cuenta de que James había dejado estragos en mi mente. Sacudí la cabeza para borrar los malos recuerdos, entré en razón y le pregunté qué hora era.

—Son casi las diez. Tenemos que irnos.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Luego te lo explico. Pero antes tengo que cambiártela.

Señaló mi venda, que sobresalía ligeramente de la camiseta. James desenvolvió unas gasas y otros productos sanitarios encima de una bandeja. Me quitó el esparadrapo con cuidado, pero no consiguió evitar que hiciera una mueca de dolor. A menudo me preguntaba quién había inventado semejante mierda, capaz de arrancar de cuajo hasta los pelos microscópicos.

—Gallina… —dijo, burlón, mientras arrojaba el esparadrapo a la papelera del otro extremo de la habitación.

—Me gustaría ver cómo te desenvuelves tú en estos casos.

Sin previo aviso, echó desinfectante en la herida, aún abierta, y yo gruñí.

—Lo dicho: eres una gallina —añadió James, hurgando literalmente en la herida.

No respondí a aquel comentario; me limité a mirar al techo.

Podo después, terminó de sellar el vendaje con una profesionalidad sin precedentes. Siempre lo había visto como un matón que disparaba a todo el mundo y enterraba cadáveres donde le venía en gana. Pero sabía esconder su verdadero ser, al igual que su pericia en los cuidados.

—¿Dónde aprendiste a vendar con tanto mimo?

—¡Ay, tesoro...! Hay tantas cosas que no sabes…

—Y supongo que no vas a ser tú quien me las cuente…

—Ahí le has dado. No pienso hacerlo.

Volví a poner los ojos en blanco. Esa horrible sensación de no saber nada de él, mientras que él lo sabía todo de mí, aún me atormentaba. Y no era solo una sensación. Me bajé la camiseta mientras él tiraba los vendajes usados. Luego, en silencio, volvió a mi lado. Miré fijamente sus ojos azul claro, escéptica: ¿a qué estaba esperando exactamente?

—Bueno, ¿te levantas o qué?

—¿Para qué?

—Te he dicho que tenemos que irnos. Recoge tus cosas.

Me tendió la mano para ayudarme a ponerme en pie. Sorprendentemente, me resultó mucho más fácil que la primera vez. James salió de la habitación y yo me limité a coger una bolsa y meter en ella mi medicación, algo de ropa interior, camisetas y un par de vaqueros. ¡Muy bonito! Siempre llegaba, me decía que nos teníamos que ir y no se molestaba en mencionar siquiera adónde, cómo ni por cuánto tiempo.

Me puse una chaqueta y unos vaqueros con cierta dificultad. Eran simples movimientos que, normalmente, no me habrían llevado ni medio minuto. Sin embargo, en aquel momento tardé diez minutos en vestirme. Bajé las escaleras con cuidado y, como de costumbre, James ya me estaba esperando. Miró su reloj y luego me cogió la bolsa para meterla en la suya, que era mucho más grande. ¿Qué me ocultaba?

Cerró la puerta y, muerta de frío, me subí al 4x4, cuyo motor ya estaba en marcha. El calor me reconfortó. La noche y el viento helado del exterior me dieron la extraña sensación de que la muerte estaba al acecho.

—¿Qué tal si me dices adónde vamos?

—Lejos de esta ciudad.

---

[1] *N. de la T.* En español, *Mi vida querida*.

[2] *N. de la T.* Pequeña hierba aromática, de naturaleza xerofílica, esto es, adaptada a la vida en un medio seco.

Rumbo a lo desconocido

Acosé a James con todo tipo de preguntas por el camino, pero no se dignó a responder. Se limitó a dejarme con la intriga, a base de «ya verás» o un «espera un poco». Habíamos atravesado Montreal de cabo a rabo. No había ni un alma en esas calles oscuras y heladas. No se veía a nadie deambular por allí, ni siquiera a los más atrevidos. A medida que nos alejábamos de la ciudad, había menos farolas. La nieve y el viento chocaban con el parabrisas.

Por suerte —o por desgracia—, James apagó el motor al cabo de unos cuarenta minutos. Vi unas luces rojas parpadeando en el suelo, y frente a nosotros, una nave extensa a más no poder, iluminada por unas cuantas farolas. James cogió dos bolsas de viaje de la parte trasera y abrió la puerta.

—Venga, sal.

El frío arrasó con el poco calor que quedaba en el coche y deduje que mi chaquetita no me taparía lo suficiente. De todos modos, me armé de valor y salí. Friedrich me había aconsejado que esperara unos días antes de levantarme, pero tenía la sensación de que se había quedado corto. Me sujeté del costado izquierdo, que aún tenía magullado, y me acerqué adonde estaba James.

Mi captor cerró el coche y luego me ofreció su brazo derecho libre para sostenerme y avanzar juntos. Obviamente, no me negué. Las circunstancias me obligaron a tragarme mi orgullo.

Fui incapaz de contenerme por más tiempo: pasados unos segundos, me castañetearon los dientes y me empezó a temblar todo el cuerpo.

—Vaya idea has tenido al ponerte así de fresca… —me reprochó James mientras caminábamos hacia el cobertizo.

—Podrías haberme avisado de adónde íbamos.

—Deberías haberlo pensado, listilla, estamos a -9 °C. Es obvio que una camiseta y una chaqueta no son nada.

Suspiré a modo de respuesta. No tenía valor para rebatir sus comentarios.

No tardamos mucho en entrar. Allí estábamos a resguardo del viento, pero aún hacía una temperatura difícil de soportar. Y cuando vi lo que teníamos delante, decidí dar media vuelta. Prefería quedarme en el coche.

—Ah, no, no… —objetó James, reteniéndome.

—No conseguirás que suba viva a ese avión.

La verdad es que debería haber reconocido la pista de despegue mucho antes. Había luces rojas en el suelo, joder. No tenía muy buenos recuerdos de vuelos de larga distancia, y me preguntaba quién tendría parte de la culpa…

—Eso ya lo veremos.

Al escuchar sus palabras, tuve un *déjà vu*. James me dirigió su eterna sonrisa ladina. Sin embargo, esta vez no había bosque por el que salir huyendo, y yo tampoco estaba en buenas condiciones físicas.

El avión, obviamente más pequeño que aquel en el que me había obligado a entrar hacía más de dos meses, seguía teniendo cierto caché.

—Te pregunto una y otra vez adónde vamos y tú callado como una mula, ¡y ahora pretendes

que me suba a un avión! ¡¿Qué está pasando, James?!

Soltó las bolsas y me puso las dos manos en los hombros, como un adulto que se pone serio con un niño.

—Nos vamos. Pasaremos desapercibidos y dejaremos que las cosas se calmen...

—Pero ¿por qué?

—¡Porque ya no hay negociación que valga entre los italianos y los irlandeses!

James me dio la espalda y se atusó el pelo. Era evidente que estaba enfadado.

—El asesinato de Domenico ha causado más revuelo del que me imaginaba. No me refiero a la muerte de Will, que por cierto, estoy seguro de que fue cosa de De Marzo; pura venganza. La West End Gang también se está rebelando. Piensa que mi sistema de seguridad ha fallado dos veces en menos de una semana... Irse de Montreal ya no es una opción, es una necesidad.

Yo ni siquiera había sospechado que el trato entre mafias pudiera romperse, porque no sabía mucho de ese tipo de negocios. ¿Cómo iba a haber imaginado que las cosas se torcerían hasta ese punto tras aquella noche en Winnipeg? Conque eso era el efecto mariposa... Ese cuaderno enano de tapa roja había provocado ni más ni menos que un maremoto.

—Así que, por favor, Madison, sube a ese avión —dijo, pellizcándose el puente de la nariz.

Oír mi nombre en su boca me produjo una extraña sensación, la de recuperar la identidad de la que había carecido durante tanto tiempo, aunque fuera de forma ilusoria. Resignada, caminé junto a él hacia la aeronave que tanto me intimidaba. Nunca estaba tranquila cuando subía a un avión.

Posó su cálida mano en mi espalda y respiré hondo antes de subir los cinco escalones que separaban el hormigón de esa carcasa de metal. James siguió mis pasos, y unos segundos después, el copiloto cerró definitivamente la puerta.

—¿De quién es este avión? —pregunté mientras ocupaba uno de los asientos.

—Esta vez es mío —respondió con una naturalidad desconcertante—. ¿Quieres tomar algo antes de despegar?

—No, gracias —solté, apoyando la cara en la mano.

Mi nerviosismo aumentaba más y más.

Mi captor se encogió de hombros y se sirvió un vaso de Bushmills. Al ver el color ámbar del líquido, deduje que era *whisky*.

—No tienes muy buen aspecto… —dijo, mientras se sentaba a mi lado.

—Odio despegar.

Sonrió. Obviamente, no entendía por qué estaba tan agitada. La última vez, había tenido la suerte de haber caído redonda antes del despegue. Ese miedo a los aviones se remontaba a mi infancia. Mis padres y yo estábamos de viaje en Roma. La ida había sido perfecta, pero a la vuelta, durante el despegue, la rueda trasera izquierda se atascó. El avión volcó y el ala del mismo lado se seccionó. Cundió el pánico: el pájaro de hierro empezó a temblar y las máscaras de oxígeno cayeron sobre nuestras cabezas. Acabamos más asustados que heridos, la verdad. Nos devolvieron el dinero del billete y al final volvimos en tren a casa. Por eso, venir a Canadá, aunque fuera doce años después, había sido un calvario.

Entre recuerdo y recuerdo, el avión se fue preparando para el despegue. Al oír la pesada rotación de las turbinas, volví a ocultar la cara tras las manos y contuve la respiración. El idiota de mi derecha se rio.

—Bueno, estaría bien que te abrocharas el cinturón… —me aconsejó, señalando la hebilla metálica.

James seguía mirándome atentamente. Tragué saliva y agarré los dos extremos para ajustar y abrochar aquel trozo de tela inútil que no me protegería en caso de accidente.

Estiré las mangas de la chaqueta y jugueteé con los dedos para intentar distraerme, pero fue imposible. Por lo general, mi móvil resultaba ser una distracción sin igual: jugaba con los auriculares puestos para evadirme de ese ambiente que me provocaba tanta ansiedad.

Cuando la máquina metálica entró en pista, empezó a coger velocidad y las paredes temblaron. El recuerdo de la rueda y el alerón haciéndose añicos hizo que volviera la ansiedad del pasado. Me costaba respirar. Por su parte, James sorbía su bebida, como si no pasara nada. A través de la ventanilla, el paisaje pasaba cada vez más rápido. Todo mi cuerpo temblaba al compás de aquella estructura metálica.

—No, no, no… No puedo —dije, muerta de miedo, mientras intentaba levantarme.

Mis dedos no respondían. Tenía el cuerpo atornillado a aquel maldito asiento.

De repente, un calor envolvió mi mano. No me hizo falta mirar: era James. Entrelazó nuestros dedos y apreté hasta que le clavé las uñas en la piel.

—Mantén los ojos cerrados. Imagina que estás en una montaña rusa.

—Odio las montañas rusas.

El ruido sordo, la velocidad, la potencia, las sacudidas… Todos esos detalles me abrumaban. Pero la presencia de James, su piel, su calor, me ayudaron a pensar en otra cosa. En ese momento, deseé que no se apartara nunca de mi lado.

No tenía sentido: ¿por qué me hacía sentir mejor? ¿Por qué me tranquilizaba? ¿Y por qué estaba siendo tan considerado conmigo?

En un abrir y cerrar de ojos, estábamos en el aire y el vuelo se estabilizó. Sin embargo, había algo en mí que me impedía abrir los ojos. James seguía apretándome la mano y rozó suavemente mi piel con el pulgar.

—Ya está… —dijo.

Exhalé aliviada y fui recobrando el sentido. Consciente de que la situación se estaba volviendo embarazosa, le solté la mano y aparté la mirada. Me sentí ridícula y James dejó escapar una carcajada antes de añadir:

—Diane también odia los aviones.

—Me has hablado varias veces de tu hermana, pero nunca de tus padres. ¿Quiénes son?

Se levantó y se estiró.

—Eso no es asunto tuyo.

¿Por qué no me sorprendía? Lástima. Al menos lo había intentado...

Tiré de la lengüeta de la hebilla para desabrocharme el cinturón y James se escabulló hacia la cabina. Me incliné hacia la ventanilla, pero no pude ver ni una estrella en el cielo. Estaba repleto de nubes. Me estaba recuperando poco a poco del despegue, pero seguía inquieta por lo que estaba pasando. ¿Por qué James se tomaba tantas precauciones?

Volvió unos minutos después con una sonrisilla en el rostro.

—Llegaremos dentro de cinco o seis horas. Aprovecha para descansar.

No pude ocultar mi asombro.

—¿No vas a decirme adónde vamos?

Se acercó un momento para mirarme fijamente con sus ojos azules. No sería capaz de describir la forma en que me miró en ese preciso instante. Un pequeño destello en sus ojos me dejó boquiabierta. Afortunadamente, no se dio cuenta.

—No —dijo finalmente, sin la menor explicación para tranquilizarme—. ¿Tienes hambre?

Me seguía sorprendiendo la forma en la que cambiaba de tema. James desapareció detrás de una cortina y yo fui tras él. Estaba de pie delante de una nevera, pensando en qué comer. En aquel vuelo no había azafata y la nevera estaba llena de comida preparada. Llevaba tanto tiempo hambrienta —desde el mediodía, para ser exactos— que hasta aquellas verduras en bandejas me hicieron salivar.

—Bueno, tenemos pasta con pollo, arroz con cordero, ternera y...

—Revuelto de verduras… —dije, embelesada, mientras se me hacía la boca agua.

James me alcanzó la bandeja en cuestión y señaló el microondas a mi derecha. Luego él sacó un plato con un lomo de res y patatas salteadas con hierbas.

Y así nos encontramos comiendo frente a frente, en absoluto silencio. No habría tenido sentido iniciar una conversación, ya que no habría durado más de un minuto. A pesar de la vaga sonrisa que esbozaba para tranquilizarme, pude ver que, claramente, tenía la cabeza repleta de todas las desgracias que había vivido con el paso de los años.

Sabía que no me contaría nada, al menos por el momento. Por muy amable que fuera conmigo, la situación seguía siendo la misma: James no confiaba en mí. En realidad, era de cajón: un secuestrador y su rehén no podían ser amigos, aunque últimamente se me olvidara cuál era mi situación.

Me llené la tripa. No me hacía falta mucho más. Agotada, me estiré y sentí cómo el vendaje tiraba de mi piel. En cuanto vio mi cara de dolor, James sacó las cajas de comprimidos y pastillas de su cazadora.

—Tómate una de cada; te ayudará. Si quieres descansar, hay una habitación al fondo a la derecha y una ducha a la izquierda.

—Gracias —susurré mientras cogía las pastillas.

Me alejé y le di las buenas noches y él sacó el móvil.

Al ver mi reflejo en el espejo del baño, sonreí ligeramente. A pesar del cansancio y de todas las demás razones por las que me encontraba en un estado tan lamentable, me sentía viva. Estaba agotada, por supuesto, pero tenía una sensación de liviandad.

Me tragué los medicamentos y rebusqué en los cajones del compartimento hasta que di con un pantalón de chándal y una camiseta negra de tirantes. Me puse la ropa limpia con ciertas dificultades, sí, pero lo conseguí. No era una incapacitada, y mucho menos, una gallina, como había insinuado el señor McAllister.

El compartimento, a pesar de ser contar con un espacio reducido, tenía una cama de matrimonio y una cómoda rebosante de ropa. No quise marear más la perdiz y me tumbé en el colchón. Era tan cómodo que parecía invitarme a caer como un tronco, a calentarme como un malvavisco en una hoguera. El cansancio pudo conmigo y me quedé dormida, exhausta, aún dándole vueltas al posible destino al que me llevaría ese avión.

Dulce calor humano

Me desperté gracias a las caricias luminosas del alba, que se colaban por la ventanilla. El dolor había desaparecido, prueba de que los medicamentos seguían haciendo efecto.

Me desperecé, me di la vuelta y cogí la almohada para hundir la cabeza en ella. No había que desaprovechar la oportunidad de dormir unos minutillos más.

Una ligera brisa me rozó la cara, lo que me hizo sonreír. Debía de ser la salida del aire acondicionado que tenía justo encima. O tal vez no, porque oí un ligero balbuceo antes de alguien me quitara la colcha. Inmediatamente, abrí los ojos y descubrí un brazo decorado con tatuajes que sobresalía del edredón. Un poco más arriba vi unos rizos marrones dispuestos en la almohada.

¡Mierda! Pero ¿qué coño hacía allí?

Me giré para ponerme boca arriba con toda la suavidad que pude. No quería despertarle; habría sido demasiado embarazoso. Además, ¿cómo había conseguido meterse en la cama sin que yo me despertara? Tenía un sueño bastante ligero…

Con cuidado, puse un pie en la alfombra: ¡qué sensación tan agradable! Me habría sentido aún mejor si no hubiera tenido que concentrarme en salir de la cama.

De repente, una mano ardiente se posó en mi brazo. James no estaba dormido, lo que se confirmó unos segundos después, cuando susurró somnoliento:

—Quédate aquí…

¿Por qué me daba tanto palo? No debería avergonzarme por algo tan trivial. Después de todo, ya había dormido a mi lado antes, aunque hubiera sido la vez en la que me había drogado con opio. Y ahí estaba de nuevo.

Volví a meter la pierna con cuidado bajo la colcha. Entonces me pasó el brazo alrededor de la cintura hasta envolverme. Me fue imposible liberarme de su agarre.

—¿James? —dije tímidamente.

No hubo respuesta. No se movió. Tenía la cabeza aún hundida en la almohada. Quizá hablara en sueños…

Con delicadeza, agarré la mano que me retenía y la levanté, con la esperanza de deshacerme de ella. Estuve cerca de conseguirlo, pero mis esperanzas se desvanecieron cuando su mano se tensó.

—Te he dicho que te quedes.

Puse los ojos en blanco.

—¿Por qué haces esto? —suspiré y me rendí.

No iba a conseguir salir de esa cama.

—Porque soy libre y hago lo que me da la gana —dijo mi captor.

James levantó la cabeza para mirar el móvil. Eché un vistazo a la hora: eran las ocho en punto. Luego bajó la vista hacia mí y mandó su teléfono a tomar viento.

—Vamos a aterrizar en nada.

Rozó mi piel con los dedos, lo que me provocó un escalofrío un tanto inusual, pero no sabría decir si agradable o no. Finalmente, se separó de mí y se puso de pie de un salto, a diferencia de mí, que me incorporé como pude. James rodeó la cama y me miró.

—¿Puedes levantarte o te ayudo?

Asentí de forma dudosa, así que me tendió la mano y yo me agarré sin rechistar.

—Te cambiaré el vendaje cuando lleguemos.

—Pero ¿llegar a dónde?

—No puedo decírtelo, pero mira por la ventanilla. Quizá te ayude.

Me volví inmediatamente hacia el ojo de buey. La luz y los colores claros que se reflejaban, vaporosos, me recordaron a *El caminante sobre el mar de nubes*, del pintor romántico Caspar David Friedrich. Mucho más allá se extendían un bosque gigantesco, lagos y montañas. Se trataba, sin duda, de las Rocosas canadienses[1]. En medio de la naturaleza, había un par de pueblecitos dispersos. A lo lejos, se divisaba una gran ciudad. No me hizo falta pensar mucho para caer en la cuenta de que se trataba de una de las muchas paradas de mi viaje en solitario.

Bienvenida a Calgary, Madison.

[1] *N. de la T.* Se trata de una cordillera que se extiende por las provincias de Alberta y la Columbia británica.

De vuelta a la carretera

Puse un pie en tierra firme y, a pesar del frío, el sol de la mañana me hizo entrar en calor. La nieve cubría las montañas, pero el aeródromo en el que acabábamos de aterrizar estaba completamente despejado.

En un pequeño garaje junto al cobertizo donde el avión había apagado los motores, había un Audi R8 bermellón, el tipo de coche que solo se conduce en los videojuegos y que cuesta más que una casa.

—¿Estás de coña?

—¿Por? ¿Te gustaría que lo estuviera? —dijo James, burlón.

Me sonrió, satisfecho, mientras me agitaba la llave en la cara.

—Ojo, que aquí viene el más discreto...

El asiento estaba demasiado bajo en comparación con otros vehículos más convencionales, así que tuve que hacer peripecias para subir sin abrirme la herida. El interior estaba revestido de cuero en tonos negro y burdeos. James paso suavemente las manos por el volante, como si redescubriera su coche tras meses de ausencia.

—¡Te he echado de menos, chico!

Pulsó el botón START y el motor rugió. Me hundí un poco más en el asiento, impresionada, pero no se lo dije para no avivar su ego, del que no andaba falto. Una vez agarró la palanca de cambios automática, se le dibujó tal sonrisa que habría sido imposible arrebatársela. Le sentaba bien sonreír. Al fin y al cabo, se pasaba las tres cuartas partes del tiempo con cara de perros.

Sin más dilación, volvimos a la carretera. A lo lejos, una mezcla de laderas, abetos, ríos y montañas me tomó entre sus brazos y me sumergió en un entorno idílico, aún más grandioso de lo que había imaginado. James parecía confiado y circulaba a más de 100 km/h por la estrecha carretera comarcal.

—Llegaremos en poco menos de dos horas, así que aún puedes dormir.

—Es difícil con el ruido del motor, y sobre todo, con la velocidad a la que vas.

Mi captor sonrió ligeramente antes de aminorar la marcha. Al menos me había hecho caso.

—Es la adrenalina. ¿Nunca habías conducido un coche así?

—No, me apaño con mi pequeño Twingo de novata —respondí con un toque de nostalgia, al recordar el primer coche blanco que me compré cuando me saqué el carné de conducir cuatro años antes—. Pero ¿cómo sabes que tengo el carné?

—Lo vi en tu cartera.

Ah, sí, mi cartera… Me había olvidado de ella. Tenía tendencia a omitir mi vida anterior. Apenas pensaba en mis amigos: Justine, Stéphane y Roxane, mis compis de la uni, algunos incluso del instituto. Era cierto, tendía a descuidar mi vida pasada, aunque había ciertos momentos únicos que permanecieran grabados en mi memoria. James me había empujado a dejar todo eso atrás y era incapaz de decir si eso era algo bueno o malo.

Y hablando del rey de Roma, James me dio un golpecito en el hombro que me devolvió a la realidad.

—¿Me estás escuchando?

—¿Escuchar el qué?

—Que me pases las gafas. Están en la guantera.

Abrí la caja y encontré unas gafas de sol redondas. Se me hizo un nudo en la garganta al ver una Magnum plateada escondida entre los papeles del coche, y mi reacción no pasó desapercibida.

—Es por si acaso.

—¿Por si acaso… qué?

—Por si surge algún imprevisto —dijo, poniéndose las gafas para protegerse de los rayos que brillaban en el cielo.

¿Un imprevisto? Tenía la impresión de que su vida estaba plagada de imprevistos. Apoyé la cabeza en el cristal y cerré los ojos. Me concentré el dolor de la herida. Afortunadamente, mi lado frívolo y temerario se había desvanecido con el tiempo, y le había dejado espacio a la seriedad y la cautela. ¿Y a dónde me había llevado eso?

Bueno, ahora disfrutaría de los paisajes boscosos y místicos. Allí podría, al fin, respirar. Pero ¿por cuánto tiempo? Me encantaba la naturaleza y era la razón principal por la que había pensado en viajar a Canadá: los grandes parques, las Rocosas que cruzaban el continente, Vancouver, Nunavut... La inmensidad de la tierra de las mil maravillas, nuevos horizontes por descubrir... Me había enamorado de aquel país.

James siguió conduciendo y estuve a punto de dormirme, arrullada por el ronroneo del motor y los destellos de luz solar que coloreaban el cielo. Pero me duró poco el descanso. De repente, sonó el claxon de un coche al que James acababa de adelantar. Exasperada, renuncié a cualquier posibilidad de dormir en aquel deportivo y me contenté con observar el paisaje.

El recuerdo de James reteniéndome en la cama aquella misma mañana seguía reproduciéndose en mi cabeza como una peli cutre e incómoda. Cuanto más intentaba alejar esas imágenes, más volvían. Me sacaba de quicio.

—¿Te pasa algo?

Parecía estar leyéndome la mente.

—No, nada… —le aseguré, sin apartar los ojos de la carretera.

—No me mientas…

Puse los ojos en blanco. Era imposible ocultarle nada: James sabía reconocer los indicios de una mentira, y además, me pillaba enseguida. Apoyé la barbilla en la mano. Odiaba sentir el peso del silencio, y más con la cantidad de preguntas que se me pasaban por la cabeza. Me giré para mirar a James, que enarcó una ceja. Seguro que se estaba preguntando a qué se debía mi repentina reacción.

—¿Cuántos años tienes?

Se me quedó mirando, sorprendido por aquel inesperado interés.

—¿Por qué lo preguntas?

—Tengo derecho a preguntarlo, ¿no?

—No, la verdad es que no —dijo con indiferencia, antes de volver a centrar su atención en la carretera.

—Vale, pues nada… —dije entre suspiros, frustrada al ver que no se molestaba en mantener una conversación.

Y yo que pensaba que se iría abriendo con el tiempo… Una vez más, me equivocaba. Solo me decía lo que necesitaba saber y nada más. Puede que pensara que cuando me escapara, correría a denunciarlo. Quiero decir, estaba claro que no habría dudado en denunciarlo. Ese tipo tenía que dejar de pegar palizas, matar y secuestrar a gente sin motivo. Pero ¿para qué? La

policía de ese país no hacía ni el huevo, y James parecía intocable, tanto física como legalmente. Bueno, físicamente no: las docenas de cicatrices que estropeaban su piel lo atestiguaban, sobre todo ese tajo en diagonal y enorme, de unos veinte centímetros, que tenía en el abdomen.

—Veintiséis.

—¿Qué?

—Que tengo veintiséis años.

Mis labios se curvaron en una sonrisa tonta. Quizá, después de todo, estuviera dispuesto a contarme algunas cosas.

—¿Y cuánto hace que vives en Montreal?

—Cuatro años.

—¿Dónde vivías antes?

—¿Me estás interrogando? —gruñó, bajándose las gafas para analizar mis intenciones.

—No, pero me gusta conocer a la gente que me rodea, y ahora mismo, solo te tengo a ti.

Suspiró y volvió a centrar su atención en la carretera.

—Viví un tiempo en Halifax[1]. Te dejo que me hagas dos preguntas más. Piénsatelas bien.

—¿En serio?

—Ahora solo te queda una.

—Oh, vaya... En ese caso, déjame pensar.

Escarbé en mi mente. Necesitaba algo épico, nada de preguntas triviales.

—¿A qué te dedicabas antes de meterte en la West End Gang? —me atreví a preguntar con una sonrisa angelical, en la que él ni siquiera se fijó.

Me quedé allí, mirándole fijamente, esperando impaciente su respuesta. Pero lo único que oía era el ruido del motor. Por la inexpresividad de su rostro, deduje que a James no le había hecho ninguna gracia mi pregunta.

—Lo siento, tesoro, no voy a responder a esa pregunta. Me temo que has agotado todas tus oportunidades.

—¡¿Qué?! ¡No, qué va! Al menos deja que...

—No admito discusión —dijo secamente.

Frustrada por seguir viviendo en la ignorancia, me di la vuelta y contuve un largo suspiro de incordio. ¿Le había hecho una pregunta demasiado personal? Nunca me había hablado de esa etapa de su vida... Al fin y al cabo, solo era su rehén. Aunque, en realidad, en esos últimos días, la línea entre rehén y secuestrador se estaba difuminando poco a poco. Y eso me dejaba una pregunta: ¿qué era yo para James McAllister?

---

[1] *N. de la T.* Capital y ciudad canadiense más grande de la provincia de Nueva Escocia. Tiene el puerto más grande del país en la costa atlántica.

41

El cielo en la tierra

Mientras atravesábamos Banff —una pequeña ciudad en el corazón del parque nacional del mismo nombre, dominado por la cordillera de las Cascadas y la de Rundle—, íbamos acaparando miradas. Muchos no podían evitar admirar el inusual coche escarlata que rugía por las calles cubiertas de nieve. Durante la última media hora del trayecto, había visto pasar los abetos y los lagos, y me había acordado de uno de mis libros favoritos: *Hacia rutas salvajes*, de Jon Krakauer. Bueno, no estaba en Alaska, pero el paisaje se parecía.

Pasado un rato, James apagó el motor al final de un camino pedregoso bordeado por un denso bosque. Más adelante, escondida entre los abetos, había una casa. Era un escondite difícil de superar.

Cerré de golpe la puerta del Audi y me estiré durante un rato largo. Luego seguí a James y observé de cerca la casa, un cruce entre un chalé y una vivienda de los años ochenta. La naturaleza había reclamado lo que era suyo: la hiedra trepaba por la fachada enlucida[1]. Había una atmósfera extraña, aunque bastante agradable, en aquel lugar en la penumbra, como si pudiera sentir los recuerdos que debían haberse arraigado en aquella tierra. Oí el tintineo de las llaves, el chasquido de la cerradura y luego, el chirrido de la puerta.

Después, solo hubo silencio. Cerca de la entrada, James se limitó a abrir la caja de luces para volver a colocar los fusibles en su sitio, antes de pulsar un interruptor y restablecer la corriente.

—¿Es tu otra casa?

Salvó los pocos metros que nos separaban y me pasó la mano por encima del hombro para cerrar la puerta a mis espaldas.

—No exactamente.

Me hizo un gesto con la mano para que le siguiera. Abrió las persianas motorizadas y se fue adentrando en la oscuridad.

—Es pequeña, pero nos bastará para pasar desapercibidos.

—Tiene que ser una broma… —dije, entre risas, mientras pasábamos al salón.

La estancia tenía un ventanal a través del cual se podían admirar las vistas a un pequeño lago, cuya superficie estaba congelada.

Era cierto que no era tan grande como su casa de Montreal, pero era al menos dos o tres veces más grande que mi piso de Lyon.

—No hay que dejarse engañar por las apariencias. La renovaron hace más de veinte años, y la mayoría de las habitaciones están destartaladas.

Por curiosidad, entré en la cocina, que estaba abierta al salón. Una mezcla de madera y piedra confería al lugar un aire bastante rústico y acogedor, a pesar de la frialdad de la estancia. James encendió la estufa de leña junto al ventanal.

—Si no está terminada, ¿por qué no te encargas tú?

—No tengo tiempo.

James depositó nuestras maletas al pie de una estrecha escalera. La mayoría de los muebles estaban cubiertos por sábanas blancas y polvorientas que se habían desteñido con el paso del tiempo. Levantó la que cubría el sofá y una fina película de polvo se suspendió en el aire. La luz del sol que se colaba por las ventanas se reflejó en las partículas y brilló.

—¿Quién ha pintado todos estos cuadros?

Asombrada por las decenas de marcos que adornaban las paredes, sentí resurgir la amante del arte que había en mí. La cantidad de paisajes diferentes que había pintado me demostró que la persona que había detrás de estas obras maestras no era una más.

—Alguien —soltó mi carcelero, que estaba demasiado ocupado contestando mensajes en el móvil.

—Gracias. Muy revelador…

Me acerqué a uno de los cuadros. Había unas montañas y un bosque de pinos bajo un cielo nublado. Me recordó vagamente a los Alpes. En la esquina derecha leí las iniciales «A.L».

¿Quién estaría detrás de esas letras? Aquel artista tenía un estilo muy particular; no se contentaba con reproducir un paisaje. Los colores y las formas, a veces redondeadas, daban al cuadro un aspecto muy particular.

Y allí estaba yo, sumergiéndome de nuevo en mis buenos recuerdos de la Facultad de Arte. No había tocado un lápiz, un pincel o un carboncillo desde que me había graduado. Y eso que me había pasado toda mi escolaridad, desde la secundaria hasta la universidad, dibujando en los márgenes de mi libreta, en lugar de atender en clase como un alguien aplicado. Pero eso no me había impedido graduarme en la universidad con matrícula de honor.

—Deja de soñar despierta. Arriba hay un baño. Subiré en un rato.

Ah, sí, la venda…

Cogí mi bolsa y subí las escaleras, acompañada del crujido de las escaleras con cada uno de mis pasos. A aquella madera envejecida no le habría venido mal una mano de barniz.

El piso de arriba estaba sumido en la oscuridad. Empujé la primera puerta y descubrí una habitación abarrotada de cajas y muebles polvorientos. Nada sorprendente, tal y como James me había dicho. ¿Y la segunda puerta? Un dormitorio, supuse, al distinguir la silueta de una cama bajo la larga sábana. ¿La tercera, tal vez? Abrí la puerta chirriante y vi el cuarto de baño. Saqué la toalla del bolso y la coloqué sobre el radiador en vertical que colgaba de la pared.

Como acababa de volver la corriente, dudaba que la caldera funcionara nada más abrir el grifo. Poco después, confirmé mi teoría, ya que el agua salía tibia, pero no me molestó. Lo que sí me molestó fue intentar enjabonarme sin empapar el vendaje. Finalmente, me puse algo de ropa —esta vez más abrigada— y una chaqueta negra encima, el doble de grande, que había encontrado detrás de la puerta.

Como estaba helada, me metí las manos en las axilas para calentarlas y decidí volver abajo. James me esperaba sentado junto a la mesita de madera que separaba la cocina del salón, con los codos apoyados en las rodillas. Sin mediar palabra, me senté a su lado. De su bolsa de viaje, sacó una botella de agua y dos cajas de medicamentos. Había que reconocer que esos analgésicos tenían un efecto formidable.

—Tómate dos de estas, y de este otro, una por la mañana y otra por la noche.

Asentí y me tragué las pastillas. Sin inmutarme, dejé que me quitara la venda. No quería que volviera a llamarme «cobarde» o «gallina». Como no reaccionaba, me miró fijamente.

—¿Qué pasa? —solté.

¿Por qué me miraba así? Me dio un poco de vergüenza que se quedara callado, pero no dije nada. Mi torturador pasó el dedo con delicadeza por mi herida. Los bordes, de color rosado, estaban cicatrizando.

—¡Ay! —me lamenté, sobresaltada.

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en sus labios.

—Ups, qué torpe soy… —contestó, falsamente arrepentido.

—Ya, claro… —dije, poniendo los ojos en blanco.

—Dentro de diez días podremos quitarte los puntos.

—¿Tan pronto? —pregunté mientras me vendaba de nuevo.

Esa pequeña cicatriz circular no tendría más de tres centímetros de diámetro.

¡Adiós a los bikinis!

Me bajé la camiseta mientras James tiraba las vendas viejas y entrecerré los ojos al comprobar mis pintas.

—¿De dónde has sacado esa chaqueta?

—Estaba arriba, ¿por?

—Es mía.

—Oh, perdona...

—No pasa nada. Quédatela.

Le devolví la sonrisa antes de escabullirme hacia el ventanal, desde donde descubrí un jardín descuidado. La maleza había conquistado el terreno y estaba cubierto por un ligero velo de nieve, que llevaría años acumulándose. En el otro extremo, había un laguito con un pequeño pontón, en el que se veía una barquita atrapada en el agua helada.

Abrí el ventanal para salir a tomar el aire. James no protestó; estaba ocupado quitando las sábanas que cubrían los muebles. ¿A quién podía pertenecer esa casa si no era «exactamente» suya?

El lugar estaba alejado de la mano de Dios. Hacía años que nadie se ocupaba de ella, pero me daba la sensación de que aquella parcela había estado llena de vida hacía unos años. Mientras caminaba hacia el lago, vi unas canicas cubiertas de tierra y nieve al pie de un nogal.

Curiosa, cogí una de ellas y la limpié. Cuando éramos pequeñas, Justine y yo solíamos cambiárnoslas en el patio, e intentábamos hacernos con las que creíamos más raras.

Levanté la vista, y vi unos trazos tallados en el tronco, pero el paso del tiempo había hecho ilegible lo que había inscrito.

Caminé hacia el lago helado, mientras le daba vueltas a la canica verde y azul entre los dedos. El aire fresco era muy agradable en comparación con la contaminación de la ciudad. Estaba en un paraíso terrenal: el cielo en la tierra.

James me llamó y me sacó de mis pensamientos. Lo miré de reojo. ¿Qué querría ahora?

—No te alejes demasiado.

Era tan predecible... Sin embargo, no dijo esas palabras como una advertencia, sino más bien como un consejo. ¿Lo decía por mi bien? No. Seguro que estaba equivocada.

—Vamos. Tenemos que ir a comprar comida.

Obligada a seguirle, di media vuelta con desgana y metí las manos en los bolsillos. No podía dejarme sola; era impensable para él. Allí no había cámaras, ni vallas, ni muros... En definitiva, no había nada que me impidiera huir.

---

[1] *N. de la T.* El enlucido o revoque rugoso es una sucesión de capas de diferentes materiales que se aplican sobre la superficie para proteger los ladrillos de la humedad, la lluvia o el calor. Es similar al gotelé, pero se utiliza para exteriores.

Sueños y otras fantasías

James no me quitó los ojos de encima ni un segundo mientras recorríamos los pasillos de la tienda de ultramarinos. No me sorprendía: tan solo hacía una semana desde mi último intento de fuga. A decir verdad, ni siquiera se me pasó por la cabeza la idea de salir corriendo.

De camino a casa en aquel llamativo coche carmesí, me abstraje con la canica aún entre mis dedos. James no tardó en fijarse en ella.

—La encontraste al pie del árbol, ¿verdad?

Asentí lentamente, pensando en la enorme cantidad de canicas que había tenido de pequeña. Solía guardarlas en unas enormes cajas de metal que me había comprado mi padre.

Dieron las doce y, una vez apagado el motor, James me ayudó a cargar con la compra y a colocarla en la cocina. Lejos de su pequeño negocio lucrativo y fraudulento, mi captor se entretenía en el sofá, mandando mensajitos en el móvil, bebiendo cerveza o fumando un pitillo tras otro. Yo me encontraba en una situación muy parecida, porque ni siquiera tenía un libro con el que entretenerme. Pero en los últimos días se habían despertado en mí ciertas esperanzas. Esperaba que James pudiera decirme algo, o darme una buena noticia. Nunca se sabía…

—¿James?

—¿Qué?

—¿Sabes algo de mis padres?

Mi pregunta pareció sorprenderle. James separó sus pálidos iris de la pantalla del móvil. Su silencio lo decía todo. Respiró hondo y luego exhaló un suspiro, antes de apartarse unos mechones oscuros que le caían por la cara.

Su silencio transmitió la más sincera de las respuestas y sentí cómo se me formaba un nudo en la garganta. ¿Cómo debía tomármelo? ¿Acaso mi familia se había olvidado de mí? No, eso parecía inconcebible. ¿Cuánto tiempo más me condenaría James a aquella vida? ¿Una semana? ¿Un mes? ¿Un año? ¿Una eternidad? ¿Por qué me lamentaba de repente? Aunque no era ideal, mi vida cotidiana no era el epítome de la miseria. Me sentía libre sin serlo realmente, pero había otros que lo estaban pasando peor. ¿Por qué me quejaba exactamente?

No recibí respuesta por su parte. Estaba a punto de salir corriendo, pero James me agarró por la muñeca. Me di la vuelta, tan silenciosa como él, a pesar de que tenía los ojos llenos de lágrimas.

¿A santo de qué? ¿De enfado? ¿De tristeza? ¿De desesperación? No tenía ni idea.

Me miró con la boca entreabierta, como si fuera a responder. Pero ¿qué iba a decirme? Tal vez, después de todo, fuera preferible el silencio. Y aun así…

—Lo siento...—exhaló, soltándome sin fuerzas.

Me faltaba el aire de una forma casi cruel, y me moría de calor. Abrí de un tirón el ventanal para salir, pero la diferencia de temperatura ni siquiera me produjo un escalofrío.

Apoyé las manos en las rodillas para recuperar el aliento. Una horrible sensación de asfixia y opresión me aplastaba el tórax. No tenía nada que ver con mi síndrome. Podía diferenciar fácilmente los síntomas. ¿Ahora me daba por la espasmofilia[1], en serio?

Me dejé caer en el borde de la pasarela de madera que llevaba al lago. Tenía los músculos entumecidos. Lo único que tenía que hacer era armarme de paciencia, en lugar de revolcarme en

una angustia innecesaria.

Pero ¿qué me deparaba el destino? ¿Qué pasaría si no pagaban el rescate? ¿Me liberaría o me mataría? Tenía muy presentes sus amenazas: por el momento, matarme no entraba en sus planes.

Sentí la necesidad de desahogarme, pero ¿cómo podía hablar con James?

La madera del pontón crujió a mis espaldas. Era él. Claro que era él... ¿Quién si no? Era el único en kilómetros a la redonda. Me llevé las rodillas al pecho y, con la cabeza metida entre los brazos, me quedé mirando el agua helada, absorta, distraída...

Un suave calor me cubrió los hombros. Miré de reojo y vi que se trataba de una manta de color gris. James me observó durante unos segundos para comprobar por qué estaba allí paralizada, antes de dar media vuelta.

Fantaseé sin cesar, mientras los minutos pasaban y el frío se iba abriendo paso en mí. Cogí la manta por los extremos y me envolví en un calor reconfortante y familiar. En más de una ocasión, Justine y yo habíamos acampado en los bosques del Mont d'Or[2]. Habíamos pasado muchas noches bajo las estrellas, envueltas en nuestros respectivos sacos, que nos habían regalado por Navidad.

Inspiré el aroma de la naturaleza que se había impregnado en la tela. Tuve la sensación de estar en el lugar más tranquilo del planeta, inmersa en un suave frescor mezclado con calidez. En el bosque, solo cantaban los pocos pájaros que podían aguantar el frío. El cielo azul se desvanecía y abría paso al crepúsculo, como en una oda a la vida. En ese momento pensé que, por nada en el mundo, habría escogido estar en otro lugar.

Qué raro…

Tenía los ojos cerrados, la cabeza libre de pensamientos intrusivos. Se había congelado el tiempo: no había nada ni nadie a mi alrededor. Pero entonces...

—Entra, que te vas a morir de frío —susurró la voz de James.

Adiós al silencio de la naturaleza.

Los últimos rayos de luz desaparecieron tras la silueta de las montañas en la distancia. Sorprendida por la cantidad de horas que habían pasado, me giré y vi que mi captor me estaba tendiendo la mano. Cuando rocé su piel, un escalofrío me recorrió la espina dorsal.

El calor de la estufa me devolvió a la vida. Solo una pequeña lámpara iluminaba el salón. Los muebles, que se habían liberado de sus fundas protectoras, formaban un todo animado y cordial.

—¿Te apetece una cerveza?

James no me dio tiempo a responder y me dio una. Me había sentado en el sofá para que el fuego me calentara. No tardó en sentarse a mi lado, con el abridor en mano para poder bebernos los botellines.

Solo se oía el crepitar de la leña en el fuego. Bebí un sorbo de alcohol con la esperanza de que me relajara. James encendió un cigarrillo y dio la primera calada mirando hacia el techo, echando la cabeza atrás.

—Solía venir mucho aquí cuando era niño… —dijo, sin apartar los ojos del techo ni por un momento—. Esas canicas que encontraste al pie del árbol… Diane las coleccionaba.

—Esta es la casa de tus padres, ¿no? —deduje.

Asintió y luego bebió un sorbo de cerveza.

—¿Cuándo fue la última vez que te quedaste aquí?

—Tenía 16 años.

—¿Y por qué no volviste? ¿Qué pasó con este lugar?

—A veces ocurren cosas que uno no se espera.

Percibí en su voz cierta reticencia a seguir hablando del tema, así que me callé. Acerqué los dedos a la estufa, pues el calor me reconfortaba, me anestesiaba. En ese momento, la quietud no se me hizo bola; de hecho, me sentí a gusto, relajada...

—Dime, ¿cómo lograste escapar?

—¿Cuándo? ¿La primera, la segunda o la tercera vez?

—Conozco a William. Sé que es imposible que consiguieras hacerle daño —dijo, tirando el humo sin bajar la cabeza.

Esbocé una sonrisa nerviosa. Me era imposible distinguir su estado de ánimo. Puede que si le dijera la verdad, se lo tomara a mal...

—Pues...

—No me mientas.

—Me dejó marchar...

El silencio envolvió mis palabras. Tenía miedo de cómo pudiera reaccionar James. Sin embargo, él no movió ni un músculo, ni siquiera pestañeó. Se quedó mirando fijamente las vigas de madera que sostenían la estructura de la casa.

De todos modos, ¿qué iba a hacer ahora? ¿Ir a por Willy? Ya no era posible. Contra todo pronóstico, sonrió y dejó ver unos hoyuelos bien marcados.

—Ya me lo imaginaba... Intenté ponerlo en su sitio más de una vez, pero siempre volvía a hacer algo similar en cuanto lo perdía de vista.

—Era una buena persona.

—Y no abundan en este negocio…

—Doy fe —constaté, con sarcasmo, algo que él captó.

—Considérate afortunada. No estoy de humor para torturarte.

Solté una carcajada, aunque tenía pocas esperanzas. Por primera vez, estábamos manteniendo una conversación tranquila, sin amenazas, pero conociéndole, podría cerrarse en cualquier momento.

—¿Debería tener miedo?

—Quizás…

—Aún tengo que vengarme de la ducha de agua fría.

—Te lo merecías —dijo mientras me miraba con una sonrisa burlona.

Parecía que aquella noche estaba tranquilo. Me senté con las piernas cruzadas en un rinconcito del sofá y bebí un sorbo antes de continuar.

—¿James?

—¿Sí?

—¿Cuánto hace que trabajas para la West End Gang?

Parecía sorprendido por mi pregunta y dudó en responder. Pero al final confesó:

—Unos cuatro años. Y no trabajo para ellos, sino con ellos.

Por la forma en que lo dijo, James quería que ese matiz constara en acta.

—¿Cómo empezó todo?

—Bran, Romero y yo teníamos intereses comunes.

—¿No echas de menos una vida normal?

James soltó una risita mientras apagaba el cigarrillo en un cenicero de cristal.

—¿Para qué? Una vida sin emociones, sin imprevistos, sin acción…

—Pero llena de paz y tranquilidad. Llegar a casa del trabajo por la noche, acurrucarse frente

al televisor, dormirse a las tantas y despertarse tarde, pasar los fines de semana con los amigos... Para mí, la emoción de la que hablas se reducía a salir por la noche a mitad de semana. Lo inesperado era que mi despertador no sonara por la mañana, y la acción... bueno... de niña, robé un paquete de chicles en la panadería del barrio.

James se rio abiertamente de mí mientras se desperezaba un poco más en el sofá.

—Hace cuatro meses robé un cargamento entero de armas de fuego.

—No compares nuestras vidas, James...

Una vez dejamos de reír, meneé en círculos el botellín verde, ahora vacío. Quería conocerle. Me interesaban muchas más cosas sobre él, quizá su historia. Quería entenderle, saber qué pensaba y qué sentía. Y sin saber siquiera de dónde me saqué aquella pregunta, que fue cuando menos sorprendente, me lancé, de perdidos al río:

—James... ¿Qué se siente al matar? ¿Cómo se vive sabiendo que...?

Me faltó valor para terminar la frase. Una especie de angustia se apoderó de mí. El ambiente se enturbió en una fracción de segundo. James se puso tenso. Seguramente, no se esperara aquella pregunta de la que no tardé mucho en arrepentirme. Durante unos brevísimos segundos en los que el silencio volvió a invadir la estancia, pude ver una confusión indescriptible en sus ojos. Tragó despacio, desvió la atención y de repente, su teléfono vibró. Poco después, James se levantó.

—Lo siento, tesoro, pero ya está bien de preguntas por hoy. Te he preparado una habitación arriba; segunda puerta a la derecha.

El cansancio me estaba ganando la batalla, así que no insistí. Salir pitando de allí me pareció una buena idea.

—Buenas...

—Buenas noches, Madison —me susurró mientras se servía un vaso de *whisky* en un vaso de cristal.

Siempre me sorprendía cuando me llamaba por mi nombre. Estaba a punto de subir los primeros escalones cuando intervino por última vez:

—Por cierto, solo hay una cama, así que no te asustes esta vez si te despiertas a mi lado.

Oh...

---

[1] *N. de la T.* La espasmofilia o tetania es un trastorno que se caracteriza por un aumento de la excitabilidad de los nervios, espasmos musculares dolorosos, temblores o contracciones musculares intermitentes.

[2] *N. de la T.* Se trata de una cumbre del macizo del Jura, en la región de Borgoña-Franco Condado, cerca de la frontera suiza.

La pesadilla (parte 1)

James

Cinco años antes, Irak.

La carlinga[1] temblaba de una forma atronadora. Llevaba más de dos horas contemplando el paisaje desértico que pasaba ante mis ojos. Aún me quedaban unos días antes de volver a casa con mis amigos, mi familia y sobre todo, con ella. Los echaba en falta a más no poder. Cuando tenía tiempo, les escribía, pero rara vez recibía respuesta. Habían pasado ya seis meses desde el inicio de la misión: ciento ochenta y seis días de presenciar la crueldad de los hombres, mientras los veía caer uno a uno como vulgares mosquitos. Pero llegados a ese punto, había recobrado la esperanza; habían transcurrido diecisiete días sin incidentes, y pasados los tres días restantes, todo aquello sería un recuerdo lejano.

Por el momento, tenía que concentrarme en la misión. Habíamos dejado el cuartel general para dirigirnos a un puesto de avanzadilla en la frontera entre Irak y Siria. Justo antes, me había despedido de mi viejo amigo Friedrich, el afortunado que al que habían dejado volver a casa un poco antes.

Fui agarrándome a lo que pude, avanzando con cautela para no tropezarme con tanta turbulencia y acabar pisando o aplastando a mis compañeros de armas. Con ellos había convivido y compartido experiencias durante aquellos meses. Al fondo vi al pequeño Timothée, que acababa de incorporarse a nuestra sección.

Todavía no se desenvolvía como los demás y era un chaval muy reservado. Siempre se ponía a escribir en su libretita de encuadernación envejecida y polvorienta. Le dediqué una leve sonrisa antes de proseguir mi camino. Cuando llegué a la parte delantera del avión, puse las manos sobre los hombros del piloto, que parecía bastante relajado, al contrario que el nuevo copiloto, que tenía la vista fija en el cielo.

—Bueno, Georgie, ¿estás contento? Pronto volveremos a casa.

—Dios, ¡no me lo digas dos veces! Estoy deseando volver a ver a mi novia y, por supuesto, tomarme una cervecita fría en mi terraza.

—¿Y quién no sueña con una cervecita fría? —suspiró Marco, apoyándose en mi hombro con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué vas a hacer cuando llegues a casa? —preguntó George a mi compañero y amigo.

—Besar a mi mujer, abrazar a mi hijo y disfrutar de una buena barbacoa. ¿Y tú, James? ¿Tienes ganas de volver a ver a María?

Pensar en mi futura esposa me hizo sonreír. En el bolsillo de mi chaqueta verde militar guardaba una foto nuestra. Tenerla conmigo me tranquilizaba y me daba las fuerzas para aguantar un poco más. Solo faltaban tres días…

—No te imaginas cuántas. En cuanto terminemos la misión, me retiraré un tiempo del servicio. Estamos planeando renovar una vieja casa cerca de Halifax.

—Esa chica es muy afortunada de tenerte…

—Corrijo, es él quien tiene suerte de estar con mi hermana —añadió Lewis, cogiéndome del cuello—. ¡Espero que nos invites a la fiesta de inauguración de la casa!

—Bueno, ya veremos...

—No era una sugerencia, amigo mío…

Marco y Lewis habían sido mis compañeros y amigos desde que había entrado en el Ejército.

Nos habíamos conocido en un dormitorio común cuatro años antes y el azar había querido que siguiéramos unidos en el campo de batalla. Nos apoyábamos en los peores momentos y cuanto estábamos juntos, la liábamos parda. Hacíamos todas las locuras que, al fin y al cabo, nos entretenían y nos hacían la vida más llevadera en los campos de entrenamiento.

Eché la vista atrás: allí estaban mis soldados, sentados en los bancos, agarrando las armas con toda la fuerza de la que eran capaces. Todos estaban preocupados, unos más que otros, ya que era su primera misión sobre el terreno. Los entendía de sobra: llevábamos dos días sin recibir noticias del puesto de avanzadilla. No sabíamos qué esperar.

Miré el reloj. En cuarenta minutos, habría que saltar. En los últimos cuatro años, había saltado en paracaídas más de treinta veces, así que ya no tenía miedo a las alturas; me sentía tan cómodo en el aire como en tierra.

El CC-130 Hércules no podía aterrizar en medio del desierto. Había que saber tirarse, y claramente, eso era lo que hacía palidecer al pequeño Timothée.

—¿Es tu primera vez sobre el terreno? —pregunté, acercándome al chico, que seguía temblando.

El chico levantó sus iris ambarinos y respondió.

—Sí, teniente Levys…

Al ver lo nervioso que estaba aquel novato, le puse las manos sobre los hombros para calmarlo.

—No te preocupes, chico. Va a ir bien.

Él asintió enérgicamente. Entonces me separé de él y seguí observando a los miembros del pelotón. Como habían trasladado de urgencia a casa al comandante por haber pisado una mina, era mi deber supervisar la operación. Por suerte, Marco me ayudaba haciendo de subteniente.

El avión fue perdiendo altura y yo admiré el paisaje desértico del valle del Éufrates a través de la ventanilla. Me acerqué a Samuel, que estaba absorto en un papel. Solía escribirle cartas a su madre. Cada día escribía una, de hecho, pero las guardaba todas, con la esperanza de entregárselas en persona cuando regresara.

—Dime, James, ¿cuánto tiempo piensas estar de permiso? Te recuerdo que aún tienes ciertas obligaciones… —intervino George.

Me volví hacia él y recorrí de nuevo el estrecho pasillo para sentarme junto a mi amigo.

—Aún no lo sé. Ya veremos… Después de la mierda por la que hemos pasado en los últimos seis meses, unas vacaciones no estarían mal… Creo que me las merezco.

De repente, se oyó un ruido ensordecedor y el avión se sacudió violentamente. Mientras intentaba levantarme apoyándome en la pared metálica del CC-130, que se estaba inclinando peligrosamente hacia la izquierda, vi a través de la cabina el motor derecho en llamas. De él salía un espeso humo negro. No me dio tiempo a ponerme en pie antes de que una segunda explosión sacudiera el avión. Las ventanillas se hicieron añicos y la pared metálica se rasgó. Aturdido, Lewis me ayudó a ponerme en pie.

—¡Nos atacan! ¡Misiles!

—¡Mierda, joder!

Alterado, corrí hacia Georgie, que gritaba y tenía las manos manchadas de sangre. Un trozo de metal le perforaba las entrañas. El copiloto estaba muerto, justo a su lado. Me agarré a los mandos mientras Marco intentaba calmar al pelotón a mis espaldas, pero no sirvió de nada. Le quité el cinturón a mi amigo y soltó un grito terrible. Era incapaz de sacarse él mismo la placa de metal que tenía alojada en el abdomen.

—¡James! Vamos a tener que saltar… —gritó Marco mientras abría de un empujón la bodega de carga.

Me di la vuelta y vi a mis compañeros cogiendo las mochilas con paracaídas. Lewis no esperó ni un segundo y me lanzó una. Desesperado, intenté levantar a George, que gritaba como un loco, mientras yo hacía lo posible por ponerle la mochila, pero hubo una tercera explosión. En unos segundos, nos estrellaríamos contra el suelo del desierto. Cuando el piloto cayó de rodillas, no pude volver a levantarlo.

—¡Tenemos que irnos!

—Déjame aquí... —suplicó George, con el rostro pálido y los ojos nublados por el dolor.

—¡No! ¡No voy a dejar a nadie atrás!

—James, ¡no hay elección! —gritó Marco, tirándome del brazo.

Timothée estaba al borde del vacío, con los dedos temblorosos, incapaz de abrocharse bien la mochila del paracaídas antes de saltar. Me acerqué a él con dificultad para fijar las correas y, sin perder un segundo, le empujé fuera del avión. Cogí mi ametralladora ligera, que había dejado bajo el banco, y eché un último vistazo a George, que ahora yacía inconsciente; quizá, muerto.

¿Cómo había podido descontrolarse la situación en tan poco tiempo? ¡Era una zona segura!

Con el corazón encogido, me aseguré de que todos hubieran saltado. Sin más dilación, Marco me empujó al vacío, justo después de hacer lo mismo con Nick.

La velocidad y el viento me azotaron de lleno en la cara. Inmediatamente, desplegué mi paracaídas. La distancia entre mis piernas y el suelo disminuía a cada segundo. Conté a mis compañeros en tierra y en el aire: catorce. Todos estaban ilesos, gracias a Dios... Casi no me dio tiempo a darme la vuelta: el avión se estrelló a varios kilómetros de distancia.

Joder...

Saqué el *walkie-talkie* de mi chaqueta para alertar al puesto de mando, pero entonces tres vehículos todoterreno se detuvieron debajo de nosotros. Unos hombres armados hasta los dientes dispararon a ciegas hacia el cielo y abatieron a los primeros soldados que pusieron los pies en tierra. A lo lejos, Timothée, muerto de miedo, desenfundó el arma.

—¡No! ¡Alto! —grité.

Pero era demasiado tarde. Vació su cargador contra los terroristas, pero no consiguió darle a ninguno. Dos de los que estaban en tierra firme levantaron la vista y luego el cañón de sus Madsen M-50[2], y entonces, desde lo alto del cielo, oí una ráfaga de balas. Alcanzaron primero a Nick, con un disparo en el muslo. Luego le tocó el turno a Tim. Los proyectiles atravesaron su paracaídas y le hicieron perder toda estabilidad. En un par de segundos, tocó tierra de forma abrupta.

Su cuerpo quedó entonces cubierto por una tela gris agujereada, que pronto se tiñó de un líquido escarlata. En estado de *shock*, con un nudo en la garganta e incapaz de oír las súplicas de Marco, contemplé la matanza. Todos aquellos cuerpos tendidos… Habían abatido a mi pelotón.

Toqué tierra justo al lado de Nick, que se presionaba el muslo para detener el torrente de sangre que manaba de él. Me deshice de mi mochila y me quité el cinturón para hacerle un torniquete. Unos tipos armados se nos echaron encima y nos gritaron en un idioma que apenas conocía.

—¡Aguanta, Nick! —le supliqué, mientras le apretaba la mano.

Uno de los terroristas me dio un puñetazo sin piedad y me desplomé sobre la arena, mientras me apuntaba al cráneo con la pistola. A pocos metros, Marco estaba arrodillado con las manos

detrás de la cabeza.

El desconocido, enmascarado con una kufiya[3], me tiró del brazo sin dejar de gritar. Debía de creer que cooperaría, pero fue todo lo contrario. Le agarré de la muñeca para desarmarle, pero subestimé su fuerza. Se volvió y me golpeó en la cara. Estaba a punto de apretar el gatillo automático, pero el extremista me lo impidió al levantar el cañón del arma hacia el cielo. Otro tipo se lanzó sobre mi espalda para intentar inmovilizarme, pero lo único que consiguió fue que le pegara un puñetazo. Sin embargo, cuando un tercer asaltante se acercó corriendo, se acabaron mis jueguecitos, ya que me pegó sin piedad con culata de su fusil.

***

Al recobrar el conocimiento, gracias a las sacudidas y el estruendo de un motor, sentí un calor abrasador. Me pesaba la cabeza, pero pude distinguir a Marco y a Nick, ambos con las muñecas atadas, igual que yo. Los rostros de Jarod y Lewis estaban desfigurados, pero aun así, me alivió ver que algunos de mis hombres seguían vivos. Uno de los radicales me agarró por el cuello de la chaqueta, me puso en pie y me estampó la cara contra el asiento a punta de pistola. Marco jadeó y me miró, con los ojos llenos de esperanza.

¿Cuánto tiempo llevaba inconsciente? ¿Adónde íbamos? ¿Quiénes eran esos tipos?

Joder… Ya no tenía *walkie-talkie* ni pistola, y dudaba que me hubieran dejado del cuchillo de caza que llevaba bajo el uniforme. El dolor de cabeza me estaba matando. En el reflejo de una ventanilla, vi que un rastro de sangre seca me recorría la sien.

Todos guardaban silencio en el vehículo; solo había dos tipos en la parte delantera hablando en kurdo, por lo que era imposible entenderles. Miré a Nick por el rabillo del ojo, que seguía presionándose la herida con ambas manos. Parecía que mi torniquete había funcionado. Sin embargo, sus pantalones estaban empapados de sangre, así que era evidente que no estaba bien.

El 4x4 no tenía techo, así que el viento y la arena me abrasaban los ojos. Mientras recorríamos el paisaje desértico, vi un pueblo que había quedado reducido a escombros, y más allá de un espejismo ondeante por el calor, una puerta enorme tras la cual había un campamento. Unos hombres armados custodiaban la entrada. Discretamente, intenté soltar las ataduras de plástico que me retenían, pero estaban tan prietas que no pude siquiera moverme.

Nick se desplomó en el suelo, gimoteando, cuando lo empujaron sin piedad fuera del coche. Le ayudé a levantarse lo más rápido que pude. Cojeaba, así que dejé que se apoyara en mi hombro. Abrieron la verja y Marco me dirigió una mirada de preocupación. Si hubiera sabido el infierno que me esperaba tras esa puerta, habría preferido morir antes que cruzarla.

---

[1] *N. de la T.* Se trata del espacio del interior de los aviones destinado a la tripulación y los pasajeros, esto es, la cabina.

[2] *N. de la T.* Marca de subfusil. Se trata de un arma de fuego de largo alcance y totalmente automática, diseñada para disparar munición de pistola.

[3] *N. de la T.* En este caso, se refiere al pañuelo palestino.

La pesadilla (parte 2)

Mientras nos empujaban por el camino principal, Marco intentaba andar a mi lado y Lewis y Jarod hacían todo lo posible para ayudar a Nick a caminar. Poco después, Samuel y Marlon salieron de los otros dos coches.

¿Solo estaban ellos? ¿Y los demás? ¿Dónde estaba el resto de mi pelotón? Diezmado, probablemente...

Analicé el entorno con todo detalle: había cajas llenas de ametralladoras, misiles y escopetas. ¿De dónde demonios habían sacado todas esas armas? Aún más lejos, fuera del campamento, había un foso. Preferiría no haber visto a dos tipos arrojar un cuerpo allí.

¿Cómo íbamos a salir de aquel lugar?

No entendía nada de lo que decían los terroristas. Al entrar en una tienda, me golpearon con fuerza en la rótula para obligarme a que me arrodillara. El cañón de una AK-47 me rozó el cráneo. Todos nos alineamos en silencio frente a la entrada. Mantuve la calma lo mejor que pude: estábamos preparados para aquel tipo de situaciones, aunque en el fondo, nadie lo estaba del todo. Por el amor de Dios, habíamos perdido a George y a Timothée... ¡Era un niño, joder!

De repente, la lona que nos separaba del exterior se abrió y entró primero una mujer, seguida de cerca por un hombre. Sus caras me resultaban familiares. Los había visto en el archivo de criminales más buscados, pero no recordaba sus nombres. Se hizo el silencio en la tienda. No se oía nada, excepto la respiración agitada de Nick, que no duraría mucho más, a juzgar por su estado.

Una mujer con una larga melena negra examinó nuestros rostros y no dudó en tirarle del pelo a Jarod, quien miraba fijamente al suelo. Finalmente, se detuvo frente a mí. Iba vestida con unos vaqueros marrones, unas botas de seguridad negras y una camiseta de tirantes del mismo color. Me miró fijamente con sus ojos oscuros y esbozó una sonrisa malévola, que dejaba ver unos dientes amarillentos y deteriorados por el tabaco. Me llamó la atención el hombre que estaba detrás de ella, que iba recargando su pistola bala por bala.

—¡Levantaos! —ordenó mientras se acercaba a su compañero.

Tenían un cierto parecido: los mismos ojos y la misma forma de la cara.

—¡He dicho que os levantéis!

Marco y yo nos levantamos primero, y los demás nos siguieron. En la frente de Nick, unas gotas de sudor se acumulaban, así que me agaché para agarrarle del brazo y ayudarle a ponerse en pie. Gimió mientras se presionaba el muslo. Me preocupaba su palidez.

—Nick, por favor… —susurré mientras tiraba de él.

—No… No puedo...

Se le iban los ojos por el dolor. Necesitaba que lo curaran. Tiré de él con todas mis fuerzas, sin poder rodearme el cuello con su brazo, porque seguía teniendo las muñecas atadas. Al final, consiguió mantenerse en pie sobre una pierna y sentí un gran alivio, pero entonces una detonación atravesó el aire.

En tan solo un segundo, me estrellé de bruces contra el suelo. Conmocionado, descubrí a mi colega, sofocado, agarrándome de la mano, prácticamente sin fuerzas. El brillo de sus ojos se desvaneció, relajó los músculos y dejó caer la cabeza. La escena me horrorizó: había visto caer

muchos cuerpos, pero no tan cerca, no en mis manos, no a un amigo…

Se me revolvió el estómago. Nos habían entrenado para todo tipo de cosas, pero seguíamos siendo seres humanos. Me abrumó el dolor, la amargura y la impotencia.

—Considérate afortunado. He acabado con su sufrimiento —soltó la mujer con maldad.

Marco y el resto del pelotón contemplaron conmocionados el desastre: su compañero de armas yacía muerto con un agujero de bala en el pecho.

—¡Podrían haberlo curado! —grité, enfadado.

—¿Quieres que te pase lo mismo? —gritó el tipo, apuntándome a la frente con su arma—. ¡Aquí no curamos a nadie!

La sonrisa amarga de su rostro me hizo desear matarlo, despedazarlo. El tipo levantó la pistola antes de darnos la espalda. Arrastró los pies para hacer volar la tierra seca, y se abstrajo en una profunda reflexión.

En una fracción de segundo, se dio la vuelta y sonó otro disparo... Con el corazón en un puño, miré a Marco y Lewis, ilesos, y justo después, un cuerpo se desplomó. Volví a centrar mi atención en Samuel, que estaba tendido boca abajo en el suelo. Un charco de sangre se extendió hasta los pies de Jarod, que se puso blanco como la nieve y parecía estar a punto de devolver hasta los órganos.

—Vamos, Kazem, no los mates a todos… —dijo entre dientes la mujer de la dentadura podrida.

Entonces lo recordé: Kazem y Jêla Akinci, una pareja de hermanos inseparables, a cada cual más entrañable. La Interpol los buscaba por terrorismo, contrabando, corrupción, tráfico de armas y de inmigrantes. Y allí estaban, ante mis ojos.

Una rabia incontrolable se apoderó de mí. Me habría gustado resistirme, pero uno de sus subordinados me tiró al suelo. Y antes de que pudiera asestar el mínimo golpe, me pegó tres puñetazos sin clemencia ninguna. Tenía la vista borrosa, pero pude ver el traje de faena color marrón descolorido de Kazem, que se alzaba sobre mí.

—¿En qué estabas pensando?

El tipo me dio una fuerte patada en las costillas. Se me cortó la respiración y gimoteé, rodando ligeramente sobre mi espalda. Kazem me apuntó al esternón con el cañón de la ametralladora. Luego se agachó para agarrar la chapa de identificación militar que llevaba bajo la camisa.

—James Andrew Levys...

—De hecho, a juzgar por los colores que lleva, será teniente James Andrew Levys… —especificó Jêla, fijándose en el galón azul marino separado por dos rayas blancas y negras de mi chaqueta.

—Así que tú eres el jefe de todos estos... Pues nada, tendrás que responder a nuestras preguntas.

—¡Vete a la mierda! —grité, tratando de mantenerme erguido—. Eres hombre muerto. ¿Me oyes? Eres hombre muerto, cabrón.

Mi aplomo habitual desapareció y abrió paso a mi animosidad. A Kazem no le hizo ninguna gracia. Ensombreció sus rasgos y, poseído por la furia, me agarró del pelo antes de pegarme un puñetazo tras otro en la cara; esto es, me hizo retroceder a golpes. Sin poder defenderme, lo último que escuché fue:

—Puedo asegurarte que morirás mucho antes que yo, teniente Levys…

***

Un halo de luz del exterior se abrió paso en la oscuridad. Fui recuperando poco a poco la conciencia y decidí incorporarme, mientras buscaba a toda costa una pared en la que apoyarme. La temperatura era asfixiante y la sed me raspaba la garganta. Me eché el pelo hacia atrás, nervioso.

Desesperado, enterré la cabeza entre los brazos. Primero George y Timothée, luego todos los demás, y ahora Nick y Samuel… ¿Y Lewis? ¿Jarod? ¿Marlon? ¿Marco? ¿Qué habría sido de ellos? ¿Y si solo quedaba yo? ¿El cuartel general enviaría a otro comando para sacarnos de aquí?

Sentí que algo chocaba con mi pie. Levanté inmediatamente la cabeza y cogí una botella de plástico a tientas.

—Se han llevado a Marco hace un rato ya… —dijo, entre suspiros, una voz que reconocí como la de Lewis—. No se lo impedí...

Tragué unos preciados sorbos de agua tibia antes de preguntar:

—¿Y los demás?

—Cuando te desmayaste, Jarod se volvió loco. Creo que está muerto... En cuanto a Marlon, no tengo ni idea. Lo separaron de nosotros hace un rato.

—Me cago en la puta... Lewis, te juro por Dios que saldremos de esta. Volverás a ver a tu hermana, te lo prometo.

—Debería prometértelo yo, como tu futuro cuñado… —contestó, burlándose débilmente.

Había conocido a María gracias a Lewis, y por ello le estaría siempre agradecido. Nunca se quitaba la esclava de plata, en la que llevaba sus iniciales y las de su hermana. Eran gemelos, y además de ser idénticos, siempre habían compartido una conexión muy especial.

—¿Has encontrado algo que pueda ayudarnos?

—He visto que hay un puesto de radio al otro extremo del campamento.

—Bueno es saberlo. Tenemos que...

La puerta se abrió de golpe. La luz del exterior dañó mis retinas. Antes de que pudiera habituarme, me arrastraron a la fuerza al exterior. Entrecerré los ojos por reflejo. El calor me tenía amodorrado. Sacaron a Lewis a rastras justo a mi lado. Me quedé atónito al ver a mi amigo ensangrentado y sujetando un paño de cocina mugriento y deshilachado contra la cara. Me sonrió para tranquilizarme antes de susurrar:

—No es nada…

Nos estaban gritando. Probablemente, pensaran que así nos intimidarían, pero haría falta mucho más que eso. Me tragué la rabia mientras avanzábamos de cara al viento. La arena me escocía en los ojos, pero eso era lo de menos.

Al pasar junto a una pequeña cabaña, pude distinguir una voz familiar, que conseguí identificar a pesar de los gritos. Sin duda, era Marco. Al parecer, esa cabaña no era nuestro destino, pero decidí actuar por mi cuenta y escapé de la vigilancia de los muy idiotas.

Por desgracia, descubrí un espectáculo macabro: mi amigo estaba atado a una silla, con los dedos sujetos a unas pinzas de contacto, cuyos cables rojos y negros serpenteaban por el suelo y acababan en una batería. Mi amigo balanceaba la cabeza de un lado a otro y su cuerpo chorreaba sudor, agonizante.

—Bueno, bueno, bueno… Pero si tenemos aquí a un invitado...

Jêla, sonrió con asco, y anduvo en círculos alrededor de Marco, que ya había abandonado la consciencia.

—Tu amigo y yo estábamos charlando, pero parece que no está muy por la labor…

Los dos terroristas que nos habían sacado del zulo entraron en la cabaña con Lewis a rastras.

La mujer sonrió aún más, a pesar de que tenía las mejillas hundidas.

—¿Cómo está su ojo, señor Lowell?

—Perfectamente —contestó mi amigo.

Jêla me miró fijamente y fingió asombro.

—¿No se lo ha dicho a su compañero?

Lewis se resignó a bajar el viejo trozo de tela que cubría parte de su rostro. La ira, el resentimiento y un horrible sentimiento de culpa se apoderaron de mí al ver la hendidura ensangrentada de color burdeos que salpicaba el lado izquierdo de su rostro. Una gran cicatriz cruzaba su rostro angelical. De sus preciosos ojos verde esmeralda —como los de su hermana— solo quedaba uno.

—Cortesía de una servidora… —añadió la mujer con mezquindad.

Quería matarla y, sobre todo, quería hacerla sufrir como ella había hecho sufrir a mis hombres. Sabía que tendría mi venganza. Sería lenta, pero definitiva. Dirigimos de nuevo la mirada hacia mi amigo, que luchaba por volver en sí. Estuve a punto de acercarme a él, pero uno de los radicales me disuadió rápidamente con su rifle de asalto.

—No te preocupes, serás el siguiente —dijo—. Hasta pronto, teniente…

Apenas tuve tiempo de ver a Marco abrir los ojos antes de que nos sacaran de allí. No pude evitar mirar fijamente la gran cicatriz de Lewis, a quien ya conocía desde hacía cuatro años, y me invadió la culpa.

—No podemos confiar en que el cuartel general nos saque de aquí. Ni siquiera tienen forma de localizarnos, así que no se molestarán en mandar a un puñado de soldados.

—¡Cállate! —gritó uno de los canallas y luego golpeó a mi amigo en la espalda con la culata de la AK-47.

Tenía los ojos llenos de ira, pero se contuvo. Tanto él como yo queríamos matar a esos desgraciados. Sin embargo, permanecimos en silencio mientras cruzábamos el campamento. De vez en cuando sonaban disparos a lo lejos, y a cada paso, me daba la sensación de que me acercaba un poco más a la muerte.

Finalmente, nos detuvimos frente a una casucha destartalada, cuya puerta de madera carcomida seguía en pie de milagro.

—Hay una mujer, Romero… Ella puede ayudarnos —susurró Lewis rápidamente, en un destello de lucidez, antes de que nos empujaran al interior de la vieja choza.

Iluminado por la luz que se colaba por un agujero en el techo, reconocí fácilmente a Kazem, que no pudo evitar reírse al ver mi expresión sombría.

Se acercó a Lewis, con la mueca de desprecio aún pegada a su rostro desgarbado. Mi amigo se desplomó bajo el aura malévola de ese cabrón, pero yo le planté cara. Si se atrevía a golpearme de nuevo, lo pagaría muy, muy caro.

—¿Dónde está Marlon?

—¿El rubio? No lo sé. Mis hombres se lo llevaron hace un rato. Quizá se esté muriendo en alguna parte, o quizá lo hayan arrojado a una cuneta.

Me tragué una retahíla de insultos que se me pasó por la cabeza y apreté los puños. Me clavé las uñas en la carne, pero no me importó.

—Teniente Levys, pareces la persona más cualificada para responder a nuestras preguntas. Tal vez, si cooperas, te dejemos marchar.

Puto mentiroso…. A mí no me engañaban y a Lewis, tampoco. Nunca hay que creerse las promesas del enemigo. Por eso, ninguno de mis hombres había abierto la boca: sabían que, por

mucho que se fueran de la lengua, les esperaba un destino fatal.

—Vete a tomar por culo.

—No te lo diré una vez más: yo de ti, cooperaría.

Un silencio hipnótico se apoderó de la sala durante varios largos segundos. Lewis seguía helado, pero lo conocía lo suficiente como para estar seguro de que no me fallaría. Era un soldado muy bien entrenado. Al igual que yo, no se rendiría ni aunque lo torturaran hasta la muerte.

—Bueno, si no quieres hablar de primeras, habrá que convencerte...

Sin más dilación, me asestaron un puñetazo terrible en la boca del estómago y caí de rodillas. Tosí como un condenado. Lewis se agachó para ayudarme a levantarme, pero uno de los dos cerdos de mierda le golpeó con brutalidad. Enfurecido, me puse en pie y le pegué un puñetazo en la cara al tipo de la kufiya. Este dio un alarido y retrocedió un par de pasos. Me sentí satisfecho al ver que le goteaba sangre en su camisa blanca y descolorida. El muy cerdo me miró con los ojos ennegrecidos y furiosos, mientras pronunciaba unas palabras en kurdo que me entraron por una oreja y me salieron por otra.

—De un modo u otro, hablarás —gruñó Kazem, molesto.

—Ni lo sueñes.

—Deja de hacerte el listillo. Creo que no te has dado cuenta de la situación en la que estás.

—Al contrario; lo entiendo perfectamente: estoy rodeado de una panda de gilipollas que, en muy poco tiempo, acabarán como todos los anteriores, es decir, a dos metros bajo tierra.

Escupí con rabia a sus pies para acompañar mis palabras.

—Dime, teniente, ¿de qué tienes miedo? —me preguntó, presionándome el hombro para obligarme a arrodillarme.

—No tengo miedo de nada.

—Eso es mentira. Todos tenemos miedo de algo, y pienso descubrirlo en tu caso.

Me dio unas palmaditas en la frente y entonces me di cuenta del odio irreprimible que corría por las venas de aquel monstruo.

—Vamos a buscar juntos lo que hay en esa cabecita y cuando lo encontremos, me suplicarás que acabe contigo.

La pesadilla (parte 3)

Me dolían los brazos y el calor me sofocaba. Había una tenue luz que iluminaba la habitación. ¿Cuánto tiempo llevaría ahí, languideciendo? Intenté con mucha dificultad levantar la cabeza; estaba colgado de los brazos. No me costó reconocer la habitación donde habían sometido a Marco a la peor de las torturas. Y ahora me tocaba a mí...

Mantener la calma fue la primera regla que nos enseñaron. Puede que desconociera aquel lugar, pero sabía perfectamente el destino que me esperaba. Nos habíamos preparado a base de *coxing*, esto es, un ejercicio de simulación de captura que puede durar horas, a veces incluso días y noches enteras. Intenté tranquilizarme para tener la cabeza fría. Ante todo, necesitaba resistir.

Tosí a duras penas: tenía la garganta seca y me dolía el estómago. Cuando volví a mirar hacia abajo, vi los moratones que tenía por todo el pecho, resultado de la sarta de golpes que había recibido. Tiré de la cuerda que me quemaba las muñecas para liberarme. Apenas tocaba el suelo con los pies. Me incorporé, conteniendo un grito de rabia, mientras mi piel se desgarraba por la fricción de aquel puñetero cordel que colgaba de un gancho de mierda. Todo parecía borroso a mi alrededor y luchaba como un poseso por salir de allí.

De repente, la puerta se abrió de golpe y la luz inundó la pequeña habitación. Fruncí el ceño por instinto y observé a una figura justo en el marco.

—Provocar así a mi hermano es signo de estupidez o de imprudencia…

Era Jêla. Cómo no…

—La verdad a veces puede ser irritante —respondí, mientras ocultaba una sonrisa tras mis mechones despeinados.

Me colgaba la cabeza y apenas tenía fuerzas para erguirla.

—¡Y aún sigues provocando! Tu arrogancia te matará, James Andrew Levys...

La morena caminó lentamente hacia mí, arrastrando los pies y levantando un polvo asfixiante. Durante uno o dos minutos, permaneció quieta, en silencio, mirándome con descaro. Aunque no podía verla, podía sentirla.

—Si es que no lo hago yo primero…

Como no reaccioné, Jêla me acarició la cara con las yemas de los dedos. Fue un acto de ternura fingida que contrastó con la forma en la que me tiró del pelo a continuación. Le lancé una mirada de odio, que pareció satisfacerla sobremanera.

—Me gustas, James... Accede a responder a mis preguntas y, créeme, nuestro ratito a solas será mucho más llevadero. Serás un privilegiado.

Como si el mensaje no fuera lo bastante explícito, se apretó contra mi piel y me arañó el pecho con sus asquerosas uñas.

—Tengo una propuesta mejor...

—Soy toda oídos.

—¡Que te jodan!

Sorprendida, se alejó y me dio la espalda, antes de dar vueltas a mi alrededor, como si se obligara a reflexionar. La oí murmurar palabras en kurdo y luego volvió a mirarme. No estaba de humor: tenía los puños apretados. De pronto, Jêla me dio una bofetada monumental, que resonó en toda la habitación.

Sentí que me flojeaba la cabeza. La incliné hacia un lado contra mi voluntad y se me nubló la vista ligeramente. Un hilillo de sangre corrió por mi labio hasta estrellarse contra el suelo.

—No me gusta repetirme, así que esta será la última vez que te lo diga: ¿hacia dónde se dirigía el avión que derribamos?

Sin entender muy bien por qué, me eché a reír. Mi ira empezaba a flaquear, y la verdad, fue todo un alivio. Pero ¿hasta cuándo podría aguantar así?

—A mí tampoco me gusta repetirme, pero eres muy insistente, así que: Que… te… jo...

La cerda de mierda no me dio tiempo a terminar la frase. Un dolor agudo me atravesó. Estaba allí de pie, cuchillo en mano, trazando lentamente una línea sobre mi omóplato. Tensé los músculos, apreté la mandíbula y ahogué un grito. No quería darle la satisfacción de eso que tanto ansiaba: oírme vociferar.

—Contener tus gritos no te hará más valiente. Tu amigo se dio cuenta enseguida. Sentí un placer abrumador al oírle gritar de dolor cuando aumenté el voltaje. Pero tampoco dijo ni una palabra. Una lástima, ¿verdad? Pero tengo esperanzas contigo, porque ¿sabes qué? Cuanto más te resistes, más duele.

La sangre empezó a derramarse por mi columna vertebral, pero no cedería. Ahora, no. Intenté esquivar mis pensamientos, mandarlos muy lejos de aquel lugar. Pensé en aquello que me hacía feliz y volví a reproducir las tiernas y apacibles imágenes de una vida que ahora estaba fuera de mi alcance.

—¡Me encanta esta casa! ¡Es justo lo que necesitamos! —dijo entusiasmada, acercándose a la puerta de madera que apenas se mantenía en pie.

—Menos mal que te gusta, porque ahora ya es nuestra.

Se dio la vuelta, con los ojos brillantes de asombro. Impaciente, María se lanzó a mis brazos. La abracé con fuerza y la levanté para besarla con ternura. Tenía una sonrisa preciosa. Sus ojos verdes estaban llenos de lágrimas de alegría que no tardaría mucho en derramar...

—No te desmayes. Acabamos de empezar…

Me esforcé por levantar la cabeza. Jêla soltó una carcajada amarga mientras me pasaba el pulgar por el labio inferior para limpiar los restos de sangre.

—Qué pena estropear una cara tan bonita… —exhaló, falsamente apenada—. Bueno, James, dime: ¿dónde se encuentra vuestra base? Dame el nombre de tu superior, anda. Nos gustaría hablar con él.

—Sigue soñando... —gruñí y luego escupí la sangre que me quedaba en la boca.

Ella deslizó su cuchillo de caza hacia mi garganta.

—¿Sabes? No hay nada que me impida acabar contigo ahora mismo, pero piénsalo: si me das la información que necesito, tus hombres y tú podréis marcharos. Os liberaremos; te lo prometo.

Vaya estupidez. ¿Cómo podía alguien ser tan poco convincente?

—Estás desvariando, Jêla.

La mujer me dio una segunda bofetada a modo de respuesta. Luego me agarró la cara con la mano derecha y no dudó en clavarme las uñas en la carne.

—Lamentable. Mírate...

Sus dedos arañaron los pocos tatuajes de mi brazo derecho. Se detuvo en uno en particular, que se alzaba orgulloso sobre mi hombro: un águila rodeada por un círculo y rematada por una

corona. Justo debajo, había una frase en latín y en letras mayúsculas: *sic itur ad astra*[1].

—El lema de la Real Fuerza Aérea Canadiense. ¿En eso se basan tus principios? Qué ingenuo...

Me pasó el cuchillo por el hombro y ejerció la suficiente presión para que sintiera cómo la hoja me cortaba la piel. Luego trazó una línea diagonal y destruyó para siempre aquel emblema que tanto significaba para mí.

—Vas a perderlo todo. A esos hombres a los que quieres salvar, pienso matarlos uno a uno ante tus propios ojos, y cuando ya no te queden fuerzas, acabaré contigo. Puedes estar seguro de ello.

Sus dedos apretaron con fiereza mi hombro magullado, y obligaron al líquido rojo a manar en grandes cantidades. Me mordí el labio para contener un grito. No podría aguantar mucho más. Pronto, gritaría...

No pierdas la esperanza... Piensa en toda la gente que espera que vuelvas... Piensa en María...

No podía luchar más.

Un dolor agudo me atravesó el estómago, y ese fue el golpe fatal. Me rendí. Se había acabado lo de callarse. Jêla se deleitó malsanamente marcando mi abdomen. La sangre brotaba abundantemente a medida que la hoja trazaba su línea: primero tres centímetros, luego ocho, después doce... Rugí de dolor, a punto de desgarrarme las cuerdas vocales.

—¡Eso es! ¡Eso quería oír!

Ella continuó con saña y yo tiré de mis ataduras, esperando zafarme de ellas con las pocas fuerzas que me quedaban, pero no sirvió de nada. Finalmente, completó su trazo justo debajo del ombligo. Eso dejaría una cicatriz de diecisiete centímetros. La sangre brotaba a borbotones y sentí que el cuerpo se me hacía más y más pesado.

Jêla dio un paso atrás para verme mejor.

—Mi obra de arte… —proclamó orgullosa—. ¿Sigues vivo, teniente?

Inerte, destripado como un animal, ya sentía cómo la muerte venía a por mí con sus afiladas garras.

—¡No te oigo! —gruñó, clavándome la punta del cuchillo.

No reaccioné. Me quedé allí muerto en vida, medio inconsciente.

—Vete a la mierda… —murmuré.

Sentí vagamente que mis brazos se relajaban. Me bajó del gancho y toqué el suelo con los pies. Luego, me di de bruces. Con los ojos vagamente abiertos, pude ver a esa mujer imponerse sobre mí. Estaba muerto, o casi. Jêla me miró durante dos segundos antes de darse la vuelta y dirigirse a la salida.

Levántate, James.

Aquella voz, apenas audible... Quería volver a oírla. No podía acabar así, no allí, no de esa manera. Tenía que volver a verla. Tenía que sobrevivir. Con dificultad, me levanté sobre los codos. Mi sangre se mezcló con la tierra. La cuerda se aflojó y por fin me liberé de ella. Tosí con fuerza y estuve a punto de desplomarme de nuevo, pero aguanté.

Jêla se giró, asombrada. Luego curvó los labios en una sonrisa.

—Dios, me encanta esto…

Por intervención divina, me puse en pie y me quedé frente a ella, mientras un torrente de hemoglobina me recorría la espalda, el brazo y el torso. El pelo me tapaba la vista, así que mi

torturadora se acercó y me lo echó hacia atrás.

—Te estás esforzando mucho para nada, teniente…

Me empujó hacia atrás con el dedo índice. Supuso que me desmayaría de nuevo, pero no lo hice. Al contrario, la agarré del brazo para tirar de ella hacia mí y hacer que se derrumbara. Cayó pesadamente al suelo y empezó a gritar.

—¡Me las vas a…!

No dejé que terminara la frase. Poseído por el frenesí, le rodeé el cuello con una mano, mientras con la otra le arrebataba el cuchillo con el que estaba a punto de apuñalarme. Se lo puse en la mejilla y se lo clavé con todas mis fuerzas. Sabía que me haría falta poco para matarla.

---

[1] *N. de la T.* Se traduciría por «Así se va a las estrellas».

El despertar

Me rodeó la garganta con los dedos. James me asfixiaba con tan solo una mano. En la otra, sostenía un afilado cuchillo y me lo apretaba contra la mejilla. Forcejeé con la esperanza de apartarlo, pero era imposible, ya que me estaba aplastando con todo su peso y ejercía una presión horrible sobre mi abdomen.

Lo sentí moverse mientras dormía, de un lado a otro, y me desperté. Emitía ruiditos inaudibles, quejumbrosos. La luz de la luna a través de la ventana iluminaba parcialmente su cuerpo, y vislumbré las facciones arrugadas de su rostro.

Ni de coña habría conseguido volver a dormirme, porque estaba muy agitado. Me debatía entre la posibilidad de dejarle a su bola y el deseo de sacarle de lo que parecía una pesadilla. Finalmente, decidí despertarle y le puse la mano en el brazo.

—¿James? —susurré para no asustarlo, dado que claramente estaba en un estado febril.

Cuando le agarré con más fuerza el brazo, se dio la vuelta y me atacó. Sacó un cuchillo de debajo de la almohada y me lo acercó a la cara, antes de ponerme la mano en el cuello para estrangularme.

Y así fue como me encontré intentando hacerlo a un lado, mientras su mano me apretaba con fuerza en la garganta. Al mismo tiempo, intenté apartar su muñeca con la mano libre para que no me rebanara la cara de un navajazo.

—J-James… —susurré, mientras unas manchas oscuras me cubrían la vista.

Las lágrimas se fueron deslizando por mi cara hasta humedecerme el pelo. Si seguía así, me rompería el cuello. Le di patadas en el brazo en un arrebato desesperado. Retorcí las piernas entre las sábanas: sentía que estaba a punto de perder las fuerzas. Finalmente, mi captor entreabrió los ojos y tardó unos segundos en recobrar el sentido.

Nada más comprender lo que sucedía, me liberó y dejó caer el cuchillo al suelo. Fijó sus ojos azules en los míos. En ellos distinguí una angustia terrible. Respiraba de forma agitada y le temblaba todo el cuerpo.

Tosí y me incorporé. Me ardía la garganta. Estaba agotada y mi mente no lograba entender lo que pasaba a mi alrededor. James se incorporó hacia el cabecero de la cama. Le oía susurrar de fondo. Se pasó las manos por la cara y se apartó los mechones que le tapaban los ojos.

Me latía el corazón violentamente. Me temblaban los brazos, las piernas, todo el cuerpo; no era capaz de controlar mis movimientos. Las lágrimas corrían por mis mejillas. Permanecí en silencio, incapaz de respirar, como si sus manos siguieran enseñándose con mi cuello.

—Lo siento… —repetía James una y otra vez.

Sin saber muy bien cómo, me asaltaron las imágenes de nuestro primer encuentro, de aquella noche en la que creí que iba a morir.

James me tocó con cuidado, pero salté de la cama aterrorizada y me estampé contra la pared.

Aturdido y respirando de forma agitada e irregular, James apartó la mirada hacia la nada. Me dejé caer al suelo, sintiendo aún el ardor en la garganta. James rodeó la cama, se arrodilló a mi lado y me miró fijamente. Sus iris azules reflejaban la luz de la luna. El miedo me invadió hasta tal punto que se me hizo insoportable su presencia.

Con una calma absoluta, me cogió de las manos, con las que aún me estaba acariciando el

cuello, y las miró desconcertado. Sus palmas calientes subieron por mis brazos hasta llegar a mi cuello. Lo tocó con una suavidad admirable, y más en comparación con la fuerza desmesurada que había ejercido sobre él unos segundos antes.

—Ha sido un reflejo inesperado. Gajes del oficio. Perdóname...

Sus palabras, apenas audibles, parecían irreales. Me puso la mano en la nuca para acercarme a él y me estrechó contra su pecho. Dejé que mi cabeza descansara sobre su clavícula y él me acarició el cabello.

James parecía ido, pero ¿por qué? ¿Qué le había hecho abalanzarse así sobre mí? ¿Qué había soñado? ¿Qué podía haberle puesto así? Tenía un sinfín de preguntas rondando por mi mente, pero no fui capaz de articular palabra.

Aire... Aire... Aire... Eso era lo que necesitaba.

Me separé de él, aún temblando, y me puse en pie. Fui dando tumbos por el pasillo y bajé las escaleras, tropezando en más de una ocasión, antes de cruzar el salón hasta llegar al ventanal, que abrí de par en par.

Me invadieron unas ganas horribles de gritar, incluso de llorar, pero si hubiera emitido un sonido, me habría irritado la garganta. Por primera vez —y estaba segura de que aquella era única que contaba— me había encontrado cara a cara con su rabia, dolor y brutalidad.

Pero ¿por qué me alteraba? Le había visto hacer cosas mucho peores y lo había hecho mientras dormía... No debería haber intentado despertarle, ¿no?

Hecha un ovillo en la terraza, el frío no tardó en helarme los dedos de los pies y la punta de la nariz. Llovía, pero, como estaba sumida en mis pensamientos, me dio lo mismo.

Me llevé las manos al cuello con cautela, intentando deshacerme de la sensación de asfixia, pero no lo conseguí. Me dolía una barbaridad. Las gotitas de agua que caían de las ramas del nogal sin hojas me humedecieron los pómulos, y yo me quedé mirando al horizonte, incapaz de deshacerme de aquella espantosa sensación.

La calidez de una respiración me acarició la mejilla. El vapor escapaba de los labios de mi captor cada ciertos segundos. Aparte de eso, solo se oía el eco de la lluvia y el ulular de un búho en la distancia.

James me acarició los hombros. Con el corazón en la garganta, me incliné ligeramente hacia atrás y mi cabeza chocó con su pecho. Me sentí incapaz de enfrentarme a él, pero noté que le reconcomía la culpa.

—No volverá a ocurrir.

¿Decía esas palabras para calmarme a mí o más bien a sí mismo? Me dejé llevar entre sollozos y él me rodeó con los brazos y me apoyó la cabeza en el hueco del cuello. Con ello descubrí una nueva faceta de él: una de pura sinceridad. Me parecía imposible que semejante hombre pudiera mostrar dulzura.

—¿Qué te ha pasado? —pregunté, con la voz ronca por el miedo.

—Ha sido una pesadilla...

—¿Querías…?

—No. Todo va bien.

Después del incidente, aquella noche ni siquiera se me pasó por la cabeza la idea de volver a dormir. Sin embargo, aquellos pocos minutos a la intemperie habían bastado para congelarme. James me instó a entrar y luego cerró el ventanal. Solo el resplandor del fuego de la estufa iluminaba la habitación.

En la estancia reinaba la quietud. El crepitar de la leña nos mecía. Aún confundida, me

desplomé en el sofá. No dejaba de pensar en la ternura con la que me había acariciado y en el arrebato brutal que lo había poseído apenas unos minutos antes.

James me dio un vaso de agua mientras se dejaba caer en el otro extremo del asiento. Dirigí mi atención a su vaso, que una vez más, estaba lleno de una bebida alcohólica de color marrón. Sin mediar palabra, le cambié el vaso y me tragué el contenido del suyo de un trago. Cuando el alcohol cayó por mi garganta, sentí un ardor irrefrenable. James soltó una risilla discreta.

—¿Quieres esta ahora?

En cuanto me recuperé de mi impulso absurdo, asentí y me bebí el vaso de agua para quitarme el regusto del *whisky*. Eché suavemente la cabeza hacia atrás y la apoyé en el respaldo del sofá. La irritación del cuello no había desaparecido. Me quedé mirando al vacío, con los ojos cerrados, incapaz de enfrentarme a su mirada pesarosa. Sin embargo, seguía intentando comprender su dolor. Quería saber qué escondía tras esa fachada.

¿Por qué?

—Sé que es probable que no quieras hablar del tema, pero, por favor, creo que me merezco una explicación… —solté, luchando contra las lágrimas.

Se hizo un largo silencio. James movió en círculos el vaso vacío que tenía en la mano. Yo seguí contemplando las vigas de madera del techo. Luego, tras exhalar un profundo suspiro, depositó el recipiente de cristal sobre la mesita.

—Verás, me persiguen los horrores del pasado. Los tengo grabados tanto en la mente como en la piel...

—¿A qué te refieres con «los horrores del pasado»? —insistí, mientras me incorporaba.

—Madison... —jadeó desesperado, mientras se restregaba los ojos con las manos.

—¿Sí, James? —respondí en un tono similar.

—Son cosas que ni te imaginas…

—¿En serio? Después de lo que he visto en los últimos meses, ¿crees que no me imagino lo que…?

—No hablo de eso —me interrumpió, molesto, echándose el pelo hacia atrás.

—¿Entonces qué? ¿Vas a quedarte callado una vez más? ¿Vas a aislarte y a impedir que los demás te ayuden porque eres el gran James McAllister, duro y despiadado, que resuelve todos sus problemas apretando el gatillo?

—Madison... —dijo, en tono de advertencia.

—Solo hablas de lo que te conviene. Te escondes de la realidad, James. Te mientes a ti mismo diciéndote que todo va bien y luego te escabulles cuando se complica demasiado. Cambias de tema en cuanto te enfrentas a algo de lo que quieres huir. Tienes miedo, ¡admítelo!

—¡Madison!

—¿Qué? ¿Qué quieres?

Sin previo aviso, James se abalanzó sobre mí. Me caí hacia atrás, se me escurrió el vaso de entre las manos y rodó por la alfombra hasta la mesa. Me aterraba su reacción, que volviera a ponerme las manos alrededor del cuello. Pero el miedo desapareció en cuanto sentí que un agradable calor se apoderaba de mi cuerpo.

Me apresó los labios con un beso. Me rodeó la cintura con la mano y me pasó la otra por el pelo. Su tacto era suave, tranquilizador, delicioso, y me sujetó con una delicadeza admirable.

A diferencia de la primera vez que me besó, aquella vez no intenté apartarlo. Estaba viviendo un momento de pura pasión que hacía tiempo que ambos deseábamos. Me electrizó con su aliento, me reanimó, y al fin sentí el placer de sus dulces labios. Acerqué mi pecho al suyo y me

sentí como si fuera una con él, pero ¿estaría pensando lo mismo él?

Cuando se apartó ligeramente, tuve una extraña sensación en mi interior, como si me fuera imposible llenar el vacío que él dejaría si nos separáramos. Se me retorció el estómago de dolor, pero no dejé que se me notara. El dolor desapareció con la misma rapidez cuando me miró. Su rostro estaba cubierto de unas llamas resplandecientes que contrastaban con la gelidez de sus iris.

—¿Qué haces? —dije, sorprendida por su gesto—. Creía que te había dicho que no…

James interfirió en mis últimas palabras y me puso el dedo índice en los labios. Su cálido aliento me rozó la cara y me perdí en los detalles de su piel. Pensé en lo mucho que lo deseaba en aquel momento. Más que a nada, de hecho.

—Solo he cedido ante tus deseos. Me he atrevido a dar el paso, algo que debería haber hecho hace mucho tiempo. No olvides que puedo hacer lo que quiera contigo —susurró con una sonrisa socarrona.

Y cuando volvió a besarme y me envolvió con su aura electrizante, la sensación que había estado reprimiendo durante semanas arrasó conmigo como un tsunami.

Al final resultó que James no era el único que se escondía de la realidad.

El nudo infinito

Cuando abrí los ojos, el sol brillaba ya en todo su esplendor. Estaba tumbada en el sofá, con la manta gris sobre los hombros. El fuego de la estufa me acariciaba con su calor. No sabía cómo había conseguido volver a dormirme, pero recordaba vagamente los brazos de James, que me habían estrechado hasta que había cerrado los ojos, embriagada de nuevo por el olor a davana que él desprendía.

Pero al incorporarme, el silencio de su ausencia me generó un vacío en el pecho. Miré por la ventana al cielo despejado. El lago se había descongelado y el agua cristalina casi consiguió animarme a nadar, pero luego pensé en el frío y me quité la idea de la cabeza.

De todos modos, estaba dispuesta a salir, pero entonces una puerta se cerró a mis espaldas. Me giré y allí estaba él. Aún llevaba puesto el abrigo. James dejó una bolsa de papel sobre la mesa de la cocina y yo le pregunté:

—¿Qué es eso?

—El desayuno.

Curiosa, abrí la bolsa y me maravillé al ver la botella de zumo de naranja, las manzanas y los cruasanes.

—Bueno, dada la hora, diría que es más bien la comida…

Las manecillas de su reloj marcaban las dos. ¿Cómo había conseguido dormir tanto tiempo después de aquella noche? Todavía me dolía el cuello. Quizá debería considerarme afortunada por seguir respirando. Si me hubiera puesto las dos manos encima, sin duda habría acabado conmigo.

Aún me costaba asimilar lo que había sucedido la noche anterior, en especial la parte de después. James me miró pensativo y me pasó suavemente las yemas de los dedos por el cuello.

—No puedo creer que te hiciera eso. Lo siento mucho...

Le pasé la mano por el brazo para alejarme de aquella caricia abrumadora. No quería recordar esa sensación por nada del mundo.

—No pasa nada.

—No volverá a ocurrir.

Repetía esa frase una y otra vez, como si los remordimientos lo asfixiaran. No había sentido nada después de haberle quitado la vida a un hombre, pero ahora le perseguía la culpa por algo de lo que no era del todo responsable.

Vacilante, asentí, como obligándome a creer sus palabras y esperando no tener que enfrentarme nunca más a sus fantasmas.

—Bueno, ¿quieres comer, entonces? —añadió con tono enérgico.

—Sí, por favor. Pero antes me gustaría hacerte una pregunta.

—Soy todo oídos.

—¿Por qué duermes con un cuchillo?

A James no le sorprendió mi pregunta. Se sentó en una silla y respondió con una naturalidad y despreocupación admirables:

—Porque nunca se sabe cuándo el peligro puede pillarte desprevenido.

Alcé las cejas.

—¿Te refieres a mí?

—¡Claro que no! Tú eres fácil de controlar —bromeó, y sonrió de forma pícara.

—Y entonces… ¿a quién?

—No es la primera vez que me visitan por la noche. Ya lo sabes.

No había duda: Se refería al chico que me había hecho un agujero en el estómago.

—¿Y qué es, según tú, ese peligro que acecha?

Inclinó ligeramente la silla y miró hacia el techo, sumido en sus pensamientos. En cuanto a mí, cogí dos vasos y la botella de zumo para servirnos.

—Hace un año, un tipo se presentó en mi habitación con la firme convicción de matarme mientras dormía. Estuvo a punto de conseguirlo, pero le arrebaté el cuchillo justo antes de que lo hiciera.

James se levantó la manga izquierda de la camisa y entonces vi una pequeña cicatriz que demostraba que el asesino había fallado.

—Más tarde supe que se trataba de alguien cercano a William. Nunca entendí sus motivos; tal vez quisiera ocupar mi lugar... En fin, lo eché de la banda y Will se ocupó de él. Amigo o no, las reglas son las reglas.

—Qué horror…

—Bueno, estas cositas pasan de vez en cuando.

—Pero ¿es normal que tanta gente se las apañe para colarse en tu casa? —dije risueña, mientras me terminaba el zumo.

Él se encogió de hombros. La tranquilidad de esta discusión me desconcertó; hablaba de algo muy serio con una indiferencia sin igual.

—No. La verdad es que no. En fin, después del altercado del cuchillo, instalé el sistema de seguridad —dijo, señalando su teléfono.

—Un sistema bastante poco fiable, por cierto. Teniendo en cuenta la cantidad de altercados en tu casa en las últimas semanas, me podría haber fugado sin problemas...

James se levantó bruscamente y se impuso, aprovechando los centímetros que me sacaba. Tragué saliva y me aferré a la mesa. Me había acercado tanto a mi captor que había olvidado quién era en realidad y el recelo que sentía por él. Me bañó el rostro con su pesado aliento y siguió el camino de mi mandíbula con la mano. Me obligó a levantar la mirada y me acarició el labio inferior con el pulgar.

—Puede, pero ¿serías capaz de hacerlo ahora mismo, Madison?

A decir verdad, ya no estaba segura. Y cuando escuché mi nombre de su boca, me sentí como la bola de *pinball*, chocando con las paredes de la máquina del salón recreativo.

Mi carcelero se acercó más y más y me hizo el pelo hacia un lado. Hinché el pecho, agitada, hasta rozar el suyo.

—Estés donde estés, te encontraré. Recuérdalo, tesoro...

Su risa gutural me produjo escalofríos. James me soltó y yo me quedé embobada mirándolo a los labios, incapaz de distinguir la broma de la seriedad. Me sonrojé cuando me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y luego añadió:

—Interesante… Será mejor que subas a prepararte, esta noche vamos a salir.

Me quedé mirándole, intrigada. ¿Qué quería decir con eso? Desapareció un momento y volvió con dos cajas que me tendió y que resultaron ser bastante ligeras. Tenía mis dudas sobre el propósito de aquella salida nocturna.

—Póntelo después de que te cambie el vendaje.

Asentí, pero antes de darle la espalda para ir al baño, le hice una última pregunta:

—¿A qué viene esto? Porque si tienes pensado volver a asesinar a alguien esta noche, no cuentes conmigo —dije alto y claro.

Se recostó en una silla y apoyó la barbilla en la mano. Con una expresión divertida, se puso un cigarrillo entre los labios y dijo:

—Cielo, es Nochebuena…

Me quedé sin palabras. Ya era 24 de diciembre...

***

Sumergida bajo el agua de la bañera, que estaba a temperatura de ebullición, observé cómo el vendaje manchado de rojo absorbía el agua. La herida debía de haberse reabierto ligeramente durante la noche, pero no sería para tanto. Si no, lo habría sentido, ¿no? Dejé que solo la parte superior de la cabeza sobresaliera del agua, y me perdí en un mar de pensamientos de lo más reconfortantes.

¿Qué estaría haciendo yo hace un año, a esa hora? Probablemente estaría ayudando a decorar la enorme mesa de roble del salón de la casa de mis padres. Mi padre estaría cocinando y mi madre, colocando los regalos bajo el árbol, justo antes de que llegaran mis primos peques. Como todos los años, la comida duraría una eternidad. Mi tío se pondría un disfraz reutilizado y poco convincente de Papá Noel y abriríamos los regalos llegada la medianoche.

Y ahora, ¿qué estarían haciendo mis padres? Supuse que no estarían de humor para fiestas. Y encima, tampoco es que estuviera yo para poner la mesa. A lo mejor seguían esperándome en Montreal. A saber…

Volví a la realidad y me pregunté cómo sería pasar la Nochebuena con James McAllister. ¿Me presentaría a su familia? Sinceramente, lo dudaba: no era un tema del que le gustara hablar, y solo estaba su hermana, Diane, con la que, sin embargo, parecía llevarse muy bien. Supuse que acabaría en una especie de reunión de criminales.

Por favor, no más galas…

Al cabo de una media hora, salí del baño, con el cuerpo más relajado que nunca. Me envolví en una toalla y me recogí el pelo, que estaba empapado. De pie frente al espejo, sufrí un golpe de realidad al ver las marcas rojas y azuladas alrededor de mi cuello. Aún recordaba el dolor, la asfixia, la hoja del cuchillo con la que me había amenazado... Ahuyenté aquellas sombrías imágenes y me puse apresuradamente unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes.

Sin perder más tiempo, bajé al salón a buscar a James, que estaba preparando la bandeja, así como las gasas y el desinfectante. Me senté en una silla y me tomé la medicina que me había dejado justo al lado. Se acercó y me subió un poco la camiseta. Mientras retiraba con cuidado la venda húmeda, observé sus manos, de las que sobresalían algunas venas.

—Has sangrado un poco, pero no es nada grave.

Asentí, aliviada al ver que habíamos pensado lo mismo. Con mucho tacto, dio unos toquecitos en la herida con el trozo de algodón empapado en desinfectante.

—¿Ya no te duele?

Negué con la cabeza y sonreí.

—¿Significa eso que puedo dejar de tomarme la medicación?

—Para nada. Créeme, si no te la tomaras, te volvería a doler enseguida.

James me puso una venda nueva en un santiamén. En cuanto me bajó la camiseta, nos

quedamos mirándonos un instante y, sin entender muy bien por qué, desvié la atención hacia su boca.

Estaba confundida. Al recordar las sensaciones del día anterior, me sonrojé. Él sonrió, satisfecho. Luego me acarició la mejilla con el dedo índice y me miró a los ojos.

—Será mejor que vayas a arreglarte. Nos espera un largo camino...

Cogí las dos cajas que cada vez me intrigaban más y volví a subir las escaleras para ir a mi habitación.

Con el corazón en un puño, esperé a que se encerrara en el cuarto de baño para exhalar un largo suspiro. Recelosa, abrí primero la caja más pequeña. En ella había un par de zapatos de tacón negros de diez centímetros de altura.

La segunda, que tenía mayor volumen, me infundía cierto respeto. Tímidamente, levanté la tapa y recé con todo mi corazón para no encontrarme con el famoso conjunto rosa de lentejuelas. Por suerte, intuí que se trataba de traje rojo carmín, pero antes de desenvolver el papel de seda, me detuve a mirar la caja negra que había justo encima del vestido. Intrigada, la abrí. Había un par de pendientes redondos de oro blanco, bastante discretos. Me quedé pasmada. Suspiré y me pasé la mano por el pelo.

Vaya, estaba adoptando el mismo reflejo que él...

¡Pero es que todo eso me superaba! Saqué el vestido y acaricié suavemente la tela de satén que caía al suelo. El vestido tenía un escote pronunciado y un juego de transparencias que se disimulaba a través de las diversas capas superpuestas.

Como persona a la que le gustaba la ropa cómoda, era la primera vez que me sentía tan a gusto con un vestido. La tela me dejaba respirar, no me apretaba en absoluto, y los tacones eran sorprendentemente cómodos... Sin embargo, ¿cuánto aguantaría?

Acababa de recogerme el pelo frente al espejo cuando vi algo en el reflejo que hizo que se me saliera el corazón del pecho. James tenía la camisa en la mano, supuse que para ponérsela, pero estaba allí, quieto, mirándome. Me giré avergonzada y él no apartó los ojos de mí.

—James, es un conjunto precioso, pero...

—No, tesoro, no te equivoques…

Dejó la camisa y se acercó a mí. Con cuidado, me subió la cremallera de la espalda y me puso las manos en los hombros para obligarme a girarme hacia el espejo.

—Eres preciosa, que no es lo mismo.

Ese cumplido alborotó mis pensamientos y arrasó con todo a su paso —mi razón incluida—, con la fuerza de un tsunami.

—No me fijé en este conjunto en el vestidor de Diane...

—Eso es porque no estaba allí.

—No... No puedo aceptarlo... —dije avergonzada, pensando en la fortuna que valdría aquel conjunto.

—¿Aceptar qué? —insistió, acariciándome el brazo con ternura.

Ante mis ojos, estiró los brazos y me dejó ver una cadena, que deslizó con infinita suavidad alrededor de mi cuello. De ella colgaba una pequeña joya.

—Es un nudo infinito...

—Efectivamente.

Era el símbolo de la ley de causa y efecto, o el karma en el hinduismo: una conexión entre el pasado y el futuro. El presente solo era el mero resultado de nuestras acciones en el pasado, y así sucesivamente. En muchas culturas, se utilizaba como símbolo de buena suerte, pero ¿por qué

tenía la impresión de que aquel emblema tenía un significado especial en manos de James? ¿Lo había hecho a propósito? ¿Sabía lo que simbolizaba?

—Ahora estás perfecta —susurró y luego me dio un suave beso en la nuca.

La llamada

Esperé pacientemente frente al tictac del viejo reloj de la entrada, que pronto marcaría las cinco. Los hombres suelen quejarse de que las mujeres tardan demasiado en arreglarse, pero James estaba batiendo un récord tras otro.

Afortunadamente, no tardó mucho en aparecer. Bajó las escaleras, ajustándose las mangas. Se había peinado con cera. Su traje de tres piezas hecho a medida le sentaba como un guante, para no variar. Tanto si vestía elegante como informal, aquel hombre tenía un encanto innegable.

—¿Estás lista?

—Eso mismo tendría que preguntarte yo… —dije, en broma, mientras me levantaba.

Me fulminó con la mirada y luego me mostró la sonrisa maliciosa de siempre.

—No me busques, tesoro…

Sacó un cigarrillo del bolsillo interior de la chaqueta y se sirvió un vaso de *whisky* antes de encenderlo. En silencio, saboreó un momento de paz antes de la fiesta. Apoyada en la mesa, lo observé mientras expulsaba el humo hacia el techo.

¿En qué estaría pensando?

En silencio, sacó el móvil y escribió lo que imaginé que sería un mensaje. ¿Quién sería el destinatario? ¿Su jefe? ¿Los gemelos? ¿Su hermana? ¿Y por qué me importaba tanto? James levantó por fin sus pálidos iris y me miró fijamente durante unos largos segundos. ¿Qué querría?

—¿Y bien? —pregunté, enarcando una ceja.

Suspiró y se tapó parcialmente la cara con la mano. Parecía estar enfrentándose a un profundo dilema interior.

—Tengo una última cosa para ti.

Desconcertada, lo miré fijamente. ¿No le bastaba con el vestido, los zapatos y las joyas? ¿Qué más podía querer? Dada su actitud, probablemente fuera algo más personal. En cualquier caso, imaginé que no sería nada que completara mi atuendo, que ya era bastante recargado.

Apagó el cigarrillo en el cenicero y luego se terminó la bebida de un trago. Callado como una tumba, metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó un objeto, que depositó sobre la mesa. Intrigada, me acerqué y descubrí un mandala verde y negro sobre el objeto en cuestión. Pensé que estaba alucinando, pero sí, era mi móvil. ¿Acaso lo llevaba siempre encima?

—Te dejo que hagas una llamada. Dos minutos, ni un segundo más.

Aturdida y desconcertada, me quedé sin habla. James me interrogó con su mirada penetrante.

—¿Esto va en serio?

Asintió y se levantó de la mesa mientras yo volvía a sentarme, perpleja por lo que acababa de suceder. Me puso suavemente la mano en el hombro, lo que me produjo un extraño escalofrío.

—Elige muy bien a quién llamas —murmuró, colocándome un mechón de pelo detrás de la oreja—. Y, por favor, no digas nada que pueda... Bueno, ya me entiendes... Confío en ti.

Luego se dirigió a la salida y cerró la puerta de golpe. «Confío en ti». No dejaba de darle vueltas a sus palabras. Me había ganado su confianza a pulso. Pero para aquel entonces, nuestra situación había cambiado. Sin darme cuenta, estaba patinando. Me desviaba del camino: le escuchaba, me reía con él, y seguía allí, a su lado. Habría puesto mi vida en sus manos.

Me quedé inmóvil: aún no era capaz de descifrar sus intenciones. Luego miré fijamente el

teléfono. Curiosamente, no lo había echado de menos; de hecho, me había olvidado de su existencia. Con aprensión, lo desbloqueé. La nostalgia se apoderó de mí al redescubrir el fondo: una foto mía con Justine, que nos habíamos hecho en un día soleado a orillas del Ródano. Se me enterneció el corazón al recordar aquellos días tan bonitos.

¿Qué habría sido de mi amiga? ¿Y si la llamaba? Sin duda, su voz me reconfortaría.

Pero había tantas personas a las que echaba de menos a más no poder... Personas a las que había dejado de lado, olvidado, por desgracia.

Nathan…

Abrí los ojos como platos. Desesperada, me pasé la mano por el pelo. James había conseguido que me olvidara de él.

No. No era culpa suya, sino mía. Había descuidado todo lo que solía hacerme feliz y lo había sustituido por pasar tiempo con James, por una felicidad que tenía todas las papeletas de ser ilusoria. Me odiaba a mí misma. Odiaba haberme sentido tan bien esos últimos días, porque era evidente que yo...

¡No!

Hice a un lado esos ridículos pensamientos. Solo era debilidad, nada más. Resignada, no pude llamar a Nathan, por miedo a mentirle, a enfrentarme a él, por cómo pudiera reaccionar… En fin, por miedo a todo.

James acababa de darme un regalo envenenado.

Pese a todo, había alguien a quien podía llamar. Deslicé el pulgar por la pantalla hasta llegar a mi historial de llamadas. La que apareció en primer lugar era la respuesta obvia para mí. Con los dedos temblorosos, pulsé el número y me acerqué el teléfono a la oreja.

Una bola de ansiedad se retorció en la boca de mi estómago mientras se oían los pitidos típicos de una llamada. ¿Contestaría? Durante aquella insoportable espera, apoyé la frente en la palma de la mano e inspiré y espiré con todas mis fuerzas. De repente, alguien descolgó, pero solo me respondió el silencio. Tras unos segundos, probé suerte...

—¿Mamá? —dije con un hilo de voz, conmovida.

—No puede ser... ¡Madison, hija! Pensé que estaba alucinando cuando vi aparecer tu nombre en la pantalla. Creí que...

Su voz temblaba tanto como la mía. Pese a todo, me sentí aliviada.

—Llevábamos casi dos meses sin noticias. Tu padre y yo pensábamos que... Bueno, no. Pero después de lo que dijo ese monstruo…

Ella rompió a llorar, y yo me mordí el labio inferior para tragarme mis propios sollozos.

—No pasa nada; no te preocupes…

—¿Dónde estás?

—No puedo decírtelo...

Hacía unas semanas, si hubiera tenido la oportunidad, habría hecho todo lo posible para que mis padres me encontraran, pero en aquel momento, lo único en lo que podía pensar era en cumplir mi parte del trato —por así decirlo— y en no decir nada que pudiera comprometer a James ni a la West End Gang.

—Pero ¿estás bien? Ese cerdo no te habrá tocado, ¿verdad? ¿Te las has arreglado para escapar?

—Cálmate, mamá. Es… complicado.

—Pronto tendremos el dinero, hija... Ya no tendrás que pasar por ese infierno.

Me tapé la boca con la mano para contener las lágrimas, con el corazón desgarrado por sus

palabras sensatas pero al mismo tiempo, crueles, dado que al fin estaba disfrutando de ese supuesto «infierno».

—¿Hola? ¡¿Madi?!

—Papá... —dije, conmovida y con los ojos cerrados—. Espero que estéis bien...

—No te preocupes por nosotros. Reuniremos el dinero. Te estamos esperando en Montreal. Justine vino hace poco...

Al oír aquello, rompí a llorar.

—¿Y Nathan? —pregunté, con la voz temblorosa por la culpa.

Mi padre se tomó unos segundos antes de decir:

—Cariño, no llegó a pisar Canadá. Habrá tenido problemas en el trabajo o algo así. En cualquier caso, al igual que nosotros, pensó que tú... Bueno...

—No importa —dije, mientras un dolor desconocido me hacía trizas el pecho—. Papá, mamá, no me queda mucho tiempo...

—Pagaremos el rescate, pero no te creas que pararemos ahí. Créeme, encontraremos a ese hijo de puta y…

—¡Marc! —interrumpió mi madre, indignada.

Sonreí ligeramente. Había olvidado que en mi familia estaban prohibidas las palabrotas.

—Tengo que irme...

—¿Qué? Pero…

—Os quiero...

—Y nosotros a ti, Madi.

Incapaz de soportar la situación un segundo más, colgué. Un minuto y cuarenta y ocho segundos. Ni siquiera había consumido todo mi tiempo. Dejé caer el teléfono sin fuerzas y mis brazos se fueron deslizando por la superficie de la mesa, mientras buscaba apoyar la cara en mis manos. Al oír sus voces había hallado cierto consuelo, pero también me había inundado el dolor. A duras penas, cogí una servilleta de papel para sonarme la nariz. Unos segundos después, oí abrirse la puerta principal.

Mi madre acababa de llamar «monstruo» a James y sentí un pinchacito en el corazón por el pesar. Conforme lo había ido conociendo, me había dado cuenta de que no era un alguien vil, y mucho menos un desalmado... Había matado a gente —a mucha gente, sí— y me había amenazado y metido miedo en más de una ocasión, pero nunca me había puesto la mano encima, así que no podía decir que fuera cruel.

James me puso la mano en el hombro. No tardó en reaccionar ante mi estado de ánimo:

—Quizá no haya sido una buena idea…

Me incorporé, secándome las mejillas mojadas. Me miró con cierta... ¿empatía?

Unos segundos después, le ofrecí una débil sonrisa.

—Gracias, James.

Sin inmutarse, James me cogió suavemente de la nuca y me acercó a su pecho. Guardó silencio y cerré los ojos. Respiré hondo para recuperar la compostura. Estábamos pegados el uno al otro. No podía salir de aquel abrazo que tanto me aliviaba. Podía oír los latidos de su corazón, sentir cómo su pecho se hinchaba y luego se deshinchaba, y me sentía bien. Aquel olor a cigarrillo mezclado con su colonia era tan especial y agradable…

Pasado un rato, volví en mí, pero no dejaba de pensar en que por nada del mundo me habría separado de él.

Una vez más, vivía en un estado de felicidad ilusoria junto a James... No podía dejar de darle

vueltas al asunto.

Me aparté de sus brazos de forma automática. Me sentía débil. Él me miró con sus ojos azules y me pasó la mano por la mejilla para secarme una última lágrima.

—Deberías subir a retocarte. Pareces un panda.

Oh, vaya... Me había olvidado de la máscara de pestañas.

—Te espero aquí.

Asentí y me levanté.

De pie frente al espejo del baño, llegué a la conclusión de que tenía un aspecto lamentable. Tenía las mejillas enrojecidas de tanto llorar y los ojos negros, porque se me había corrido el maquillaje.

Me aclaré la cara con agua fría unas cuantas veces, luego me desmaquillé rápidamente y me volví a maquillar, como si no hubiera pasado nada. Antes de salir de la habitación, me puse otra capa de base en el cuello para camuflar las marcas azuladas.

Respiré hondo para relajarme y olvidar aquel lapsus que me había consolado ligeramente, pero también me había deprimido. En fin, al menos ya estaba mejor…

Al bajar de nuevo las escaleras, se me pasó un pensamiento fugaz por la mente. Me había olvidado de lo esencial. No había dudas de que estaba perdiendo mis hábitos.

Unos minutos más tarde, cuando por fin me encontré con James, que me esperaba en la puerta, enarcó una ceja, sorprendido pero también molesto por mi atuendo.

—¿Puedo preguntarte por qué llevas eso?

—¿Cómo que para qué? Fuera hace frío. No voy a salir solo con un vestido —dije inocentemente.

Me agarré firmemente a la chaqueta negra, grande y abrigada, que le pertenecía. James frunció el ceño al verme.

—No me refería solo a eso… —dijo desesperado, señalándome el hombro de nuevo.

—¿Te refieres a mi mochila? ¿Qué pasa con ella?

—¿Para qué necesitas una mochila?

—Para muchas cosas. He metido un jersey, papel, un bolígrafo, pañuelos y una botella de agua. Nunca se sabe, puede ser útil.

—Madison, sabes que no vamos de excursión, ¿no?

—Sí, lo sé, pero...

Se acercó a mí despreocupadamente y, con las manos en los bolsillos, me miró de arriba abajo.

—Quítate esa mochila y esa chaqueta.

—Pero...

—Sin peros.

James abrió la puerta de un armario del pasillo y rebuscó en él un momento. Intrigada, me asomé tímidamente para ver lo que hacía.

—Ponte esto.

James me tendió un largo abrigo negro. Resignada, dejé la mochila y la chaqueta y me puse la elegante prenda de cachemira. Una vez lista, volví a coger la mochila.

—Madison… —dejó caer mi captor mientras volvía a guardar la chaqueta en el armario.

Exhalé un largo suspiro y me deshice de la mochila. James no entendía la necesidad de no salir nunca de casa con lo puesto, pero a mí me gustaba llevar encima mis «por si acasos». Nunca se sabía cuándo podían resultar útiles, especialmente un bolígrafo.

—¿Puedo llevarme al menos el bloc de notas?

—No —dijo, categórico, poniéndome la mano en la espalda para empujarme hacia la puerta principal—. Venga, vámonos.

La familia es lo primero

El trayecto resultó ser más largo de lo que me imaginaba. Absorta en mis pensamientos tras aquella breve conversación con mis padres, sus voces se repetían una y otra vez en mi cabeza, y tuve que morderme el labio para no echarme a llorar de nuevo.

«Pronto tendremos el dinero, hija…»

Toda historia tenía un final, pero ¿cómo sería el de la nuestra? Sacudí la cabeza con fuerza para dejar de pensar en ello.

«No tendrás que volver a pasar por ese infierno…»

Se me encogió el corazón. No se imaginaban cómo me sentía, y mejor así, porque no sabría cómo explicarles que disfrutaba estando con un criminal. Pensarían que estaba loca y con razón.

—Ya hemos llegado —anunció James, sacándome de mis pensamientos.

Un aparcacoches de unos cincuenta años me abrió la puerta y me tendió la mano. Le di las gracias y James, que ya estaba fuera, le confió sus preciadas llaves. Poco después, el empleado desapareció con el Audi R8.

Intrigada, levanté la vista hacia el imponente edificio de arquitectura decimonónica y que tendría unas diez plantas. Supuse que, dado el aspecto de la fachada, sería un hotel de lujo.

Me quedé un rato soñando despierta, redefiniendo la noción de grandeza al ver las siluetas de las montañas que rodeaban el edificio en la penumbra. Aquel entorno se asemejaba a cierta obra maestra de Kubrick.

James me rodeó la cintura con la mano y me invitó a pasar. El vestíbulo estaba desierto, pero al mismo tiempo, repleto de lámparas de araña, murales, arabescos y arcos y bóvedas con revestimiento de oro. Parecía un Versalles en miniatura.

James se dirigió a paso decidido hacia los tres ascensores que se alineaban en el otro extremo de vestíbulo. Una sensación terrible se apoderó de mí cuando mi captor pulsó el último botón.

—Ilumíname: ¿quién soy esta noche?

James sonrió ligeramente y pasó el brazo alrededor de la cintura.

—Madison. Con eso, basta.

Eso no era de mucha ayuda. Entonces, ¿qué? ¿No debía interpretar un papel? ¿No sería Maggy aquella noche? Simplemente Madison, la chica secuestrada que había huido tres veces y fracasado estrepitosamente en cada intento. Ah, y la chica a la que habían disparado, de paso. Qué vergüenza…

Solté una risita nerviosa mientras los números iban a más.

Dos, tres, cuatro...

—Tómatelo con calma.

—Me gustaría verte en mi lugar…

Exasperado, James se acercó a mi pelvis. Me puso la mano en la cara, y trazó con el dedo índice la curva de mi mandíbula. Lentamente, me cogió la barbilla con dos dedos y, de una forma casi instintiva, levanté la vista hacia él. Me sonrió sin vacilar y me empujó contra la barandilla. Respiré agitadamente mientras él posaba la mano en la parte baja de mi espalda.

—Madison, cálmate… —susurró rozándome los labios.

¿Cómo podía esperar que me calmara en semejantes condiciones? Desvié la mirada hacia los números que seguían subiendo:

Siete, ocho, nueve...

Me zafé apresuradamente de su abrazo para establecer una distancia apropiada y eso lo hizo reír entre dientes. Unos segundos después, sonó el timbre del ascensor y se abrieron las puertas. Inquieta y sofocada ante la idea de que alguien pudiera habernos pillado con las manos en la masa, me erguí al descubrir una gran sala abarrotada.

—Tantos mafiosos reunidos en un mismo lugar… ¿No es mala idea? —le susurré mientras echaba a andar.

—Como te imaginarás, la West End Gang no cabría aquí ni de lejos. Los asistentes a la fiesta son los miembros más importantes. Para muchos, es el momento y el lugar perfecto para hacer negocios.

Dos mayordomos con el pelo canoso se acercaron a nosotros. Uno me ayudó a quitarme el abrigo con sorprendente galantería; el otro, con una bandeja vacía en la mano, incitó a James con cierta insistencia a que hiciera lo propio.

—Señor…

Este último suspiró, antes de sacar su Magnum de la funda oculta bajo la chaqueta y entregársela de mala gana.

¿No había armas en aquel lugar? Eso me tranquilizaba. Así no habría posibilidad de que la noche se convirtiera en un baño de sangre.

—Disfruten de la velada… —dijo, inclinándose antes de dejarnos pasar.

La enorme recepción ofrecía una amplia panorámica de los invitados. Muchas miradas se volvieron en nuestra dirección, algunas altivas, otras más amistosas. Me llamó la atención una mujer con un largo y elegante vestido negro y dorado, oculta entre la multitud. Me dedicó una amplia sonrisa, aunque no supe por qué. Pero hube de desviar la vista enseguida por culpa de un tipo que se apresuró a bloquearnos el paso.

—¡James! ¿Qué tal, compañero? —dijo, dándole una palmadita en el hombro.

Mi acompañante le dirigió una mirada asesina, como si quisiera destriparlo en el acto. Pero rápidamente cambió su expresión sombría por una sonrisa sincera, y estrechó a aquel hombre rubio entre sus brazos.

—¡Hombre, Kurtis! ¡Cuánto tiempo!

Estaba claro que aquel hombre no era un simple conocido. Después de un abrazo que duró unos segundos, el tal Kurtis se despegó de su amigo y miró a sus espaldas. No pude ignorar sus aires de seductor, ni tampoco su sonrisa de ave rapaz, que me hizo sentir incómoda.

—Pero bueno, ¿quién es este bomboncito que tenemos aquí? No sueles traerte a nadie…

El bomboncito habría adorado mandar a la mierda a aquel gnomo repugnante. Afortunadamente, James tomó la iniciativa.

—¿Tú qué crees?

El treintañero me examinó un momento, y se acarició la barba desaliñada. ¿En qué estaría pensando? ¿Habría pillado la insinuación de James? Finalmente, suspiró y se encogió de hombros.

—¡Qué pena! Tendré que conformarme con los segundos platos de la fiesta…

—¿Has visto a Bran?

—Te acabas de perder su discurso. Está hablando con unos socios en la terraza.

James asintió y siguió su camino, después de darle las gracias a Kurtis. Este último dijo con voz melosa:

—Hasta luego, bizcochito…

¡Qué horror! Roja por la vergüenza, seguí mi camino, con la esperanza de no volver a cruzarme con aquel tipo en toda la noche.

—No todos son así… —me aseguró James con una sonrisa fugaz.

Me pregunté cómo sería Bran. Solo de recordar su potente voz cuando había exigido silencio en el salón de James, pensé que aquel tipo debía ser imponente. Temí que fuera un personaje parecido al protagonista de *El precio del poder*[1], un tipo frío y rudo como Tony Montana.

Antes de salir al balcón, James se detuvo por segunda vez para saludar a un hombre vestido con un traje negro que contrastaba con su tez hialina. Era esbelto, rondaba los sesenta años y tenía los pómulos hundidos y la espalda arqueada por el paso del tiempo. ¿Sería él? No me lo imaginaba así…

—James… —dijo secamente el hombre tras beber un sorbo de champán.

—Mi más sentido pésame por lo de tu hijo, Yvan. Yo tendría que haber cuidado de él y, sin embargo…

—William era un inútil y murió como tal.

Me quedé estupefacta ante sus palabras. Era el padre de Will y, sin embargo, no parecía en absoluto afectado por la muerte de su hijo. Apreté los puños detrás de la tela del vestido y tensé la mandíbula. Luchaba contra un odio indescriptible, un rechazo sin precedentes que me generaba aquel hombre.

—Celebraremos el funeral a principios de año. En cualquier caso, como lo encontraron calcinado, no hay riesgo de que su cuerpo se pudra.

Me puse a temblar de rabia. ¿Cómo podía alguien mostrar tanta indiferencia? Aunque no lo conocía mucho, su muerte me había conmocionado, porque Will era una buena persona, algo que no solía suceder en ese negocio. ¡Y su padre se ensuciaba la boca con semejantes palabras!

James me acarició el brazo y me cogió de la mano para que me calmara. Podría haberlo dejado pasar si ese idiota no hubiera añadido un comentario absurdo de escandalosa apatía:

—En fin, estas cosas pasan…

—¡Era su hijo! ¡No finja que no le importa!

Frunció el ceño, mirándome con desdén:

—Su muerte no cambiará mi forma de pensar en él. ¡William era un necio ignorante! —gritó, hinchando el pecho—. ¡Mi verdadera familia está aquí!

Sentí que me invadía una ira lóbrega. James se disculpó y luego tiró de mí para sacarme de entre la multitud.

—¿En qué estabas pensando?

—Pero ¿tú has oído lo que ha dicho? ¡Menuda falta de respeto!

—Lo sé —soltó, poniéndome las manos en los hombros—, pero no puedes reaccionar con ese pronto, y menos aquí.

James respiró hondo antes de continuar:

—Yvan solía pegarle, ¿vale? Le importaba una mierda su hijo. Por eso decidí protegerlo.

Molesto, sacó un cigarrillo del bolsillo y lo encendió antes de indicarme que lo siguiera entre los invitados. Mientras caminaba, cogió una copa de champán.

—¿Conoces a toda esta gente? —susurré, observando a los hombres y mujeres que, a primera vista, no parecían pertenecer a ninguna organización criminal.

—No. Son principalmente traficantes de drogas, invitados VIP, blanqueadores de capital… Bueno, y también políticos. Como te he dicho otras veces, aquí no hay jerarquía ni «padrino». A

ver, en cierto sentido, Bran es el jefe la banda. Los gobierna a todos con mano dura. Todo sea dicho, no tiene una mano derecha que se ocupe de sus negocios, solo confía en sí mismo.

—¿Y qué hay de ti?

—Solo somos socios. Él me presta a sus hombres cuando los necesito y yo controlo las mercancías que entran y salen del puerto. Poco más.

—Se dice pronto…

Justo entonces, una mano me agarró del hombro para impedirme que siguiera avanzando. Sorprendida, me di la vuelta, al igual que James, que parecía aliviado al ver a la persona que acababa de pillarnos por banda.

—Vaya, vaya… ¡Pero si es la mismísima Madison! —dijo Evy con entusiasmo, abrazándome.

—¡Para! La vas a asfixiar como no la sueltes ya… —se mofó Steven a sus espaldas.

Me sorprendió verlos vestidos con tanta elegancia: la pelirroja llevaba un mono blanco muy elegante y su hermano un esmoquin negro. Se les veía bastante guapos en comparación con las pintas de pordioseros que solían llevar.

—¡Qué bonito es ver a la familia reunida!

—Es algo que espero con impaciencia todos los años —añadió Evy, rodeando el cuello de su hermano con el brazo.

—¿Has dicho «familia»? —pregunté, sin entender muy bien sus palabras.

—Sí. Puede que no seamos parientes, pero aquí todos nos respetamos y siempre es una alegría ver caras conocidas que ya echábamos de menos…

—A ti también, ¿eh, Madi? Ahora eres parte de la familia. Bueno, en realidad, todo depende de alguien...

La mirada de Evy se fijó en James. Parecía esperar que su superior asintiera, pero él se limitó a poner los ojos en blanco, exasperado.

—¿Has visto a Bran?

—Sí, hace un rato ha soltado un discursito bien largo…

—Para morirse, de hecho —dijo Steven, terminando su frase.

—Deja de rematar todo lo que digo, capullo.

—Y tú deja de dar el coñazo…

Helos ahí, discutiendo de nuevo. James suspiró. Agotado, me cogió de la mano y asintió, obviamente queriendo decir «vámonos de aquí, anda, antes de que se pongan plastas…».

Nos alejamos de la multitud lo más rápido posible. Eché un último vistazo a los gemelos, que seguían discutiendo: una le tiraba del pelo al otro, mientras los invitados los miraban divertidos. Daba cierta alegría verlos, siempre metiéndose el uno con el otro, pero a pesar de todo, sabía a ciencia cierta que podían ser rudos e inflexibles.

—Ah, ¡ahí está! —intervino James, sacándome de mis pensamientos.

Me di la vuelta inmediatamente y me encontré con un hombre de espaldas, fumando un cigarrillo en el balcón. Era alto e imponente, iba vestido de negro y tenía los hombros cuadrados y pelo canoso. Ni siquiera me atreví a imaginar su rostro.

Tragué saliva.

—¡Bran! —exclamó James mientras me soltaba para ir a saludarlo.

Sorprendido, el tipo a la cabeza de la organización criminal se giró ligeramente para mirar por encima del hombro. Tenía los ojos sombríos y parecía serio.

Tenía motivos para temblar: aquel tipo era espeluznante. Estrechó la mano de James a modo

de saludo y le dio una palmada en la espalda. Luego intercambiaron unas palabras que no oí. Me quedé allí, a unos metros de ellos, hasta que el famoso Bran fijó sus ojos asesinos en mí y frunció el ceño. Definitivamente, no era bien recibida. Me habría gustado huir muy, muy lejos, para no tener que enfrentarme a un mundo que no era el mío.

Se me formó un nudo en el estómago. Bran apartó a James y se dirigió a mí a paso seguro, apretando los puños y lanzándome una mirada severa. Angustiada, le hice una súplica silenciosa a James y percibí la preocupación en su rostro.

—No, ¡espera! —gritó, siguiendo sus pasos para alcanzarlo.

Pero Bran le ignoró.

Retrocedí unos pasos. Por alguna razón, aquel tipo parecía querer matarme.

---

[1] *N. de la T.* Película de 1983 protagonizada por Al Pacino, que cuenta la historia del refugiado cubano Tony Montana, que llega a Miami sin dinero pero, con el tiempo, se convierte en un poderoso narcotraficante.

Bran

Mis piernas apenas podían sostenerme. Afortunadamente, James consiguió por poco adelantar a Bran y cortarle el paso.

—¡Basta! ¡Lo has entendido mal!

—No, chaval, lo he entendido perfectamente. Ahora, aparta.

El cincuentón le sacaba una cabeza a James. Y nunca había visto a nadie que desprendiera semejante aura. Claramente, estaba seguro de sí mismo e infundía respeto con solo mirarlo.

Cuando se detuvo frente a mí, solo pude bajar la mirada, a diferencia de James, que estaba decidido a no dejarlo pasar y lo miraba desafiante.

—Venga, déjate de historias y quítate de en medio… —gruñó Bran, apartándolo de un empujón.

Ya no había nadie entre nosotros.

—Conque eres tú…

¿Yo, qué?

Las palabras se me quedaron atascadas en la garganta. Me quedé helada mientras me acercaba sus manazas cubiertas de anillos. Temerosa, cerré los ojos y, en una milésima de segundo, sentí que me rodeaba con los brazos con una fuerza sorprendente, hasta el punto de levantarme los pies del suelo.

—Has salvado la vida de mi pequeño James…

¿Qué?

Abrí los ojos como platos, desconcertada. ¿Qué coño decía ese hombre?

—Dios... —dijo mi captor mientras se frotaba la cara con las manos.

Bran me miró con una amplia sonrisa, que no encajaba con la expresión sombría y poco tranquilizadora de su rostro.

—Vamos, bájala antes de que le dé un infarto…

Puse los pies en el suelo tan rápido como pude, aún desconcertada por lo surrealista que era la situación. Mi mirada interrogante se encontró con la de James.

—¿Sabes? Si no le hubieras salvado la vida, parte de mi negocio se habría ido al garete... Y habría perdido a un buen amigo.

—Pero yo...

—No me salvó la vida.

—Disculpa, chaval, pero hasta donde yo sé, recibir una bala por ti es salvarte la vida. ¡Eres tú quien deberías haber hecho de escudo, patán! Sobre todo con esa cara tan bonita… No se merece que le hagan daño.

Oculté una sonrisa burlona tras los dedos al escuchar cómo sermoneaban a James. Mi captor me fulminó con la mirada. Me alivió comprobar que la imagen que me había creado de Bran era infundada.

Lejos de parecerse a un criminal —salvo en el plano físico, claro— era un hombre amable y de carácter desenfadado. Bran me puso las manos sobre los hombros y adoptó un tono solemne antes de decir:

—No hay muchas chicas como tú por aquí. ¡Por favor, hazme el honor de unirte a mi banda!

Asombrada por su propuesta, me quedé sin habla. ¿Hablaba en serio? Desde luego que no. Además, parecía que se había apresurado a la hora de formarse una opinión acerca de mí.

—Deja de marear… —intervino James.

—No mareo. El mareante eres tú. Madison, ¿a que te saca de quicio?

Estaba totalmente desconcertada por la situación, que se estaba volviendo cómica por momentos. No lograba entender cómo un hombre como él podía gobernar con mano dura un imperio que se extendía por toda una ciudad.

—No, de momento, no… —respondí, titubeando por las circunstancias.

—James, ¿por qué no te vas a jugar a otra parte? Creo que Garban te estaba buscando.

—No mientas.

—Yo nunca miento, chaval. Venga, vete a buscarle, que quiere hablar de negocios. No te preocupes por tu chica: yo me ocuparé de ella.

James suspiró y, resignado, me dirigió una última mirada que me resultó difícil de leer. Bran me apretó el hombro y me invitó a salir a la terraza. Un escalofrío me recorrió la espina dorsal por el aire fresco de la noche.

El líder de la West End Gang se apoyó en la barandilla y se encendió otro cigarrillo. Mientras él se acomodaba en el balcón, yo seguía tan tiesa como un poste a su lado. Jugueteé nerviosamente con los dedos y me pregunté cuáles serían sus intenciones. ¿Por qué le había pedido a James que se marchara?

—Hace una noche preciosa… —dije, apoyándome en la barandilla, con la atención centrada en el cielo en el que brillaban cientos de cuerpos celestes.

—Hay tantas cosas bellas a nuestro alrededor... Es una pena que ya nadie les preste atención.

Volvió a hacerse el silencio. Las pocas personas que quedaban en el balcón no tardaron en volver a entrar, buscando el calor. Tímidamente, observé al hombre que fácilmente superaba los dos metros de altura. Con el rabillo del ojo, me miró y sonrió ligeramente.

—Creo que eres muy valiente, Madison O'Dea…

Abrí los ojos de par en par y él soltó una carcajada.

—No creerás que soy una ignorante, ¿verdad?

—Claro que no, es que...

—Señorita, cuando llevas en esta profesión tanto tiempo como yo, aprendes a estar informado de todo lo que te rodea.

Bran expulsó el humo mirando al cielo estrellado antes de continuar:

—Entiendo por lo que estás pasando.

—¿A qué se refiere?

¿También él había secuestrado a una chica, la había tenido cautiva y la había amenazado a cambio de un rescate? Tenía mis dudas...

—Hace seis años, un cártel de Nuevo México secuestró a mi Gail, mi mujer.

—¿Por qué?

—Querían dinero, obviamente. Es la única motivación que tiene esa gentuza hoy en día.

Sus palabras no me sorprendieron. Seguramente fuera algo que sucedía con frecuencia en su entorno, pero igualmente, ¡se trataba de su esposa! Empecé a sentir empatía por aquel hombre que también escondía cierto resentimiento mezclado con tristeza.

—¿Y qué hizo usted?

—¿Hasta dónde llegarías para salvar a la persona a la que amas? Hice lo que tenía que hacer: pagar. El dinero no te da la felicidad, pero el amor…

Esa frase parecía sacada de un *thriller* romántico, pero en el fondo, estaba de acuerdo: el corazón siempre dicta lo que tiene valor en nuestra vida.

—¿Y consiguió que le entregaran a su esposa?

Bran cerró los ojos.

—Sí que me la entregaron, sí. Apaleada hasta la muerte, con un aspecto demacrado y el cuerpo cubierto de agujeros de bala.

Me tapé la boca con la mano para contener un hipo de asombro y horror. Con una calma desconcertante, como si ya no le afectara, Bran arrojó su colilla aún humeante por encima de la barandilla.

—Lo siento muchísimo…

Esas fueron las únicas palabras que lograron salir de mi garganta constreñida.

—Aquel día, me arrebataron brutalmente un trozo de mi alma.

Pensé en mis padres. Ellos también estarían destrozados si descubrieran que había muerto.

—¿Y qué hizo?

El cincuentón se encogió de hombros y dejó ver su pasividad e impotencia ante el asesinato de su media naranja.

—Pocas semanas después, la DEA[1] desmanteló el cártel. Hoy, esos asesinos se están pudriendo en la cárcel. Es lo que llamamos karma. Y aunque merecían morir, dejé a un lado mi resentimiento.

—Fue usted muy valiente y justo…

Aquel hombre me infundía respeto. Aunque los negocios en los que estaba involucrado eran bastante dudosos, no podía juzgarle únicamente por sus malas acciones.

—Tus padres deben estar muy preocupados. No puedo decirte cuándo te liberará James; eso depende de él. Pero hay una cosa que puedo asegurarte: no te matará.

Antes de que pudiera discrepar, continuó:

—La forma en que te mira… Esos no son los ojos de un asesino. James es un hombre de honor; siempre cumple sus promesas. Si dice que te matará, te matará. Si decide dejarte vivir, no faltará a su palabra.

Me pasó suavemente la mano por el cuello, un gesto que me pilló desprevenida. Me obligó a inclinar la cabeza para ver mejor las cicatrices que marcaban mi piel desde hacía poco tiempo.

—¿Esto es cosa suya?

—No era su intención… —le defendí con brusquedad.

—Ya veo... Hay ciertas marcas que no se borran ni con maquillaje.

—Supongo que tardará unos días…

—No me refiero solo a las tuyas, Madison O'Dea.

Sus palabras parecían más lúcidas que nunca y Bran me soltó con aire abstraído.

—Se refiere a James…

—Cada uno tiene sus demonios. Además, no me corresponde hablar de ese tipo de dolor.

Me puso la mano en el hombro, como adoptando una postura paternal. Luego me echó una última mirada antes de darse la vuelta. Pero al cabo de un par de metros, cambió de opinión.

—Casi lo olvido: ¿qué mejor momento para un regalo que hoy?

Del bolsillo de su chaqueta sacó un pequeño obsequio y me lo dejó en la mano sin dejarme decir ni una palabra. Luego me cerró los dedos y no me dio tiempo para ver de qué se trataba.

—Quién sabe, puede que algún día le encuentres una utilidad…

—Gracias, pero yo...

—Una última cosa, Madison. No creo que merezca la pena mencionarlo, pero por si acaso: cuando te libere, asegúrate de no contarle a nadie nada de lo que has presenciado en los últimos meses. De lo contrario, iré a por ti y acabaré contigo yo mismo. ¿Entendido?

Su tono serio, por no decir gélido, me hizo estremecer. Aún tenía la mano apresada entre sus imponentes palmas, como si estuviera decidido a no dejarme marchar.

—Sí, por supuesto… —tartamudeé, inquieta.

—Te estoy tomando el pelo, chica… —añadió con una sonrisa de oreja a oreja.

Una profunda sensación de alivio hizo que me bajara la tensión de nuevo.

—¡Papá! ¡Papá! —interrumpió una vocecita que me sobresaltó.

Una cabecita rubia se interpuso entre nosotros: una niña de unos siete años que llevaba un vestidito con volantes rosa chicle. La peque se lanzó a la pierna de Bran, sonriente.

—¡Ven a ver lo que he dibujado!

La niña fijó los ojos en los de su padre. ¿Cómo podía esa preciosidad vivir en un mundo así? ¿Era consciente de lo que la rodeaba? Lo dudaba.

—Ya voy, cariño…

Bran alborotó ligeramente el pelo de su hija, que nos dedicó una amplia sonrisa antes de salir corriendo para perderse entre los invitados.

—Señorita O'Dea, el deber me llama. En todo caso, sí que debería tomárselo en serio cuando le digo que la mataré si habla.

Asentí bruscamente. El mensaje estaba más claro que el agua. Luego se dio la vuelta y se dirigió adonde estaba su hija. Así que eso era todo lo que le quedaba de su mujer. Qué mundo tan cruel...

De repente, me entró la curiosidad y abrí la mano para descubrir el famoso regalo: una sortija. O mejor dicho, un anillo con sello de plata, engastado con una piedra negra a la que rodeaba una circunferencia de metal.

¿A qué venía aquello? Aunque aquella joya era —como tal— bastante inofensiva, Bran acababa de confiarme aquel regalo por una razón que aún se me escapaba. Quizá James pudiera decirme algo más…

¿Dónde estaría el muy escurridizo?

El frío me había calado hasta los huesos, así que volví al calor de la recepción. Miré a mi alrededor, pero no había ni rastro de James. Mientras me abría paso entre la multitud con la esperanza de encontrarlo, me preocupaba cada vez más que se hubiera olvidado de mí. Me detuve cerca del bufé y esperé allí como un pasmarote, imaginando lo bien que me vendría verlo a lo lejos entre los invitados. Pero no conseguí nada. Tras una larga espera, una voz llamó mi atención.

—Estás preciosa…

Sorprendida, me giré y vi a una mujer, aquella cuyos ojos había captado al entrar. Su largo vestido negro moldeaba a la perfección sus generosas curvas. Aquella mujer desprendía un carisma y una elegancia impresionantes.

—Creo que se merece que le devuelva el cumplido.

—Y encima, modesta. Sybile Corman, encantada.

Hasta su nombre irradiaba belleza. Con sus tacones, me sacaba unos diez centímetros. A su lado, me sentía como una niña insegura.

—Madison. Es un placer…

—Has venido con McAllister, ¿no es así?

Asentí, obligándome a sonreír para no mostrar la terrible vergüenza que sentía. Me dedicó una sonrisa perfecta y luego me apartó suavemente detrás de la oreja un mechón de pelo que me colgaba delante de la cara.

—Es la primera vez en cuatro años que lo veo del brazo de una mujer. Debes de ser muy especial.

—Créame, no lo soy...

—Esos ojos…

Enarqué una ceja. Mis ojos no eran nada del otro mundo, eran como los de millones de personas de este planeta.

—Son iguales que los de María...

—¿María?

No era la primera vez que oía ese nombre. Mónica Romero también lo había mencionado, y James había enloquecido justo después. Esa mujer estaba muerta, y él parecía tenerle mucho cariño...

—No sé mucho de ella. Solo la vi una vez, hará unos cuatro años. Creo que eran novios, pero cuando la conocí era una sombra de lo que había sido, al igual que James...

—¿Por qué? ¿Qué sucedió?

—Nadie ve venir las desgracias. Todo sucede tan deprisa... En fin, Madison, eres un rayo de luz en esta noche tan aburrida. —dijo, sonriente, mientras me pasaba la mano por la mejilla.

La señora Corman desvió la mirada ligeramente a mis espaldas.

—Señor McAllister….

—Sybile…

Aquella voz, como ninguna otra, hizo que me estremeciera.

—Estaba halagando a esta joven por su belleza. Discúlpeme… —añadió, antes de dedicarnos un último gesto con la cabeza.

Dicho esto, la mujer —cuando menos, misteriosa— dio media vuelta y desapareció entre la multitud.

James me pasó la mano por la espalda antes de susurrarme en voz baja y con tono serio:

—Es hora de irse.

---

[1] *N. de la T.* Por sus siglas en inglés, la *Drug Enforcement Administration*, esto es, la agencia del Departamento de Justicia de los EE. UU. que se dedica a la lucha contra el contrabando y el consumo de drogas en el país.

La palabra es «confusión»

—¿Puedes explicarme por qué nos hemos marchado tan pronto? —pregunté, mientras subía la calefacción del coche.

No hubo respuesta. James se limitó a fumarse un pitillo con cierta parsimonia. Tenía la ventanilla bajada, así que intenté cubrirme con el abrigo, porque tenía la piel de gallina en los brazos y no dejaban de castañearme los dientes.

—¿James? —insistí.

—¿Sí? —dijo, volviendo en sí.

—¿Por qué nos hemos ido? Parecías muy serio…

No se dignó a mirarme. Arrojó el cigarrillo por la ventanilla antes de volver a subirla, a pesar de que un aguacero torrencial llevaba casi una hora golpeando el capó.

—Porque me apetecía.

—¿Puedes ser más concreto?

—No teníamos nada más que hacer allí. He visto a quien tenía que ver, así que el resto de la noche no me interesaba en absoluto.

¿En serio? Dudaba si creerme su respuesta, pero dada su falta de interés, no indagué mucho más. De todos modos, por mucho que insistiera, no me diría la verdad…

Llevaba el anillo de plata en la mano desde que nos habíamos ido de la fiesta. Por desgracia, me quedaba demasiado grande. No había forma de ponérmelo en ningún dedo.

—¿Y eso? ¿Te lo ha dado Bran?

Asentí sin apartar los ojos de la joya.

—Dijo que algún día le encontraría alguna utilidad, pero no entiendo cómo...

—Bueno, no la pierdas.

—¿Sabes lo que representa?

—Sí, yo solía llevar una, hace mucho tiempo…

Su tono distante me hizo deducir que no quería seguir hablando del tema.

Cuando por fin entré en calor, me quité el abrigo y me acomodé en el asiento. Giré el anillo entre mis dedos, pensando en la fiesta, en la gente a la que había conocido, pero también en la conversación con mis padres... Habían dicho que pronto acabaría todo. ¿Qué pasaría después? Tendría que volver a Francia, a mi trabajo en *La page colorée*, a la rutina… Volvería a ver a mis padres, a mis amigos... Pero ¿era eso lo que quería? ¡Vaya pregunta! Pues claro que sí.

Miré a James. De ser el caso, no volvería a verle. Aunque unas semanas atrás hubiera dado cualquier cosa por marcharme, en aquel momento me daba pena.

—¿Qué te pasa? —dijo él, rompiendo el silencio—. ¿Estás llorando?

Enarqué una ceja ante su comentario. ¿Qué decía?

Me pasé la mano por la mejilla para secarme... ¿una lágrima? Mierda, ¿qué me estaba pasando? ¿Por qué reaccionaba así? No lograba entenderlo…

—¿Son lágrimas de alegría o de tristeza, tesoro?

Buena pregunta.

—No lo sé. Es solo que...

Poco a poco, James fue soltando el acelerador hasta que frenó definitivamente en medio de la

sinuosa carretera.

—¿Por qué paras?

No hubo respuesta. El agua golpeaba contra el techo y hacía un ruido ensordecedor. Miré la carretera, pero no vi nada que le diera una razón para detenerse. Hice lo mismo con la parte trasera.

Si no estábamos atentos, un coche podría llegar en cualquier momento y embestirnos por detrás, así que ¿qué hacía ahí parado? Fui a darle un golpecito en el hombro, con la esperanza de devolverlo a la realidad, pero James fue más rápido y me agarró los dedos por sorpresa antes de tirar de mí contra él. Como acto reflejo, le puse la mano en el hombro para evitar chocarme bruscamente con su pecho.

Un segundo después me besó con ímpetu. Sentí su brutalidad mezclada con una ternura embriagadora. Le rodeé la nuca con las manos, intentando prolongar aquel momento intenso. Entre sus manos, sentía que me derretía; entre sus brazos, viajé a otro mundo. Soñé con sus caricias y sus palabras. Con él, me sentía yo misma.

Pero ¿en qué estaba pensando? ¿Por qué me ponía así? Lo sentía todo estando con él. La confusión se había apoderado de mí. Aunque, ¿qué había que entender? En todo caso, debía dejar de negar lo evidente. Con él estaba descubriendo algo nuevo, algo único, pero difícil de asimilar.

Las lágrimas volvieron a caer por mis mejillas. ¿Eran de alegría? Me invadió una profunda sensación de libertad, amor y deseo. No quería separarme nunca más de él. ¿O eran de tristeza? No sabía adónde me llevarían aquellos sentimientos. Porque aquella breve felicidad, por hermosa que fuera, también ocultaba un caos idílico y efímero. Era un hecho: vivíamos en mundos muy distintos.

—Joder… ¿Tan bien te hago sentir? —dijo James, mientras me secaba una lágrima amarga.

No pude evitar reírme ante su comentario.

—No es eso…

Me acarició la mejilla con ternura antes de continuar:

—¿Cuándo vas a dejar de mentirte a ti misma, tesoro?

Aquella bromita cínica me dejó de piedra. James se alejó de mí y puso las manos en el volante. Su gesto me tranquilizó tanto como me disgustó.

Apoyé la cabeza la ventanilla y contemplé el paisaje nocturno que pasaba ante mis ojos. Me preguntaba qué buscaba. ¿Sobrevivir? Eso me decía la lógica. No había olvidado quién era James, ni tampoco sus actos despreciables, pero sabía que había bondad en su corazón. Me odiaba por no ser capaz de tomar una decisión, por perderme entre una elección racional y la incoherencia de mis deseos.

¿Debía rendirme? No… Simplemente no sabía qué hacer.

La tormenta amainó y James apagó el motor. Se quedó quieto y yo lo observé, en silencio. ¿A qué estaba esperando? A pesar de la persistente lluvia ligera, el agua no me impidió salir del coche para entrar en casa. Cerré la puerta de golpe y James hizo lo mismo. Fui hasta la casa y me aparté unos mechones de pelo de la cara. Estaba empapada.

El manojo de llaves que llevaba en la mano tintineó y, sin mediar palabra, abrió la puerta. Sin embargo, permaneció inmóvil. Me acerqué un poco más a él para intentar entender qué le pasaba.

—¿Qué quieres, Madison?

—¿A qué te refieres? —le pregunté, aunque en el fondo intuía adónde quería llegar.

Me puso las manos sobre los hombros y las deslizó por mis brazos. El corazón me dio un

vuelco cuando me empotró contra la fachada de madera. Me quedé ahí quieta, mientras me acariciaba dulcemente la cara con su aliento y me rozaba la piel con su cálida mano, con la que fue recorriendo lentamente mis curvas hasta llegar a mis caderas. Levantó suavemente el dobladillo de mi vestido para acariciarme el muslo con una delicadeza estimulante, sin apartar los ojos de mí ni un segundo. Entonces James susurró:

—Me refería… a esto.

Me rodeó la cintura con el brazo para estrecharme y apoyó su frente en la mía. Ambos seguimos en silencio. Pese a que la lluvia nos había empapado, el calor de su cuerpo inundó el mío, y mientras nuestros labios se rozaban, susurró, ardiente de deseo:

—¿Y bien? ¿Qué quieres?

Me enfrenté a lo que tanto temía.

—Quiero...

Todo lo que quería en ese momento era... dejarme llevar.

Me entregué a sus brazos y lo besé. En mis venas se filtró un sentimiento de libertad. El frío, la lluvia... ya nada existía. Sus labios, su olor, su calor... ¿Cómo habría podido resistirme?

James me cogió de la cintura y me empujó para que pasara sin dejar de besarme, mientras yo me soltaba la melena empapada. Nos acercamos a la estufa, y él se quitó la chaqueta y la corbata. Le caían gotas de agua por el pelo. Se desabrochó la camisa y yo me quité los zapatos, justo antes de que me cogiera y me tumbara en el sofá. Me puso una mano en la nuca y me besó lentamente mientras me bajaba la cremallera del vestido.

Me senté a horcajadas encima de James, mientras nos devorábamos con un ardor que haría palidecer al más casto de todos los devotos.

Sus ojos azulados iniciaron un delicioso paseo al compás de su mano. Me dio unos dulces besos en el cuello. Luego posó los dedos en el escote de mi vestido y se fue abriendo paso lentamente bajo la tela. Mientras exploraba mi cuerpo, una sensación muy peculiar se despertó en mi bajo vientre. Era tan exquisitamente suave como las mariposas que revoloteaban a mi alrededor. Ahí estaba: la más hermosa de las verdades que ya no me esforzaba por reprimir.

James se incorporó para dejar la camisa a los pies del sillón. Aproveché para quitarme el vestido empapado. Tal vez debería haberme avergonzado ante la idea de estar delante de él en ropa interior, pero no era el caso.

—Ven conmigo…

James me agarró por las caderas y se puso de pie, y apretó su pecho contra el mío. Instintivamente, le rodeé la cintura con las piernas. Jadeando, subió las escaleras de dos en dos. La puerta del dormitorio se cerró tras él. Arrodillada en la cama, me acerqué a sus labios. Mis ojos vagaron por su musculatura esbelta y perfectamente definida, por los tatuajes de su brazo derecho, por aquellas cicatrices...

Esta vez, no habría más permisos, no más vergüenza: nos estábamos conociendo de verdad el uno al otro. Con delicadeza, me dio unos cuantos besos húmedos y cálidos en el cuello y me rozó el lóbulo de la oreja.

Me desabrochó hábilmente el sujetador con la mano. Nuestras respiraciones se aunaron y llenaron la habitación. Pasó sus dedos por mis pechos y me pellizcó los pezones. La cabeza me daba vueltas por el deseo: sentía que quería entregarme a él.

James se movió lentamente en dirección a mi entrepierna. Respiré agitada, liberada, embriagada… Arqueé la espalda de placer al sentir su tacto. Luego fue bajando con la mano libre hasta llegar a mi muslo y lo levantó.

—¿Te gusta?

—Sí… —jadeé, mordiéndome el labio.

Gemí y apoyé la cabeza en su cuello. Respiraba de forma entrecortada. Nuestros cuerpos sudorosos se apretaron el uno contra el otro. Le agarré de la espalda con ambas manos y noté cómo se le movían los omóplatos.

¿Desde cuándo tenía ese efecto en mí? Sus movimientos me provocaron una oleada de placer tras otra y le cogí la cara con ambas manos para luego apretar mi boca con la suya. Entonces me mordió ligeramente el labio inferior para introducir su lengua. Un calor intenso se extendió por todo mi ser. Me sentí en simbiosis con él; no había necesidad de hablar. En ese momento, lo sabíamos todo el uno del otro.

Entonces, inesperadamente, se detuvo. Por un momento me miró, como para asegurarse de que yo realmente quería que lo hiciera. Asentí y le sonreí, así que se levantó y lanzó los zapatos y los pantalones a la otra punta de la habitación.

Lentamente, fui subiendo hacia el cabecero de la cama mientras él se acercaba como un lobo acechando a su presa. James me agarró de las caderas, tiró de mí hacia él y me rodeó la cintura con una mano para apretarme contra él. Me plantó una serie de besos ardientes en el cuello y luego se dirigió hacia mis pechos. Me los lamió con pasión y fue bajando hasta llegar al ombligo. Su lengua era como una deliciosa tortura.

—¿Notas lo que me haces sentir…? —susurró con aspereza.

Me mordí el labio. Nuestras respiraciones entrecortadas se mezclaban con el calor que emanaba de nuestros cuerpos. Me cogió de la cara con ímpetu y posesividad y me besó antes de susurrar:

—Ya no hay vuelta atrás, tesoro... Esta noche te poseeré en cuerpo y alma…

Sus palabras encendieron algo en mí; no estaba acostumbrada a escuchar algo así. En su voz se mezclaban una ferocidad y una ternura indescriptibles. Lo deseaba, así que me entregué a su tacto, más adictivo que cualquier droga. Esa noche me poseería en cuerpo y alma.

Sus dedos siguieron recorriendo mis curvas hasta que bajaron lo que quedaba de mi ropa interior... y lo siguiente que supe fue que era suya.

Me quedé sin aliento. Sus manos subieron poco a poco por mi cuerpo hasta apresarme las muñecas a ambos lados de la cabeza. Sus deliciosos movimientos de pelvis me hicieron gemir débilmente. Arqueé la espalda y me agarré a las sábanas mientras su fuerte aliento me acariciaba la cara. James me besó con fuerza.

Nunca había sentido tanto deseo, tanta pasión por alguien. Su cuerpo desprendió un brillo especial al unirse al mío; estábamos ahí, el uno para el otro, sin pensar en las consecuencias. Solo importaba el momento. Sus labios se abrieron paso hasta mi cuello y me agarré a su pelo con ambas manos, mientras gemía. Una risa ladina se dibujó en sus labios. Sentía que iba a perder el equilibrio mientras nuestra pasión se desataba y el sexo se volvía más y más delicioso.

Hasta entonces, la timidez siempre había podido conmigo en mis relaciones anteriores. Tenía miedo a dejarme llevar. Con James, todo parecía diferente. Él no me juzgaba. Ejercía sobre mí una extraña autoridad, pero con sus gestos, sus caricias, me hacía olvidarme del miedo y entregarme al placer de sus manos.

Con las uñas clavadas en su espalda, me perdí en un frenesí de sensaciones. No tardé mucho en llegar al clímax. ¿Así que eso era dejarse llevar? ¿Era eso lo que había estado intentando reprimir durante años?

Finalmente, nuestros cuerpos ardientes, sudorosos y exhaustos, saciaron su deseo. James se

hizo a un lado y yo apoyé la cabeza en su clavícula. Estábamos desnudos y pegados el uno al otro. Mi amante sacó un cigarrillo de la cajetilla que tenía en la mesilla de noche y lo encendió. Le dio una calada y luego expulsó el humo. Me acarició el pelo con la mano que tenía libre y yo me acurruqué en su pecho y sonreí.

Por fin había conseguido atraparme. Y yo, en pleno conocimiento de causa, había cedido ante el atractivo de ese desconocido, que aún me resultaba aterrador.

Empecé a ser consciente de mis sentimientos y me encontré sumergida en un estado innegable de confusión.

Entonces caí en la cuenta de por qué me sentía tan completa a su lado: Lo amaba.

Cicatrices

La luz del sol que se colaba por las finas cortinas me despertó de mi letargo. Dibujé una sonrisa en los labios cuando sentí el pecho de James elevarse ligeramente justo debajo de mi cabeza. Suavemente, me arrimé a él y observé el relieve de su piel, los detalles de sus tatuajes y cicatrices. Volví a cerrar los ojos, esperando disfrutar de la calma. Un torbellino de emociones me recorrió al inspirar su aroma masculino y, sin pudor, hundí la cabeza en la curva de su cuello. James me acarició suavemente la piel, luego posó la mano en mi hombro y exhaló un suspiro sereno.

Entrelacé mis dedos con los suyos. Me encantaba sentir su calor, su aliento, su olor, la aspereza de sus manos y mi cuerpo apretado contra el suyo. Habría querido que aquel momento durara para siempre.

—Tienes la piel tan suave… —murmuró, acariciándome dulcemente el brazo.

Eran palabras sencillas, pero tenían un gran efecto en mí. Suspiré profundamente, miré por la ventana el cielo despejado y luego el rostro relajado de James, que sonreía levemente.

—¿No vas a quitarme nunca los ojos de encima?

—¡Jamás!

Sonrió mientras se enderezaba, me agarraba por la cintura y me echaba hacia atrás. Clavó su mirada en la mía mientras me acariciaba suavemente la cara.

—Ten cuidado conmigo, tesoro…

Me devoró con la mirada mientras me recorría la nuca con los dedos. Puse las manos sobre su pecho y toqué levemente la zona en la que le había suturado dos meses atrás, donde ahora había una cicatriz. Esa era una de las muchas marcas que cubrían su cuerpo. James observó la dirección de mis iris y mis manos. Me detuve en cada imperfección grabada en su carne, que lo hacía único.

—Herida de bala, hace un año, en un tiroteo en Arizona —respondió James, observando la mirada interrogante que dirigí hacia su antebrazo izquierdo.

Continué trazando un camino por su brazo y observé la triqueta que tenía tatuada. Sabía que era el símbolo de los tres planos de la existencia: el mental, el físico y el espiritual[1].

—¿Es por Irlanda?

Asintió y posó suavemente sus labios sobre los míos. Fue una deducción muy sencilla. Aquel símbolo celta estaba vinculado a los países nórdicos y, más concretamente, a Irlanda. Había numerosas creencias que giraban en torno a la triqueta, en particular en torno al *Libro de Kells*[2]. Emocionada por poder entender al fin sus marcas, le obligué un par de veces a inclinarse ligeramente sobre el costado para seguir admirando su cuerpo. Él seguía tumbado boca arriba y yo aproveché para sentarme sobre su pelvis, y le puse las manos en el abdomen para que me dejara contemplarlo. No opuso resistencia.

—¿Qué significa este tatuaje? —le pregunté, pasando la mano por una cicatriz torcida que llevaba mi firma.

—Para que no olvidemos a los que nos han dejado… —respondió con calma, mientras yo tocaba la calavera rematada por un ramillete de lilas.

Deslicé los dedos por su torso. Con la respiración entrecortada, me miró fijamente, dispuesto

a responder a mi siguiente pregunta y esperando que no fuera demasiado entrometida. Porque, como de costumbre, James «el susceptible» podía poner fin al interrogatorio si no le gustaba por dónde iba la cosa...

—Estuviste en el Ejército, ¿no?

—¿De dónde has sacado eso?

—Tienes ciertas habilidades... Sabes curar heridas, manejas perfectamente las armas… A veces tienes una forma de hablar muy particular. Pero, sobre todo, he visto el lema que llevas tatuado en el hombro —añadí, orgullosa de mi capacidad de observación, mientras señalaba el águila, parcialmente borrada por una cicatriz, sobre la que sobresalía una corona y una frase en latín.

—*Sic itur ad astra* —citó, acariciándome la mejilla con el pulgar—. Así...

—... se va a las estrellas.

—Exacto. ¿Cómo lo sabes?

—Hice el bachiller de latín… —interrumpí, avergonzada—. ¿Y esa cicatriz?

Se rio con ganas mientras se tocaba la fina marca que tenía en la base del cuello.

—Me arañó un gato de pequeño.

Nos miramos en silencio durante unos segundos, justo antes de que yo estallara en una carcajada ante lo absurdo que era el origen de aquella marca.

James me puso la mano en la cadera para hacerme rodar, y yo hipé de sorpresa cuando se colocó justo encima de mí y me dejó ver una mueca de astucia. Sonreía a más no poder y me negué a apartar los ojos de él. Me encantaba desafiarlo de ese modo.

—No deberías buscarme las cosquillas… —susurró, pasándome los dedos por la clavícula hasta que llegaron al escote de mi camiseta de tirantes.

—Pero me encanta hacerlo…

La sábana cayó por su espalda hasta el suelo. Sin apartar los ojos de él, le puse las manos en el pecho.

—Oye, James…

Había una última pregunta que necesitaba que me respondiera, y que llevaba planteándome desde que nos habíamos conocido. Mi mano recorrió poco a poco su vientre hasta llegar al origen de mi curiosidad: la piel hinchada y deformada que se extendía varios centímetros en su abdomen. Al sentir mi tacto, se estremeció, como si no se lo hubiera esperado, como si aún pudiera sentir el dolor de aquella profunda herida.

—¿Quién te hizo esto? —murmuré, confusa.

Me agarró de la muñeca y, tras exhalar un largo suspiro, me apartó el brazo y lo dejó a un lado de mi cabeza. Podía oír su respiración agitada y ver su mirada perdida a través de los pocos mechones de pelo que le caían delante de los ojos. Se los aparté con la mano libre para observarle y, de algún modo, intuí sus pensamientos, su estado, lo mucho que le atormentaba aquella horrible marca.

—Lo hicieron...

Su voz tembló ligeramente.

—... aquellos que vienen a torturarme por las noches.

Sus palabras me hicieron volver a lo que había sucedido la otra noche. Todo encajaba. James se tumbó de lado y se apoyó ligeramente en el cabecero de la cama para encenderse un cigarrillo. Tras darle una primera calada, exhaló una gran bocanada de humo. Debía estar buscando el alivio que le proporcionaba la nicotina. Esa respuesta, simple pero reveladora, no me bastaba.

Tenía una necesidad irreprimible de levantar el misterioso velo que envolvía su identidad.

—¿Fue antes de entrar en la West End Gang?

Arrugó las facciones. James se pellizcó el puente de la nariz, agitado, y suspiró.

—Hace unos años serví en el Ejército. Una operación salió mal y perdí a todo mi pelotón. Me dejaron allí, indefenso y de rodillas, durante tres meses. Me mantuvieron con vida por puro sadismo.

—¿Cómo escapaste?

Soltó una carcajada amarga y se pasó la mano por el pelo mientras expulsaba el humo hacia el techo.

—Gracias a un pacto con el diablo disfrazado de ángel. Y cuando llegué a casa, ella se lo llevó todo.

¿Ella? ¿Quién era ella? La curiosidad me estaba matando, pero ¿sería demasiado preguntarle? Estaba claro que hablar de su pasado no le traía buenos recuerdos a James. Podía ver los estragos de la tortura en sus ojos, que lo desgarraban por dentro.

—No me mires así. No te apiades de mí, por favor… —dijo James, aplastando la colilla en un cenicero.

Del cajón de la mesilla de noche sacó su Magnum plateada. Alcé las cejas, preguntándome qué estaría tramando. Entonces dijo:

—El otro día me preguntaste qué se sentía al matar... La primera vez que disparas, cuando la bala da en el blanco, la confusión y la incomprensión te impiden procesarlo. Dejas de respirar. Miles de preguntas te estorban y no puedes pensar. Luego vuelves a la realidad, y entonces, se desata una avalancha de sentimientos: asco, por lo que has hecho; angustia, por ser quien eres; culpa, miedo, y al mismo tiempo, alivio... Pero es imposible olvidar tus actos: ni los honrados ni los deleznables. Te persiguen y te recuerdan cada día, cada hora, cada minuto, cada segundo, los horrores del pasado. Y por eso tienes que ser capaz de ignorarlos; no debes dejar que te depriman. Tienes que seguir adelante y levantarte, porque si no, la conciencia acaba aplastándote y solo te quedas con lo malo.

James tensó los dedos en torno a la 9 mm y apuntó con firmeza al gran espejo horizontal de la pared de enfrente. Puso el dedo índice en el gatillo, apuntando a su reflejo y entonces, disparó. Como acto reflejo, contraje los músculos. Cerré los ojos y sentí que el corazón se me iba a salir del pecho. Pero solo oí un pequeño clic. Tragué saliva y miré el arma, que estaba descargada.

—Espero que nunca tengas que pasar por semejante infierno, Madison.

Aflojó la mano izquierda y la Magnum cayó pesadamente al suelo. En cierto modo, me sentí más tranquila, pero también, ansiosa. A pesar de las apariencias, me había dado cuenta de que James no era el hombre invencible que fingía ser. Cuando se sinceraba y expresaba lo que sentía, me confirmaba que el dolor había amedrentado su cuerpo y su mente.

A menudo, me había sentido al borde del abismo al estar cautiva, pero mi realidad parecía estar a años luz de lo que James había vivido, sobre todo sabiendo que en aquel momento, mi infierno parecía el paraíso.

Dudaba que todo pudiera ser como antes. Hice memoria de lo que había pasado en los últimos meses. Los hechos estaban escritos en mi piel, en aquella herida de bala, pero también en mi mente, al fantasear con la noche lluviosa en la que James me había estrechado contra su cuerpo. Los mejores recuerdos, así como los peores, permanecerían conmigo hasta el final.

---

[1] *N. de la T.* Para los celtas, simboliza principalmente la vida, la muerte y la reencarnación.

[2] *N. de la T*. También conocido como el *Gran Evangeliario de San Columba*, es un manuscrito ornamentado, obra de los monjes celtas de Kells, un pueblo de Irlanda, entre los siglos VI y IX.

La cima

—¡Ay! —gemí cuando James me quitó la venda de un tirón.

Levantó la vista con una sonrisa socarrona. Inmediatamente, le lancé una mirada asesina y eso le hizo reír.

Luego me examinó la herida y pasó el pulgar ligeramente por la marca rosada, mientras estiraba de la piel con suavidad. A pesar de que casi se había curado por completo, seguía sintiendo un hormigueo incómodo e incesante.

En silencio, James, mi médico personal y autoproclamado, sacó un bisturí del envoltorio esterilizado. Tuve mis dudas cuando se acercó peligrosamente a mí con aquella hoja afilada. Incómoda, me bajé la camiseta, como si temiera sus intenciones.

—¿Qué pretendes hacer? Si puede saberse…

—Cortar el hilo de los puntos, así que quédate quieta y levanta esa camiseta.

Ansiosa, tragué saliva discretamente mientras me subía la camiseta. No pretendía apartar la vista de los dedos de James. Sin embargo, pasados unos segundos, cerré los ojos, incapaz de contemplar cómo cortaba aquellos hilos cosidos a mi carne. Hice una mueca de dolor al sentir el metal rozando mi piel, pero el suplicio no duró mucho, ya que pronto oí cómo dejaba la pequeña cuchilla, así como los trozos de hilo, en la bandeja.

—Los nervios tardarán en recuperarse; podrían pasar meses.

Curiosa, me di unos golpecitos en la zona magullada y me atreví a clavarme la uña en la piel. Efectivamente, no sentí nada.

—Entonces, ¿si me pongo un cubito de hielo no notaré nada?

—Exacto.

—¿Y si me clavo un tenedor?

Torció los labios con una mueca de incomprensión.

—¿Quieres que pruebe yo?

James estaba jugando con mi mente y yo ya no sabía discernir cuándo bromeaba y cuándo lo decía en serio. Verme tan confundida parecía divertirle. Me puso los dedos en la mejilla, se acercó hasta rozar sus labios con los míos y susurró:

—Te picará la cicatriz, pero no te rasques.

—De acuerdo, doctor… —susurré, bajándome la camiseta.

Llevaba ya más de una semana viviendo en aquella cabaña aislada del mundo y todo iba de maravilla. El tiempo ya no importaba. No había más problemas a la vista. Me encantaba despertarme, sentir a James a mi lado, que me hablara y me susurrara palabras bonitas al oído… Adoraba el tacto de sus labios en mi cuello. Su lado autoritario se centraba ahora en mi placer. Y me dediqué a saborear el momento, como si cada día fuera el último, como si todo llegara a su fin.

—Esta noche volveremos a casa —dijo James mientras guardaba el botiquín.

Lo miré sorprendida. Ahí estaba: el momento que tanto había estado temiendo…

—Pero antes, abrígate. Vamos a salir un rato.

Sin hacer preguntas, me levanté y subí las escaleras. Me estiré y me puse un jersey por encima de la camiseta, una chaqueta y una bufanda. Bajé las escaleras de carrerilla y me reuní

con James, que llevaba una mochila a cuestas, en la entrada.

Una vez fuera, esperaba subirme a su deportivo, pero James pasó de largo y echó a andar por un sendero que partía de la linde del bosque.

Alcancé a mi amante, que me dedicó una breve sonrisa engañosa, como si disfrutara viéndome tan desconcertada.

—¿Debería sospechar?

—¿Por qué ibas a hacerlo?

—Porque estamos en el corazón del bosque, donde no llegan los rayos del sol, tu mochila parece pesada y estás muy callado... ¿Y si te da por matarme y enterrarme en el bosque, como en las películas?

Se detuvo con el ceño fruncido, me puso las manos firmemente sobre los hombros y sonrió con malicia.

—Quizá tengas razón. La verdad es que...

De repente me agarró de la muñeca y me inmovilizó contra un árbol.

—... en esta bolsa hay un hacha, pero antes de matarte, tengo la intención de convertir la experiencia en una cacería humana, donde tú serás la presa. Echarás a correr, yo te encontraré y luego te obligaré a...

James levantó la barbilla con los dedos y me obligó a mirarle. Su tono serio y autoritario podría haberme convencido si sus ojos no se hubieran perdido en mis labios. Me besó con ternura mientras me agarraba del pelo. Me encantó aquella sensación de ligereza y plenitud. Era algo novedoso y cada vez más intenso.

Volvió a ponerse serio, me ordenó que le siguiera y, sin darme cuenta, aquel paseíto se convirtió poco a poco en una carrera de resistencia, solo cuesta arriba. Las suelas de mis zapatos no se agarraban bien a los guijarros y me iba resbalando mientras James, de pie delante de mí, trepaba por las rocas sin ninguna dificultad. Había una palabra que lo describía a la perfección: incansable.

Al notar mi angustia mientras subíamos por el macizo, me tendió la mano para ayudarme a pasar por encima de una roca. Sin aliento, le agarré del brazo y le frené para que no siguiera caminando. Incapaz de hablar, le hice un gesto para que esperara a que recuperara las fuerzas.

—Los medicamentos hacen que te fatigues antes. Al menos esta noche dormirás como un tronco. Pero por ahora, tenemos que seguir hasta llegar a la cima.

Le dirigí una mirada lastimera. ¿La cima, ni más ni menos? Me agarró del brazo y me ayudó a no desplomarme. Le seguí con dificultad, preguntándome qué pretendía. ¿Qué habría en la cima? A pesar del frío, lo único que quería era quitarme el jersey. Estaba agotada por el esfuerzo físico.

Tras unos interminables minutos admirando el esfuerzo que hacía para seguirle y esperándome cada cincuenta metros, mi amante decidió ayudarme. Seguro que pensaría que si no, no llegaríamos a la cima antes del anochecer. Su respiración era tranquila y controlada en comparación con la mía. Me agarraba firmemente por la cintura con la mano derecha, mientras que con la otra sostenía mi brazo izquierdo. Gracias a él, conseguí cansarme un poco menos y avanzar más deprisa.

James aún estaba lo bastante lúcido como para tomarse un descanso de unos minutos después de más de una hora de caminata y yo aproveché para saciar mi sed con la botella de agua que llevaba en la mochila.

En cuanto recuperé la energía, redoblé mis esfuerzos y eché a andar delante de él, con la

motivación de llegar al final del camino. Como era de esperar, James acabó adelantándome. Aquello era un paseíto para James, pero para mí era como escalar una montaña.

La vegetación escaseaba y solo quedaban rocas a nuestro alrededor; Alberta estaba a una altitud considerable. Cuanto más ascendíamos en dirección a la cima y al cielo, más impresionante era la vista del Parque Nacional de Banff. El sol se reflejaba en los grandes lagos azules de agua helada, mientras la nieve descansaba en los abetos. A lo lejos, las luces de la ciudad eran todo un espectáculo.

—¡Hemos llegado!

James me hizo un gesto con la mano para invitarme a seguirle y me desvió del camino principal.

—¿Así que este es el momento en que el chico malo le enseña a la chica tímida un lugar secreto donde viene a pensar? —resoplé, agotada.

Recordé la multitud de clichés que había leído en los libros del señor Duriez, o visto en esas películas malas a rabiar que echan cada año en la tele.

—¿Qué? —respondió James, ya muy por delante de mí.

—No, nada… —respondí rápidamente, contenta de que no hubiera oído mi comentario sarcástico después de todo.

La cima estaba a unos pocos metros, al igual que el imponente precipicio. Por suerte, había barreras de madera que advertían del peligro. Sinceramente, estaba más concentrada en mis pasos y en la dirección que tomaba James que en el paisaje. Al cabo de unos cuantos metros, se detuvo. Aunque estuviera de espaldas, podía oírle respirar. Iba liberando una nube de vaho con cada espiración, a medida que el frío aumentaba con la altitud.

—¡Justo a tiempo! —dijo, apoyándose en la barrera erosionada por el tiempo que nos separaba del vacío.

Me tomé unos segundos para perderme en el paisaje, que me dejó sin palabras. No solo había un parque nacional a nuestros pies, sino una vista panorámica de las Rocosas canadienses, que se extendía hasta el horizonte y desaparecía entre las nubes en la lejanía.

—Es precioso… —dije, antes de sentir un escalofrío.

No fui capaz de apartar la vista del sol anaranjado que se escondía tímidamente tras aquellas siluetas montañosas.

—Diane y yo solíamos venir mucho…

—Merece la pena el esfuerzo. Nunca había visto un paisaje tan...

Magnífico, extraordinario, espléndido, impresionante, suntuoso, inigualable, sobrecogedor... Había mil palabras para describirlo, pero ninguna hacía justicia a la belleza y la pureza de aquel lugar. James lucía una sonrisa sutil y sincera. Verle así me hizo feliz. Me dejé llevar por el encanto del entorno, sin saber hacia dónde debía mirar.

Finalmente, James se apartó de la barrera, se apoyó en la pared rocosa y luego se sentó y abrió la mochila. Intrigada, me di la vuelta para descubrir que había sacado un termo.

—¿Tienes sed?

Nada más desenroscar el tapón, me llegó el aroma de la manzanilla y me puse al lado de James, asintiendo. En silencio, me sirvió una taza y se encendió un cigarrillo.

Dejé que mi mirada vagara por el extraordinario paisaje y que la bebida humeante me calentara los dedos helados. Ahora entendía por qué su mochila parecía tan pesada.

—Nunca pensé que algún día volvería aquí…

—La vida está llena de sorpresas —respondí pensativa, mientras soplaba en el agua que aún

estaba ardiendo.

—Así es, tesoro…

Me miró amablemente, con una sonrisa colmada por un dolor atroz. Sí, a mí también me había pillado por sorpresa... Si alguien me hubiera dicho alguna vez que me enamoraría del verdugo responsable de todas mis desgracias, no lo habría creído.

Apoyé la cabeza en su hombro y suspiré tranquila. Su calor se extendió a través de mí y me acurruqué a su vera. Fue un último, breve e intenso momento del que disfrutar, porque pronto, desaparecerían los últimos destellos de luz solar y caería la noche, tranquila y estrellada. Todo aquello que oí, vi y olí quedaría grabado en mi memoria. Conservaría ese momento de pura felicidad hasta el fin de mis días.

James miró el móvil. Eran casi las seis, la hora de volver a casa. Me ayudó a levantarme y volvió a guardar el termo en la mochila.

Intenté fijar aquel lugar en mi mente para los restos, antes de seguir sus pasos. Como era de esperar, el descenso fue mucho más fácil que el ascenso. A veces resbalaba con las piedras, pero recuperaba el equilibrio con facilidad.

James se volvió para mirarme. El cielo dorado del crepúsculo iluminaba su rostro y, cada vez que le miraba a los ojos, sentía que me ahogaba en el hechizante azul ártico de sus iris.

Con paciencia, me tendió la mano y, a pesar del frío, hallé en su palma un cierto consuelo y calidez. En los tramos en pendiente, me sujetaba con cautela y notaba cómo los músculos de su brazo se contraían para impedir que me precipitara cuesta abajo.

Siempre que podía, observaba los detalles de su rostro, por pequeños que fueran: sus iris, tan claros y a la vez tan oscuros; sus labios entreabiertos, por los que escapaba un vaho compacto del frío y el esfuerzo físico; su pelo oscuro ligeramente ondulado, que le caía por delante de la cara; el precioso lunar de su pómulo derecho; la barba de dos días, el grueso *piercing* negro y el fino pendiente de plata en la hélice y el lóbulo de su oreja izquierda, respectivamente... Me fijé en los ínfimos matices que colmaban su rostro y me permití perderme un poco más en su mirada, que era tan tierna como demoledora.

—¿Todo bien?

Asentí al pasar junto a él por el estrecho sendero, mientras nos adentrábamos de nuevo en el bosque y los últimos restos de luz se desvanecían en un cielo nocturno salpicado de estrellas.

La linterna de su teléfono iluminaba el camino. Me deleité con la relajante atmósfera del lugar, solo perturbada por el ulular de un búho posado en un abeto. Definitivamente, me sentía florecer en la calma de la naturaleza.

Me giré y caminé hacia atrás para observar a James. Me miró con una expresión de ligero asombro. Sin prestar más atención a lo que había ahora detrás de mí, le sonreí. Me gustó la expresión relajada y serena de su rostro, en contraposición a su habitual expresión seria o malhumorada. Él enarcó las cejas, sin duda sin entender aquel extraño comportamiento por mi parte.

Mis exhalaciones creaban un vaho opaco y me soplé en las manos para mantener el calor. Las hojas y las ramas muertas mezcladas con la nieve crujían bajo nuestros pies. Cuando me volví de nuevo hacia el sendero, la luz se apagó. Solté un grito de sorpresa. Estaba a punto de volverme hacia James pero entonces oí un ruido en su dirección: un gruñido, seguido de lo que sonó como una dura caída y un fuerte jadeo. Después, la nada. Se me aceleró el corazón al percibir un silencio sepulcral.

¿Qué había ocurrido?

Estiré los brazos a ciegas y me dirigí hacia el lugar en el que había oído sonidos agitados.

—¿James? —susurré, sin saber muy bien por qué.

No obtuve respuesta. Avancé a tientas, palpando los árboles y arrastrando los pies a mi paso, esperando tropezar con algo.

¿Cómo era posible que no me oyera? ¿Lo hacía a propósito?

Un crujido a mi izquierda me sobresaltó. Bruscamente, me giré y entonces oí un ruido al otro lado.

—James, esto no tiene gracia… —dije con firmeza, agarrándome al tronco de un árbol para no desorientarme.

Oí unos pasos que se acercaban lentamente. Poco a poco, fui perdiendo la confianza. Me solté del árbol y retrocedí, incapaz ya de encontrar el camino en la oscuridad total.

¿Y si no era él? ¿Y si era un asesino? ¡O De Marzo! También podía ser un animal… La agradable tranquilidad que me envolvía se convirtió en una horrible angustia que me oprimía el pecho y la boca del estómago.

¿Dónde se escondía?

—James...

El miedo, la ansiedad y el nerviosismo se apoderaron de mí. Quise llamarle, pero no pude articular palabra. Perdida, me sentí incapaz de tomar una decisión racional. De hecho, ¿la había acaso? ¿Debía correr? ¿Gritar y pedir ayuda? ¿Llorar?

Solo cuando sentí esa presencia a unos pocos centímetros, una oleada de adrenalina me empujó a huir. Como si mi supervivencia dependiera de ello, mis piernas tomaron el control y eché a correr... ¿Pero hacia dónde? No tenía ni idea. Tenía el corazón acelerado y respiraba de forma agitada. No podía razonar, así que me dejé llevar por mis instintos.

Me adentré en el bosque.

—James…

Esa fue la única palabra que salió de mis labios, pero fue tan solo un susurro imperceptible, porque tenía la garganta bloqueada. ¿Había lobos en aquel bosque? ¿O jabalíes? ¿O peor aún, osos? Fui derrapando por la nieve hasta que tropecé y aterricé en un montón de nieve en polvo que se había desprendido de una rama y que amortiguó mi caída.

Con el culo helado, me levanté y me sacudí el abrigo con brío para quitarme toda la nieve. Todavía alerta, puse la oreja pero no oí nada. Me recosté en un abeto y apoyé las manos en las rodillas para recuperar el aliento. Una lágrima cayó sobre mi bufanda. Estaba sola.

Hacía dos meses, había corrido por el bosque descalza, arañándome los pies con las ramas muertas y rezando para que no me encontrara, buscando desesperadamente una salida. Y en aquel momento...

Solté una risa nerviosa. Entre las carcajadas y las lágrimas, parecía que me estaba volviendo loca. Todavía no se veía a De Marzo ni a ningún sicario en el horizonte.

Me enderecé y me eché el pelo hacia atrás. Me ardía la piel por el torbellino de emociones que albergaba en mi interior. Entonces sentí que me cogían por detrás a la fuerza. Clavé las uñas en la mano que tiraba de mí, gritando y forcejeando, furiosa.

No tardé en darme cuenta de algo: luchar no iba a servir de nada, así que dejé caer la cabeza.

—James, ¡¿qué haces?!

Podría haber reconocido su olor entre millones. Con los brazos agitados, dejé que me abrazara. Su aliento tranquilo me acarició la mejilla. Cerré los ojos. Cruzó los brazos en pecho, como si no estuviera dispuesto a soltarme.

—Dime, Madison, ¿qué harás el día que alguien te coja por detrás, dispuesto a matarte?

Sorprendida por aquella pregunta, pero también por su arrebato repentino al que no estaba acostumbrada, levanté la cabeza y permanecí inmóvil, sin saber muy bien qué responder. Él aflojó el brazo lentamente. Fue bajando la mano por mi brazo, mientras la otra me sujetaba con la misma firmeza de siempre.

—Supongo que estarás tú para salvarme... —susurré, poco convencida.

—No estoy tan seguro de eso...

Con la mano libre, me agarró de las muñecas. Definitivamente, no entendía sus intenciones y me giré, con la esperanza de ver su rostro, pero las copas de los árboles bloqueaban la luz de la luna.

—Intenta zafarte de mi agarre.

—Eso está hecho… —dije con una risita, intentando mover los brazos.

¿Quizá hubiera abierto la boca demasiado rápido? Gesticulé con dificultad. James era capaz de detener todos mis movimientos. Gruñí de frustración al darme cuenta de que estaba malgastando mi energía. Al límite de mis fuerzas, dejé caer la cabeza y la apoyé en su hombro, pero mi captor no aflojó el agarre.

—Hay una técnica bastante sencilla: usa las piernas. Pilla desprevenido a tu enemigo, métele una patada y así perderá el equilibrio. Luego libérate de él con un codazo en las costillas. Y una vez estés libre, acaba con él.

Tal vez el «acaba con él» no fuera necesario...

Dicho esto, volvió a tensar los brazos. No había forma de que me soltara. Parecía esperar que pusiera en práctica su técnica. Pero me quedé allí quieta, como una inútil. Los segundos pasaban mientras intentaba entenderle, descifrar sus intenciones. O puede que buscara una excusa para que me dejara marchar, porque era evidente que no tenía ninguna gana de pegarle.

—No tardes demasiado o tu oponente aprovechará para matarte.

—¿Y si me amenaza con un arma?

—Es fácil esquivar un cuchillo. Solo con que lo desequilibres, ya le dificultas lo del rajarte el cuello. Si te apunta con un arma de fuego, no intentes nada. Espera a que vaya yo; el gatillo es muy sensible.

—Vamos, que sí que estarás para salvarme… —deduje, sonriente.

—Esperemos que nunca ocurra… —dijo, mientras aflojaba el agarre.

—¿No tenéis un código secreto o una terminología especial en la banda para pedir ayuda?

Levanté la vista hacia él, a pesar de que su silueta se desvanecía en la oscuridad. Aun así, pude sentir su mirada dubitativa sobre mí.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—No sé, ¿algo así como «se acerca la tormenta» o una expresión concreta para avisar a los demás? Sabes a lo que me refiero, ¿no?

—¿Se acerca la tormenta? —se rio, mientras yo sentía que sus brazos se aflojaban poco a poco—. Bueno, tesoro, si un día las cosas se ponen feas, no dudaré en decirte que se acerca la tormenta, si eso te hace sentir mejor….

—Esperemos que nunca ocurra… —repetí y luego suspiré.

Aproveché para zafarme de su agarre y le di un codazo. Así, puse a prueba uno de los pasos que acababa de enseñarme.

—Muy bien… —añadió en tono neutro mientras se acercaba.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunté, agarrándome a un árbol.

—Para ver si sigues siendo tan débil como cuando nos conocimos…

Me separé del tronco y suspiré exasperada.

—¿Y bien…? ¿Cuál es tu veredicto?

—Diría que ha habido una mejora notable, no en la fuerza ni en la técnica, de las que careces, sino más bien en tu carácter. Pareces más tenaz.

—Gracias. Me ha llegado al corazoncito, James… —me burlé, sarcástica.

—Me alegro de que estés conforme.

Le oí hurgar en su mochila en la penumbra, y al cabo de unos segundos, sacó lo que buscaba. Entrecerré los ojos e hice un gesto de molestia, deslumbrada por el potente resplandor la luz que me daba de lleno en los ojos.

—Me he quedado sin batería en el móvil…

Eso explicaba por fin por qué nos había dejado a oscuras hacía un rato. James cerró la mochila, me pasó la linterna y la cogí sin preguntar. Supuse que querría que la llevara yo el resto del camino.

Con la luz brillando sobre la tierra, cubierta de agujas de pino y hojas muertas, James se agachó de espaldas a mí, y me indicó con el brazo que me subiera a caballito.

—Tienes que estar de broma…

—Vas demasiado lenta. Date prisa, hay un avión esperándonos; te lo recuerdo...

Resignada, pero sobre todo agotada y soñando con descansar las piernas, ya que no las sentía después de unos cuantos kilómetros de caminata, finalmente me dejé tentar por su oferta.

—También te digo que, si no te hubieras divertido tanto asustándome, habríamos llegado a casa hace rato.

—Era tan divertido oírte correr... ¡Ojalá te hubiera visto la cara!

Refunfuñé, frustrada por sentirme engañada, mientras él se ponía lentamente en pie y me agarraba firmemente de los muslos. Le eché los brazos al cuello y luego iluminé el camino con la linterna de emergencia. Me pregunté si podría llevarme hasta la cabaña, pero no parecía que le hubiera afectado especialmente el esfuerzo físico.

—No vuelvas a hacerme algo así… —murmuré malhumorada, apoyándole la cabeza en la nuca.

—Bueno, eso habrá que verlo…

Un largo suspiro escapó de mis labios. Cerré los ojos, aspiré su aroma y no tardé en dibujar una enorme sonrisa. Me sentía tan bien... Tan bien que me quedé dormida. Había sido una tarde tan bonita... A pesar de lo que acababa de pasar, me fue imposible decir que no la había disfrutado. Al fin y al cabo, estaba con James.

Mis ojos se agitaron al oír el motor del coche arrancar y rugir. Envuelta en el calor, oí la llamada de Morfeo. Volví a dormirme, acunada por el ligero vaivén del Audi, mientras oía vagamente la voz de James hablando por teléfono.

De vuelta al negocio

Todo sucedió muy deprisa. Apenas me dio tiempo a recuperar el aliento antes de llegar a Quebec. Las calles de Montreal rebosaban vida por la llegada del año nuevo. A través de la ventanilla del 4x4, observé los brillantes adornos que se alzaban ante nosotros: guirnaldas con luces blancas y rojas, carteles de «Feliz Año Nuevo»…

Estaba redescubriendo la civilización. Como había estado aislada de la ciudad, del ruido y del mundo durante varios días, me di cuenta de que no había echado de menos la asfixiante contaminación atmosférica y el barullo ensordecedor de la gente y el tráfico.

—El sistema de vigilancia vuelve a funcionar. Pero antes de volver, hay algo que tengo que solucionar.

Enarqué una ceja pero no abrí la boca. ¿Qué sentido tenía intentarlo? Ya estaba acostumbrada a que apenas respondiera a mis preguntas. ¿Acaso quería sorprenderme? ¿O era para hacerse el misterioso?

Dejamos el centro de la ciudad y nos dirigimos hacia el norte. Con la barbilla apoyada en la palma de la mano, fijé la atención en las concurridas calles. Me sentí como si, de nuevo, corriera como una loca en busca de ayuda. No me gustaba volver a ese lugar.

Me sentía ridícula, débil e ingenua.

Pensé en Mélanie. La odiaba. Sin embargo, debía darle las gracias. Gracias a su traición, había podido conocer mejor a James.

Lo miré por última vez. Mi amante frenó en seco y se detuvo en un callejón sin salida. Su reloj marcaba las diez en punto. Abrió la puerta y me dijo que le siguiera. El cambio de temperatura entre el coche y el exterior me produjo un desagradable escalofrío, pero sin dudarlo ni un segundo, le seguí por la calle.

Aquel día, James había cambiado su elegante chaqueta habitual por un largo abrigo gris oscuro, que le daba un aire tan distinguido como sus guantes de cuero. Me invitó a pasar a un edificio pequeño, inquietante y en ruinas. Se detuvo ante la segunda puerta de la planta baja, y llamó dos veces.

La puerta no tardó en abrirse y apareció un chico de unos veinte años. Llevaba el pelo oscuro peinado hacia atrás, vestía de manera informal, tenía un porro en la boca y unas ojeras enormes en su mirada mortecina. Los dos hombres se miraron fijamente durante un momento, mientras yo intentaba pasar desapercibida.

—¿Por qué me he levantado esta mañana pensando en que aparecerías?

Los dos hombres sonrieron, se estrecharon la mano y se dieron unas palmaditas en la espalda.

—Ha pasado mucho tiempo, ¿verdad, Cole?

—Sí, la verdad es que sí. Pasa, pasa…

Los ojos color ámbar de Cole se fijaron en mí.

—Pero bueno, James… No sueles traer mujeres a casa…

—Soy Mad... —dije, para presentarme.

—Esta es Maggy. Es mi nueva socia.

James arqueó las cejas, como si sus palabras no le convencieran. Conque socia, ¿eh? Me quedé perpleja ante aquella burda mentira. James me hizo un gesto con la mano para que le

siguiera.

—¿Tienes mi dinero?

—¡Claro que sí! ¡Hemos vuelto al negocio! Pero escucha: las redadas de la DEA en el puerto son cada vez peores. Hasta ahora, no han encontrado nada, gracias a ti y a Bran. Vuestros soplones están siendo más eficaces de lo que pensaba, pero no te voy a mentir, estamos un poco nerviositos. El ambiente está más tenso que nunca.

—No te preocupes. Mientras controle el puerto, no habrá sustos.

Tuve la extraña sensación de que no debía involucrarme en aquella conversación.

—Ese es el problema. De Marzo quiere acceso al puerto de Montreal.

—Pues no lo conseguirá. Esa es mi zona. Además, ¿qué quiere hacer? ¿Exportar su mierda a Europa? No, gracias.

—Ten cuidado, James. Si hay algún problema, sabes que siempre puedes contar conmigo, pero no me sorprendería que unos cuantos se cambiaran de bando dentro de poco. Hay mucho chaquetero por ahí suelto, y Francesco y Mónica pueden mandarte a paseo antes de que te des cuenta.

—Gracias, Cole, pero lo tengo todo bajo control.

El joven desapareció un momento en otra habitación. James dio vueltas por el salón y luego se detuvo frente a la ventana para mirar hacia fuera.

—Conque soy tu socia… —me burlé de él en voz baja.

—Después de todo lo que has visto, ya no te queda otra, tesoro. Si yo caigo, tú vas detrás… —añadió con una sonrisita astuta, antes de apartar los ojos del cristal y acomodarse en el sofá.

Tragué saliva, esperando sinceramente que estuviera bromeando. Cole no tardó en regresar con una gran caja de metal cerrada con un candado. Con un hábil movimiento, la abrió. Me intrigaba lo que pudiera haber dentro. ¿Serían drogas? ¿Armas? Como un imán, me sentí irresistiblemente atraída a averiguarlo.

—Aquí tienes, el pago de Matthew Harper y Paola Méndez.

Sacó dos grandes fajos de billetes y los dejó uno al lado del otro delante de nosotros y añadió:

—Con el porcentaje de Bran de este mes, todo cuadra. He hecho las cuentas yo mismo. Y esto es lo que se te debe.

Dejó ocho fajos de billetes de cincuenta dólares canadienses. Nunca había visto tanto dinero junto, pero mantuve las formas, impasible.

James sacó un billete de uno de los fajos antes de ponerlo a contraluz para examinarlo. Después de comprobar que no era falso, se guardó los fajos en los bolsillos interiores de su abrigo y colocó un papel rasgado sobre la mesa.

—Esta es la siguiente dirección. Es un lugar seguro, así que trasládalo todo allí por la noche. Vamos a necesitar a más gente para ocuparnos del cargamento de las próximas semanas. Te enviaré a los gemelos.

Cole asintió, mientras leía lo que ponía en el papel, que parecía la esquina rasgada de un folio.

—¿Y las mulas[1], qué? A Garban le gustaría enviar los paquetes desde el aeropuerto. Dice que sería más rentable…

—Ya me lo ha dicho... Pero mi respuesta sigue siendo la misma: ni de coña nos vamos a rebajar a los métodos habituales de «el Quinteto».

—Ni siquiera me sorprende tu respuesta. Tú y tus principios… —rio el joven, mientras le daba una calada a su porro—. En cualquier caso, ten cuidado, McAllister.

James no se entretuvo más con su amigo, o compañero; era difícil saber qué relación tenían... Parecían bastante cercanos por sus gestos, pero se ponían muy serios cuando hablaban de negocios.

De repente, James tuvo que atender una llamada, así que se alejó ligeramente de Cole. Este último me lanzó una miradita insinuante, acompañada de una sonrisa burlona, a espaldas de su superior. Bajé la mirada, lo que le hizo soltar una risita discreta. Yo no encajaba en aquel lugar, y menos en ese ambiente, y cada vez que conocía a alguien nuevo, me reafirmaba en ello.

Tenía un mal presentimiento. Me sentía extraña, como si las próximas semanas fueran a ser ajetreadas. James había vuelto a la profesionalidad de su dudoso negocio, a unos asuntos muy delicados, y yo estaba segura de que la situación no iba a ser fácil para ninguno de los dos.

---

[1] *N. de la T.* En el argot de la droga, las mulas son los eslabones más expuestos y vulnerables de la cadena del tráfico de estupefacientes. Se les contrata para trasladar el cargamento de un país a otro.

Un día lluvioso

Frente al espejo del baño, me puse un par de pendientes de plata que me había prestado Diane. En silencio, observé mi maquillaje ahumado[1] y el vestido negro de manga larga que me llegaba a las rodillas.

Mis tacones resonaron en las escaleras. Llegué al salón, que estaba poco iluminado, y enseguida entendí por qué: el cielo estaba oscuro a media tarde, y la lluvia hacía el día mucho más sombrío.

De cara al ventanal, observé al petirrojo posado en su rama de siempre. Al parecer, había encontrado allí su casita. Esa criaturita me alegraba el corazón, al igual que la presencia tranquilizadora de James. Mi amante apreció por detrás, me acarició los brazos y me hizo olvidar por un momento la razón por la que habíamos madrugado.

—Deberíamos hacer camino…

Asentí y suspiré. Aquel día era el funeral de Will. Su muerte había afectado mucho a James. Justo el día anterior, me había estado hablando de su pequeño protegido. En realidad, James ocultaba un profundo sentimiento de culpa por no haber estado allí para ayudarlo, por haberse negado a transmitirle su forma de proceder y quizá, por no haberle escuchado lo suficiente.

Todo había ocurrido mientras Will hacía inventario de mercancías en un edificio abandonado al sur de Montreal. Si hubieran elegido otro lugar para la llegada de los convoyes, los criminales que habían planeado la explosión habrían fracasado. Y es que las pruebas eran irrefutables: la explosión en el viejo almacén no había sido un accidente, ni tampoco una fuga de gas. Todas las pruebas apuntaban a un agente externo: había sido premeditado. Así que, sin poder evitarlo, James se sentía culpable, porque le había encomendado una tarea demasiado peligrosa, y William lo había pagado con su vida.

Pero James no pretendía dejarlo pasar. Estaba convencido de que encontraría a esa panda de asesinos. No para saciar su sed de venganza, sino para dejar que Will se fuera en paz, para honrar su muerte. Sabía que aquella explosión solo podía ser obra de aquellos que codiciaban su negocio. Así que, además de haber perdido aquel día al hombre al que consideraba un hermano, también se habían echado a perder dos millones de dólares.

Cuanto más tiempo pasaba, más claro quedaba que Romero no era del todo inocente en ese asunto. Y a mí no me tranquilizaba lo más mínimo que esa mujer cubana, tan intimidante como aterradora, estuviera metida en todo aquello.

A fin de cuentas, no hacía tanto que conocía a Will, pero cada vez que nos habíamos visto, me había hecho olvidar por unos minutos el infierno por el que había pasado. Era un chico cariñoso, sincero, un rayo de sol en los momentos más oscuros y, por eso, su muerte me había afectado de verdad.

Tardamos tres cuartos de hora en salir de la ciudad y llegar a la iglesia del centro de la ciudad en la que se oficiaba el funeral.

—¿Habrá mucha gente?

—No lo sé. Quizá unas veinte personas… —respondió James mientras apagaba el motor frente al gran muro de piedra que nos separaba del cementerio—. No te alejes mucho de mí.

Estaba chispeando y, a lo lejos, el cortejo fúnebre sostenía un ataúd gris claro sobre un

pequeño camino empedrado. Cuando terminó la ceremonia, vi a Evy y Steven fumando junto a la escalinata. Algunas caras me resultaban vagamente familiares, algunas de la fiesta de Nochebuena, otras de la reunión en casa de James. Allí estaba Kurtis —cómo olvidarlo—, pero también Bran, sentado junto a Sybile Corman. Eso me sorprendió. No sabía que conocía a Will...

Extrañamente, me faltó alguien: Yvan. En realidad, tampoco me pareció extraño. Teniendo en cuenta lo que pensaba de su hijo, seguramente tuviera cosas más importantes que hacer…

Odiaba los funerales, pero ¿había alguien a quien le gustaran?

Se hizo un silencio sepulcral. Los invitados avanzaron arrastrando los pies contra la gravilla. Las gotas de lluvia caían de las ramas desnudas de un roble hasta estrellarse contra el suelo. Todos caminaban con los ojos clavados en el suelo en un ambiente lúgubre. En nosotros, solo había un enorme vacío.

James se mezcló con el grupo. Cuando nos reunimos cerca del panteón familiar, saludó discretamente a Bran. Me aparté un poco, pero cuando el sacerdote comenzó con el sermón, sentí una presencia justo a mi lado. Levanté la vista y vi a Friedrich Lehmann.

—Me alegra verte de nuevo, Madison. ¡Y esta vez con buena salud!

—Gracias de nuevo, señor Lehmann…

—Llámame Friedrich —susurró y me puso la mano en el hombro—. Es muy triste lo que le ha pasado a ese chico...

Asentí mientras observaba cómo el ataúd desaparecía lentamente en la tumba. Unos sollozos y lloriqueos a mi derecha me produjeron escalofríos. El único destello de alegría lo aportaban los ramos de flores de mil colores, dispuestas alrededor de la tumba.

—Ven, siéntate conmigo… —sugirió el doctor, señalando un banco resguardado bajo una conífera.

Miré discretamente a James, que charlaba con Kurtis. Me había dicho que no me alejara mucho, pero con Friedrich no me arriesgaba en absoluto, así que le seguí bajo la conífera que estaba a unos treinta metros del lugar del entierro.

—No tuve el placer de coincidir mucho con Willy, pero sí el suficiente para decir que rebosaba amabilidad…

—James cree que la señora Romero tiene algo que ver con todo esto.

—No me sorprendería lo más mínimo. Y si es cosa suya, me temo que no se detendrá ahí. Esa mujer tiene un objetivo muy claro.

—Friedrich, parece que conoces a James desde hace mucho tiempo... ¿Cuál es su relación con Romero?

El anciano pareció sorprendido por mi pregunta, pues suspiró y levantó la vista al cielo. En silencio, se recolocó las gafas, que se le habían resbalado a la punta de la nariz. Quizá no quisiera contestarme, o no estuviera autorizado a hablar del tema. Al fin y al cabo, ¿quién me creía yo para querer enterarme de todos los detalles? Sin embargo, tras unos largos segundos, se decidió a hablar.

—James y yo servíamos en el Ejército mucho antes de todo esto —dijo, señalando a Bran y Sybile—. Yo acababa de volver de Irak, pero a James lo destinaron a una misión. Nada salió según lo previsto. Los atacaron a él y a todo su pelotón. Mataron a muchos y otros desaparecieron en combate. Ciento tres días después, James regresó a casa. O mejor dicho, fue Mónica Romero quien lo trajo de vuelta, agonizante. También fue ella quien mató a los extremistas responsables del aquel ataque. Pero James nunca ha mencionado los detalles de lo ocurrido durante esos tres meses. Fue el único superviviente de todo el pelotón.

—Pero no entiendo... ¿Por qué se odian, entonces?

—Nada es gratis cuando se trata de esa víbora... Cuando volvió, James se retiró de la Real Fuerza Aérea con la esperanza de pasar página y dejar atrás el dolor y la muerte que había presenciado en Irak de una vez por todas. Pero cuando empezó a trabajar para ella, sucedió algo terrible. Mónica es una manipuladora nata, y cuando no se sale con la suya, es mejor no estar cerca. Ella fue quien mató a María.

—¿A quién?

—A la esposa de James. Bueno, a su prometida…

Friedrich volvió a suspirar. Parecía afectado por haber revelado el pasado de James. Luego, continuó:

—Una parte de James desapareció durante la guerra, y el día que Romero mató a la mujer más importante de su vida, se llevó lo poco que le quedaba de él. James acabó muerto por dentro.

—Eso es horrible... —murmuré, al darme cuenta de que había muchas cosas de él que desconocía.

—Entonces llegó Bran y lo metió en el negocio. James volvió a la carga con la misma facilidad con la que desapareció cuando pasó lo de María, y aquí estamos, cuatro o cinco años después; no lo sé exactamente, el tiempo pasa tan rápido...

—¿Y por qué iba Romero a matar a William?

—Para acercarse a James; eso es obvio. Ella no se relaciona con otros miembros de la West End Gang. Cuando se trata de hacer negocios, prefiere a los italianos.

Su mirada benevolente se posó en su antiguo compañero de armas. Al mirarle, no pude evitar devolverle la sonrisa. Puede que fuera una locura, pero me sentía feliz de haberle conocido. Y si todo llegaba a su fin, dudaba que fuera capaz de hacer borrón y cuenta nueva.

James había resultado ser más complejo y reservado de lo que imaginaba. Las palabras de Friedrich no hicieron sino reforzar el pavor que crecía en mi interior. Temía que me lo arrebataran. Como cualquier ser de carne y hueso, James no era invencible.

Enterré la cara entre las manos para ignorar los horribles pensamientos que me invadían.

—James es el hijo que nunca tuve, y sé que Irak dejó una profunda huella en él. ¿Qué soldado no vuelve traumatizado de la guerra?

Ahora no tenía ninguna duda de que James sufría estrés postraumático. De ahí las pesadillas o los ataques de rabia...

—A veces es difícil tratar con él, pero confío plenamente en él y siempre nos apoyaremos el uno al otro —admitió el anciano, siguiéndole con la mirada mientras el propio James iba avanzando hacia nosotros.

—¡Friedrich, no te había visto! Perdona…

—No te preocupes. Estoy bien acompañado —bromeó señalándome—. Aquí la tienes: vivita y coleando. Buen trabajo, chico.

—Yo siempre hago bien mi trabajo… —dijo James, burlón, mientras se encendía un cigarrillo—. Hay una recepción en casa de Clary y Juanes. ¿Te vienes?

—No, me temo que no. Ya conoces a Danielle, podría emitir una orden de búsqueda si me ausento demasiado tiempo… —resopló desesperado.

Se me dibujó una sonrisa en la cara al imaginarme a la mujer de Lehmann. Me habría encantado conocerla, sobre todo si era tan generosa como su marido.

Un trueno retumbó a lo lejos. Una espesa nube se cernió sobre el cementerio y ahogó los débiles rayos de sol que intentaban en vano atravesar el cielo.

Me soplé en las manos para guardar el calor. Era imposible quedarse fuera en aquellas condiciones. Kurtis y una tal Cassandra, una pelirroja bajita y con un *look* poco femenino, se unieron a Friedrich y James y se quedaron allí charlando. El ambiente parecía bastante serio, tanto que no me atreví a intervenir y me limité a escuchar discretamente.

—Hace más de una semana que no sé nada de Lincoln… —dijo la chica, preocupada mientras ojeaba los mensajes de su teléfono.

—Habrá vuelto a discutir con su mujer… —dijo James como si fuera una costumbre.

—No me extrañaría que luego cogiera y se fuera casualmente de vacaciones a Puerto Rico… —dijo Kurtis entre risas, mientras se encendía un cigarrillo.

—James, es tu compañero. Por favor, ve a ver si le ha pasado algo. Llevo esperando una entrega suya desde anteayer…

—De acuerdo, me pasaré a verle…

Muerta de frío, me levanté del banco y me dirigí lo más discretamente posible hacia James para pedirle las llaves del coche e ir a coger mi chaqueta. Kurtis me dedicó una pequeña sonrisa oculta en su bufanda negra. Me sacaba de quicio aquel tipo, y más con su actitud.

James no hizo preguntas ni cuestionó mi decisión. Era como si no tuviera ningún problema en darme la llave de su 4x4. La confianza que había depositado en mí me tranquilizó y por fin me sentí independiente. Ya no temía sus órdenes, ni mucho menos sus amenazas, simplemente porque ya no existían.

Recorrí a paso ligero el pequeño camino de piedra que separaba las parcelas de césped del cementerio. Evy y Steve seguían sentados en las escaleras. Me saludaron y, al ver sus expresiones abatidas, decidí unirme a ellos.

—Oye, Madison, ¿tú sabes qué simboliza el clavel? —murmuró la pelirroja, sosteniendo un ramo.

—Es un símbolo de luto; la flor de los muertos…

—El blanco representa la fidelidad y el consuelo. El púrpura se asocia con la tristeza y la soledad. A William lo apartaban del cotarro con demasiada frecuencia. Era un incomprendido, pero también nuestro amigo. Siempre estaba ahí para ayudarnos y lo echaremos de menos por eso y mucho más. No se merecía una muerte así…

Steven se levantó y cogió el ramo de las manos de su hermana. En silencio, pero con cierta pesadez, emprendió el camino hacia la tumba de Willy. Yo me quedé con Evy, que rompió a llorar, tapándose el rostro con las manos. No pude evitar abrazarla. Temblando de tristeza, o tal vez de frío, la pelirroja se rindió ante un sinfín de sollozos.

—Evy, voy a buscarte una manta o algo con lo que taparte, ¿vale?

Sin decir una palabra, asintió con la cabeza y siguió llorando.

Sonreí y le froté la espalda antes de levantarme. El coche estaba aparcado a unos pocos metros y corrí hacia él. Cogí mi chaqueta y me envolví en ella. Sin perder más tiempo, abrí el maletero y saqué la manta gris que había cogido de la casa en la montaña.

Me di la vuelta y cerré el 4x4. El abrigo no me sirvió de mucho, y además no dejaba de llover. Tenía la sensación de que la tormenta estaba allí para llevarse nuestros males.

Estaba a punto de reemprender la marcha cuando una mano me agarró firmemente del brazo. Me encontré con unos ojos muy abiertos, una boca en forma de o y unas sencillas palabras:

—¡Eres tú! ¡Sé quién eres! ¡Eres la chica que desapareció, Madison O'Dea!

El corazón se me salió del pecho. Aquella mujer, que no pretendía hacerme daño, no tenía ni idea de la situación tan comprometida en la que acababa de meterme.

[1] *N. de la T*. Con esta traducción literal se refiere al *smokey eye* o al *smokey look*, llamado así por el efecto que se genera al aplicar los pigmentos de unas sombras de ojos generalmente oscuras para conseguir un acabado difuminado.

Desaparecida

—Eres, tú, ¿verdad? ¡Pues claro que eres tú! —repetía una y otra vez aquella señora de pelo canoso.

¿Qué probabilidades había de que pasara algo así? De que en aquel momento, a aquella hora, en aquel lugar y, sobre todo, aquel día, nuestros caminos se cruzaran. Y más habiendo pasado tres meses desde que...

—¿Dónde estabas?

—Perdone, pero creo que me confunde con otra persona…

Esas fueron las únicas palabras que logré pronunciar. Tenía un nudo enorme en la garganta, como si me hubieran amordazado. El miedo me desgarraba el estómago. La lluvia caía a cántaros y nos empapaba el rostro. Miré atentamente a aquella mujer, que era la viva imagen del escepticismo. James tenía razón: se me daba fatal mentir.

—He visto tu cara en los medios semana, tras semana, tras semana. Ven, puedo ayudarte…

Aunque no dudaba de su benevolencia, intenté liberarme de su fuerte agarre.

—Puedo asegurarle que...

—¿Algún problema? —interrumpió la voz que ahora conocía demasiado bien a mis espaldas.

Sentí su pesada mirada posarse sobre mis hombros. ¿Cómo podía disimular tan bien? Recé para mis adentros, con la esperanza de que James no dijera nada que pudiera contradecirme.

—¿No la reconoces? ¡Es la chica que desapareció hace unos meses! Las autoridades todavía siguen buscando testigos. ¡Tenemos que ayudarla! —insistió la mujer, mientras sacaba el móvil.

La situación empezaba a ser delicada e incómoda. Miré con angustia a mi supuesto secuestrador. Avanzó un par de metros, con las manos metidas en los bolsillos, hasta acercarse a nosotras.

¿Qué estaría pasándosele por la cabeza?

—¡Oiga, no quien cree! Me ha confundido con otra persona… — repetí enfáticamente, mientras miraba a James.

—Creo que la chica lo ha dejado bastante claro, señora…

—Pero me pareció que... Bueno... —titubeó.

Me volví hacia la mujer, que estaba de pie, con la boca entreabierta, un tanto desorientada y nos miraba confusa. Me acarició lentamente el brazo, pero yo permanecí inmóvil. Justo después de soltarme, retrocedió unos pasos y yo me acerqué a mi seudocarcelero.

—Perdona... ¡Es que te pareces mucho a ella! —contestó, preocupada, mientras jugueteaba con los dedos, nerviosa.

—No pasa nada. Todo bien —sonreí sinceramente mientras el miedo se iba disipando poco a poco.

—Bueno, os dejo… —dijo, avergonzada.

La mujer se dio la vuelta y se alejó a toda prisa hacia el aparcamiento. Aliviada, me volví hacia James. Me miró con incomprensión, intentando descifrar mis pensamientos.

—Podrías haber dicho la verdad y ella te habría ayudado. ¿Por qué no...?

Ni siquiera terminó la frase.

—No lo sé. Simplemente, no me ha parecido la solución más adecuada —admití, mirando

por última vez a la mujer que ahora estaba lejos de nosotros.

—¿De verdad crees que es mejor quedarte conmigo?

—Pues tampoco lo sé…

—Nunca dejas de sorprenderme, tesoro...

—Créeme, esto también es nuevo para mí.

James desvió la atención hacia la señora, que ahora estaba de pie junto a la enorme verja de entrada al cementerio. Miraba furtivamente en nuestra dirección, razón por la cual James entrecerró los ojos, y se alteró aún más cuando la vio sacar su teléfono.

—Hay que irse. Sinceramente, dudo que hayas conseguido convencer a esa mujer…

Me pasó la mano por la espalda para obligarme a subir al 4x4.

—Espera, ¡tengo que darle esto a Evy!

James asintió y observó a su compañera con empatía desde la distancia. Le di rápidamente la llave del coche y salí corriendo para despedirme de mi amiga.

Con las manos y la punta de la nariz enrojecidas por el frío, Evy levantó la cara al oírme llegar.

—Gracias... —murmuró mientras yo desplegaba la manta y se la ponía sobre los hombros.

—Ánimo… —susurré, agachándome para rodearla con los brazos.

Ella me abrazó aún más fuerte. Estaba temblando. Podía sentir su tristeza, pero estaba segura de que eso no era todo. El vínculo entre William y la pelirroja era algo más que una amistad. Willy había sido para ellos como un tercer hermano.

—Evy, no puedo quedarme más… —admití, mientras me separaba del abrazo.

La pelirroja asintió al ver a James apoyado en su coche.

—Vete, estaré bien. Gracias de nuevo, Madi...

Hacía mucho tiempo que nadie me llamaba así. No pude evitar sonreír. Me recordaba a Justine y estaba segura de que se habrían llevado bien.

Fui corriendo al encuentro de James, con el corazón atormentado por la pena y los recuerdos. Sentada en el cálido asiento del copiloto, no pude escapar de mis oscuros pensamientos, de todas mis dudas y temores. Evy era una mujer fuerte, pero perder a alguien tan querido como Will la hacía vulnerable, lo cual era más que comprensible... Las cosas eran así: Vivíamos para morir, pero a veces el destino era cruel. ¿Cómo reaccionaría el día que perdiera a alguien importante? No lo sabía y no quería pensar en ello...

James me puso una mano en el hombro. Al ver mi expresión descompuesta, se dio cuenta de lo confusa que estaba y apoyó suavemente su frente en la mía. Nuestras respiraciones hicieron eco con la del otro. Me acarició la mejilla para secarme una lágrima que se me escapó antes de posar sus labios sobre los míos en un beso suave y cálido. Nada más podría haberme calmado.

Sin embargo, me dolía el corazón. Nunca había sentido tanto dolor.

Entonces me di cuenta de que no quería perderle.

Caos

—¿Nos vamos a casa ya?

—No es buena idea quedarse aquí y menos con esa vieja rondando… Pero antes tengo que pasar por casa de un amigo.

—¿Lincoln? —concluí, recordando la conversación entre Kurtis, Cassandra y James.

James asintió.

—Prefiero asegurarme de que todo va bien. Él y su mujer, Sofía, son nuestros principales informadores, así que sin ellos, va a ser complicado ocuparse del negocio, sobre todo si no hay nadie que vigile a la competencia.

En el tema de las organizaciones criminales, yo no era la más avezada; de hecho, no tenía ni idea de cómo funcionaban. Pero lo que sí tenía era conocimientos de literatura y cine, y por eso, sabía que el informador era quien garantizaba que los tejemanejes y las actividades clandestinas de la mafia siguieran adelante. En los conflictos territoriales y políticos, podían ayudar a que la balanza se inclinase en cualquier momento. Una reunión secreta, una trama de asesinato, la identificación de hombres poderosos o corruptibles… Siempre se designaba a alguien para hacer el trabajo sucio y ahí es donde entraban los informadores.

—Si no se sabe nada de él desde hace una semana, ¿por qué nadie ha intentado localizarlo?

—Buena pregunta. Normalmente, no me ocupo de estos asuntos; lo hacen mis intermediarios y luego me transmiten el mensaje. Pero siento que es mi deber ir allí en persona y ver qué pasa.

Afortunadamente, yo estaba al margen de todos aquellos chanchullos, del tráfico y de los conflictos entre bandas. Y esperaba que siguiera siendo así…

James me explicó por el camino que Lincoln y Sofía Nevers llevaban más de quince años trabajando con los irlandeses. Bran los había puesto bajo las órdenes de James dos años atrás. A pesar del dinero que habían conseguido a lo largo de los años, la pareja prefería llevar una vida modesta. No parecían interesarse por los lujos que ofrecía aquel tipo de organización y menos ahora, que esperaban un hijo.

Pude constatar lo poco que les importaba el dinero cuando vi por primera vez su casita de madera en Varennes, un municipio del área metropolitana de Montreal. Había un Cadillac DeVille gris de 1995 aparcado delante de un jardín descuidado.

—Buenas noticias; al menos no han huido a las Bahamas o similar… —concluyó James mientras se detenía junto a la acera.

Me indicó que le siguiera tras cerrar la puerta del 4x4. La lluvia había amainado un poco. La calle estaba sumida en un completo silencio. No había ni un alma a la vista. Nuestros pasos crujieron al subir los viejos escalones del portal, delante del cual había un felpudo decorado con la inscripción «*Oh no, not you again*![1]». Sonreí ligeramente por esa pequeña concesión humorística.

James llamó a la puerta, pero no obtuvo respuesta, aparte de unos ladridos a pocos metros de distancia. Sin embargo, no perdió la esperanza y llamó tres veces más.

—¿Lincoln?

Un ruido sordo en el interior nos alarmó. Lo primero que pensé fue que alguno de los dos habría tirado algo al dirigirse a la puerta. Pero la puerta no se abrió, a pesar de que habían pasado

unos segundos. Se me hizo un nudo en el estómago cuando vi a James sacar su Magnum plateada de la chaqueta. Puso la mano suavemente en el picaporte y vio que la llave no estaba echada.

—Vuelve al coche.

—No —me negué con firmeza.

James estuvo a punto de contestar y mandarme de vuelta al 4x4, pero al ver mi intransigencia, puso los ojos en blanco y suspiró. Resignado, sacó una navaja automática del bolsillo y me la dio. Abrí los ojos como platos, pero cogí el arma de todos modos. ¿De verdad era tan alarmante la situación? Tal vez James se estaba pasando un poco, pero era mejor ser precavidos antes que entrar en aquella casa dando palos de ciego.

Las bisagras de la puerta chirriaron. En el interior reinaba un silencio sepulcral, y el ambiente estaba impregnado de un olor a cigarrillos fríos. Todo parecía indicar que el lugar llevaba mucho tiempo desierto. Sin embargo, el ruido que habíamos oído antes sugería lo contrario. El suelo crujía bajo nuestros pasos. En la destartalada cocina, varios paquetes de polvo blanco se amontonaban sobre la mesa, junto con tarros rellenos de pastillas de colores y paquetes en forma de ladrillos parduscos y de aspecto terroso. James tocó el último producto, lo olió y lo aplastó entre los dedos.

—¿Qué es eso?

—Es *brown sugar*[2]. Esta droga no es nuestra. Lincoln y Sofía no se meten en este tipo de cosas…

James agarró con fuerza la pistola y siguió avanzando con cautela por el oscuro pasillo. En esa especie de andar seguro vi claramente su pasado de militar. Le seguí de cerca, en guardia, sujetando en la mano derecha la navaja con una confianza inexistente.

De repente, un fuerte golpe en la puerta de mi izquierda me sobresaltó. Me quedé allí, aterrorizada. Detrás de esa puerta, alguien golpeaba violentamente y gemía con todas sus fuerzas. Con un aplomo inigualable, James me ordenó que retrocediera.

La puerta estaba cerrada por fuera, así que se limitó a quitar el pestillo. Pero antes de que pudiera abrirla, la puerta cedió de un tirón y James perdió el equilibrio: una persona se le cayó encima.

Era una mujer de unos treinta años, rubia, con la barriga redonda de varios meses de embarazo y además estaba atada, amordazada y lloraba.

—¿Sofía?

James retiró inmediatamente la tela que le impedía hablar. En estado de *shock*, la futura madre tenía los ojos exorbitados y las facciones arrugadas.

—¡Ayudadme, por favor!

—¡Cálmate! ¿Dónde está Lincoln?

La joven no vocalizaba. Empezó a sollozar y ya no pudo parar. De su boca salía un sinfín de palabras inaudibles.

—¡Madison! Trae agua y unas gasas —me ordenó James, desatando a su compañera, mientras yo descubría los numerosos hematomas y quemaduras infectadas de sus brazos.

No lo dudé. Salí corriendo por el pasillo y abrí de golpe todas las puertas que se cruzaron en mi camino, hasta que encontré el cuarto de baño. El olor a moho, mezclado con vino, me revolvió inmediatamente el estómago. Era como si un animal hubiera estado pudriéndose allí durante días. Asqueada, me tapé la nariz con la manga de la chaqueta. Las manchas marrones del suelo, las paredes y el fregadero deberían haberme puesto sobre aviso, pero mi ingenuidad pudo

conmigo.

Al abrir los armarios, vi unas vendas y unos vasos de plástico. El olor insoportable del cuarto de baño solo hizo que me sintiera peor. Por suerte, había una ventana encima de la bañera. Avancé con cautela: ¿y si el ruido que habíamos oído antes de entrar procedía de allí?

Saqué la navaja como un caballero desenfunda su espada y tensé los músculos. Puse una mano temblorosa sobre la cortina, detrás de la cual intuía una espesa masa negra.

Jadeé al apartar la tela blanca. La visión me horrorizó: había un puñado de moscas revoloteando sobre un cadáver putrefacto. Era un hombre de pelo castaño. Tenía la boca entreabierta y los ojos clavados en el techo. Pero en lo que más me fijé fue en que lo habían degollado y tenía el cuello cubierto de sangre seca.

Era, sin duda, un cuerpo en avanzado estado de descomposición. Los gusanos se abrían paso entre la carne y los orificios infectos. La piel se había vuelto verdosa y oscura en algunas partes, y rezumaba un repugnante líquido negro...

Estaba a punto de vomitar.

Luché por agarrarme a la pared y me incliné sobre el retrete, pero fui incapaz de echarlo todo.

En mi otra vida, había visto ranas, pájaros, erizos, lagartos e incluso gatos muertos y aplastados en la carretera, pero sin duda, nada como aquello. Me quedé atónita, conmocionada.

Sumergí la cara en el agua helada del grifo y respiré hondo para serenarme. Nunca había pensado que presenciaría semejante horror. En el espejo, me veía más pálida que la nieve.

Tenía que decírselo a…

—¡James! —conseguí decir, apoyándome en el lavabo—. Ven aquí...

No me dio tiempo a terminar la frase: la puerta del baño se cerró violentamente. Levanté la vista al oír el clic del pestillo y me quedé helada. Me encontré de frente con un hombre delgado, de pelo negro, largo y grasiento y una cara ojerosa, demacrada por las drogas. Me sonrió de una forma malsana y pude ver que le faltaban varios piños[3]. Sin duda, estaba frente al responsable de aquel asesinato inmundo.

Intentando dejar a un lado mi inquietud, le apunté con la navaja, pero como me puse a temblar, no debí asustarle en absoluto. De hecho, no pareció importarle. Mi falta de confianza se olía a kilómetros. Sin embargo, un golpe desde el otro lado de la puerta le pilló desprevenido.

—¡Madison! —gritó James mientras intentaba tirar la puerta abajo para salvarme.

Nervioso, el desconocido se abalanzó sobre mí y lo esquivé a duras penas. Por suerte, estaba desarmado, pero tampoco parecía muy preocupado por ello. Me agarró violentamente por el pelo para impedirme abrir la puerta, justo antes de que mi mano alcanzase el picaporte. Sin querer y gracias a mi infinita torpeza, al caer, le clavé la hoja dentada en el muslo. Mi atacante soltó un gruñido de dolor desde lo más profundo de sus entrañas, y luego se sacó la navaja de un brusco tirón. Un cóctel de hemoglobina manchó sus vaqueros.

—Lo... lo siento... —tartamudeé, con la voz rota por el miedo.

—¡Serás puta…! —gruñó entre sus dientes podridos.

Enfurecido, me agarró del cuello del vestido y me estampó con fuerza contra el suelo de baldosas, a escasos centímetros de la puerta, que seguía agitándose por las patadas de James. Me esforcé por alcanzar el pomo. Al ver esto, el muy desgraciado me pegó un puñetazo con fuerza suficiente para girarme la cara. Luego volvió a tirar de mí y me estampó contra el espejo.

Con la mano contra mi cabeza, me fue apretando más y más, mientras yo intentaba oponer resistencia, pero no sirvió de nada. Estaba de espaldas a él. El olor a alcohol mezclado con

tabaco y sudor me dio arcadas, por no hablar del cadáver putrefacto…

Oía a James gritar mi nombre. Se me nublaron los ojos de lágrimas y sentí un tremendo dolor. Solté un grito desde lo más profundo de mi alma y le clavé las uñas en el brazo al presunto asesino para obligarle a ceder. Enfurecido, el yonqui volvió a tirar de mí, antes de estamparme por última vez contra la dura superficie. Mi reflejo en el espejo se hizo añicos. La sangre empezó a chorrear por las grietas. Me tambaleé. En mi garganta había toda una serie de súplicas atrapadas que se negaban a salir. Solo podía pensar en algo horrible: ese tipo iba a matarme.

Se oyeron una serie de ruidos fuertes y, de repente, la puerta se abrió de golpe. Mi agresor se tiró para atrás y me arrastró con él. Tenía la vista borrosa y cubierta de sangre. Me pitaban los oídos, pero oí los pasos de James de todos modos. Me puse en pie con dificultad y escondí la cara entre mis manos carmesíes.

James contemplaba asombrado la escena: el cadáver en la bañera, mi mirada petrificada y, por último, aquel tipo. Con los iris empañados de rabia, James se acercó a este último, lo agarró por el cuello de la camisa y le pegó un puñetazo y luego otro, y más tarde, dos o tres más.

—¡¿Lo has matado tú?! —gritó, zarandeándole.

El intruso se limitó a reír a carcajadas, y con eso, consiguió cabrear un poco más a James, que lo levantó con bastante facilidad antes de arrojarlo al pasillo.

—¿Quién te ha contratado? —gritó, asestándole otro puñetazo.

Luego le amenazó a quemarropa con su 9 mm:

—¡Te voy a matar, gilipollas! ¡Joder!

Era la primera vez que veía a James tan furioso; de hecho, «furioso» se quedaba corto. Sofía se levantó para enfrentarse a su carcelero. Sin contenerse, le pegó una patada en sus partes. El yonqui cambió su sonrisa por un patético aullido. Sin embargo, no quiso rendirse y embistió a James para salir huyendo hacia la puerta principal. Pero Sofía, que no tenía intención de dejarlo escapar, le arrebató la pistola a su amigo y le pegó tres tiros en la espalda al criminal, que se desplomó pesadamente justo antes de cruzar el marco de la puerta.

James suspiró y, como de costumbre, se echó el pelo hacia atrás. En cuanto a Sofía, se dejó caer lentamente contra la pared del pasillo, llorando a lágrima viva. Con las manos temblorosas, dejó caer el arma plateada al suelo. Salí del cuarto de baño para librarme del insoportable olor que corrompía el ambiente. La futura madre me miró un momento con los ojos rojos, hinchados por las lágrimas desesperadas.

—Está en el baño, ¿verdad?

—Sí... —dijo James, recogiendo las gasas del suelo.

Mi amante se acercó a mí, me miró detenidamente para asegurarse de que estaba bien y luego me pasó la mano por la cara para limpiarme el rastro de sangre que me bajaba por la frente en un gesto de compasión.

—Estoy bien... —susurré, pensando en la pobre mujer, que merecía mucha más ayuda.

A duras penas, cogí un vaso, lo llené de agua y se lo di a Sofía. Se lo bebió de un trago y se secó las lágrimas.

—¿Sabes quién era ese tipo? —preguntó James.

—Apareció a principios de semana. Lin... Lincoln intentó defenderse, protegernos a los tres, pero ese cerdo inmundo pudo con él. Creo que se llamaba Julio López. Le oí hablar con un chico joven hace unos días...

—Ve a ver a Bran. Él te ayudará y los limpiadores se desharán de los restos...

—James, por favor, no te deshagas de Lincoln como si fuera un vulgar...

La rubia no tuvo valor para terminar la frase. Sin embargo, James asintió y le colocó las tiras de gasa en el brazo, donde tenía una serie de quemaduras de cigarrillo y unos cortes no muy profundos.

—Lo siento, debería haber venido antes. ¿Cómo está tu hijo?

—Está bien. A veces siento que se mueve ahí dentro. Pero ahora que no está Lincoln, no sé si podré…

James interrumpió sus sollozos para ponerle las manos firmemente sobre los hombros.

—Sofía, eres una luchadora. Llevas enfrentándote a situaciones que habrían matado a cualquiera desde que te conozco. Saldrás de esta y te prometo que encontraré a los desgraciados que orquestaron todo esto. ¿Me oyes?

La joven se mordió el labio inferior, como si quisiera tragarse las lágrimas. Estaba descubriendo una nueva faceta de James. Era cariñoso y amable, tanto en sus palabras como en su forma de actuar. En realidad, al igual que Sofía, James era un luchador. Sabía que cumpliría su promesa, aunque a medida que pasaban las semanas, se iban encadenando las desgracias.

Por otra parte, ese tal Julio no actuaba en solitario; hasta yo era capaz de darme cuenta de ello. Y con un nombre así, no había duda: no se trataba ni de un irlandés ni de un italiano...

Estábamos ante uno de los hombres de Mónica Romero.

---

[1] *N. de la T.* En español, ¡Oh, no! Otra vez tú…

[2] *N. de la T.* Es el nombre que recibe la forma más común de heroína. Según la pureza de la droga, el tono oscila entre el blanco crema y el marrón oscuro.

[3] *N. de la T.* En registro coloquial, dientes.

Remordimientos

—¿Cómo te encuentras?

—Se me pasará...

Estaba apoyada en el borde del maletero, mientras James me desinfectaba cuidadosamente el corte que tenía en la frente. Había sido más el susto que la herida. Por suerte, el espejo roto solo había arañado la capa superficial de la piel. Sin embargo, me seguía doliendo en la zona de las costillas cada vez que respiraba. Pero no quería molestar a James con esa tontería, ya que Sofía, que estaba sentada en la puerta de su casa, abatida, parecía necesitar más ayuda y atención que yo.

No quería ver a su marido. Prefería no tener que enfrentarse a su tez pálida y azulada y, sobre todo, era mejor que la raja que le recorría el cuello no fuera la última imagen que tuviera de él.

Bran la ayudaría a desaparecer y, con el dinero que tenían escondido bajo el suelo de su habitación, la futura madre construiría una nueva vida. Bueno, esa era la teoría, pero ¿sería realmente capaz de hacerlo?

Media hora después del caos, llegó al lugar una «furgoneta de limpieza», como la llamaba James, de la que salieron tres tipos, callados como tumbas, que, por supuesto, habían venido a «limpiar».

James no podía permitirse quedarse más tiempo, así que tuvo que despedirse de su amiga y transmitirle su más sentido pésame.

Unos minutos después, el dolor de cada respiración me tenía aturdida en el asiento trasero del coche. Cerré los ojos. Solo podía pensar en una cosa: no moverme para evitar el dolor. Estaba claro que en algún momento se me pasaría, pero todavía no era el caso.

El rugido del motor y la trayectoria del coche al tomar las curvas me devolvieron vagamente a la realidad. No dejaba de pensar en relajarme en un baño caliente. Tenía el olor a carne podrida incrustado en la piel y lo que había visto en ese baño era difícil de olvidar: me atormentaría en mis pesadillas.

James apagó el motor y volví a abrir los ojos. Me tendió la mano y me ayudó a ponerme en pie y enseguida vio mi tez pálida.

Nada más abrir la puerta principal con dos vueltas de llave, me exigió sin tacto ni mesura:

—Quítate el vestido.

Levanté las cejas, sin acabar de entender sus intenciones. Pero como confiaba en él, me quité los tacones. Luego me liberé lentamente de la chaqueta, que aún estaba húmeda, y las finas mangas se deslizaron sobre mis hombros. La tela negra cayó de forma natural, como una corola[1].

James fijó su mirada en la mía, avanzó unos metros para acercarse a mí y me acarició la cara. Deslizó los dedos suavemente por mi cuello, pasando por mi clavícula hasta llegar a mi brazo y finalmente a mi mano.

—Te duele, ¿verdad?

—Un poco…

Examinó la marca roja de mi estómago, que poco a poco se volvía morada.

—Deberías habérmelo dicho antes.

—¿Por qué? Si es solo un moratón…

Presionó con cuidado la marca, buscando la más mínima reacción, pero no moví ni un músculo. Por supuesto, sentí algo de dolor, pero fue como si me hubiera caído de niña.

—Solo un moratón… Creo que no eres consciente de la gravedad de la situación.

No pude sino darle la razón. Sabía que me había librado de algo mucho peor. Aquel breve enfrentamiento podría haber terminado con una nota mucho más trágica. Los dedos de James rozaron mis frías mejillas y, con cierta empatía, dijo:

—Voy a encender la chimenea…

James se alejó de mí y yo aproveché para coger el vestido y los tacones. Subí las escaleras de puntillas y me puse algo más cómodo: un pantalón de chándal y una camiseta de tirantes.

Cuando bajé, vi el fuego ardiendo alrededor de un tronco recién metido, pero no encontré a James en el salón. A través del ventanal entreabierto pude ver el invernadero al fondo del jardín. Nunca había estado allí, pero pude distinguir algo de vegetación en el interior, a pesar de la niebla que se pegaba a las ventanas.

Intrigada, salí a la terraza, frotándome los brazos enérgicamente contra el frío polar. Con cuidado, pisé las losas que marcaban el camino a través del jardín. De repente, oí la voz de James:

—Sí, ya lo sé… Déjame pensar un poco más…

Movida por una curiosidad enfermiza, divisé la silueta de mi amante en el interior del gran invernadero que había estado delante de mis narices desde que había llegado.

Empujé la puerta helada y la bisagra chirrió. No pude escapar de la mirada de James, quien me dio la espalda de inmediato para terminar su conversación telefónica.

Finalmente, como había sospechado, en el interior descubrí unas cuantas plantas en macetas y otras en un parterre de tierra en el suelo. También había un sistema eléctrico diseñado para mantener el aire húmedo y caliente, lo que explicaba que las ventanas estuvieran empañadas. Justo en el centro había una piscina de agua clara y límpida. Con cautela, me acerqué al borde de piedra blanca. El olor a cloro me trajo recuerdos de los veranos de mi infancia, chapoteando y enseñando a mis padres lo bien que se me daba hacer el pino, aunque a menudo, solía aguantar más bien poco.

Embriagada por la nostalgia, metí la mano en el agua, que estaba a una temperatura perfecta: templada. Sin darme cuenta, se me dibujó una sonrisa en la cara. Me imaginé a Justine tirándose de bomba a la piscina, la emisora de música de fondo y yo en la tumbona... Recordé los mejores momentos que habíamos vivido haciendo el loco.

—¿Te gusta este sitio?

Sorprendida, me levanté y le miré. James estaba sentado despreocupadamente junto a la barra, a la entrada del invernadero. Dejó su teléfono sobre la barra y se sirvió un Macallan de 1926[2].

—Muchísimo.

Sacó un segundo vaso de cristal y me tendió un recipiente marrón que contenía una botella ovalada, pero, como de costumbre, lo rechacé. Mientras me sentaba en un taburete a su lado, James me pasó suavemente la mano por el pelo. Parecía pensativo.

Me dejé llevar por el tacto de sus dedos en mi cabeza: cerré los ojos y saboreé el momento. Su respiración era lenta y serena. Me fundí en su abrazo cálido y lleno de afecto.

—Podrías haberte ido antes con esa mujer y yo no habría dicho nada. ¿Por qué decidiste quedarte? ¿No te gustaría volver a casa?

Misma pregunta, misma respuesta.

—Claro que quiero volver a ver a mi familia y a mis amigos, pero tengo la sensación de que todavía no estoy preparada.

—Nada de esto debería haber ocurrido. Nunca debí arrastrarte a estos asuntos que ni siquiera te conciernen. Romero, Ramírez, la West End Gang…

Se levantó, me dio la espalda y se apartó unos mechones de pelo de la cara. Tenía las emociones a flor de piel; lo sabía por la forma en la que respiraba.

—Nunca debí... En fin, debería haber…

James no terminó la frase, pero pude sentir el peso de sus palabras, sus dudas, sus remordimientos, su amargura...

En silencio, me acerqué a él y le puse la mano en el brazo. Sentí cierto alivio cuando sus dedos emprendieron un camino por mis brazos y se entrelazaron con los míos. Me atrajo hacia él y me besó con fuerza. Detrás de aquella brutalidad había un torrente de emociones: rabia, tristeza y arrepentimiento, pero no solo eso... En ese gesto podía percibir una dulzura inigualable: insólita, pero tan embriagadora y exquisita que no habría querido separarme de él por nada del mundo.

Durante los largos segundos que pasamos allí abrazados, una idea se sembró en mi mente. Le puse las manos en el pecho y le obligué a retroceder. Le dediqué mi mejor sonrisa y le miré con ojos melosos. James enarcó una ceja, sin entender qué pretendía.

—¿En qué estás pensando?

Colocando mis manos sobre las suyas, que me tenían sujeta de la cintura, me puse de puntillas y le susurré al oído:

—Ya sé cómo vengarme…

Para cuando lo hubo asimilado, ya me había despegado de él y le había empujado ligeramente hacia atrás, lo suficiente para que reculara, perdiera el equilibrio y… Justo antes de caer definitivamente al agua, me dirigió una de sus miradas asesinas: me iba a arrepentir y no le hacía falta hablar para dejármelo claro.

No tardó en salir a la superficie y respiró hondo, mientras se echaba el pelo hacia atrás. Me acerqué al borde y dibujé una sonrisa victoriosa en los labios.

—Sabes que te vas a arrepentir de esto, ¿verdad?

—Sí, lo sé —respondí, sonriente.

Con calma, nadó hasta la escalera y subió antes de quitarse la camisa, los zapatos y los pantalones negros, que ahora estaban empapados.

—¿Satisfecha?

—Sí, mucho.

Se acercó a mí. El agua aún le caía por el cuerpo. ¿De qué me habría servido correr? Pasó lo que tenía que pasar; me agarró por la muñeca y dijo:

—Venga, ahora te toca a ti...

Sin reparos, me tiró a la piscina. El agua se coló por todos los pliegues de mi ropa y la cálida temperatura me hizo estremecer. Me solté el pelo y dejé salir todo el oxígeno de mis pulmones antes de subir a la superficie. Apenas tuve tiempo de abrir los ojos antes de que James se uniera a mí en una zambullida digna de un campeón olímpico.

—¿Satisfecho?

—Sí, mucho.

Su cara estaba muy cerca de la mía. Nuestras respiraciones se entremezclaban en un silencio

divino, nuestros labios se anhelaban el uno al otro. Intentó besarme, pero me aparté un par de veces para burlarme de él y de su sonrisa ladina. Le rodeé la cintura con las piernas y él me aprisionó contra el borde de la piscina y dejó un rastro de besos en mi cuello. Lo único que oíamos era el chapoteo del agua y las olas que se desataban bajo nuestros lentos movimientos.

Le recorrí el pelo con las manos. Esperaba que siguiera avanzando con sus caricias, pero de repente, se detuvo, con los ojos fijos en la marca azulada de mi abdomen, que rozó con la punta del dedo índice. James hundió la cabeza en mi cuello y exhaló su aliento cálido. Seguía pensativo. ¿Por qué estaba tan obsesionado con esta ridícula lesión cuando las había habido mucho peores?

—¿Qué te pasa, James?

Sus dedos volvieron al impacto recién cicatrizado de la bala. Yo me quedé en vilo, esperando sus palabras y dispuesta a aceptar lo que tuviera que decirme, pero él se limitó a decir:

—No, nada…

Con cierta apatía, mi amante se separó de mí y salió de la piscina. ¿A qué venía ese cambio repentino de actitud? Aunque debería haberme acostumbrado ya, odiaba ese pesado silencio que se instauraba entre nosotros. Me sentía abandonada y ajena a su mundo. Pero sospechaba que ocultaba algo, algo importante que no sabía cómo decirme, pero ¿qué?

James había resultado ser más esquivo de lo que imaginaba. Pocas veces había conseguido hacerle hablar. Me era muy difícil aceptar que se comportara de ese modo.

—James, dime qué pasa... —murmuré, apoyándome de nuevo en el borde de la piscina.

—No deberías quedarte aquí... —dijo evasivamente, mientras cogía una toalla de una tumbona.

Abrí los ojos de par en pan. No entendía qué quería decir. Salí del agua para acercarme a él, pero no dijo ni una palabra más.

¿A qué se debía ese cambio de actitud? ¿Acaso le molestaba mi presencia? ¿Por qué ahora? ¿Qué le pasaba? Por desgracia, no fui capaz de encontrar las respuestas a mis preguntas. Al menos, no aquella tarde...

---

[1] *N. de la T.* En algunas flores, la parte situada entre el cáliz y los órganos sexuales y que suele estar compuesta por pétalos de vivos colores.

[2] *N. de la T.* Según dicen, la botella de *whisky* más cara del mundo.

Innegociable

Abrí los ojos. Estaba cubierta de sudor. Respiraba de forma agitada y unas lágrimas amenazaban con derramarse. Las imágenes y el olor del cuerpo de Lincoln me atormentaban en mis sueños con la misma intensidad que en la realidad. Me aparté el pelo de la cara y respiré hondo. Molesta, me quité la venda de la sien, mientras recordaba mi enfrentamiento con el tal Julio López...

James me pasó la mano por el muslo y me devolvió vagamente a la realidad. Todavía medio dormido, se puso de lado y extendió los brazos para invitarme a que me tumbara a su vera. Conteniendo un sollozo, me sequé una lágrima.

—¿Cómo lo haces? ¿Cómo duermes tan plácidamente?

Cerró los brazos a mi alrededor como si fuera una barrera protectora. Me encontré de espaldas a él y acurruqué mi cuerpo contra el suyo. El cielo auroral y los primeros rayos de sol teñían las cortinas con su color. Apoyé la cabeza en su cuello y su respiración me provocó un leve escalofrío.

—Si tú supieras...

Estaba equivocada. James nunca dormía tranquilo, solo disimulaba sus fantasmas con más facilidad.

—Vuelve a dormir… —susurró, acariciándome el hombro con un movimiento repetido del pulgar.

Era un gesto sencillo, pero bastó para calmar mi inquietud hasta que hallé la paz en los brazos de Morfeo.

***

Abrí los ojos con calma, mientras me deleitaba con el tacto de las suaves sábanas de algodón. El sol brillaba en el cielo. Al estirar los brazos, encontré el lado de la cama de James vacío y frío. ¿Cuánto tiempo habría pasado?

La noche anterior habíamos estado mucho tiempo en silencio y desde entonces, no había vuelto a decir en voz alta las palabras que habían estado sonando una y otra vez en mi mente:

«No deberías quedarte aquí...»

Había pensado mucho en esa frase y, la noche anterior, me había costado pegar el ojo por culpa de sus palabras. El final se acercaba: eso era lo que gritaba mi conciencia, y me invadía la angustia.

Resignada, salí de entre las sábanas y me puse el pantalón de chándal de la tarde anterior, como intentando ahuyentar mis oscuros pensamientos. Envuelta en la gran chaqueta negra que le había robado a James en la cabaña, decidí salir de su habitación.

Me apreté los cordeles de la prenda alrededor de la cintura y, atenta al menor ruido, me asomé por la ventana del fondo del pasillo y vi que el todoterreno seguía aparcado frente a la puerta.

Buenas noticias.

Descalza, bajé los escalones de mármol helado. Solo quedaban algunas brasas en la

chimenea. En la cocina aún había café tibio y zumo de naranja recién exprimido en la encimera.

Sin embargo, no me entretuve más en la planta baja, ya que una fuerte voz sonó en el piso de arriba. Intrigada, me detuve ante una puerta cerrada que nunca había abierto, pero al oír el barullo al otro lado, pude adivinar fácilmente quién se escondía allí.

Me quedé allí varios minutos, dudando si girar el picaporte. James parecía estar manteniendo una acalorada discusión por teléfono, así que era mejor no molestarle. Sin embargo, cuando escuché mi nombre, el corazón me dio un vuelco. Incapaz de entender de qué hablaban con claridad, di unos pasos hacia atrás, dispuesta a volver a la cama y leer otro libro para olvidarme de aquella extraña conversación. Pero el tono airado de James me detuvo en seco:

—¡Me da igual lo que diga Francesco! ¡Que les den a él y a Romero!

Su voz resonó por todo el pasillo y un desagradable escalofrío me recorrió la espina dorsal. Las cosas estaban a punto de ponerse feas. Al fin y al cabo, la tensión llevaba varias semanas aumentando.

Armándome de valor, decidí entrar y llamé dos veces a la puerta. La voz de James se apagó cuando me vio inmóvil en el marco de la puerta. Guardó silencio un instante, mientras me miraba fijamente, luego me dio la espalda para mirar hacia el ventanal y siguió con la conversación.

—Christopher, no te dejes pisotear así como así. Te están vendiendo la moto. ¡Te están chantajeando! Los muelles del puerto son y seguirán siendo mi responsabilidad. ¡Él ya tiene suficiente! ¡Su territorio se extiende desde Pointe-Claire hasta Baie-D'Urfé[1], joder! No dejes que nos robe lo que nos pertenece. Necesito el muelle y el puerto. Por el bien de nuestro negocio, los dos sabemos que no puedes cederle ni un centímetro de tu territorio.

Bran estaba al otro lado de la línea, y entendí que esta vez había mucho en juego. Pero algo se me escapaba: ¿qué tenía yo que ver con todo aquello? No alucinaba: había oído claramente mi nombre.

Discretamente, entré en su despacho, en el que había varios muebles empotrados y unos cuantos cuadros. Uno de ellos era un bodegón, con un reloj de arena, una calavera y una pluma sobre una sábana blanca. Una tonelada de papeles descansaba sobre el escritorio central, hecho de roble. Las cortinas estaban ligeramente abiertas y dejaban que tan solo unos rayos de luz tamizada penetraran en la oscura habitación.

—Sí, lo sé... No hace falta que insistas, el trabajo se hará a tiempo... Por supuesto que no. Averiguaré todo lo que pueda sobre ese BC-179, y te garantizo que no cruzará nuestro territorio. Después de eso, me ocuparé de Romero…

Colgó, pero luego exhaló un largo suspiro en el que detecté un poco de frustración. Sus iris azules se volvieron por fin en mi dirección.

—¿Qué ocurre?

—Nada… —respondió secamente, dejándose caer en su asiento.

Estaba de mal humor y se me pasó por la cabeza salir del despacho para no molestarle más.

—Lo siento… —resopló resignado—. De Marzo y sus tretas de chantajista me están arruinando la vida…

James parecía estar pensativo y dudé si preguntarle por qué me había mencionado en la conversación con su superior. Finalmente, cambié de opinión: no era el momento.

No obstante, se levantó y me dijo que me acercara a él. Se apoyó en la parte delantera de su escritorio, con la camisa arremangada y dejando al descubierto los tatuajes de su brazo derecho. Llevaba una camisa gris informal y unos vaqueros negros ajustados. Me puso las manos en las

caderas y me acercó un poco más a él. Luego me miró un instante antes de continuar:

—Tengo algo que decirte...

Quizá fuera a obtener la respuesta a mi pregunta, después de todo. James parecía inquieto. Sin embargo, me besó suavemente y, pillándome por sorpresa, me entregó una cartera de piel falsa de color burdeos. Incrédula, la cogí, llena de nostalgia y aprensión, al descubrir lo que había creído perdido durante tanto tiempo.

Abrí la cremallera. Dentro había unos cuantos euros y dólares, mi tarjeta del banco, el montón de tarjetas de fidelidad que había reunido en Francia, mi carné de identidad y mi pasaporte. Lo miré con total incomprensión.

—¿Por qué me das esto?

—Tienes que volver a casa.

—Yo... No entiendo…

Se sumió en un profundo y pesado silencio. Yo continué:

—Pero... ¿y el rescate?

—Pagado.

—¿Desde hace cuánto tiempo?

—Cinco días ya.

—¿Y por qué no me lo dijiste antes? —me atreví a preguntar, consternada.

—No era el momento…

—¿Y ahora sí lo es? —dije, alzando la voz y separándome de él.

—No, pero puede que luego sea demasiado tarde… —añadió, cruzándose de brazos—. Por eso tienes que irte a casa.

—¿Cuándo?

—Hoy mismo.

Me habría derrumbado en el acto si mi orgullo no hubiera resistido.

—Pero ¿y ahora, qué? ¿Crees que podré volver a la normalidad de la noche a la mañana? ¡Como si no fuera nada…!

James no me dio ninguna respuesta. Tenía la mirada fija en el suelo. Me desplomé en su silla, agarrando con fuerza mi cartera. ¿Por qué me costaba tanto decidir lo que quería? Solo había dos opciones: volver a mi país con mi familia y amigos o quedarme con James.

Enterré la cara entre las manos; me había pillado por sorpresa. Casi habría sido mejor que no hubiera entrado en el despacho. Preferiría no haberlo sabido.

—Esto no acaba aquí… —dijo James, intentando animarme sin mucho éxito.

—Y luego te atreves a decir que yo miento mal... —me burlé secamente.

Volvió a guardar silencio. Tanto él como yo sabíamos lo que pasaría después de todo aquello: nada, sencillamente. ¿Cómo podía decir que no sería el fin? Todo estaba en nuestra contra. No había continuidad posible en aquella historia. ¿Por qué tener esperanza? En todos esos meses, yo habría sido una simple distracción. Y ahora que todo terminaba, cada uno seguiría su camino.

Me levanté sin mirarle siquiera. Me dirigí hacia la puerta, pero James no me dio tiempo a poner la mano en el pomo antes de agarrarlo él mismo para impedir que saliera huyendo. Me giré para mirarle resentida y con los brazos cruzados.

—Deberías habérmelo dicho antes…

—¿Y qué habría cambiado?

Nada, una vez más. Al final, mi reacción habría sido la misma: no estaba preparada para

dejarlo todo atrás.

Me quedé de espaldas a la puerta, mirándolo fijamente. James me puso las manos a ambos lados de la cabeza.

—Por lo que más quieras, Madison… Créeme, tienes que irte. Tengo asuntos que atender y no puedo permitir que te quedes aquí.

—¿Qué va a pasar?

—No lo sé. Nada bueno, eso seguro. Tengo que ir a negociar con los italianos y no te quiero cerca.

—¿Y por qué no me quedo aquí, en casa?

—¡Porque no! ¿Puedes siquiera manejar un arma? ¿O defenderte?

Era inútil insistir. James, con su forma de hablar, podía ser muy convincente. Había tomado una decisión y nada podría hacerle cambiar de opinión. Todo estaba pasando tan deprisa… Sin embargo, no había necesidad de darle más vueltas. No tenía derecho a ser egoísta, no solo por James, sino también por mi familia: él quería que me fuera y mis padres necesitaban que volviera a casa.

—¡No pongas esa cara! Por fin vuelves a casa. ¡Lo intentaste tres veces sin éxito y ahora, mira!

Sí, pero llegados a ese punto, no quería...

Me habría encantado decírselo, pero las palabras se me atascaban en la garganta. Apoyé la cabeza en su hombro y cerré los ojos para contener las lágrimas. Un terrible dolor me desgarraba el alma. Habría hecho lo que fuera para no soltarle nunca, para quedarme ahí mismo toda la eternidad. Me abrazó un poco más fuerte. Pude oír su corazón latir lentamente y sentí su aliento acariciándome el rostro.

Jamás podría olvidarlo…

---

[1] *N. de la T.* Se trata de dos municipalidades situadas en la isla de Montreal.

La colisión

El tiempo se me escurría entre los dedos. No dejaba de pensar en que no tardaría mucho en cerrar ese capítulo de mi vida. Pero por ahora, lo único que quería era saborear al máximo las pocas horas que nos quedaban juntos.

Me masajeé concienzudamente los trapecios con movimientos circulares. El agua me resbalaba por la cara. Con los ojos cerrados, me eché el pelo hacia atrás para aclararme la espuma. Intenté ignorar el desenlace que, inevitablemente, me esperaba.

Delicadamente, unas manos ansiosas recorrieron mi columna vertebral hasta detenerse en mi cintura. Dejé que mi cuerpo se meciera contra el suyo. Fue un momento de calma pura: tan solo se oían las gotas de agua al caer al suelo y su cálido aliento en mi nuca. Sus brazos me sujetaban con ternura y su boca, perdida en mi cuello, me daba un beso tras otro, como en una danza deliciosa.

Me giré para besarle mientras él cogía una esponja de baño en forma de flor y empapada en jabón. Comenzó a limpiarme cuidadosamente por mis brazos antes de subir lentamente por mi vientre. Fue un momento íntimo y vaporoso entre nosotros, ya que, sin duda, era el último. Yo, por mi parte, le cubrí el pecho de espuma y acaricié suavemente la reciente cicatriz, la que yo misma le había cosido hacía varios meses. Mis ojos bajaron poco a poco hasta la larga cicatriz de su abdomen.

—¿No tienes miedo de lo que pueda pasar?

—El miedo te impide avanzar. Estoy preocupado, sí, pero eso no me impedirá seguir adelante y cumplir con mi objetivo.

Cerró el grifo. Las últimas gotas resbalaron por sus músculos, luego cogió una toalla y me la puso sobre los hombros. Al asomarme por la ventana del baño, me fijé en la ligera nieve que aún caía en el camino bordeado de cipreses. El sol estaba bastante bajo, lo que me acercó un poco más al fatídico momento.

James salió de la habitación y me dejó sola para enfrentarme a mi reflejo. Me quité con cuidado la venda de la sien: la herida era mínima, como si fuera un simple rasguño, fruto de una caída.

Vestida con una gran blusa blanca y unos vaqueros que le había quitado a Diane, me puse la chaqueta negra que aún desprendía el aroma de James. Él me esperaba en la planta baja, frente a la chimenea, jugueteando con un manojo de llaves entre los dedos.

Cuando llegué abajo, se levantó del sofá y me observó durante unos segundos antes de dirigirme una sonrisa sincera. Dio un paso adelante para besarme y me cogió la cara con la mano derecha. Luego me miró de un modo indescriptible, pero a la vez, hipnótico, que no hizo más que aumentar mi dolor. Me perdí por un momento en la claridad de sus ojos, que me ofrecían una serenidad infinita. Permanecí en silencio: entendí lo que pretendía decirme.

No podía quedarme más tiempo; ya me sentía bastante egoísta por mi familia, que luchaba por llevarme de vuelta a Francia. Tenía que aceptar mi destino.

Por el camino, con la cabeza apoyada en la ventanilla, observé el paisaje urbano que desfilaba ante mis ojos. Los edificios se alejaban poco a poco mientras James salía de la ciudad. Pero ¿adónde íbamos exactamente?

—He quedado con ellos en el cruce de la 364 con la 329, a orillas del lago Rond —dijo para acabar con el insoportable silencio que se había instaurado entre nosotros.

—¿No temes llevarte una sorpresa desagradable?

—¡Qué va! Ayer fui muy persuasivo con tu madre; no puede permitirse ningún error.

—Pareces muy confiado…

—Es que lo estoy…

Mientras las luces de la ciudad se difuminaban en el retrovisor hasta desaparecer definitivamente, James conducía en silencio. El crepúsculo me permitió ver a unos pocos ciervos y conejos al borde de la carretera. James no perdía de vista el camino.

Me di cuenta de que tres coches nos seguían, o al menos, circulaban por la misma carretera. Yo no estaba preocupada por ellos, pero James parecía estar atento. El motor del coche rugía cada vez más fuerte.

Me froté las mangas de la chaqueta y subí un poco la calefacción y luego miré yo también por el retrovisor, esta vez con más atención.

—¿Qué pasa?

—¿Ves ese coche rojo que tenemos detrás?

—Sí, lo veo.

—Nos ha estado siguiendo desde que salimos de Westmount.

Volví a mirar por el retrovisor de mi lado, pero no vi nada raro. El motor volvió a rugir y James consiguió alejarse de los vehículos, pero el Mercedes escarlata adelantó a la berlina gris que nos separaba y finalmente se puso detrás de nosotros.

—¿Quién coño va en ese coche?

—No lo sé.

Me di la vuelta para ver mejor el coche, pero no conseguí ver al conductor. Inesperadamente, adelantó al 4x4 y nos dejó atrás. Sentí alivio cuando James exhaló largamente y soltó el acelerador.

—Ha sido solo un susto… —susurré.

Asintió mientras observaba cómo el coche que teníamos delante se alejaba poco a poco. Tampoco había nadie detrás. El sol desapareció para siempre, dando paso a una noche fría, silenciosa y sin estrellas.

James entrelazó sus dedos con los míos. Su habitual calidez me reconfortó. Luego, el mismo pensamiento de siempre vino para atormentarme: ¿cómo podría volver mi vida cotidiana, tan mundana y sofocante? ¿Cómo podría olvidar? O mejor dicho: ¿cómo podría vivir sin él?

James desvió su atención de la carretera para sonreírme. Ojalá pudiera haber confiado en que nuestra historia continuaría, que lo que vendría después sería más feliz y que yo podría seguir en mi fantasía. Y sin embargo...

James desvió ligeramente la mirada hacia la ventana de mi derecha. Un cruce de caminos, un instante sin aliento, unos faros y una luz potente, seguida de un claxon ensordecedor…

James me agarró y me acercó a él, y entonces, se produjo la colisión.

Un solo pensamiento: ¿sería el fin? Una sola imagen: James.

Y luego… la nada.

Un instante decisivo

Tenía la vista borrosa, nublada por una serie de estrellas oscuras, y apenas podía abrir los ojos. No podía moverme. Estaba confusa. Un frío glacial me entumecía las extremidades. El cinturón de seguridad me apretaba en el pecho y gemí de dolor. La situación me superaba. Un tejido blandurrio y moldeable me rozaba la cara. Tenía el cuerpo dolorido. Moví ligeramente los brazos para palpar el mínimo indicio que me permitiera analizar mi entorno. Había trozos de cristal en mis vaqueros. Olía a quemado y tan solo oía un pitido incesante y estridente que agravaba mi violento dolor de cabeza.

—Ja... James... —intenté decir.

No obtuve respuesta.

Recordé el destello de luz, el choque, o mejor dicho, la colisión. Todo había ocurrido en cuestión de segundos; unos segundos fatídicos. Me llevé la mano a la cara: se había reabierto el corte que tenía en la frente. La tela sobre la que descansaba mi cabeza resultó ser un airbag manchado de sangre. Los faros apuntaban hacia el bosque desde la perspectiva de una zanja.

Giré la cabeza, dolorida: James había desaparecido. La puerta estaba abierta de par en par y tenía restos de sangre. Estaba tan en *shock* que ni siquiera me dejé llevar por el pánico. Con ciertas dificultades, me desabroché el cinturón de seguridad para respirar mejor. Seguía sin dar crédito: era incapaz de ver lo evidente. Había sido un accidente de coche; eso era todo.

Pero entonces… ¿Dónde estaba James, joder?

Por suerte, conseguí deslizarme hasta el asiento del conductor y me desplomé de una forma miserable en el suelo, que estaba cubierto de hojas mojadas y trozos de cristal. Permanecí varios segundos tumbada, recuperando el aliento, en medio del bosque. No podía distinguir nada más que el 4x4 que había salido despedido de la carretera y había caído por un terraplén hasta estrellarse contra un pino.

Recordaba a pedacitos lo que había sucedido, empezando por aquel coche rojo que había salido de la nada y nos había embestido...

Era un milagro que siguiera viva. Veía borroso. Me costó un esfuerzo considerable levantarme: el cuerpo me temblaba, probablemente por el frío o el trauma.

Inmóvil y atenta al menor ruido, me pareció distinguir voces a cierta distancia, en la frondosidad del bosque.

Me flaqueaban las piernas, pero tras varios intentos fallidos, conseguí ponerme en pie, agarrándome a los árboles para no volver a caerme. Sin poder enfocar todavía los ojos, me dirigí hacia el lugar del que provenían de las voces y me adentré en el bosque.

Y mientras andaba dando palos de ciego entre los árboles, una luz apareció en la distancia. Escuché las voces con mayor claridad, pero seguía sin poder ponerle cara a esa voz que me resultaba tan familiar. Recuperé el aliento apoyada en el tronco de un árbol y me limpié la sangre de la sien.

—¡A la mierda tus promesas! Esta noche vas a morir.

Esa voz...

Avancé un poco más y presencié una escena surrealista. James estaba allí, de rodillas, sujeto por los brazos, con las muñecas esposadas delante del pecho e inmovilizado por dos tipos. Le

goteaba sangre de las cejas. Tenía el labio inferior partido y los ojos fijos en el suelo, pero luego los levantó en mi dirección.

Mi mente se esforzaba por procesar todos aquellos estímulos, sobre todo porque de pie, frente a mi amante, y de espaldas al coche rojo que se había estrellado con nosotros, vi un fantasma. Los faros proyectaban su sombra en la lejanía del bosque: ese pelo rubio, esos ojos avellana, esa complexión...

—¿William?

Se volvió en mi dirección. ¿Cómo podía estar frente a mí, más vivo que nunca? Resurgido de entre los muertos...

—¡Corre, Madison! —gritó James, forcejeando.

—¡Sí, Madison, corre! —repitió Will burlonamente.

Me acerqué a él, como para asegurarme de que realmente era él, y vaya si lo era…

—Pero estabas... estabas muerto... —exhalé, mientras todo me daba vueltas en la cabeza.

—¿Qué mejor manera de desaparecer que morir? Madison, te prometí la libertad. Siento que hayas tenido que soportar este calvario durante tanto tiempo. También siento que ese idiota de Peter te disparara. No debería haber ocurrido, así que vuelve con tu familia. Créeme, no querrás saber lo que viene ahora…

Me quedé con la boca abierta. William había coaccionado y manipulado a Peter para que fuera a casa de James a matarlo y por eso había fingido su muerte unos días más tarde.

Al mirar las manos de Will, descubrí la Magnum 9 mm plateada de James. No había duda: iba a matarlo. Me sentí tan vulnerable como impotente.

—No.

Esa fue la única palabra que se liberó de las ataduras de mi garganta. Fijé la atención en James. No podía irme, no podía dejarle morir. Quizás pudiera intentar razonar con William… Aunque parecía bastante obstinado con su plan.

—No… No puedes hacer eso.

Escéptico, enarcó una ceja y se cruzó de brazos.

—¿Y por qué no? Después de todo lo que ha hecho, atrévete a decirme que no se lo merece.

Permanecí en silencio, sin mover un músculo. Will se acercó a mí, con cara de angustia.

—Madison, este tipo es un criminal… ¡Mata por dinero! Te secuestró, te mantuvo cautiva, te golpeó...

—No…

—Puede que te haya violado; no me sorprendería…

—No es verdad... —susurré, con los ojos llenos de lágrimas.

No pudo obviar ese pequeño detalle. Me miró fijamente, consternado. De repente, su empatía dio paso a una mirada mordaz y despectiva.

—Espera... No me digas que... ¿Te gusta este tío? Eso sí que es una decepción...

William me agarró del brazo de repente.

—¡No la toques! —protestó James, con la respiración agitada por la ira.

Se levantó hábilmente y le dio un puñetazo en la cara a uno de los matones. Luego lo agarró del pelo y le estampó el cráneo contra el tronco de un árbol. Will disparó su primer tiro al aire. El subordinado que seguía en pie desenfundó una navaja y apuntó con ella a James, antes de pegarle un fuerte golpe entre las costillas. James se desplomó, tosiendo.

—No doy crédito… Esto es ridículo, patético…

Mientras William me sujetaba con firmeza, se sacó una navaja del bolsillo. Me puso la hoja

en el cuello y fue subiendo lentamente hasta mi mejilla. El corazón me latía con fuerza en el pecho. Me quedé inmóvil, temiendo que si hacía el más mínimo movimiento, me degollase. La mirada sombría de James, su mandíbula tensa y sus puños apretados no hacían más que aumentar mi sentimiento de culpa e impotencia.

—Mónica me prometió mucho dinero por tu cabeza. Y quizá Francesco sea generoso si le llevo a la mujer que presenció el asesinato de su mano derecha... El premio gordo, ¿verdad? De Marzo estará deseando conocerte. Dicen que es un tipo muy... Bueno, digamos que le gustan los experimentos.

Presa del pánico, intenté liberarme, pero el rubio me disuadió apretándome un poco más.

—Te he pedido que te vayas. Y él, también, ¿me equivoco?... —me susurró, apuntando a James con la pistola—. Deberías habernos hecho caso en vez de hacerte la valiente. Ahora ya es demasiado tarde.

Aquel niñato estaba loco. No era el William que yo había conocido tres meses antes.

—¡Cabrón! ¡Voy a matarte! —soltó James.

—Cuidado con lo que dices, podría resbalárseme el cuchillo… —respondió Will, mientras me acariciaba la mejilla con la hoja—. ¿Sabes, James? Siempre te he admirado...

—Un gran error por tu parte.

—Pero ahora ya no. No dejaré que me des órdenes, ¡ya no soy tu perrito faldero!

—¿Por qué haces esto? —le dije, dejando atrás el forcejeo para intentar calmarlo, o incluso razonar con él.

—Para ocupar su lugar, obviamente. Los días de la West End Gang han terminado. Los planes de Romero son mucho más ambiciosos y ella me tiene cierto aprecio.

—Te está manipulando...

—Pero paga bien.

—Will, baja el arma, por favor...

—¡Cállate! —gritó, clavando la hoja contra mi carne y a punto de ceder ante la presión—. ¡Eres tú la manipuladora! Puede que hayas conseguido convencer a Peter, ¡pero conmigo no funcionará!

Me soltó, me dio una fuerte bofetada en la cara y yo me quedé gimoteando en el suelo. Con la cara dolorida, me llevé la mano al pómulo, que estaba ardiendo, mientras oía de fondo los gruñidos de James.

Will se acercó a James, jugueteó con la navaja entre los dedos y luego se la clavó a lentamente en el abdomen. Mi amante no tardó en aullar de dolor. Fue un grito horripilante. El rubio hizo una mueca de orgullo antes de sacar la hoja de la navaja escarlata y apuntarle con la Magnum en el cráneo. James no se inmutó: sus ojos estaban velados por el odio.

—Apunta bien; puede que con una bala no baste… —gruñó, mostrando su eterna sonrisa astuta, antes de escupir sangre a los pies de Will.

—Cuenta con ello… —siseó Will con frialdad mientras quitaba el seguro y rozaba peligrosamente el gatillo.

—La muerte es un castigo demasiado clemente para alguien como tú, pero tendré que conformarme…

Bajo los efectos de la adrenalina, me levanté de repente. Sin pensar en las consecuencias de mi estúpido arrebato, agarré a Will por la chaqueta y tiré de él hacia atrás. Pero con sus increíbles reflejos, me cogió de la muñeca y me la retorció brutalmente, mientras yo luchaba con todo mi ser para no desplomarme de nuevo. Con una facilidad desconcertante, me tiró de los pelos y me

puso de rodillas. Pero no estaba dispuesta a dejarle salirse con la suya, así que le clavé los dientes en el antebrazo con tanta fuerza que soltó un grito animal. Me aferré a su brazo y mientras las lágrimas me caían por las mejillas, le mordí aún más fuerte, tanto que dejó caer el arma.

—¡Maldita puta! —gruñó, y luego me dio una segunda bofetada.

Cuando volvió a tirarme de cara al suelo, me eché a llorar. Enfadado, William me levantó de los pelos con aún más rabia. Arrodillada a unos metros de James, vi que apenas estaba consciente. Se encogía para protegerse la herida del abdomen. Will me amenazaba con su afilada navaja, mientras yo le arañaba el brazo como podía y me retorcía para que me soltase, pero no sirvió de nada.

—¡Eh, James! ¡Mira!

Hizo girar el cuchillo ensangrentado entre sus dedos, burlón, antes de untarme la mejilla derecha con la sangre del hombre al que intentaba salvar desesperadamente. Trazó una línea desde el pómulo hasta la base de la mandíbula. Parecía regocijarse con ese gesto continuado y atroz, que resultaba un tormento para nosotros.

—Eso es... Así estás perfecta.

William estaba ahora agachado a mis espaldas. Me sujetaba por los hombros, mientras con la mano libre me presionaba con el pulgar en la mandíbula hasta clavar el afilado cuchillo en mi carne. Incapaz de contenerme, grité hasta que se me quebró la voz.

—¡Basta! —suplicó James, forcejeando.

El corazón me latía con una fuerza nunca vista. La hemoglobina concentrada me caía por la mandíbula hasta llegar al cuello. Will se regodeaba en el malsano placer de clavarme la navaja con infinita lentitud. Mis lágrimas se desvanecieron ante su obra: me había mutilado el rostro y me sentía destrozada.

—Una cara tan bonita echada a perder…

Apartó el cuchillo y se levantó rápidamente. Por acto reflejo, me llevé las manos al corte, intentando contener la sangre que se precipitaba por mi cuello. Aquella lesión me estaba consumiendo en cuerpo y alma. La adrenalina se desvaneció y un intenso dolor la sustituyó. William me dio una última patada en la espalda y me desplomé.

Inerte, me quedé allí mirando las agujas secas de pino que había en el suelo. James gritaba mi nombre, pero yo seguía inmóvil. Todo estaba borroso. No sentía nada. Nada me importaba. Estaba sola.

Una pequeña hoja congelada por los extremos decidió acompasar mi caída. Delicada, ahora yacía entre mis dedos. La pureza del blanco se fue manchando con el bermellón de la sangre. Condenada a no seguir en este mundo, me sumergí en mis últimas fantasías…

Como si mi cuerpo habitara en un plano fuera de la realidad, empecé a cuestionármelo todo: ¿Era un sueño largo y enrevesado? ¿Estaba de verdad en Canadá? ¿Me había encontrado con ese tipo en un callejón? ¿Realmente me había amenazado y me había tomado como rehén? ¿Le odiaba de verdad? ¿Me había sumergido en la oscuridad más profunda de este mundo? ¿O había salido a la luz para descubrir lo mejor de él? ¿Me había salvado? ¿Lo amaba? Y el dolor, ¿era real? ¿O todo había sido una ilusión? No tardaría en abrir los ojos en mi piso de la calle Émile Zola y olvidarlo todo, como hacía siempre que despertaba de un sueño...

Pero los gritos amenazadores de William persistían y oía los golpes que le asestaba a James, una y otra vez.

Entonces, a unos pocos centímetros de mi brazo... la vi. La última oportunidad para acabar con aquella pesadilla.

Sí, por Dios…

Extendí la mano hacia el objeto que tanto ansiaba. Ni siquiera pude sentir el pesado metal entre mis dedos helados.

Me puse en pie con dificultad. Con la mano libre, me limpié la sangre que me goteaba por el cuello con la solapa de la chaqueta. William volvió a centrar su atención en mí y yo recordé las palabras de James:

«No olvides quitar el seguro».

Apunté con el cañón al joven rubio al que todos querían, pero al que nadie conocía realmente. Arqueó una ceja y sonrió.

—¿Qué piensas hacer exactamente?

—Basta, por favor, no me obligues. Suéltalo… —supliqué, señalando a James, al que todavía amenazaba con un cuchillo.

—Sé que no vas a disparar. Una 9 mm no te hará más valiente... No eres más que una turista patética que se enamoró del primero que se cruzó en su camino.

—Esta turista está deseando mandarte a la mierda…

Apreté el gatillo y un estruendo resonó más allá del bosque. Will, que todavía se sentía confiado, bajó lentamente la vista hacia su estómago, atravesado por una bala.

Con el pulso latiéndome en la boca, la mandíbula tensa y los dedos sujetando la Magnum, no pude oír nada más. Ya no era capaz de razonar; en mí solo había una rabia sin precedentes.

James se puso en pie y pilló por sorpresa al otro sicario. Le agarró de la cabeza y pegó un rodillazo en la cara.

William, furioso, dio un paso adelante con cierta pesadez. Intranquila, retrocedí y empecé a temblar espasmódicamente. ¿Cómo podía seguir en pie?

Enfurecido, se abalanzó sobre mí y entonces se oyó un segundo disparo. Will cayó de rodillas. Incrédulo, sus manos se dirigieron hacia los dos agujeros de bala que le atravesaban.

Invadida por el odio y el miedo, di un paso adelante y volví a disparar. El cuarto disparo salió igual de rápido, luego el quinto, antes de que su cuerpo cayera al suelo. No respiraba, pero solo me importaba una cosa: seguir viva. Sentí una oleada de alivio y satisfacción al ver cómo su cuerpo se sacudía con cada balazo. Había perdido toda capacidad de raciocinio.

Grité y las lágrimas de resentimiento se mezclaron con la sangre. Sus gemidos habían cesado cuando la octava y última bala le impactó en el ojo izquierdo. Estaba desatada, tanto que mi dedo siguió apretando el gatillo aunque no hubiera descarga. Los pequeños chasquidos resonaban en mi interior, como un eco que me hacía comprender que acababa de manchar mi alma para siempre.

William estaba muerto.

Yo lo había matado...

Lo había matado...

Lo había matado.

—Madison... —dijo James, sacándome de mis oscuros pensamientos.

Suavemente, colocó los dedos sobre la M9. Como mis manos seguían agarrando firmemente la empuñadura, tuvo que obligarme a soltarla. Sumida en el vacío, fui volviendo poco a poco a la realidad. Vi que se había deshecho de las ataduras de las muñecas y justo detrás de él estaba el sicario que quedaba vivo, tumbado boca abajo.

—Madison, mírame… —continuó James, acariciándome la cara.

—Pero ¿qué me ha pasado? —jadeé, con los ojos llenos de lágrimas.

—Nos has salvado…

James me abrazó con tanta fuerza que podría haberme dejado sin respiración, mientras una sucesión de palabras enfermizas pudrían mi mente:

—Lo he matado...

—Calma.

James me ayudó a sentarme en el capó hundido del Mercedes carmesí. Estaba temblando, vacía, e incapaz de sentir nada. De su bolsillo sacó un trozo de tela y me limpió con dulzura la mejilla ensangrentada. Me cogió de la mano. Tenía los músculos agarrotados por el miedo.

—¿Estás bien? ¿Te duele?

Negué con la cabeza. Apoyó su frente ardiente contra la mía. En el bosque solo se oía el rítmico sonido de los grillos.

—Estás herido, James...

—No, no te preocupes.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Para empezar, relajarnos un poquito.

—Pero he matado a William... Estaba asustada; no era mi intención...

Rompí a llorar, así que él me abrazó con más fuerza y me envolvió en un calor reconfortante. Me aferré a su chaqueta con todas mis fuerzas. Nuestros cuerpos estaban débiles y se tambaleaban. La muerte había estado a punto de alcanzarnos.

James me besó suavemente y me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. Yo mantuve los ojos clavados en el cadáver de Will, en su rostro inexpresivo e irreconocible... Cada segundo que seguía mirándolo me hacía sentir más y más culpable. Los disparos se repetían en mi mente. Veía su cuerpo caer pesadamente entre la hojarasca, una y otra vez, al pie de aquel árbol.

James me puso la mano en la mejilla y me obligó a apartar la mirada.

—Mírame.

—Es como si algo se hubiera apoderado de mí... Perdí los estribos...

—Lo sé.

Volvió a abrazarme y, con los ojos cerrados, me concentré en su aroma tranquilizador. Entrelazó sus dedos con los míos y me ayudó a ponerme en pie. El sudor le corría por la frente: James estaba perdiendo mucha sangre, pero no parecía importarle. Se limitó a abrazarme, a calentarme las manos, a tranquilizarme...

—Necesitas una ambulancia… —susurré, sin soltarlo.

No hubo respuesta. Tenía la cabeza apoyada en mi cuello, inmóvil. Casi pensé que estaba perdiendo el conocimiento. Pero la divina sensación de sus suaves labios contra mi piel me hizo olvidarlo todo por un momento. Solo quedábamos él y yo.

Pero ¿por qué tenían que ser tan cortos esos momentos al margen del mundo? ¿Por qué siempre algo tenía que ponerlo todo patas arriba? A lo lejos, una sirena y luces azules y rojas se proyectaban entre los árboles.

—James, tenemos que irnos…

No pareció importarle mi tono de alarma, ni tampoco mis palabras. Volvió a besarme, me pasó la mano por el pelo, y con los ojos cerrados, saboreé el momento como si fuera el último. Aquel día habíamos esquivado a la muerte. Sabía que no soportaría verle desaparecer, no poder tocarle, no sentir sus manos sujetándome, no dejarme acariciar por su aliento, no notar los escalofríos que me provocaba cuando su cuerpo se apretaba contra el mío. Me sentía tan feliz de poder seguir deleitándome con su presencia. Y, sin embargo, yo...

—Madison, yo…. Te... —susurró, rozándome la mejilla para secarme una lágrima de alegría —. Te pido perdón…

—¿Por qué? —pregunté, ingenuamente.

—Por todo el mal que te he causado.

Oí un clic y miré hacia abajo. Sin que me diera cuenta, acababa de esposarme a la puerta del coche. Con la mano libre, le cogí de la muñeca, esperando que reaccionara, esperando que solo fuera una broma de mal gusto. Su mano caliente me rozó la cara por última vez. Sus ojos claros estaban llenos de arrepentimiento...

—James, ¿a qué estás jugando?

Una bola de ansiedad empezó a crecer en mi vientre. Me negaba a afrontar una verdad tan evidente.

—Volveremos a vernos, tesoro. Te lo prometo —susurró, dándome un beso en la frente.

—No, por favor… Desátame. ¡No me dejes sola! ¡Quiero ir contigo!

Tragándome un fuerte sollozo, le vi retroceder paso a paso, apretándome la mano con toda la fuerza de la que fue capaz, hasta que tuvimos que separarnos. Entonces me abrumó un inmenso vacío. Me hundí en el suelo, mientras sus ojos seguían mirándome. Se fue alejando poco a poco, mientras desde el otro lado del bosque, una serie de linternas se dirigían hacia nosotros.

—¿Qué voy a decirles?

No me dio ninguna respuesta. Su silueta se fundió en la oscuridad del bosque. Y entonces, James se esfumó. Grité su nombre, tirando de mi muñeca encadenada. Solo sentía un tipo concreto de dolor: el de una puñalada en el corazón. Tanto sufrimiento... ¿Era real? No quería creerlo; no podía acabar así.

—¡Policía de Montreal! ¡Quieta! ¡Ponga las manos donde pueda verlas! —gritó una voz, mientras me apuntaba con el potente destello de la linterna que tenía apoyada en su pistola.

—¡No disparen, por favor! —imploré, levantando la mano que no tenía esposada al coche.

—¡Identifíquese!

—Me llamo Madison O'Dea.

Sollocé mientras el agente bajaba la linterna para descubrir con asombro la carnicería que había a mi alrededor.

—Código 10-45b, necesito refuerzos inmediatamente. Envíen una ambulancia a la 364, pasando la salida de Morin Heights. Cambio y corto.

Al límite de mis fuerzas, me derrumbé. Un torrente de lágrimas fluyó en silencio. Todo había sucedido tan rápido... El policía hizo todo lo posible para preguntarme qué había sucedido, pero yo no oía. Solo podía pensar en James y en que no podía ir a buscarlo. Estaba herido… Para variar, me sentía impotente.

Lo odiaba por todo lo que me había hecho. Lo odiaba a muerte. Pero habría dado mi vida por él, porque, de hecho, lo amaba. Lo amaba a rabiar.

Y él se había ido.

Solo quedaba el vacío...

No lo volvería a ver.

Ahora sí que sí: todo había terminado.

La ley del silencio

Sus manos ásperas entrelazadas con las mías, su aliento cálido y constante, su exquisito olor, mi cuerpo semidesnudo apretado contra el suyo entre las sábanas sedosas... Los rayos del sol se filtraban a través de las cortinas de su dormitorio. Cada uno de sus besos me producía un intenso escalofrío. Sus labios recorrieron mi vientre con necesidad mientras yo jadeaba. Sus dedos se deslizaron por mis muslos y bajaron lentamente hasta mi ropa interior, donde se deleitaron de una forma perversa al jugar con el encaje para que lo anhelara aún más.

—Me deseas, ¿verdad? —susurró con una voz arrebatadoramente seductora.

Sus palabras me encendieron, al igual que su tacto. Lo besé con pasión mientras me mordisqueaba el labio inferior. Nuestras lenguas se encontraron en un tumulto obsesivo. Su mano libre acarició mi clavícula antes de bajar lentamente hasta mis pechos.

Entonces, sin mediar palabra, se detuvo en seco. Le interrogué con la mirada. Su sonrisa había desaparecido. Me apoyé en los codos mientras él me miraba con sus iris fríos y distantes.

—Es solo un sueño...

Abrí los ojos y me incorporé de golpe, con la garganta seca, asfixiada y asustada. Me dolía todo el cuerpo, especialmente la cara. En la mejilla derecha, notaba un enorme apósito. No podía pronunciar ni una sola palabra, solo gemidos imperceptibles. No tardaron en empañárseme los ojos.

—¡Dios mío! ¡Marc! —gritó una voz a mi lado.

Una vez que mi visión se aclaró un poco, descubrí una habitación sobria, cuyo olor a desinfectante me provocó un violento dolor de cabeza. Luego vi mi cuerpo envuelto en una bata azul cielo, una pulsera de plástico con mi nombre y, por último, a mi izquierda, una silueta. Era mi madre.

Me cogió suavemente de la mano para no alterarme y las lágrimas cubrieron sus iris marrones. Su amplia sonrisa denotaba cierta compasión. Temblaba, pero yo seguía inmóvil. Tal vez le habría gustado que la abrazara, pero me sentía incapaz de hacerlo... Del mismo modo que era incapaz de recordar con claridad los hechos que me habían llevado a aquel lugar.

—Mi niña preciosa…

Ni aunque me empecinara en ello, podía recordar.

—¿Dónde estamos?

—En el Hospital General de Montreal —respondió la voz que reconocí como la de mi padre, que acababa de entrar, acompañado de Justine.

—Ya está, cariño... Ya ha pasado. Nos vamos a casa.

Mi mirada se posó en una silla vacía a los pies de la cama, sobre la que yacía una chaqueta negra con un pañuelo manchado de sangre asomando por el bolsillo.

James…

«Madison, mírame».

Oí su voz, recordé su abrazo y se me rompió el corazón al notar su ausencia. Había desaparecido en el bosque y me había esposado a la puerta del coche, de ahí la rojez de mi muñeca.

De repente, volví a la realidad y los recuerdos del altercado en el bosque me golpearon en

plena cara: los gritos, los sucesivos disparos… Y la muerte de William, claro.

Sentí náuseas, me levanté, me quité la sábana blanca y fui dando tumbos hasta el baño. Sentía el cuerpo pesado y tembloroso. Me dejé caer sobre las frías baldosas y permanecí inclinada sobre la taza, con un nudo enorme en el estómago. El corazón me latía de una forma dolorosa. Mi madre corrió a ayudarme, se arrodilló, me echó el pelo hacia atrás y me abrazó, repitiendo una y otra vez:

—Se acabó…

Ese era el problema: nunca volvería a verlo.

—Los médicos dicen que tienes algunas cicatrices y moratones recientes... —dijo, frotándome suavemente los hombros.

—¿Te ha pegado ese cabrón? ¿Fue él quien te rajó la cara? Dinos su nombre… ¿Cómo era?

—Marc —gruñó mi madre—, no es el momento...

—No lo sé… —dije, incorporándome.

Me pellizqué el puente de la nariz e intenté borrar el desprecio que me atormentaba, la mirada gélida que maldecía, la voz y las palabras que seguían perturbando mi mente. Era como si aún estuviera muy cerca, como si en cualquier momento pudiera sentir sus manos agarrándome. Pero no ocurrió nada.

El muy escurridizo...

—Esto… ¿Cómo que no lo sabes? La policía querrá interrogarte, no podemos dejarlo así...

—Nunca le vi la cara a mi agresor. No recuerdo nada… —mentí, impasible.

—Hija mía, te han disparado. Eso han dicho los cirujanos. La policía te encontró a pocos metros de un cadáver.

Tomando asiento en la silla, agarré la chaqueta negra, y acaricié la tela.

—Tenéis el dinero y todo ha vuelto a la normalidad. No quiero testificar. De todos modos, tampoco les iba a servir de mucho a las autoridades…

«Volveremos a vernos, tesoro. Te lo prometo».

Sus palabras aún resonaban en mi interior. Me lo había prometido... ¿Pero y si no hubiera sobrevivido? Había perdido mucha sangre...

Enterré la cabeza entre mis manos y contuve mis ganas de sollozar.

Te odiaba por haberme dejado en la estacada, James. Te odiaba por todo el daño que me habías hecho. Y lo que era peor, seguías haciéndolo, aunque no estuvieras allí. Te odiaba.

«Mientes fatal».

Eso es lo que me habría dicho…

Solté una risa histérica. Estirar los labios se convirtió en un horrible calvario por culpa de la cicatriz que me había dejado Will, pero aquel dolor no tenía ni punto de comparación con el que me atravesaba el corazón. Ante las miradas preocupadas de mis padres y mi mejor amiga, exploté y mezclé risas con lágrimas.

Habría mentido si hubiera dicho que no me alegraba de verlos, pero ojalá hubiera sido en otras circunstancias.

En la mesita de al lado de la camilla encontré una cartera, que según mis padres, habían sacado de un todoterreno. Era de James, pero ellos no lo sabían. Junto a ella había una cadena de oro blanco. Cogí la joya y recordé el momento en que James me la había puesto en el cuello para abrochármela frente al espejo, así como el delicado beso que me había dado justo después.

Me mantendría calladita como una tumba. Sepultaría la verdad, al igual que mis recuerdos.

Era la *omertà*[1], la ley del silencio.

Debía protegerlo, así que no diría nada. Me hice una promesa y pensaba cumplirla. Por él.

***

En los días siguientes, viví un continuo acoso. La policía era incapaz de entender los hechos, por ejemplo, a quién pertenecía el 4x4 negro en el que habían encontrado mis documentos de identidad.

Tampoco sabían quién era el joven cuyo cadáver había aparecido acribillado y en el que se alojaban ocho balas de 9 mm, o de quién era el Mercedes rojo sin matrícula con el parabrisas roto. Se hacían preguntas como: ¿Por qué habían muerto los dos sospechosos que habían encontrado inconscientes en las horas siguientes a su detención? ¿Por qué ese enfrentamiento nocturno había desembocado en semejante carnicería? ¿Qué había ocurrido con el arma homicida? Y, sobre todo, ¿quién era el desconocido que había pegado una paliza a esos tipos enormes y matado a aquel joven veinteañero?

Nadie sospechó que la víctima a la que acababan de rescatar había sido la responsable de la muerte de William. En todo caso, no confesé. Ni siquiera presenté cargos. Mi familia se quería estirar de los pelos, pero ¿contra quién podría haberlo hecho, de todos modos?

Por suerte, Sarah y Tim vinieron a verme. Se tomaron la molestia de ir hasta Montreal para devolverme las cosas que me había dejado en Winnipeg y, como era de esperar, habían dado el paso y ahora estaban saliendo.

Por desgracia, no volvería a ver mi móvil, ni tampoco las llaves de mi piso en Francia. Estas últimas seguían en el bolso que había perdido en las calles de Winnipeg. Por suerte para mí, Justine tenía una copia, porque se las había dado antes de irme a Canadá.

Me habría encantado volver una última vez a aquella mansión en la que se habían despertado en mí unos sentimientos que era incapaz de ignorar. Cuando pensaba en ello, me amargaba. Desgraciadamente, no pasaba un solo momento sin que estuviera acompañada. Mi madre estaba paranoica por si sucedía algo más.

Con el corazón encogido, tanto por mis sentimientos como por el dolor que había soportado mi familia, mi viaje de ensueño por carretera llegó a su fin. En cuanto me hube recuperado, mis padres me hicieron volver a Francia sin admitir discusión.

No dejaba de preguntarme qué habría sido de James. ¿Estaría vivo? No podía dejar de pensar en él y sentía un profundo resentimiento. Le guardaba rencor y lloraba sin cesar por no tenerlo a mi lado. Nadie entendía mis repentinos cambios de humor.

Sentada cómodamente en el asiento del avión, acaricié la chaqueta negra que me negaba a tirar aunque perteneciera a un «delincuente peligroso». Para mi sorpresa, en el fondo del bolsillo encontré un anillo: el anillo con sello de plata que Bran me había confiado unas semanas antes.

Tres meses y seis días, es decir, noventa y ocho días: eso es lo que había durado mi supuesto calvario.

Miré por la ventanilla del avión, que estaba a punto de despegar. Ya no tenía miedo.

---

[1] *N. de la T.* Palabra italiana con la que se conoce al código de honor de la mafia siciliana, que prohíbe informar sobre los delitos en los que ha incurrido la organización criminal.

Pasar página

Seis meses más tarde. Siete de la mañana.

Me miré las ojeras en el espejo. Había dormido poco aquella noche. La ansiedad me había impedido conciliar el sueño. Temía el día que me esperaba. Me lavé la cara con agua fría para espabilarme y me recogí el pelo, en el que apenas se intuía ya el tono rojizo. Me sentía preparada.

Faltaban diez minutos. Estaba nerviosa. Llevaba años esperando aquel momento. Mientras me apartaba algunos mechones, levanté la cabeza para mirar mi reflejo...

Desde hacía seis meses, cada día, cuando caminaba por la calle, era objeto de un circo de miradas persistentes, de un cuchicheo incesante. Con suavidad, rocé con los dedos la cicatriz rosácea que cruzaba mi mejilla derecha. Era horrible. Por desgracia, era imposible de camuflar: ni la mejor base de maquillaje había podido con ella.

Aquella marca que habitaba mi rostro jamás desaparecería, por mucho que el médico dijera que, en unos años, la piel se reafirmaría y apenas se vería nada. No me creía ni una palabra, así que, por costumbre, solía dejarme un mechón suelto para no darle vueltas constantemente.

No había recibido noticias ni señales: nada de nada. James se había esfumado, a pesar de su promesa. Cuando busqué su nombre en Internet, no encontré nada, ni un perfil en redes sociales, ni un artículo que lo mencionara. Las imágenes por satélite no se actualizaban desde hacía varios años, así que ni siquiera había conseguido encontrar su dirección. Todas las noches se aparecía en mis sueños. A menudo me despertaba en mitad de la noche, con la almohada empapada por las lágrimas.

No era más que un fantasma.

Francamente, habría preferido que James siguiera siendo la única aparición de mi pasado. Pero no: el recuerdo de los disparos venía a atormentarme cada vez que cerraba los ojos. El cuerpo de William desplomándose pesadamente en el suelo y el cadáver putrefacto de Lincoln también me perseguían. Y tenía que enfrentarme a ellos sola.

Resignada, me quité la fina cadena de oro blanco por primera vez desde mi regreso y la guardé cuidadosamente en la mochila. A través de la pequeña ventana, pude ver los coches aparcados ante las puertas del enorme edificio. Al acercarme al alféizar, vi un petirrojo que se acicalaba las plumas. El pajarillo calmó mi dolor y me trajo recuerdos de...

No. No podía caer una vez más, tenía que olvidar.

Respiré hondo y abrí la puerta del baño. Justine se levantó al verme y me dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—¿Lista?

—Sí, ya no hay vuelta atrás.

Nos dirigimos a la sala de espera preoperatoria, en la que se suele matar el tiempo hasta que llega el especialista. El estrés me impedía respirar con normalidad y mi mejor amiga no tardó en darse cuenta de mi malestar.

—¿Sigues pensando en Nathan?

Nathan...

Nunca me había sentido tan estúpida como el día en que Justine me había dicho lo que yo llevaba meses sospechando, pero que había preferido ignorar. Mi querido novio no llegó a pisar a

Canadá después de que yo desapareciera. De hecho, había estado semanas en brazos de otra chica antes de que yo me fuera. Luego debía haber pensado que yo estaba muerta y no había tardado mucho en pasar página. Mi amiga le había pillado restregándose con una rubia en una discoteca. Intentó hacerse el inocente cuando volví, pero la foto que me enseñó Justine lo confirmaba todo.

En fin, me había estado engañando a mí misma durante mucho tiempo. Antes de que me fuera a Canadá, ya estaba todo perdido. Simplemente me había aferrado a mi amor del instituto, pero ¿acaso podía llamarse «amor»?

—No, no te preocupes…

Tampoco es que estuviera enfadada con él. No estaba en la mejor posición para sermonearle. Al día siguiente de mi regreso a Francia, le había dejado fuera del piso una caja con todas sus cosas. Así podría liarse libremente con una o con dos, si es lo que quería.

Sin embargo, Justine creía que me costaba seguir adelante. A menudo me pillaba absorta en mis pensamientos; a veces, deprimida, pero nunca le había confesado que soñaba con alguien completamente distinto: alguien a quien quería olvidar.

«Volveremos a vernos, tesoro. Te lo prometo».

Era un eco lejano, un espejismo, nada más. ¿Acaso existía? ¿No me lo habría inventado? James probablemente ya estaría muerto. Estaba en estado crítico cuando se había separado de mí, así que veía imposible que hubiera sobrevivido. Me había abandonado en ese bosque, sabiendo que yo podría haberlo ayudado.

Ahora era solo un espectro. No iba a volver y tenía que seguir adelante. Era lo mejor.

Una mujer vestida con una larga bata blanca entró en la habitación y colocó una bandeja de aluminio en la que había un vaso y varias pastillas.

—Buenos días, señorita O'Dea. Ya estamos listos. Entramos a quirófano.

Asentí y me tragué las pastillas y ella me dio un camisón azul marino.

—Te espero al otro lado de la puerta. Tu amiga puede quedarse con tus cosas durante la operación.

—Gracias… —respondí, dirigiéndome al vestuario, no sin antes dedicar una última sonrisa a Justine, que levantó discretamente el puño para animarme.

Me quité las prendas de ropa una a una y las guardé con cuidado en la mochila. Al quitarme la camiseta, me fijé en la cicatriz circular de mi abdomen. Después de lo sucedido, ni siquiera me atrevía a llevar bikini. La visión de aquellas marcas me repugnaba. Tenía una en el brazo, en el estómago, en la cara... Me sentía fea. Y dentro de poco, habría una cuarta.

Me puse el camisón quirúrgico y, mientras dejaba la mochila, empujé la segunda puerta. La enfermera me invitó a tumbarme en una camilla. Me sonrió mientras la empujaba por el laberinto de fríos pasillos de aquel gigantesco hospital. Atravesamos una puerta tras otra y bajamos en ascensor. Cuantos más metros recorríamos y más segundos pasaban, más nerviosa me ponía.

Antes de cruzar la última puerta, la mujer, que se llamaba Louise, como pude leer en su etiqueta de identificación médica, cogió una hoja de papel. En silencio, leyó el documento y luego dirigió sus ojos marrones hacia mí.

—Dime tu nombre y apellidos, por favor…

—Madison O'Dea.

—Ahora tu fecha y lugar de nacimiento.

—18 de agosto de 1996, París.

—Muy bien, Madison, ¿sabes en qué consiste la operación?

—Sí, es una ablación de taquicardia supraventricular.

—¡Eso es! —sonrió Louise mientras guardaba el formulario.

Las grandes puertas se abrieron. Intrigada, observé el quirófano. Varios médicos y cirujanos me saludaron. La joven enfermera se me acercó y me acarició el brazo para tranquilizarme. Contraje los músculos por la ansiedad, pero aún podía ver su sonrisa a través de la mascarilla quirúrgica que cubría su rostro.

—No te preocupes. Esta misma tarde saldrás del quirófano.

Una segunda enfermera me palpó la mano en busca de una vena. Se me escapó un leve gemido cuando me clavó la aguja para insertarme un catéter.

La luz del techo me deslumbró. Los médicos me miraron. ¿Me dolería? ¿Qué pasaría cuando me despertara? ¿Y luego, qué? ¿Estaría curada para siempre?

Louise me puso una máscara de oxígeno en la cara.

—Madison, vas a contar hacia atrás empezando por el diez. Todo va a salir bien, ¿vale?

Asentí y respiré hondo.

Diez...

Nueve...

Ocho...

Siete...

No pasó nada. Seguía siendo plenamente consciente de lo que me rodeaba. Un ligero dolor subió por mi antebrazo a través del catéter.

Seis...

Cinco...

«Joder, ¿estás bien?».

Cuatro...

Se me entumeció el cuerpo. No podía mover las piernas ni los brazos. Mi respiración se hizo cada vez más pesada.

«Ante todo, no cierres los ojos. Mantente despierta».

Su voz resonaba en mi mente como un eco inalcanzable, y notaba su mano sosteniéndome la cabeza. Repetía mi nombre una y otra vez.

—No puedo hacerlo... —dije, con la mirada perdida bajo la figura que se alzaba sobre mí.

Tres...

James...

Dos...

Uno.

Si quieres estar al tanto de las novedades
de Cherry Publishing España,
síguenos en Instagram:
@cherrypublishing_esp
Sigue también a la autora:
@wildosmosis
¡Activa las notificaciones y no te olvides
de dar «me gusta» a nuestras publicaciones!

Responsable editorial: Paloma Vega Centeno
Traducción al español: Paloma Vega Centeno
Corrección y edición: Cherry Publishing
Composición y maquetación: Cherry Publishing
Ilustración de la portada: Keti Matakov